MARY ROBINETTE KOWAL

EL DESTINO CELESTE

GANADORA DE LOS PREMIOS NÉBULA, LOCUS Y HUGO



Esta vez, las mujeres lideran la conquista del espacio. En 1961, la colonia de la Luna está en pleno funcionamiento y la humanidad se prepara para dar el siguiente paso: llegar a Marte. Pero diez años después del impacto de un gran meteorito, la sociedad se divide entre aquellos que temen que los dejen atrás en un planeta desolado y los que no creen que todos merezcan viajar al espacio. Elma York, la primera mujer astronauta, tendrá que hacer frente a las tensiones políticas y sociales para conseguir que la misión a Marte salga adelante. Elma y el resto de su tripulación se embarcarán en un intrépido viaje hacia el planeta rojo, de cuyo éxito depende el futuro de la raza humana.

Mary Robinette Kowa

El destino celeste

La astronauta
2



Título original: *The Fated Sky*
Mary Robinette Kowa, 2018
Traducción: Aitana Vega Casiano, 2020

Ilustraciones: Ilustrador
Diseño de cubierta: Diseñador

Otros datos relevantes

-

Revisión: 1.0

29/01/2023

Para mi sobrina, Laura Olafson,
que se atreve a seguir.

Con frecuencia pedimos al cielo recursos que residen en nosotros mismos. El destino celeste nos deja libres en nuestras acciones y no retarda nuestros designios sino cuando somos lentos en ejecutarlos. ¿Qué poder impulsa a mi amor a que aspire tan alto? ¿Qué me hace ver aquello de que mi vista no se sacia? Cualquiera que sea la distancia que separa uno de otro los objetos, a menudo la naturaleza los aproxima como si fuesen idénticos y en un beso los reúne, sin reparar en diferencias. Las empresas extraordinarias parecen imposibles a los que, midiendo la dificultad material de las cosas, imaginan que lo que no ha sucedido no puede suceder. ¿Cuál es la mujer que, poniendo en juego todos los resortes para dar a conocer cuánto vale, no tiene fe en su amor? La enfermedad del rey… Mis proyectos pueden traicionar mis esperanzas, pero mis resoluciones son fijas y no fracasaré.

Helena; *A buen fin no hay mal principio*,
William Shakespeare

CAPÍTULO 1

EL DIRECTOR DE LA CAI ADVIERTE DE LAS CONSECUENCIAS DE LOS RECORTES DE PRESUPUESTO

Por JOHN W. FINNEY
Boletín especial para
The National Times

16 de agosto de 1961 — Horace Clemons, director de la Coalición Aeroespacial Internacional, ha advertido hoy a las Naciones Unidas de que cualquier recorte al «ínfimo» presupuesto espacial haría imposible llevar a cabo un amartizaje tripulado en esta década. También ha informado de que extender el calendario del programa de Marte, aunque fuera mínimamente, aumentaría el coste de la primera expedición a Marte, que ahora se estima en veinte mil millones de dólares. Ha explicado que, como consecuencia del recorte de seiscientos millones de dólares realizado por el Congreso de los Estados Unidos en el presupuesto de este año, la CAI ha tenido que sacrificar el «seguro» que se había incorporado al programa «para cubrir problemas técnicos impredecibles o irresolubles» y retrasar algunas expediciones experimentales cruciales de la nave Cygnus.

¿Recuerdas dónde estabas cuando la sonda Friendship amartizó? Yo me preparaba para volver de la Luna. Llevaba en la nave Artemisa tres meses de rotación para trasladar a geólogos de la diminuta colonia a diversos puntos de estudio.

Aunque a todos se nos consideraba astronautas, solo unos pocos éramos también pilotos o, dicho de otra manera, conductores de autobús glorificados.

Los otros doscientos «ciudadanos» iban y venían según su especialidad. Solo había unos cincuenta residentes «permanentes» en los búnkeres subterráneos a los que llamábamos hogar.

Junto con la mitad de la población de la base, avancé a saltitos por el tubo de hámster subterráneo que llamábamos Baker Street de camino a Midtown. Dada la falta de atmósfera para protegernos de los rayos cósmicos que llegan a la Luna, habíamos levantado una capa de la superficie lunar y enterrado los tubos en el regolito. Visualmente, el exterior de la base parecía un castillo de arena en ruinas. El interior estaba formado en su mayoría por goma lisa, salpicado por algunos patios de luces, soportes de aluminio y puertas presurizadas.

Una de las puertas se abrió con un siseo y Nicole la atravesó, con el tirador en la mano. Después, la empujó para cerrar con fuerza.

Separé las piernas para cortar el impulso al aterrizar en el último saltito. Le habían asignado un puesto allí en la última rotación y me alegraba muchísimo de verla.

—Creía que estabas en la Tierra. —Igual que yo, vestía un traje de presión ligero y llevaba el casco de seguridad recubierto de goma atado a la cintura, como una máscara antigás de la guerra. No servía de mucho, pero, si uno de los tubos se rompía, nos daría diez minutos de oxígeno para llegar a un lugar seguro.

—Sí, pero no me iba a perder el primer amartizaje de la sonda.

En ese momento, hacía de copiloto del pequeño transbordador que viajaba de la base a la plataforma orbital *Lunetta* de la CAI. Era apenas un autobús espacial, pero todas las grandes naves, como la que iba de *Lunetta* a la Tierra, de clase Solaris, las pilotaban hombres; no digo que me molestase. Le di una palmadita al bolso de

viaje que me colgaba del hombro.

—Después de esto, me voy directa al cohete *Lunetta*.

—Dale recuerdos a una ducha caliente de mi parte. —Avanzamos a saltitos por Baker Street—. ¿Crees que veremos marcianos?

—Lo dudo. Parece tan yermo como la Luna, al menos en las fotos orbitales. —Llegamos al final de Baker Street. El indicador de presión delta del panel junto a la puerta indicaba una presión lunar normal de 4,9 psi, así que empujé la manivela para abrirla—. Nathaniel dice que, si hay marcianos, se arranca los colmillos.

—Qué gráfico. Por cierto, ¿qué tal está?

—Bien. —Abrí la puerta—. Me habla mucho de lanzamientos de cohetes.

Nicole se rio mientras se deslizaba por la esclusa entre Baker Street y Midtown.

—Sois como unos recién casados.

—¡Nunca estoy en casa!

—Deberías traértelo de visita. —Me guiñó un ojo—. Ahora podemos tener habitaciones privadas.

—Lo sé. El senador y tú deberíais tener en cuenta lo bien que los conductos de aire transportan el sonido.

Empecé a cerrar la escotilla.

—¡Sujeta la puerta! —Eugene Lindholm se acercaba a nosotras por Baker Street con largas zancadas. Si nunca has visto a nadie moverse en un ambiente de escasa gravedad, imagina la combinación de la elegancia de un bebé que da saltitos con el avance rápido de un guepardo.

Abrí más la puerta. No controló bien el movimiento y se dio en la cabeza con el marco al pasar.

—¿Estás bien? —Nicole lo sujetó por el brazo para ayudarlo a estabilizarse.

—Gracias. —Apoyó una mano en el techo mientras recuperaba el equilibrio. En la otra, sujetaba un fajo de papeles.

Nicole me miró antes de atravesar la puerta de Midtown. Asentí y cerré la entrada a Baker Street, pero no abrió el siguiente acceso.

—Oye, Eugene. Ya que vuelas con Parker, no pasaría nada si se te cayeran por accidente. —Señalé los papeles que llevaba.

El hombre sonrió.

—Si buscas la lista de turnos, siento decepcionarte. Solo son recortes de recetas para Myrtle.

—Porras.

Abrió la escotilla y nos dirigimos a Midtown.

La diferencia de presión arrastró un olor poco común en la Luna, a marga y a verde, junto con el suave aroma del agua. El centro de la colonia era una amplia cúpula abierta que permitía la entrada de luz filtrada que alimentaba las plantas que crecían en el interior. Era la primera estructura permanente.

Las áreas cercanas a las paredes habían sido divididas en alojamientos residenciales. A veces deseaba dormir todavía allí, pero las nuevas estancias de los pilotos se encontraban junto a los puertos, lo que resultaba más conveniente. Se habían construido otros cubículos para oficinas y un restaurante. También había una barbería, una tienda de segunda mano y un «museo de arte».

En el centro había un pequeño «parque». No era mucho más grande que un par de camas matrimoniales atravesado por un camino, pero era verde.

¿Qué habíamos plantado en ese suelo acondicionado con sumo cuidado? Dientes de león. Al parecer, si se preparan de la forma correcta, son sabrosos y nutritivos. Otro gran favorito era el higo chumbo, que tiene unas flores hermosas que se convierten en vainas de semillas dulces y unas hojas planas que se pueden asar u hornear. Por lo visto, muchos de los hierbajos de la naturaleza se adaptaban bien a crecer en suelos con escasos nutrientes.

—Toma ya. —Eugene se palmeó el muslo—. Los dientes de león han florecido. Myrtle lleva un tiempo amenazando con preparar vino de diente de león.

—Más que a amenaza, suena a promesa. —Nicole pasó de largo junto a las camas elevadas—. Eílma, saluda también de mi parte a un martini seco cuando llegues a casa.

—Me tomaré uno doble.

Había pensado que Nathaniel y yo estaríamos entre los primeros colonos de la Luna, pero, después de establecer la base Artemisa, la agencia se había centrado en la colonización de Marte, y él había tenido que quedarse en la Tierra para dirigir la planificación.

Marte era el protagonista de todas las conversaciones en la CAL Las calculadoras mientras trabajaban en sus ecuaciones.

Las chicas que transcribían las líneas de código interminables en las tarjetas perforadas, las señoras de la cafetería que servían puré de patatas y guisantes verdes, Nathaniel con sus cálculos; todo el mundo hablaba de Marte.

En la Luna pasaba lo mismo. Al otro lado de Midtown habían erigido en una especie de podio una pantalla de televisión gigante de cuarenta y ocho pulgadas que habían sacado del centro de lanzamiento. Daba la sensación de que la mitad de la colonia estaba allí, apiñada alrededor del aparato.

Los Hilliard se habían traído una manta y lo que parecía un pícnic. No eran los únicos que trataban de convertir aquello en una velada social. Los Chan, los Bhatrami y los Ramírez también se habían acomodado en el suelo cerca del podio. Todavía no había niños, pero, por lo demás, casi parecía una ciudad de verdad.

Myrtle también había extendido una manta y le hizo señas a Eugene. Él sonrió y le devolvió el saludo.

—Ahí está. ¿Os unís a nosotros, señoras? Hay sitio de sobra.

—¡Gracias! Será un placer.

Lo seguí hasta la manta, que parecía compuesta de uniformes viejos, y me senté junto a Eugene y Myrtle. Se había cortado el pelo de su moño habitual en un estilo más adecuado para la Luna, sobre todo porque la laca en espray no era un producto que abundase en el espacio. Eugene y ella se habían ofrecido como voluntarios para formar parte de los residentes permanentes. Los echaba mucho de menos cuando volvía a la Tierra.

—¡Eh! —gritó alguien para hacerse oír por encima de los murmullos—. Ya empieza.

Me puse de rodillas para mirar por encima de las cabezas de la gente que teníamos delante. La imagen granulada en blanco y negro

mostraba una emisión del Control de Misión en Kansas, aunque llegaba con un retraso de 1,3 segundos. Estudié la pantalla en busca de Nathaniel. Me encantaba mi trabajo, pero pasar meses separada de mi marido era duro. A veces, dejarlo y volver a ser calculadora me parecía una idea de lo más atractiva.

En la retransmisión, Basira trabajaba en las ecuaciones mientras el teletipo escupía una página tras otra. Trazó una gruesa linea debajo de mi numero y levantó la cabeza.

—La huella *doppler* indica que la separación en dos etapas se ha completado.

Se me aceleró el corazón; eso significaba que la sonda estaba a punto de entrar en la atmósfera marciana. O que ya había entrado. Era curioso, todos los números que recibía de Marte eran de hacía veinte minutos. La misión ya había triunfado o había fracasado.

Veinte minutos. Miré el reloj. ¿Cuánto tiempo me quedaba antes de ir al hangar? La voz de Nathaniel salió del televisor y contuve la respiración con anhelo.

—Entrada en la atmósfera en tres, dos, uno… Velocidad de 1.17 000 kilómetros. La distancia hasta el punto de amartizaje es de 703 kilómetros. Se espera que el paracaídas se despliegue en cinco segundos. Cuatro, tres, dos, uno, cero. Esperando confirmación.

Toda la cúpula contuvo la respiración y solo se oía el zumbido bajo y constante de los ventiladores que removían el aire. Me incliné hacia la pantalla, como si así fuera a distinguir los números que salían del teletipo o a ayudar a Basira con los cálculos. Aunque, para ser sincera, llevaba cuatro años fuera del departamento de informática y sin hacer nada más complicado que mecánica orbital básica.

—Paracaídas confirmado. Lo hemos detectado.

Alguien gritó con alegría en la cúpula. Todavía no habíamos amartizado, pero quedaba muy poco. Me aferré con los dedos a una esquina de la colcha, como si pudiera guiar la sonda desde allí.

—A la espera de confirmación de la nave de que se ha producido la ignición del cohete de frenado.

De nuevo, Nathaniel hablaba de un suceso que había ocurrido

veinte minutos atrás y yo lo escuchaba con 1,3 segundos de retraso. Los caprichos de la vida en el espacio.

—En este momento, ya debería haber tocado tierra.

Dios, por favor, que tenga razón. Si la sonda no consigue amartizar, la misión a Marte se interrumpiría de inmediato. Miré el reloj. Ya debería haber anunciado la confirmación del amartizaje, pero los segundos seguían pasando.

—Un momento. Estamos esperando la confirmación de la Red de Espacio Profundo y de la estación repetidora de *Lunetta*.

Nathaniel ya no salía en pantalla, pero me lo imaginaba de pie frente a su mesa, apretando el lápiz con tanta fuerza que estaría a punto de partirse en dos.

Se oyó un pitido.

A mi lado, Nicole jadeó.

—¿Qué es eso?

El pitido se repitió y Control de Misión estalló en vítores. La voz de Nathaniel se alzó para hacerse oír por encima del estruendo.

—Damas y caballeros, lo que oyen es la señal de confirmación de la sonda de Marte. Esta es la primera transmisión desde otro planeta. Confirmado. La sonda Friendship ha amartizado, lo que allana el camino para una misión tripulada.

Me puse en pie de un salto, todos lo hicimos, y me olvidé de la gravedad. Celebré el triunfo de la sonda y del equipo que había planeado la misión mientras reía y flotaba con torpeza por el aire.

—Llegas tarde.

Grissom me fulminó con la mirada cuando entré en la sala de pilotos del puerto. Tenía la maleta de viaje apoyada en el banco y bebía un café envasado.

Miré el reloj de la pared.

—Por treinta segundos.

—Sigue siendo tarde.

Tenía razón, pero no había nadie más para darse cuenta de ello y quedaban dos horas para el lanzamiento.

—Y tú sigues siendo feo.

—Ja. Supuse que estabas viendo el amartizaje.

Me pasó los planes de vuelo para que los revisáramos mientras caminábamos hacia la nave. Grissom se quejaba mucho, pero era igual de adicto al espacio que yo.

Asentí y hojeé las páginas de tiempos y tasas de combustión, inclinación y velocidad. Habíamos pasado tres días preparando el trayecto a *Lunetta* durante los cuales no habíamos tenido mucho más que hacer que vigilar los indicadores. Por Dios, si incluso el aumento lento de presión de la psi de la base lunar a la psi estándar de *Lunetta* estaba automatizado.

—Todavía no hay nada que ver, pero quería… no lo sé. Quería estar allí.

Grimssom gruñó.

—Ya. Yo hice lo mismo en el alunizaje.

El silencio se instaló entre los dos durante unos segundos con el recordatorio de que yo había participado en esa misión hacía tres años. Me había convertido en una especie de celebridad, lo cual era parte del motivo por el que disfrutaba de la vida en la Luna un poquito más que de la vida en la Tierra. No tenía que lidiar con admiradores. Al menos, por lo general.

—¿Lo has visto? El amartizaje, digo.

—No. Lo he escuchado en la radio. —Se encogió de hombros cuando llegamos al pasillo que conducía a la nave—. He pasado un rato con mi chica antes de salir. Me mandan al puerto espacial de Brasil durante un mes para entrenar en la nueva nave.

—¿La de clase Polaris? —Silbé cuando asintió—. Envidia confirmada.

Resopló.

—Me costará una semana mantenerme en pie, con todo el tiempo que llevo aquí arriba. La formación en sí no durará más de dos semanas.

—Aun así. Las descripciones de la nave hacen que parezca un sueño. Además, Brasil es mucho mejor que Kansas. —Me detuve ante la escotilla de la cabina del piloto para el recorrido en tierra y

comprobé que el indicador de presión delta estuviera a 4,9 antes de abrir. Siempre existía la posibilidad de que no hubiera ninguna nave al otro lado, aunque estuviéramos en el puerto correcto—. Un aterrizaje vertical facilitará mucho las cosas al volver a casa.

—No será tan suave como en la Luna. —Se encogió de hombros —. A mí me gusta el planeador, la verdad. Hay más visibilidad en la aproximación, pero en Brasil no se depende tanto del clima y los huracanes empeoran cada vez más. Por otro lado, no me importa pasar unos días de más en órbita hasta encontrar un hueco.

—Ya, pero eso es porque le tienes pánico a la aclimatación a la gravedad. —Me agaché para entrar en el reducido compartimento para pilotos. La débil gravedad artificial de la sección rotativa de *Lunetta* era un tercio de la de la Tierra, igual que la de Marte, y servía de transición para la gente que volvía de la Luna—. Espero que haga buen tiempo cuando aterricemos. Qué ganas tengo de llegar a casa.

—Pues no haber llegado tarde.

Le saqué la lengua entre risas y nos centramos en la comprobación previa al vuelo. Una de las ventajas de despegar desde la Luna es que hay muchas menos variables que en la Tierra. Dada la falta de atmósfera, no había que lidiar con el clima ni con el viento ni con nada más que no fuera un poco de gravedad.

El compartimento de pasajeros detrás de nosotros tenía espacio para veinte personas. En la mayoría de los trayectos iba lleno de especialistas que volvían a la Tierra después de finalizar el proyecto por el que habían venido en primer lugar. La bodega de carga también solía ir llena de equipaje, de experimentos científicos y de algunos artículos de exportación. Por ejemplo, una de las geólogas tallaba roca lunar y sus esculturas se vendían por cantidades asombrosas en la Tierra. Las «colchas lunares» de Myrtle, hechas de tela reciclada, también se vendían lo bastante bien como para financiar la universidad de sus tres hijos. El éxito de las artes en el espacio era sorprendente. Incluso yo me había animado a hacer una especie de esculturas de papel fabricadas con tarjetas perforadas antiguas, pero no me había atrevido todavía a ponerlas a la venta.

Hasta las personas de la Tierra a las que no les gustaba el programa espacial se emocionaban por todo lo que llegara de la Luna. Después de romantizar un lugar durante milenios en los mitos y las leyendas, costaba un poco que esa fascinación desapareciera.

Grissom y yo habíamos volado juntos lo suficiente como para que la comprobación previa fuera algo rutinario. No es que nos saltásemos ningún paso. Por muy rutinario que fuese y a pesar de la ausencia de condiciones climáticas, nos sentábamos en lo que era, básicamente, una bomba.

Es curioso cómo llegas a acostumbrarte a cualquier cosa. Dos horas después, terminamos con la lista de verificación y todos los pasajeros ya estaban amarrados a sus asientos. Grissom me miró y asintió.

—Pongámonos en marcha.

Los motores despertaron con un susurro casi imperceptible en el silencio de la superficie sin aire de la Luna. Despegamos y, al acelerar, sentí el peso de nuevo, como si la Luna tirase de mí para retenerme. A nuestros pies, cráteres grises y marrones se desprendían, arrastrados por las llamas del cohete.

Decía que, al final, te acostumbras a cualquier cosa. Quizá era mentira.

Cuando llegamos a la órbita baja de la Tierra y nos acoplamos a la estación orbital, era una astronauta piloto; aunque fuera sentada en el asiento del copiloto y me encargase sobre todo de los cálculos de navegación, era una parte fundamental del proceso. Grissom y yo entregamos la nave a los nuevos pilotos que iban a reemplazarnos y empezarían una estancia de tres meses en la Luna, y entraron en la cabina.

Al salir de *Lunetta*, solo era una pasajera terrestre más que salía de la órbita. Hasta el momento, la Coalición Aeroespacial Internacional no había contratado a ninguna mujer como piloto para los grandes cohetes orbitales. No existía una política oficial que nos

prohibiera pilotarlos, pero, cuando preguntaba, siempre recibía como respuesta que querían aprovechar mi experiencia «donde era más valiosa». Dado que las mujeres habían entrado en el cuerpo de astronautas gracias a nuestras habilidades como calculadoras, era complicado conseguir que nos dejasen ocupar otros puestos.

Entré flotando en el compartimento de los pasajeros junto con el resto de los habitantes de la Tierra. Aunque *Lunetta* tenía gravedad artificial en el anillo exterior giratorio, el centro permanecía estático para facilitar el acoplamiento. Facilitaba y dificultaba al mismo tiempo manejar el equipaje. No pesaba nada, pero se alejaba flotando si no se ataba bien. Guardé la bolsa en el pequeño compartimento debajo del asiento y ajusté las correas de sujeción antes de cerrar la puertecilla.

—¡Elma! —Por el pasillo se acercaba Helen Carmouche, antes Liu. Llevaba el pelo oscuro recogido en una cola de caballo y las puntas flotaban sobre su cabeza.

—No sabía que estarías en este cohete. —Con una sonrisa, me impulsé para abrazarla y casi me pasé de la raya. Me había acostumbrado a contar al menos con la microgravedad de la Luna; por suerte, Helen enganchó un pie en un riel como una profesional de la gravedad cero y me atrapó.

¿Recuerdas lo que dije de que al final te acostumbras a cualquier cosa? Aquella situación no me resultó diferente a haberla encontrado en un tranvía o un tren.

—Tengo que volver para realizar una formación en la Tierra. —Miró el asiento a mi lado—. ¿Puedo?

—¡Por supuesto! —Me elevé para dejarla pasar por debajo de mí—. ¿Qué tal está Reynard?

Se rio mientras guardaba el bolso en el compartimento del equipaje.

—Dice que ha repintado la sala de estar. Me da miedo ver qué ha hecho.

Me acerqué más al «techo» para dejar pasar a los demás pasajeros.

—¿Por la elección del color o por la falta de habilidad?

—Dos palabras: rojo marciano. ¿Cómo va a saberlo? —Sacudió la cabeza y se colocó las correas con facilidad—. Todavía no hay fotos de la superficie.

—Podría ser peor. Gris regolito, por ejemplo.

—Algo neutro sería mejor. —Cerró la escotilla del compartimento del equipaje con un clic—. ¿Qué tal Nathaniel?

Suspiré sin querer. Se me escapó.

—¿Bien?

Se tensó y se agarró al asiento.

—Eso no suena bien.

—No, de verdad, está bien. Todo va bien. —Me impulsé hasta el asiento y empecé a abrocharme. Mientras ponía las correas de los hombros en su sitio, sentía los ojos de Helen clavados en mí—. Es duro pasar tanto tiempo separados. Ya sabes cómo es.

Se sentó a mi lado y me dio una palmadita en la mano.

—Al menos, nosotras volvemos a casa.

—Perdona, no debería quejarme por una separación de tres meses. —Helen estaba en el equipo de la misión a Marte, así que había pasado catorce meses de formación y, cuando la expedición partiera el próximo año, Reynard y ella estarían separados otros tres años—. No sé cómo lo haces.

—Creo que sería más duro si llevásemos más tiempo casados. —Me guiñó el ojo—. Así, alargamos la etapa de luna de miel. Ya me entiendes. Cuando vuelvo a casa…

—¿Lanzáis cohetes?

—Desplegamos todos los propulsores.

Los altavoces crujieron sobre nuestras cabezas.

—Damas y caballeros, les habla el capitán Cleary. Saldremos de la estación en unos instantes y deberíamos estar de vuelta en la Tierra en la base de Kansas en una hora.

Rutina. Había hecho el viaje entre la Tierra y la Luna una docena de veces. Con cada vuelo, el procedimiento se perfeccionaba un poco más. Se volvía más normal. No era muy distinto de un viaje en tren por el país. Excepto, claro está, por absolutamente todo.

Un ruido débil reverberó por la nave cuando el mecanismo de

fijación se soltó de la estación. Al otro lado de la diminuta escotilla, la condensación congelada en la superficie de la nave espacial parecía un grupo de luciérnagas que revoloteaban al surgir de entre las sombras de la estación y entrar al abrigo de la luz del sol. La escarcha se arremolinó a nuestro alrededor y brilló sobre la tinta del espacio.

No dejo de repetir que solo es rutina, pero es mágico. A nuestro alrededor, el imponente arco de la estación giraba en círculos vertiginosos. Si no hubiera estado amarrada, me habría inclinado hacia delante y presionado la cara contra la ventana.

—¡Allí! —Helen señaló algo que quedaba justo fuera de nuestra vista ante nosotras—. La flota de Marte.

La nave vibró y comenzó una rotación lenta hasta llegar a la posición para abandonar la órbita. Mientras tanto, la flota de tres naves diseñada para la primera expedición a Marte entró en nuestro campo de visión. Recortadas en el cielo de tinta negra, las dos naves de pasajeros y la nave de suministros destacaban como cilindros irregulares; las naves de pasajeros, largas y delgadas, estaban ceñidas con un anillo centrífugo, como la estación espacial. Alguien había comparado el anillo con un juguete para adultos, lo que me había demostrado dos cosas: la primera, que era más puritana de lo que pensaba y, la segunda, cómo sería ese artículo en particular y cómo funcionaba. Todavía no le había preguntado a Nathaniel al respecto, porque no estaba segura de si quería saber si él lo conocía.

En cualquier caso, si carecías de experiencia en esos asuntos, las naves eran una visión inocente y hermosa.

—A veces os tengo mucha envidia.

—Qué va. —Helen se encogió de hombros—. Me pasaré toda la expedición haciendo cálculos.

—¿Por qué crees que siento envidia? —Puse los ojos en blanco—. Yo no soy más que una conductora de autobús.

—En la Luna.

—Cierto. Y me encanta, pero no supone ningún desafío. —Podría haber entrado en la misión de Marte si hubiera querido, pero Nathaniel y yo habíamos empezado a hablar de niños—. He

pensado en retirarme como piloto y, quizá, volver a trabajar como calculadora.

Helen es la reina de los bufidos sarcásticos.

—¿Y volver a pilotar el Cessna?

—O preparar a los nuevos astronautas. Es que… —Me aburro —. Quiero centrarme en mi matrimonio.

Helen me dedicó otro de sus bufidos patentados. Era, sin duda, una maestra de los ruiditos de incredulidad. Me salvé de verme aplastada por todo el peso de su desprecio cuando el capitán encendió los propulsores para salir de la órbita y el cohete tembló.

Alguien gimió detrás de nosotras. Helen miró por encima del hombro y se inclinó hacia mí.

—Verás cuando aterricemos.

—Será su primer viaje de vuelta. —No miré atrás. La abuela siempre solía decir que, cuando alguien sentía vergüenza, mirarlo era lo más cruel que se podía hacer, y entendía lo que sentía. A pesar de toda mi formación, la realidad era muy distinta y el aterrizaje era la peor parte.

Helen y yo charlamos durante la primera media hora y nos pusimos al día sobre la vida en el espacio. Después, un trozo de palomitas de maíz empezó a caer muy despacio del bolso de alguien. Ese primer signo de gravedad fue la señal de que ya habíamos bajado lo suficiente hacia la Tierra como para que la atmósfera nos frenase.

Fuera comenzó el lento proceso de calentamiento hasta los 1649 grados centígrados. Al otro lado de las ventanas, el aire empezaba a brillar con un color naranja mientras serpentinas de atmósfera sobrecalentada pasaban a nuestro lado en una estela de plasma. Resulta curioso lo tranquila que era esta parte del descenso. No había suficiente atmósfera como para causar vibraciones y nos convertíamos en una especie de planeador gigante, por lo que no se oía el ruido de los motores. No obstante, el silencio era todavía mayor entre los astronautas del interior de la nave, que miraban el espectáculo de la reentrada. Resulta imposible acostumbrarse.

El capitán inclinó la nave para iniciar la primera de una serie de

largas curvas en forma de *s* con el fin de reducir la velocidad. Las fuerzas *g* nos asaltaron y me aplastaron en el asiento. Eran solo dos *g*, pero, después de pasar meses a un dieciseisavo, sentía como si me enterrasen en el barro.

Las fuerzas *g* siguieron aumentando y me clavaron al asiento. Esperé a que el capitán nos sacara de la curva y cambiase la dirección hacia la siguiente parte de la *s*, pero la rotación continuó. Aquello no era rutinario.

Pero, atrapada en el compartimento de pasajeros, no había nada que pudiera hacer.

CAPÍTULO 2

LA CYGNUS 14 SE DESVÍA DEL RUMBO DEBIDO A UN ERROR O A UN FALLO DEL SISTEMA

Por Steven Lee Myers

Kansas City (Kansas), 20 de agosto de 1961 — Una de las naves espaciales de clase Cygnus que transportaba astronautas de la estación espacial *Lunetta* de la Coalición Aeroespacial Internacional de regreso a la Tierra aterrizó hoy a unos 420 kilómetros de su objetivo previsto, según fuentes oficiales, a causa de un fallo técnico o a un error del piloto durante el descenso. La nave es una variante de las que se utilizan desde el inicio del programa, pero este modelo en particular era una versión nueva que hacía su primer viaje con cohetes y sistemas de control modificados pensados para facilitar el descenso y el aterrizaje.

Los brazos me pesaban dos mil kilos y un caballo se sentaba sobre mi pecho, daba coces a las paredes y las hacía retumbar. Abrí los ojos con esfuerzo para ver por qué nadie lo ahuyentaba y me encontré con un campo gris de regolito. No era la Luna. No. Era la silla de delante. Giré la cabeza con un gruñido, pero me detuve

cuando las náuseas me revolvieron el estómago.

En algún momento, la fuerza *g* había aumentado lo suficiente como para que me desmayase. No sé cómo el capitán se las había arreglado para aterrizar el cohete ni qué había fallado, pero, milagrosamente, habíamos sobrevivido.

Los golpes continuaron, aunque el caballo solo era, en realidad, el peso de mi cuerpo sometido a la gravedad de la Tierra por primera vez en tres meses. El aire apestaba a vómito y orina. Despacio, giré la cabeza para comprobar el panel de telemetría de soporte vital. Los parámetros eran los normales de la Tierra, pero, hasta que abrieran la puerta, estaríamos encerrados en una lata hermética y había que seguir los protocolos.

Después me volví para asegurarme de que Helen estaba bien. Seguía inconsciente, lo que no era sorprendente, pero, por lo demás, parecía ilesa.

Cerré los ojos y respiré por la boca poco a poco mientras esperábamos a que el equipo de rescate subiera a bordo. Se estaban tomando su tiempo. Por otra parte, no sabía cuánto tiempo llevábamos allí ni con qué otros problemas tendrían que lidiar. Quizá una de las ruedas de aterrizaje se había incendiado o algo parecido.

Después de una cantidad de tiempo vergonzosa, por fin me di cuenta de que los golpes provenían de la escotilla. Estaría atascada. A pesar de que mi educación sureña me empujaba a levantarme e intentar ayudar, los años de formación como astronauta me recordaron la lista de verificación reglamentaria.

¿Olor a humo? No. ¿Oxígeno? Confirmado. ¿Heridos? Yo estaba bien y Helen también; abrí los ojos y, con cuidado, me volví en el asiento para observar la cabina. Los demás pasajeros estaban pálidos o verdosos, pero nadie parecía sufrir nada más grave que un poco de angustia. Crucé la mirada con un hombre negro al otro lado del pasillo que tenía la nariz rota. Era uno de los geólogos del equipo de Marte; no recordaba su nombre.

—¿Deberíamos ayudar con la puerta?

Evité negar con la cabeza.

—Tienen las herramientas. Estamos a salvo, así que dejemos que hagan su trabajo.

Asintió y se puso de color verde. Tragó y le dediqué un gesto compasivo. Al cambiar de un entorno gravitatorio a otro, los movimientos bruscos de cabeza provocaban náuseas.

Leonard Flannery, así se llamaba. Habíamos mantenido una conversación agradable sobre el valle del Loira en la boda de Helen y Reynard. Que no hubiera aprovechado la oportunidad de probar el vino de la región cuando transportaba aviones durante la guerra lo había horrorizado.

Mi decisión de no moverme probó ser la correcta cuando la escotilla se abrió con un silbido por el cambio de presión. El rugido distante de los aviones de seguimiento T-38 retumbó dentro de la cabina. La luz del sol y el aire fresco entraron, acompañados del olor a caucho quemado, a tierra fresca y, casi imperceptible entre lo demás, a hierba recién cortada. Cerré los ojos porque me negaba a llorar por un poco de césped.

—¡Que nadie se mueva! —El seguro de un arma chasqueó, metal contra metal.

Mis ojos se abrieron por voluntad propia. Por la escotilla entraron seis hombres vestidos con ropas de camuflaje de cazador que nos apuntaban con rifles. Eran una mezcla de blancos, negros y otros tonos intermedios y llevaban diferentes tipos de máscaras para cubrirse las caras. Uno llevaba un pasamontañas que ocultaba todos sus rasgos excepto que era negro. Otro, que tenía la piel enrojecida por el sol, se cubría el rostro con un pañuelo, como un bandido de cómic. Un tercero llevaba una máscara de gas y los demás se escondían tras mascarillas de construcción.

¿Cómo habían burlado la seguridad de la CAI? Un segundo. Los aviones de seguimiento seguían dando vueltas. No sabía dónde había tenido que aterrizar el capitán, pero sospechaba que no estábamos en Kansas. No había rutinas ni protocolos para aquello.

A mi lado, Helen gruñó.

—¡Oye, tú, cállate! —Un hombre con pasamontañas, armado y con un acento muy marcado de Brooklyn atravesó el pasillo a

zancadas para apuntar a Helen, que levantó la cabeza como un resorte y vomitó. Como la profesional que era, se las apañó para girarse y no mancharme, aunque la bilis le salpicó el muslo. Provocó una ola de arcadas por toda la cabina.

Tragué saliva con la mandíbula en tensión. ¿Quién me iba a decir que los años de lidiar con vómitos provocados por la ansiedad me serían de utilidad algún día? Aun así, tuve que esforzarme por mantener a raya el estrés y el peso de la gravedad mientras el hombre de Brooklyn cambiaba de objetivo con cada nuevo sonido. Detrás de la máscara, entrecerraba los ojos marrones con rabia.

—¿Están enfermos?

Detrás de mí, alguien más vomitó. Otro de los hombres dijo:

—¡No os quitéis las máscaras! No querréis pillarlo.

—Gérmenes espaciales.

Reírse no era la opción más inteligente, pero, sin quererlo, se me escapó un sonoro «¡ja!». Rebotó por la cabina y atrajo todas las miradas. Lo siento, pero ¿gérmenes espaciales? Parecía algo sacado de una radionovela.

—¿Te hace gracia? —El hombre de Brooklyn se acercó a mí y me puso la pistola en la sien. El frío metal se hundió en mi piel hasta presionar el hueso—. ¿Envenenar la Tierra te parece divertido?

—Por favor, no. No hagáis esto. —Leonard se inclinó hacia delante, lo que tensó las correas—. Sabéis lo que dirán. No…

—Cierra la boca. —El de Brooklyn apuntó a Leonard—. No me apetece escuchar al tío Tom. Tú eres parte del problema y hemos venido a ponerle fin.

—¡Oye! —El hombre de la máscara de gas avanzó con paso militar y el arma inclinada. Su voz resonaba como la de un sargento de instrucción a pesar de estar amortiguada detrás de un filtro—. Me da igual si están enfermos, se nos acaba el tiempo. No tendremos otra oportunidad como esta. ¡Joder! Eres la mujer astronauta.

Me había encontrado con admiradores muchas veces, pero no esperaba que me pasara a punta de pistola. No obstante, me daba

una ligera idea de qué hacer a continuación.

Sabía cómo hablar con admiradores. A pesar de tener un arma en la sien, le sonreí. Tras las lentes de la máscara de gas, tenía los ojos de un color avellana fangoso, con una mota oscura en uno de ellos.

—Debe de gustarte *Mr. Wizard*.

—A mi hija le encanta. —Se le suavizó la mirada un instante, pero sacudió la cabeza y cuadró los hombros—. Eso no importa. Aunque… —Llamó la atención del hombre de Brooklyn con unos golpecitos en el brazo—. Ella nos servirá. Le prestarán atención.

—¿No queríamos a los pilotos?

—Pero no podemos llegar hasta ellos, ¿verdad? La puta escotilla está sellada. Ella es una celebridad. Un tesoro nacional. Nos harán…

Se oyeron sirenas en la distancia que se acercaban cada vez más. El de Brooklyn se puso rígido y se volvió hacia la entrada.

—Mierda. Han llegado muy rápido.

—¿Qué esperabas, idiota? —Mi admirador extendió la mano y me agarró del brazo para sacarme del asiento sin desatar antes las correas de los hombros.

—¿Me permites? —Levanté las manos con cuidado para que pudiera verlas—. Hay muchas hebillas.

Gruñó y retrocedió para dejarme espacio. Me peleé con las correas de los hombros con dedos torpes. La gravedad de la Tierra tiraba de mí y hasta las correas daban la sensación de pesar mil kilos. Daba igual el tiempo que pasara en el gimnasio de la Luna, la primera semana en la Tierra siempre era un infierno. Mientras tanto, las sirenas se acercaban.

Desde su asiento, Leonard habló:

—No uséis a una mujer blanca como rehén. Por favor, sabéis lo que pasará.

Mi admirador dudó un segundo, pero al final negó con la cabeza.

—Si usamos a un negrata, les dará igual. Pero ¿la mujer astronauta? Así nos harán caso.

Cuando me liberé de la segunda correa, mi admirador me agarró otra vez del brazo y me obligó a levantarme. Apoyé todo el peso en él y así el asiento que tenía delante mientras mi cerebro trataba de averiguar qué hacer con todo el peso extra. Me esforcé por mantenerme en pie mientras la cabina daba vueltas a mi alrededor. Vomitar me parecía un buen plan.

—Está… —A Helen se le trabó la voz detrás de mí, pero lo volvió a intentar—. Estará mareada. Caminad despacio si no quieres que te vomite encima.

Tenía el estómago vacío porque evitaba comer antes de los viajes. Aun así, me quedé quieta para intentar orientarme.

—¿Qué queréis que haga?

—Te pondrás en la puerta y les transmitirás nuestras exigencias. —El de Brooklyn me empujó por el pasillo y me tambaleé mientras mis pies se arrastraban por la gravedad.

Mi admirador me agarró antes de que me cayera.

—Haz lo que digamos y nadie saldrá herido.

—Sí, claro. —Empezaba a respirar con dificultad, no sé si por el esfuerzo o por el miedo. Quizá un poco por ambos. Me apoyé en mi admirador para avanzar hasta la escotilla del cohete.

Los demás pasajeros ya se habían despertado. Antes conocía a todos los miembros del cuerpo de astronautas, pero ahora reconocía a la mitad, y algunos solo me resultaban vagamente familiares. Al menos sabía que Helen, Leonard y Malouf saldrían del apuro. Junto a la puerta, Cecil Marlowe, del departamento de ingeniería, se peleaba con las correas como si tuviera intención de levantarse. Ruby Donaldson parecía una niña con sus coletas rubias, pero había sido médico en el frente durante la guerra.

¿Qué estarían haciendo los pilotos en la cabina delantera? Suponía que estaban conscientes y al tanto de lo que pasaba o, al menos, de que alguien que no pertenecía al equipo de rescate había subido a bordo. Había un intercomunicador en la parte trasera, pero no había cámaras. Si estuviera en su lugar, escucharía para tratar de obtener más información. También informaría al Control de Misión.

Me aclaré la garganta.

—Y vosotros seis, ¿qué queréis que diga?

El de Brooklyn me detuvo al final del pasillo.

—Diles que la Tierra tiene problemas. Que dejen el espacio tranquilo hasta que solucionen los asuntos de aquí abajo.

Asentí despacio. Eran terraprimeristas; debería haberlo deducido antes. La mayoría eran refugiados de las regiones que más habían sufrido las secuelas del meteorito. El tipo de Brooklyn probablemente lo había perdido todo y, al ser negro, lo habrían abandonado a su suerte en las ruinas de la ciudad.

—De acuerdo, pero no necesitáis retener al resto de los pasajeros para que yo dé un mensaje.

—Qué más quisieras.

—Sería un bonito gesto. —Fuera, los vehículos de rescate se detuvieron con las luces parpadeantes encendidas. Había una ambulancia local y tres camiones de bomberos, pero ni rastro de la CAI. Uno aparcó de lado y leí «Condado de Madison» en el lateral —. ¿Dónde estamos?

—En Alabama.

—Vaya, vale. Pasará un rato hasta que alguien de la CAI llegue. —Incluso con los aviones de seguimiento y los rastreadores por radar que indicaban dónde habíamos aterrizado, todavía tendrían que viajar—. Algunas personas no se encuentran bien, ¿por qué no dejáis que vayan a la ambulancia? Aislaría los gérmenes espaciales.

Uno de los hombres se asomó y volvió a meter la cabeza.

—Se acercan los técnicos sanitarios.

—Haz que se detengan. —Mi admirador levantó la barbilla y los filtros de la máscara de gas se tambalearon con el movimiento.

El hombre de la puerta respiró hondo, sacó su rifle y disparó al aire. El sonido rebotó en la cabina y la llenó de ecos violentos. Gritó hacia afuera.

—¡Ni un paso más!

El de Brooklyn me empujó hacia delante. Me clavó el pulgar en la carne del brazo, pero su agarre era lo único que me mantenía en pie.

Mi admirador me miró.

—Pídeles que venga un equipo de noticias. Y el presidente. Y el doctor Martin Luther King Jr.

—Y el secretario general de la ONU —añadió uno de los hombres con bandanas. Era el que tenía la piel más oscura del grupo y un acento británico que me sorprendió. Conocía a otros británicos de color, pero creía que todos los terraprimeristas eran estadounidenses.

—Pero eso no… —«No va a pasar», quería decir, pero me contuve a tiempo—. No será rápido.

El británico levantó una ceja.

—La ambulancia ha llegado muy rápido.

—Porque es local. —No sabía qué hacer. Lo mío eran las matemáticas y pilotar naves espaciales. Todo lo que sabía sobre las situaciones de rehenes era lo que había visto en las películas, y estaba bastante segura de que *De repente* no era un buen modelo que seguir. Ninguno de aquellos hombres confundiría una pistola de juguete con un revólver. No había manera de electrocutarlos. Además, apenas me mantenía en pie. Conseguir que mantuvieran la calma y que cooperaran parecía la única alternativa.

—Se lo diré, pero tened en cuenta que habrá que esperar.

—No estás en posición de decirnos qué hacer —repuso el británico.

—Lo sé. Solo quiero que tengáis toda la información. Hay cinco horas en avión desde Kansas, ¿vale? Es lo único que digo. —En realidad, eran poco más de dos horas, pero tener algo de tiempo extra no vendría mal. Lo cierto es que podrían subir al presidente en un T-38 y traerlo en veinte minutos, pero era muy poco probable. Me volví hacia la puerta y entrecerré los ojos ante la luz solar directa—. Preguntarán por qué queréis hablar con ellos.

—Lo sabrán cuando vengan, ¿de acuerdo? —Mi admirador señaló la puerta—. Un equipo de noticias, el presidente, el doctor King y el secretario general de la ONU. Ni una palabra más. ¿Lo has entendido?

El de Brooklyn atravesó el pasillo y apuntó a Helen con el rifle.

—Como seguro.

Me mantenía en pie gracias a la adrenalina y al hecho de que durante décadas había aprendido a disimular la ansiedad. Dentro del traje, notaba la piel tensa y las rodillas temblaban con cada latido acelerado del corazón. Al final, asentí y di un paso hacia la escotilla.

Apoyé la mano en el marco. Me temblaban los dedos, lo que frustraba mi intento de mostrar confianza. Los bomberos estaban de pie cerca del camión, claramente discutiendo sobre qué hacer, mientras que el conductor de la ambulancia tenía la radio en la mano y hablaba con alguien. Uno de los bomberos me vio y le dio un codazo al que estaba a su lado.

Respiré hondo para gritar las instrucciones de nuestros captores. Respirar el aire sin filtrar, cargado de polvo, polen y humo del combustible quemado, me provocó un ataque de tos. Agarrada al marco de la escotilla, me doblé sobre mí misma. No por la fuerza de la tos, sino para no desmayarme. Alguien me apoyó una mano en la espalda y otra en el brazo para sujetarme.

—¿Estás bien? —Mi admirador se agachó, y usó el marco como escudo.

Asentí con la cabeza y me arrepentí al instante. Apreté la mandíbula, tragué con fuerza y esperé a que todo dejase de dar vueltas.

—¿Me ayudas a levantarme? Con cuidado.

Asintió y la máscara de gas se balanceó. Me ayudó a incorporarme y me dejó una mano en el brazo. Clavó sus ojos de ese color avellana fangoso en mí hasta que respiré con más normalidad. El sanitario se había acercado mientras tosía, como si no pudiera evitarlo.

Me centré en él, un joven blanco de unos veinte años, con el pelo rubio y encrespado que se rebelaba contra la gomina.

—Estos hombres quieren que venga un equipo de noticias y hablar con el presidente, el secretario general de la ONU y el doctor Martin Luther King Jr.

—¿Quiénes son? —Un bombero con los hombros anchos como un oso y las mejillas pálidas salpicadas de pecas se apartó del grupo

—. ¿Qué es lo que quieren?

Miré a un lado y mi admirador negó con la cabeza.

—Diles que lo sabrán cuando llegue el presidente.

Lo cual, conociendo al Gobierno, no ocurriría.

Al final del pasillo, el hombre de Brooklyn aún apuntaba a Helen, así que repetí el mensaje antes de alejarme de la luz del sol.

—¿Puedo sentarme?

Esperaba que me dijeran que no por puro rencor, pero mi admirador me acompañó de vuelta a mi asiento. El de Brooklyn bajó el arma mientras nos acercábamos y Helen se desplomó, como si el rifle hubiera sido lo único que la sostenía.

Por mucho que quisiera dejarme caer en el asiento, me senté con sumo cuidado. Mi admirador me ayudó, como si fuera una anciana en vez de una rehén. Me aclaré la garganta; habría dado cualquier cosa por un poco de agua.

—Quizá deberíamos hablar de lo que queréis que diga cuando llegue el presidente. Habíais mencionado los problemas en la Tierra, ¿verdad?

Mi admirador intercambió una mirada con el de Brooklyn y luego miró detrás de mí, supongo que para consultar a los otros captores. Al otro lado del pasillo, Leonard se inclinó un poco en nuestra dirección para escuchar. En algún momento, cuando yo estaba en la parte delantera, se había librado de las correas de los hombros.

Mi admirador me estudió con los ojos entrecerrados. No sé qué vio, pero al final asintió.

—Se están olvidando de la gente de la Tierra. Todo el dinero se destina al programa espacial en lugar de arreglar el desastre que dejó el meteoro. Las personas viven hacinadas en pisos diminutos. Hay refugiados que, después de diez años, todavía no han podido volver a sus casas porque las compañías de seguros se lavan las manos al afirmar que ha sido «una acción de Dios» y los gobiernos se ocupan de «asignar los recursos» según sea necesario. —Frunció el ceño—. Como si no estuviera claro adonde van esos recursos. Como si no fuera evidente cuáles son los barrios a los que se les da la espalda.

Pasaba tanto tiempo dentro de la industria espacial y trabajando codo con codo con personas que entendían a la perfección la situación climática de la Tierra que a menudo olvidaba que mucha gente tenía necesidades más inmediatas.

—Si la temperatura sigue subiendo como los meteorólogos esperan que haga, todos estaremos en peligro, a menos que nos hayamos establecido en otros planetas. El programa espacial es para la gente de la Tierra.

—Por favor. Esto ya lo hemos visto antes. El espacio será para las élites, mientras que los demás nos quedaremos atrás.

Negué con la cabeza.

—No. No será así.

—Mira a tu alrededor.

Lo hice y giré la cabeza con mucho cuidado para no agravar las náuseas. Los captores se habían dispersado. Dos de ellos se encontraban en la parte de atrás de la cabina, tres estaban en la puerta y mi admirador se había quedado a mi lado. Los pasajeros tenían un color gris verdoso, aunque no sabría decir si se debía a la gravedad o a la situación. A ambas, probablemente. Helen tenía las manos dobladas sobre el regazo y la misma expresión seria que cuando jugaba al ajedrez o hacía cálculos. Leonard escondía las manos en las axilas y se mordía el labio inferior mientras nos miraba. A Ruby Donaldson le temblaba la rodilla derecha y Vanderbilt DeBeer se mordía la cutícula del pulgar.

—Vale. Todo el mundo tiene muy mala pinta.

—Vuelve a mirar. ¿Cuántos se parecen a mí?

Observé a Leonard, al otro lado del pasillo, y él me dedicó una mueca. De verdad, algún día me daré cuenta antes de esas cosas. En un cohete lleno de astronautas, había un hombre negro, una mujer taiwanesa y treinta personas blancas. O veintinueve blancas y una judía, según cómo se me contase.

—No puedo decir que te equivocas…

—Pero vas a intentarlo de todas formas. —Agitó el arma en la mano.

—Son las primeras etapas del programa. —La gente tenía una

idea glamurosa del programa espacial por culpa de series como *Buck Rogers en el siglo XXV*, que no se parecían en nada a la realidad—. Vivo en la Luna seis meses al año. No tenemos agua corriente. Duermo en un saco de dormir. No hay alcohol. —Al menos, nada digerible—. Toda la comida está enlatada y un error podría matar a la colonia entera. Ahora mismo, se necesita una combinación muy específica de habilidades para ir al espacio. Estoy bastante segura de que todas las personas que están aquí tienen un máster o un doctorado.

Mi admirador se inclinó y entrecerró los ojos detrás de la máscara de gas.

—Y asumes que los negros no los tienen.

Al otro lado del pasillo, Leonard se aclaró la garganta.

—Está claro que algunos sí. —Se calló cuando mi admirador se volvió a mirarlo.

Sacudió la cabeza y gruñó.

—A ver qué tienes que decir, tío Tom.

Leonard puso los ojos en blanco.

—Los tipos de títulos que buscan requieren algo más que trabajo duro. Se necesita dinero y conexiones. Todo esto meparece una soberana estupidez, pero estoy de acuerdo con el motivo por el que lo hacéis.

Las naves espaciales tienen una característica esencial: son herméticas. Incluso con la escotilla abierta al aire húmedo de la Tierra, apenas había corriente. Era agosto y estábamos en el sur. ¿Recuerdas que la gente había vomitado por todas partes a causa del descenso?

Después de cuatro horas de espera, el calor y el olor empeoraron. En circunstancias normales, a estas alturas ya estaríamos flotando en camas de agua en el centro de aclimatación de la CAI. En vez de eso, debíamos permanecer sentados en posición vertical mientras sufríamos la gravedad de la Tierra en una habitación sofocante impregnada del hedor de los desechos humanos.

Helen se inclinó hacia delante y me puso la mano en la pierna; luego me dio golpecitos con el dedo índice. Era una mujer brillante. Código morse. Apoyé la mano en la suya como si nos consoláramos la una a la otra y le di un golpecito afirmativo.

Con una cadena de golpes largos y cortos, deletreó: «Usa el miedo a los gérmenes».

Le di unos golpecitos en el dorso de su mano para preguntar: «¿Cómo?».

«Me hago la muerta. —Hizo una pausa y me miró de reojo—. Tú habla».

Por raro que parezca, sabía que se le daba muy bien hacerse la muerta. En la formación para ser astronautas hay una cosa llamada «simulador de muerte» donde representamos lo que sucede cuando un astronauta muere. Por lo general, el astronauta que saca la tarjeta de «muerto» se sienta a un lado durante el resto de la simulación, pero Helen había representado la escena de su muerte, adornada con unos estertores alarmantes, y luego se había quedado tirada en una postura de lo más espeluznante.

No me cabía duda de que funcionaría, pero era imposible que el presidente viniera, y no había forma de saber cuál sería la reacción de aquellos hombres si no lo hacía. Me enderecé para buscar a mi admirador. Se llamaba Roy, de lo que me había enterado porque el de Brooklyn le había preguntado dónde estaba el baño.

Probablemente Roy fuera la única persona que se encontraba cómoda en la nave gracias a la máscara de gas. Levanté la mano para llamar su atención y, gracias al cielo, se acercó.

—He pensado en vuestras exigencias y quisiera sugerir algo.

—Me muero por oírlo.

En uno de los actos más heroicos que he visto jamás, Helen se inclinó hacia delante, sacudió la cabeza con violencia y vomitó sobre los zapatos de Roy. Reprodujo todos los movimientos que solemos evitar al volver a la Tierra para no vomitar en una rápida secuencia con una precisión brillante.

Roy retrocedió a trompicones y chocó con el asiento de Leonard. Incluso detrás de la máscara de gas, torció el gesto con

repulsión.

Los demás captores se pusieron en alerta al instante y levantaron las armas para apuntarnos mientras trataban de identificar el problema. Helen levantó una mano temblorosa y gimió.

—Gérmenes espaciales —dijo entre toses.

Después, se desplomó sobre mi regazo. Aunque sabía lo que iba a hacer, retrocedí con auténtica sorpresa. Le puse la mano en la garganta para comprobarle el pulso, que latía firme y acelerado. Miré a Roy e hice lo posible porque me creyera.

—Está bastante mal.

Detrás de Roy, Leonard se inclinó hacia delante en el asiento.

—¿Creéis que alguien os va a escuchar si dejáis morir a una nave llena de astronautas? ¿Creéis que el doctor King apoyará vuestra causa?

Sin apartar la mano del cuello de Helen, supliqué:

—Por favor. Como muestra de buena fe, dejad que las personas más enfermas salgan del cohete.

—¿Quieres que renunciemos a lo único que tenemos para negociar?

—Un acto de compasión, como dejar que quienes no se encuentran bien reciban la atención médica que necesitan, ayudaría a que os escuchasen. —No parecía dispuesto a ceder. Ni siquiera un poco—. Yo me quedaré como intermediaria.

Entonces, Dawn Sábados, de comunicaciones, vomitó y uno de los hombres de piel clara que llevaba bandana perdió la compostura. Sacudió la cabeza y miró a Roy.

—Venga. Antes de que nos contagiemos todos.

A salvo tras la máscara de gas, Roy se volvió para mirar a sus compañeros. El de Brooklyn se pinzaba la nariz con una mano, incluso por encima del pasamontañas. La apartó lo necesario para hablar:

—Hazlo.

—De acuerdo. —Me agarró por los brazos—. Tendrás que explicarles lo que pasa.

Me quité a Helen del regazo. Se quedó igual de «muerta» que en

el simulacro y dejó caer un brazo al suelo. Roy me ayudó a incorporarme. La habitación empezó a balancearse y a volverse gris a mi alrededor. Me agarré a algo, creo que al respaldo del asiento, hasta que me sentí lo bastante firme como para arrastrarme por el pasillo.

Antes de llegar a la escotilla, me detuve y me volví hacia Roy.

—Los paramédicos tendrán que acercarse para ayudarlos cuando salgan. La mayoría estarán demasiado débiles como para caminar por su cuenta.

El británico levantó la vista desde su posición junto al marco de la escotilla, con el rifle preparado.

—¿De dos en dos?

Roy asintió.

—Sin heroicidades.

—Entendido.

Avancé hacia la entrada. El británico extendió una mano para estabilizarme. El sol se había puesto en el cielo y lo teñía todo de un precioso color dorado salpicado por las luces rojas y azules de los servicios de emergencia. Las ambulancias se habían multiplicado y también habían llegado coches de policía. Los terraprimeristas habían conseguido sus equipos de noticias. Habían venido las tres cadenas de televisión, además de múltiples estaciones de radio.

Pero no se acercaban demasiado, claro. Todo el mundo se situaba detrás del cordón militar con el que habían cercado el cohete. Cuando me asomé por el marco, todas las armas se levantaron para apuntarme. Tragué saliva antes de hablar.

—Dejarán salir a algunos astronautas como muestra de buena fe. De dos en dos. Los paramédicos pueden acercarse para ayudarlos.

Después me apartaron de la escotilla de un tirón. Las rodillas se me doblaron y caí al suelo de la nave. El británico me agarró y me levantó, pero el cambio repentino fue demasiado y me desmayé.

Cuando desperté, estaba sola con los terraprimeristas en una nave que apestaba a vómito y miedo.

CAPÍTULO 3

UN GRUPO DE TERRAPRIMERISTAS ABORDA UNA NAVE ESPACIAL. LIBERA A 31 DE LOS 32 REHENES «COMO GESTO DE BUENA FE»

Por David Bird

Montgomery, Alabama, 21 de agosto de 1961 — Un grupo perteneciente al movimiento La Tierra Primero aprovechó la oportunidad cuando la Cygnus 14 aterrizó fuera de curso. Los hombres asaltaron la nave y tomaron a 32 astronautas como rehenes. Esta mañana, «como gesto de buena fe», han liberado a todos excepto a una de los astronautas. La última rehén, la doctora Elma York, conocida como «la mujer astronauta», seguirá retenida hasta que se cumplan las exigencias de los terraprimeristas, y ha actuado como enlace entre sus captores y las autoridades.

Han pasado diez horas. La nave estaba a oscuras, salvo por las luces de vigilancia que el equipo de rescate había instalado fuera. Mi aparato vestibular odiaba estar de vuelta en la Tierra con gravedad total. Estaba enferma y me sentía incluso más débil que al aterrizar.

A pesar de mis esfuerzos, me desmayé dos veces más después de que me hicieran caminar hasta la escotilla para exigir de nuevo la presencia del presidente, el secretario general de la ONU y el doctor Martin Luther King Jr.

No vendrían. Lo sabía. Solo era cuestión de tiempo que los terraprimeristas también se dieran cuenta. Se sabía que el presidente Denley había ordenado a las tropas disparar a civiles en la guerra de Corea. No cedería ante las exigencias de aquellos hombres.

Entre los viajes a la puerta, me senté en uno de los sitios libres cerca de la parte delantera del cohete con la cabeza apoyada en las sujeciones para el cuello y traté de echar una cabezadita. Aunque fueran las dos de la mañana y estuviéramos a oscuras, estaba demasiado tensa para dormir, pero, cuando cerraba los ojos, mis captores se relajaban y hablaban con más libertad.

—Joder, qué hambre tengo. —Era el británico, que se llamaba Lysander. Estaba casado con la hermana del hombre de Brooklyn, que era la prima de Roy. No cabía duda de que aquello no había sido planeado. Los hombres estaban cazando, vieron caer el cohete y la ira que habían acumulado durante los últimos diez años los había hecho actuar.

—¿Podría conseguir que nos trajeran comida? —El de Brooklyn me sacudió el hombro.

Esperé a que me sacudiera de nuevo antes de abrir los ojos. Una vez más, aplicaba lo que había visto en el cine, convencida de que fingir estar más débil de lo que ya estaba me ayudaría. Aunque tampoco es que pudiera estar mucho peor.

—¿Qué?

Señaló a la puerta y me lo repitió.

—Diles que nos traigan algo de comer.

Roy negó con la cabeza.

—No seas idiota. Podrían envenenar lo que nos manden.

—Pues pedimos latas. —El de Brooklyn se encogió de hombros —. Una lata de cerdo ahumado y una barra de pan. Haremos unos bocatas.

Al oír la palabra «cerdo», el estómago me subió a la garganta.

Intenté tragar para devolverlo a su sitio.

—¿Puedo ir al baño? Creo que voy a… —Me puse una mano sobre la boca—. Por favor.

Roy me sujetó por debajo del brazo y me llevó hasta el aseo. Estaba optimizado para los viajes espaciales, con un inodoro de vacío y una barra para sujetarse. En la Tierra, funcionaba con la gravedad.

Entré a trompicones y cerré la puerta. Me apoyé en la madera unos segundos antes de caer de rodillas y vomitar de forma espantosa. Odiaba vomitar. Me quedé jadeante y sin fuerzas en el suelo de la diminuta habitación.

Roy aporreó la puerta.

—¿Has acabado?

—¡Casi!

Solo de pensar en tener que levantarme y recorrer otra vez todo el camino hasta el asiento me paralizaba y…

Disparos.

Lo reconozco, chillé. Fuera del baño, solo se oían los estruendos de las escopetas entre la constante percusión de los rifles de asalto. Y a hombres gritando.

Sí, pasé miedo. Estaba aterrorizada. Había servido en la Segunda Guerra Mundial y, aunque se suponía que nunca debería haberme acercado a una batalla, en la realidad, a veces, las misiones de transporte me habían obligado a sobrevolar lugares asediados. Sabía lo que pasaba allí fuera y habría sido una idiota si no hubiera tenido miedo cuando lo único que me separaba de la muerte eran las paredes y la puerta de plástico del baño.

Me agaché, me rodeé la cabeza con los brazos y traté de convertirme en un blanco lo más pequeño posible. Nada más. Esa fue la suma total de mis heroicidades: intentar que no me disparasen.

Los disparos pararon.

—¡Despejado! —repitió una voz masculina tras otra, hasta que uno se detuvo ante la puerta del baño e intentó girar la manilla.

—¿Doctora York? Soy el sargento Mitchell Ohnemus de la

ONU.

—Sí. Un momento.

Me limpié los ojos y me apoyé en la pared para levantarme. Tal vez me había encogido en el suelo muerta de miedo, pero no iban a rescatarme en esa posición. Me costó un par de intentos conseguir la coordinación suficiente para quitar el pestillo.

Afuera, el olor a pólvora se mezclaba con el del vómito y la orina. Me había parecido imposible que el cohete pudiera oler peor y, sin embargo, así era. El joven soldado de la ONU teníala piel blanca y pecosa y las pestañas tan pálidas que debía de ser rubio natural debajo del casco.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Sí, gracias. —Le tendí una mano—. Pero necesitaré ayuda para caminar.

Roy estaba tendido en el suelo y el pecho le sangraba. Entre los asientos asomaba otro brazo extendido en la alfombra, como en una súplica. Alguien gimió. Di las gracias al cielo. No porque sufriera, sino porque estaba vivo.

No tendría que haber acabado así. Por extraño que parezca, creía que, si el presidente hubiera venido, me habrían dejado ir. Si hubiera venido. Pero eso nunca había sido una posibilidad.

Tardaron otras cuatro horas en darme el alta médica y en interrogarme. Y después… Deja que te describa lo maravillosa que resulta una ducha tras tres meses de toallas de lino y champú en seco. Quienes nunca han estado en el espacio no comprenden que el agua es un lujo. Me senté en un taburete bajo el chorro de la ducha adjunta a mi habitación en el centro de aclimatación. Las gotitas me caían por la cabeza y se abrían paso por mi pelo hasta acariciarme la cara y el cuello. El calor líquido me envolvió y se deslizó con una gloriosa sensualidad por mis extremidades.

Tendría que pasar por otro interrogatorio mucho más exhaustivo, pero, de momento, podía quedarme sentada en la ducha. Me incliné hacia delante, apoyé los codos en las rodillas y dejé que el

agua me cayera en cascada por la espalda como un masaje de muchos dedos. Fuera del baño, una asistente esperaba para llevarme hasta la cama de agua, donde mis extremidades doloridas descansarían esa noche. Por mucho que quisiera quedarme bajo el agua para siempre, ya habría más duchas. Y baños. Dios, qué ganas tenía de sumergirme en la bañera y flotar en el agua tibia.

Por el momento, sería un poco desconsiderada con la asistente. Con un suspiro, cerré el agua y presioné el botón de llamada. La puerta se abrió al instante, como si hubiera estado esperando con una mano en el pomo, y…

Nathaniel estaba en la puerta. Me sonrió y fue como ver salir el sol.

—¿Necesita ayuda, señora astronauta?

Extendí el brazo de cuarenta kilos hacia él.

—Quizá necesite que alguien me ayude a quitarme la toalla.

—Déjamelo a mí. —Ya descalzo, Nathaniel entró en la ducha, me cogió la mano y se inclinó para besarme. Habíamos hablado por teléfono después de que me sacaran del cohete, pero hasta ese momento mi marido era solo una fantasía hipotética.

La mano de mi marido era cálida y familiar, desde el callo permanente de sostener el lápiz en el primer nudillo del dedo índice hasta el cosquilleo seco del vello rubio del dorso. Sus labios en los míos eran como un bálsamo, un poco agrietados, pero con un contorno que me era tan conocido que me derretí al sentirlo. Cuando no has visto a la persona a la que amas en tres meses, el primer momento en que volvéis a estar juntos, el roce, el olor, solo la influencia orbital de su presencia te hace sentir que ya no estás perdida en el movimiento sideral.

Todavía estaba demasiado cansada para sostenerme en pie, pero el mundo volvía a estar en su sitio.

—Te he echado mucho de menos.

—Es la primera vez que me ha preocupado de verdad no volver a verte. —Se inclinó hacia delante para coger la toalla de la percha.

—No he corrido peligro real. —Hice una mueca al recordar—. Aparte de durante la entrada en la atmósfera.

Abrió la boca con sorpresa.

—Elma. Seis hombres armados te retuvieron como rehén.

—Bueno, sí. Pero no iban a dispararme. —Quizá deliraba, pero su enfado nunca había estado dirigido a mí—. Eran un grupo de amigos que estaban de caza, vieron una oportunidad de actuar y la aprovecharon.

—O sea, que eran impulsivos.

—Decididos. —Cerré los ojos y recordé los ojos de Roy detrás de la máscara al hablar de su hija—. Tenían familias. Solo querían un mundo mejor para sus hijos.

Reconozco el silencio de desacuerdo de mi marido. Coge aire como si fuera a hablar y después contiene la respiración un segundo. Nathaniel exhaló y me pasó la toalla por la espalda.

—En fin, me muero de ganas de llevarte a casa.

Si estuviésemos en casa, le habría preguntado en qué no estaba de acuerdo, pero me sentía agotada, así que dejé que cambiase de tema.

—¿Qué novedades hay?

—He comprado una alfombra. —La toalla bajó por mis caderas hasta mis muslos—. En realidad, Nicole Wargin la eligió, pero la he pagado con el dinero ganado con esfuerzo.

—¿Se puede ganar dinero sin esfuerzo?

—Sí. Si te pasas el día tumbado. —La toalla recorría los contornos de mi cuerpo mientras hablaba, como si quisiera asegurarse de que era real.

—No dejarán que me tumbe mucho rato. —Podría descansar ese día, pero al siguiente el fisioterapeuta empezaría a poner en forma mi aparato vestibular para reaclimatarme a la gravedad de la Tierra. Gracias a Dios, ya no me costaba tanto como las primeras dos veces. El proceso no era agradable, pero habría acabado en una semana—. ¿De qué color es?

—¿Qué? Ah. La alfombra. Es… ¿rojiza? Estampada. —Se mordió el labio inferior un segundo—. Combina con los cojines del sofá.

Entrecerré los ojos.

—En fin, Nicole tiene muy buen gusto. ¿Por qué decidiste comprarla?

Dobló la toalla.

—La última vez te costaba andar en suelos lisos. Se me ocurrió que la tracción ayudaría.

Mi marido era un hombre muy dulce.

—Podría llevar zapatos en casa.

—Lo sé, pero te gusta ir descalza. —Colgó la toalla con el ceño ligeramente fruncido de preocupación—. Es una alfombra bonita. De verdad.

Me reí y me sentó de maravilla. Acababa de sobrevivir a dos situaciones potencialmente mortales, por no mencionar la vida en el espacio, y nos poníamos a hablar de alfombras.

—Te creo. —Le tomé la mano y miré hacia la puerta—. ¿Me ayudas a llegar a la cama?

Con mucho cuidado, Nathaniel me levantó. Me agarré a su cuello y me colgué de él. Me rodeó con los brazos, y presionó con delicadeza los puntos doloridos de mi columna. La sensación del calor de su cuerpo contra el mío era maravillosa.

Me ardían los ojos y tuve que cerrarlos para contener el anhelo. Recorrió la curva de mi columna con la mano, hasta mis nalgas, y subió por mi cintura. Apretó con suavidad y dio un paso atrás, sin soltarme. Suspiré y dejé que me ayudase a ponerme la bata de hospital y a cruzar la corta distancia hasta la cama de agua.

Los pies me quemaban donde se me habían caído los callos, así que me sentía como la Sirenita caminando sobre cuchillos. Lo gracioso es que tenía callos en el empeine, por los peldaños de anclaje, y en las puntas de los dedos por empujarme en los saltos. Pero ¿los talones? Lisos y delicados como los de un bebé.

Me tumbé en la cama despacio y dejé que me subiera las piernas. Con un suspiro que sonó como si me desinflase, apoyé la espalda en el soporte. Dios, estaba agotada. La cama de agua ayudó, pero nada en la Tierra era cómodo después de vivir en microgravedad.

Di unas palmaditas a mi lado y me deslicé para dejarle sitio a Nathaniel al borde de la estrecha cama. Se colocó junto a mí con

cuidado para que la superficie no me balancease demasiado y me abrazó. Me acarició la clavícula con los dedos y me provocó una oleada de calor.

—Myrtle quiere hacer vino con dientes de león. —Un poco de ruido para llenar el espacio entre los dos. Después de pasar tanto tiempo separados, había muchos pensamientos y palabras embotellados y costaba decidir por dónde empezar o recordar lo que le había dicho y lo que no—. Después del experimento de las pasas, estoy bastante segura de que todos…

—¿Qué experimento?

—Claro. Lo siento, no podía contártelo sin que el Control de Tierra se enterase. ¿Te acuerdas del cargamento gigantesco de pasas que se envió? Las rehidrató y se las arregló para fermentarlas.

—¿Hizo vino? —El colchón de agua tembló cuando se rio—. ¿En la Luna?

—El alcohol es un componente importante de una comunidad funcional.

Nathaniel me besó la mejilla.

—Seguro que sí. ¿Qué tal fue?

—Sabía a jarabe para la tos y trementina.

Soltó un silbido.

—Vaya. Sin embargo, el vino lunar se vendería por miles de dólares aquí en la Tierra.

—Bueno, Henri Lemonte lo destiló y consiguió un brandi bastante respetable. —Arrugué la nariz—. Respetable quiere decir que sabía bien al mezclarlo con zumo, y bien quiere decir que apenas se notaba el sabor.

—Me sorprende que no haya intentado fermentar el zumo de manzana.

—Eso queríamos. El envío de pasas lo solicitó Olga Baumgartner, pero se quedó embarazada y tuvo que volver a la Tierra antes de lo previsto. —Me encogí de hombros lo mejor que pude estando tumbada.

—Ya, lo había oído. —Suspiró—. Alguien tendrá que ser la primera en quedarse allí si queremos tener una colonia

autosuficiente.

—¿Quién quiere que sus hijos sean sujetos de prueba? Ya se montó un buen alboroto cuando empezamos a criar conejos en la Luna. —Los activistas por los derechos de los animales se pusieron furiosos, aunque, citando a mi abuela, «un conejo siempre alimenta»—. Los conejos que trajimos de vuelta sufrieron muchísimo. ¿Quién querría condenar a sus hijos a no volver nunca a la Tierra?

—Tal como van las cosas, quizá no quieran volver.

Suspiré y me acerqué más a él. Eso era justo lo que Roy y sus amigos temían, que se produjera un éxodo de la Tierra que no los incluyera. Y tenían razón, alguien se quedaría atrás, ya fuera por recursos, por cuestiones políticas o por pura terquedad.

No parecía haber una respuesta correcta.

De entre todas las cosas que echaba de menos en el espacio, costaba creer que la reunión de personal de los lunes por la mañana fuera una de ellas. Para ser sincera, no era la reunión en sí lo que echaba de menos, sino la oportunidad de ponerme al día con amigos y colegas. Por no mencionar el café y los dónuts.

Una semana después de regresar a la Tierra, entré en la reunión sintiéndome mucho más segura al caminar. El estruendo de unas cuarenta personas que charlaban junto al café y los dónuts ya mencionados avivaron mis pasos. El cuerpo de astronautas se había vuelto enorme, así que aquello era solo uno de los departamentos, el de los astronautas pilotos. Éramos la «élite», lo que, en realidad, solo significaba que entrenábamos más y, lo que es más importante, que nos daban dónuts de mejor calidad.

Benkoski fue el primero en verme y gritó:

—¡La mujer astronauta ha aterrizado!

La élite no implica necesariamente dignidad. Debí de ponerme tan roja como una bengala. No era la única mujer de la habitación y, sin embargo, el dichoso apodo se me había quedado pegado. La gente me rodeó entre sonrisas y palmadas en la espalda.

Malouf me pasó una taza de café humeante.

—Estuviste increíble. Gérmenes espaciales, ¡ja!

—Helen es la que estuvo increíble. Lo de los gérmenes fue idea suya.

—Cierto. —Chocó su taza con la mía—. Pero a ella ya la he felicitado y tú eres la que se quedó en el cohete.

Clemons entró en la habitación, lo que me libró de ser el centro de atención, y todos nos apresuramos a una coger silla. Leonard y Helen habrían recibido un nivel de atención similar en su reunión del lunes con el equipo de Marte. Por otro lado, muchos iban en el cohete, así que quizá ya habían agotado el tema. Por mi parte, estaba feliz de que nos centráramos en el espacio.

Antes de sentarme, cogí un donut. Me coloqué entre Sabiha e Imogene. Lo que fuera que Clemons estuviera diciendo no pasó del primer mordisco. ¿Sabes una cosa? No se puede freír en el espacio. Un donut es un alimento banal hasta que lo observas de verdad. El glaseado había empezado a cristalizarse después de que el relleno esponjoso absorbiera la humedad del azúcar, lo que dejaba una cáscara dulce que se separaba al morderla para después revelar un interior delicado. Azúcar, levadura, mantequilla y Dios. Dios era parte de aquel dónut.

Imogene se inclinó y murmuró:

—¿Sabe Nathaniel que pones esa cara fuera del dormitorio?

Bufé y me atraganté. La reunión se detuvo mientras Clemons me fulminaba con la mirada y yo me aclaré la garganta. Roja como un tomate, tomé un sorbo de café y carraspeé.

—Lo siento. La gravedad.

Como si aquello tuviera sentido, Clemons asintió y continuó. Era curioso que el director de la CAI nunca hubiera estado en el espacio. Tenía una válvula cardíaca defectuosa, por lo que era probable que no sobreviviera al despegue. Pensé en Roy y en sus amigos y en que el espacio solo sería para un cierto porcentaje de la población. Mucha gente se quedaría atrás por pura necesidad. Sería como un programa de eugenesia auto-seleccionado. Era horrible y, francamente, nunca se me había ocurrido hasta entonces.

Pero ¿qué opción teníamos? Sí, intentábamos reparar el efecto invernadero en la medida de lo posible, pero, para cuando supiéramos si esos esfuerzos habían fracasado o no, sería demasiado tarde para establecer colonias. Suspiré otra vez, dejé el donut y abrí la carpeta para ojear los documentos y comprobar cuál era mi misión.

Clemons siguió hablando, repasando la agenda y explicando sus tareas a cada grupo. Empecé a fruncir el ceño a medida que pasaba las páginas y, cuando llegué a la última, creí que me iba a explotar la cabeza. Mi nombre no aparecía en ninguna parte.

Una de mis responsabilidades cuando estaba en la Tierra era ayudar con la formación de los colonos lunares. Todos los astronautas se turnaban para hacerlo. A cada «tipo» de colono se le asignaban un par de astronautas que les explicaban todo lo necesario para sobrevivir en la Luna. Esperaba que me asignaran un nuevo tipo, pero…

—York. Buen trabajo con los terraprimeristas. Vamos a concederles a usted y a los demás astronautas que iban en ese vuelo una semana de descanso para que traten con la prensa. —No era la recompensa que él creía que era. Clemons dio una calada al puro y cerró la agenda—. Eso es todo. A trabajar. York, quédese un momento.

Asentí con una sonrisa, aunque un gemido se me atascó en la garganta. Odiaba las ruedas de prensa. Sabiha me dio una palmadita compasiva en el hombro.

—Dile que necesito tu ayuda en la preparación del simulacro del autobús lunar.

—Gracias. —Empujé la silla hacia atrás y me levanté para acercarme a Clemons—. No creo que me libre tan fácilmente.

—Vale la pena intentarlo. Además, es cierto.

Me reí. Me costaba creerlo. Sabiha acumulaba muchas más horas de vuelo que yo, pero le agradecía la intención de encargarme algo lejos de la atención pública. Recogí la carpeta y me acerqué a la mesa de delante.

—¿Quería verme, señor?

—Sí. —Exhaló el humo de su omnipresente puro y se formaron algunas nubes alrededor de su rostro que me recordaron al agua en gravedad cero—. ¡Malouf! Cierre la puerta al salir.

Mierda. Sonaba a que estaba en problemas. «2, 3, 5, 7, 11…». Seguro que no era nada.

—York, ha impresionado a mucha gente con la situación de los rehenes. —Clemons bajó el puro—. A mucha gente. Los tipos de relaciones públicas están ansiosos por echarle el guante para entrevistarla. ¿Está dispuesta? No quiero obligarla si todavía necesita tiempo para aclimatarse.

—Gracias, señor. —Ningún astronauta ni piloto que se precie reconocería una debilidad por voluntad propia. Por mucho que odiase lidiar con la prensa, era consciente del valor que tenía para el programa espacial—. Estaré encantada de ayudar.

—Perfecto. —Vació la ceniza del puro en el cenicero de cristal de la mesa—. Esta es la cuestión. El programa espacial se enfrenta a ciertas dificultades y los hombres que la tomaron como rehén son la prueba de ello. Quienes no entienden la importancia del programa presionan al Gobierno para que nos retire los fondos.

—Soy consciente de algunas de las inquietudes.

Asintió.

—Por eso necesitamos buena publicidad. Alguien a quien la gente admire. Usted. —Suspiró—. ¿Recuerda cuando hace años me dijo que debíamos incluir a las mujeres en el programa espacial para demostrar al público que era seguro?

¿Adónde pretendía llegar? Nunca lo había visto tan preocupado.

—Sí, señor.

—Tenía razón. Estaba totalmente equivocado.

Las palabras salieron disparadas de mi cerebro, como si alguien hubiera abierto una esclusa de aire en el espacio.

—¿Gracias?

Resopló y suavizó el gesto con una sonrisa.

—Necesitamos a gente como usted, alguien en quien el público confíe. Así que, por el bien del programa espacial, quiero pedirle que sea la cara de la CAI y, concretamente, que se una a la primera

expedición a Marte.

CAPÍTULO 4

EL HURACÁN CARLA ARRASA TEXAS

Galveston, Texas, 28 de agosto de 1961 — Con una velocidad del viento que alcanza los 280 kilómetros por hora, el huracán Carla es uno de los ocho peores que se han registrado en la costa de Texas desde 1875. Hombres, mujeres y niños han huido antes de la llegada de la tormenta en una evacuación masiva, uno de los mayores éxodos desde el impacto del meteoro en 1952.

Esto nos sirve como recordatorio de que, aunque el ser humano llegue a Marte, todavía quedan fuerzas naturales en la Tierra que no comprendemos ni somos capaces de prevenir ni de controlar. Un huracán libera al menos diez veces más energía por segundo que la que el meteoro liberó sobre Washington D. C. En otras palabras, durante su recorrido llega a liberar la misma energía que diez millones de bombas atómicas. Este hecho impresionante debería servir para que nos mostremos humildes frente a la naturaleza.

Respondí a Clemons con un firme «lo pensaré» y salí de la sala de conferencias. Atravesé el pasillo, bajé las escaleras y fui directa al ala de ingenieros, al despacho de Nathaniel. Alzó la vista de los planos en los que trabajaba con una sonrisa.

La dejó caer junto al lápiz.

—¿Qué ocurre?

«37, 41, 43…». Cerré la puerta despacio. «47, 53, 59…». Igual de despacio, cogí aire y junté las manos con decoro, como mi padre me había enseñado. —Clemons me ha pedido que vaya a Marte.

—¿Qué?

—Ha mencionado problemas de financiación. —Me sentía a varios metros de mi cuerpo, como si lo viera a través de un túnel—. Nicole también lo comentó en la Luna.

—Sí. —Nathaniel arrastró una silla con ruedas desgastada y me pidió por señas que me sentara junto a su mesa—. El presidente Denley no ha hecho todavía ninguna declaración pública, pero, según Clemons, está considerando desmontar el programa espacial, a pesar de los acuerdos con la ONU.

Me hundí en la silla de cuero, que crujió bajo mi peso.

—Eso sería… Clemons me dijo que quería que fuera «la cara de la CAI» y ponerme al frente de la opinión pública. —Me miré las manos, apretadas por la ansiedad—. Incluso admitió haberse equivocado al excluir a las mujeres del programa espacial y que yo tenía razón en que nos necesitaba para demostrar que el espacio era seguro.

Nathaniel silbó.

—No sabía que las cosas fueran tan mal.

—He pensado lo mismo.

Se inclinó y abrió el cajón del escritorio. Dentro había un águila que había empezado a hacer con tarjetas perforadas la última vez que estuve en casa. Se agachó para sacarla, así que no le vi la cara cuando me preguntó:

—¿Quieres ir?

—No lo sé. —Detrás de Nathaniel había un ventilador en una esquina de la mesa que oscilaba de un lado a otro para enfriar la habitación—. O sea, es Marte. Pero son tres años.

—Mínimo. —Dispuso el águila, mis tijeras de coser de latón y un cuenco de pegamento en una fila delante de mí—. Si solo fueran tres meses, ¿querrías ir?

—Sí. Por supuesto.

Me miró.

—¿Y si fueran tres años, pero yo no estuviera en la ecuación?

Inhalé despacio y exhalé.

—Sí. Probablemente. No lo sé. Me perdería la graduación de Tommy. Y el centésimo cumpleaños de la tía Esther. —Necesitaba hacer algo con las manos o me las destrozaría. Sin duda, por eso Nathaniel había sacado el águila del cajón. Busqué una tarjeta usada en la basura. Se sacudió un poco cuando la saqué—. Clemons quiere que yo esté al frente.

—Lo que implicaría cientos de ruedas de prensa. —Hizo una mueca, consciente de mis… peculiaridades.

—Exacto. Además, me costaría mucho alcanzar al resto del equipo. Llevan catorce meses preparándose.

Solo considerarlo ya era una locura, pero el mismo anhelo que me empujó a entrar en el programa espacial daba volteretas en mi corazón como un niño de cinco años en el circo. Podría ir, ver, explorar, volar bajo un cielo diferente.

—¿Tú irías?

—Sí. Si pudiera hacer todo esto desde el espacio. —Señaló la mesa con la mano. Los papeles se apilaban en ángulos desordenados que representaban el interior de su mente en mitad de un proyecto. Había un modelo de una de las segundas naves de la expedición a Marte en una esquina—. Pero todavía no estoy listo para irme.

—No es una mudanza permanente.

—Y quiero esperar hasta que lo sea. —Se inclinó de nuevo y entrecerró los ojos azules—. Es la diferencia entre nosotros. Para mí, un viaje de ida y vuelta serían tres años sin poder hacer lo que amo. Para ti, son tres años haciendo justo lo que amas.

—Y tres años lejos de ti.

—Pero, si yo no estuviera en la ecuación, irías.

—No eres una variable que se pueda eliminar. —Alineé la tarjeta perforada con el resto del águila y los agujeritos parpadearon por la luz al deslizaría en su sitio. Ojalá fuese tan fácil encontrar las palabras. Tenía que haber una manera de seguir aquella conversación y salir del bucle—. Ya ha sido muy duro en la Luna y

solo hemos estado separados tres meses. Y desde allí podíamos hablar de vez en cuando y enviarnos cartas.

Agitó la mano como si eso no fuera un problema.

—El programa tiene un teletipo establecido para los cónyuges y un canal de radio exclusivo. Sí, habría un retraso notable, pero podríamos hablar. Habías pensado en retirarte. Cuéntame otra vez por qué.

Suspiré, pero por eso había acudido a él. Aparte de porque era mi marido y aquella decisión le afectaría directamente. Nathaniel me ayudaba a entenderme mejor a mí misma, a veces solo con sus preguntas.

—Por muchas razones. El recorrido que hago… Soy básicamente una conductora de autobús. Sí, claro, un autobús en el espacio, pero aun así… Quiero hacer algo importante. Lo cual es sumamente banal y egocéntrico, y debería sentirme agradecida por tener trabajo, pero…

Nathaniel se aclaró la garganta y me miró con las cejas levantadas.

Hice una pausa y cerré los ojos. Diantres. Nunca superaría la sensación de que debía disculparme por querer sobresalir. «2, 3, 5, 7, 11, 13…».

—Quiero marcar la diferencia. —No me fulminó ningún rayo. Abrí los ojos y me concentré en las garras del águila, pero avancé a la parte más difícil de la conversación—. Pero si queremos formar una familia…

Se arrancó un hilo suelto de la rodilla de los pantalones.

—Podemos esperar hasta que vuelvas.

—¿Seguro? —Suspiré mientras cortaba la parte sobrante de una tarjeta, que cayó flotando sobre la mesa. Seguíamos postergando el tema de los hijos y teníamos razones de peso, pero si me iba…—. La radiación. El tiempo en el espacio y lo que les hará a mis huesos, incluso con los ejercicios de mejora. Quizá no sea capaz de tener hijos cuando vuelva.

—Si es así y no tiene solución, entonces la raza humana estará condenada de todos modos. —Nathaniel se frotó la nuca y miró al

suelo—. Perdona. He sido un poco brusco. De acuerdo. Digamos que te retiras del programa espacial. ¿Qué harías?

Abrí la boca y, al respirar, el aire trajo consigo una visión de ese posible futuro. Trabajaría en el departamento de informática hasta que me quedase embarazada. Entonces, me despedirían. Cocinaría, limpiaría, criaría a nuestro hijo hasta que alcanzara cierta edad y me haría voluntaria de organizaciones benéficas, como había hecho mi madre. Todo ello sería importante, pero en una esfera muy pequeña y reducida. Las matemáticas, pilotar y el espacio serían puertas cerradas.

—Rayos.

Nathaniel resopló. Se inclinó hacia delante y me puso una mano en el brazo.

—¿Serías feliz?

Deseaba ambas cosas. ¿Por qué no podía tenerlas? Pero tenía razón. No quería renunciar a los vuelos espaciales. Sí, era una conductora de autobús glorificada, pero era un trabajo de una belleza que no existía en la Tierra. Lo de Marte seguía sin estar claro, pero…

—No. —Busqué otra tarjeta perforada para no tener que mirarlo a la cara al admitir mi egoísmo—. Quiero tener hijos, pero la vida que deseo no sería justa para ellos. Si no es Marte, será otra cosa la que absorba mi atención y mi tiempo.

Cogió aire como si quisiera decir algo, pero contuvo la respiración. No lo presioné para que me dijera lo que había decidido callarse y, en su lugar, me concentré en mi manualidad. Digo esto, pero mientras el pájaro tomaba forma bajo mis dedos, era evidente que yo respondía a su silencio, porque coloqué tarjetas perforadas para crear un huevo entre las garras del águila. No obstante, mientras el pájaro tomaba forma bajo mis dedos, fue como si respondiera a su silencio, porque coloqué las tarjetas para crear un huevo entre las garras del águila.

La silla crujió cuando se dejó caer hacia atrás.

—De acuerdo. Los niños quedan fuera de la ecuación. Eso simplifica las cosas. ¿Quieres ir?

—No lo sé. —Tres años. Tres años separada de aquel hombre que me entendía tan bien que no me cuestionaba ni intentaba convencerme de que me equivocaba. A diferencia de en el espacio, aquí mis lágrimas caían, y el águila en mis manos se volvió borrosa.

Nathaniel me la quitó con cariño y me abrazó. En retrospectiva, supongo que el águila había respondido a todas sus preguntas.

Estaba volando, pero volvía la cabeza hacia un lado, como si mirase hacia atrás por encima del hombro. Tenía un huevo entre las garras. El simbolismo era un poco brusco, pero claro.

Incluso después de hablar con Nathaniel, seguía inquieta y no tenía ni idea de qué respuesta darle a Clemons. Como mi marido todavía tenía trabajo, fingí estar bien y él me lo permitió, aunque que no se lo creyó. Salí al pasillo para volver al ala de astronautas y me detuve.

No tenía nada que hacer porque Clemons me había despejado la agenda para que me pusiera al día con Marte. Asumió que diría «sí». Podría adoptar una postura benevolente y pensar que su objetivo era darme espacio para que tomase una decisión, pero no tenía sentido ignorar las experiencias anteriores.

Acuné la nueva águila de tarjetas perforadas en una mano y me dirigí al ala de los astronautas para coger mi bolso. Si no tenía nada que hacer, sería mejor irme. Quizá pasaría por una librería, me iría a casa y hundiría los dedos de los pies en la nueva alfombra.

De camino al despacho, me encontré con Jacira y Parker, que salían con Betty, quien había pasado de ser astronauta a relaciones públicas. A medida que el cuerpo de astronautas crecía, los trabajos se especializaron y Clemons reconoció que tenía más sentido usar a Betty como relaciones públicas que como piloto. Se la veía más feliz así y hacía entrevistas en la Tierra y en el espacio. Saludé a Parker con un gesto seco de la cabeza, pero él me sonrió. Nunca me había fiado de esa sonrisa.

—York, vamos a la entrada a firmar algunos autógrafos. ¿Quieres venir?

Sabía que odiaba firmar autógrafos. A Betty se le iluminó el rostro y se balanceó sobre los dedos de los pies. Detrás de ella, Jacira

me dirigió una mirada y juntó las manos en gesto de súplica. Era difícil decirle que no cuando parecía un cachorrillo desesperado.

—Claro. Dadme un minuto para ir a por el bolso. —Pasé por delante de ellos para entrar en mi pequeño despacho y lo cogí del escritorio. Con cuidado, metí el águila dentro para llevarla a casa.

Cuando volví, Parker tenía las manos en las caderas y levantaba la barbilla.

—*No lo hiciste.*

—*Mach quatro. Honesto*. —Jacira levantó las manos—. *Você pode verificar os logs do computador da minha trajetória, mas isso vai mudar a maneira como viajamos*.

Parker frunció el ceño y sus cejas se juntaron en una línea mientras articulaba una palabra. Después, asintió con decisión y dijo:

—*De que maneira?*

Levanté una ceja.

—¿Ahora hablas portugués?

—Lo intento. —Se encogió de hombros y giramos la esquina en dirección a la entrada del edificio—. Pensé que me sería útil con los miembros brasileños del equipo de Marte. Ahora en serio, ¿Mach cuatro?

—Sí. —Jacira asintió.

—¿Habláis del Tiberius-47? —Me colgué el bolso del codo y me sentí bastante celosa de que Jacira hubiera probado esa maravilla.

—Es una belleza. —Hizo una pausa mientras Parker nos abría la puerta principal—. Estamos probando la eficacia de los arcos parabólicos para recorrer el planeta con un menor consumo de combustible.

Parker nos siguió afuera y dejó que la pesada puerta de cristal y metal se cerrase a nuestras espaldas.

—¿En qué clase de pista puedes aterrizar a esa velocidad?

—Necesité toda la longitud de la… Mierda. —Jacira suspiró y negó con la cabeza—. La niña de la granja Williams ha vuelto.

Tardé unos segundos en recordar qué era «la granja Williams». Un cohete había caído en la granja y matado a la mayoría de los

habitantes. Jacira miraba a una niña con trenzas castañas, vestida con un mono andrajoso, que estaba entre un grupo de niños de aspecto similar.

La había visto antes, pero de esa forma en que ves a la misma gente a diario sin fijarte demasiado. Incluso entonces, cuando Jacira la señaló, no destacaba entre la multitud. Al mirarla, nada en ella indicaba que hubiera vivido una tragedia. Pobre niña.

Betty se giró y nos dirigió una sonrisa deslumbrante, como si no pasara nada.

—Tendremos que tratarla con cuidado. Alguno de los periodistas de fuera la habrá traído como complemento para…

Me separé del grupo y me acerqué a la verja. No soportaba oírla hablar así de una niña cuya familia había muerto, como si fuera una herramienta. Era una cría. «Tratarla con cuidado», y una porra. Crucé las puertas y me abrí paso entre la multitud de periodistas y su séquito. Todos me gritaban.

—¡Doctora York! ¿Qué querían los asaltantes?

—¡Elma! ¿Pasó miedo?

—¿Los gérmenes espaciales son peligrosos?

A aquellas alturas, tenía práctica en ignorar las preguntas, así que seguí adelante y dejé que se apartaran de mi camino. Me acerqué a la chica Williams. Ella levantó la cabecita para mirarme.

Su voz se elevó con el tono agudo de los niños.

—¿Todavía va a ir a Marte?

Asentí con la cabeza, aunque nunca había formado parte de la misión.

—Quizá tú también vayas algún día. ¿Cómo te llamas?

—Dorothy. —Jugueteó con una de sus trenzas. Mientras tanto, a nuestro alrededor, los cámaras nos fotografiaban. Alguien nos grababa, pero por mí podían irse al cuerno; me daban igual. Dorothy ladeó la cabeza, como si lo considerase.

—¿Tendrá hijos en Marte?

La franqueza de los niños. Se me encogió el pecho, como si sus palabras me hubieran dejado sin aire. Era imposible que supiera de mi conversación con Nathaniel. Como si hubiera habido solo una.

Había sido una discusión que se había alargado durante dos años y, aunque parecía resuelta, no me resultaba fácil. Sin embargo, esbocé la sonrisa de rigor, la que pones cuando vas vestida con setenta y tres kilos de traje espacial en la gravedad de la Tierra mientras un fotógrafo te hace una foto más.

Había aprendido a sonreír a pesar del dolor.

—Sí, cariño. Todos los niños que nazcan en Marte estarán allí gracias a mí.

—¿Y los que nacen aquí?

¿Qué pasaba con los huérfanos como ella y con todas las personas que el gobierno no consideraba importantes? Peoraún, si se desmantelaba el programa espacial, ¿qué pasaría con todos los niños como ella, que crecerían en una Tierra moribunda? Me arrodillé ante Dorothy, que había tomado mi decisión por mí, y saqué el águila del bolso.

—Son los más importantes.

Después de hablar con Dorothy y los demás niños, volví a entrar y fui directa a la oficina de Clemons. La señora Kare, su secretaria, levantó la vista de la máquina de escribir con una sonrisa.

—Doctora York, qué alegría tenerla de nuevo en la Tierra.

—Gracias. —Señalé con la cabeza al interior del despacho—. ¿Está aquí?

—Sí, y creo que no está al teléfono. Deje que lo compruebe. —Presionó el botón del intercomunicador—. ¿Señor? York ha venido a verlo.

—¿Cuál de ellos?

—La astronauta.

Lo oí gruñir a través de la puerta y del intercomunicador.

—Que pase.

Incluso después de tantos años, a veces se me humedecían las palmas de las manos cuando tenía que hablar con Clemons. No era racional, pero el cerebro hacía cosas raras. Sea como sea, me limpié las palmas en los pantalones antes de abrir la puerta al interior lleno

de humo de tabaco del despacho.

Clemons tenía un puro en una mano. Se reclinó en la silla y me miró mientras entraba. Su barriga habría crecido con los años, pero su cara no había perdido ni una gota de severidad.

—Siéntese.

—No le robaré mucho tiempo. —Me senté en la silla frente a él, molesta porque ya me estaba disculpando por la intromisión—. Lo haré. Iré a Marte.

Apagó el puro y dio una palmada con una sonrisa, encantado.

—Queridísima Elma, no se hace una idea de lo importante que es esto.

Acababa de conocer a los niños a los que nuestro triunfo o fracaso afectaría directamente. Estaba casi segura de que me hacía una mejor idea de lo que estaba en juego que Clemons, aislado en su despacho.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que sigamos adelante.

—Excelente. —Metió la mano en el cajón del archivador de su mesa y sacó una carpeta—. Le pedí a la señora Kare que le preparase un dosier; esperaba que dijera que sí. Aquí tiene la línea temporal inicial y el plan para que se ponga al día con el resto del equipo.

Revisamos la información y me la explicó a grandes rasgos. Al mirar los parámetros y todo lo que tendría que aprender para ponerme al día, empecé a emocionarme. Llevaba tanto tiempo sin enfrentarme a un reto que la sangre me bullía de excitación.

Hasta que salí del despacho con la carpeta bajo el brazo, abandoné del edificio, me subí al tranvía para ir el centro y abrí el dosier para echarle un vistazo, no me di cuenta de que no le había contado a Nathaniel que ya había tomado una decisión.

Vivir en el espacio por mi cuenta me había hecho olvidar cómo formar parte de una pareja.

CAPÍTULO 5

LOS CLÉRIGOS PIDEN LA PAZ EN CHICAGO

La ciudad se calma mientras los sacerdotes cruzan el distrito negro

Boletín especial para *The National Times*

Chicago, Illinois, 28 de agosto de 1961 — En el barrio del West Side de Chicago, devastado por los disturbios, hoy reinaba la calma, pero la Guardia Nacional ha permanecido alerta en cinco armerías de la ciudad. Varias brigadas policiales armadas han patrullado la zona para evitar que se repitieran los eventos violentos que resultaron en sesenta heridos el viernes pasado por la noche. Las tabernas seguirán cerradas hasta nuevo aviso.

Los líderes del movimiento por los derechos civiles han explicado que la mayoría de los trabajos disponibles en la región son en la industria espacial, mientras que el nivel educativo promedio no va más allá de la educación secundaria debido al alto número de refugiados de la Costa Este cuya escolaridad se vio interrumpida abruptamente por el meteoro. Dado que muchos de estos hombres no están cualificados para trabajar en el campo de la tecnología punta, la tasa de desempleo es del dieciocho por ciento en el distrito. Las organizaciones en la

> comunidad carecen de liderazgo y los grupos marginales militantes, como el movimiento La Tierra Primero, han tratado de llenar el vacío con cierto éxito.

En la colonia comía en la cafetería con el resto de la colonia, pero en casa cocinaba. A veces lo hacía como respuesta al estrés. A veces, cocinaba por estrés un banquete *kosher* completo. Después de hablar con Clemons, hasta preparé una tarta. Cuando Nathaniel llegó a casa, la humedad reinaba en el apartamento, que olía a chocolate, romero, carne y vino tinto. Me senté delante del ventilador y me incliné hacia delante para que el aire refrescara mi escote. Me arrepentí de mi decisión de preparar la cena a la vez que me preguntaba si debía hacer otro plato.

El arrepentimiento se esfumó en cuanto Nathaniel apareció en la puerta y ladeó la cabeza. Inhaló y sonrió.

—¿Has preparado ternera *bourguignon*?

—Y patatas asadas. Y ensalada. —Me levanté y desbloqueé el ventilador para que volviera a girar—. Y galletas.

Dejó el maletín junto a la puerta y colgó el sombrero en el perchero.

—¿He mencionado lo muchísimo que te echaba de menos?

—Le he dicho a Clemons que iré. —Me mordí el labio. Mierda. Quería contárselo durante la cena—. Lo siento.

Nathaniel cruzó la habitación y me cogió las manos. Las apretó con cariño y las observó como si fueran algo extraordinario. Suspiró, pero una sonrisa le suavizó la expresión.

—En fin, ya sabía que irías.

—Lo siento. Todavía estoy a tiempo de echarme atrás.

—Elma, no. —Levantó la mirada y tenía los ojos humedecidos. Me puse a temblar. Me levantó la mano izquierda y me besó el dedo anular—. Estaba seguro de que querías ir, pero estaba esperando a que te dieras cuenta por ti misma. Por si me equivocaba.

—Pero…

Mi marido negó con la cabeza, aún con una sonrisa en los labios, pero tenía los ojos rojos.

—No quiero que te quedes en la Tierra mientras anhelas estar entre las estrellas. Eso no es un matrimonio.

Mi separación física de Nathaniel comenzó casi de inmediato. La formación de la que Helen me había hablado se llevaba acabo en el planetario Adler. Sigo a la espera de que se les ocurra algo mejor que un sextante para navegar por el espacio, pero, sin un campo magnético, dependíamos de las estrellas. Es cierto, contábamos con la UMI, la unidad de medición inercial, pero todavía necesitábamos las estrellas como referencia y, dado que la UMI no eran más que un montón de giroscopios, requería que una persona estudiase previamente el firmamento. Con un sextante.

Además, había que reajustar la UMI cada cierto tiempo en el transcurso de un viaje largo porque los giroscopios se desviaban y, para restaurarla a una alineación estelar precisa, otro astronauta tenía que volver a observar las estrellas. Con un sextante.

Yo sabía usar uno, por supuesto; estaba acostumbrada a hacerlo en el trayecto de la Luna a *Lunetta*, pero las estrellas que necesitábamos para el viaje a Marte eran diferentes. Me uniría a las calculadoras de vuelo y a los pilotos para aprender a reconocer las estrellas del viaje a Marte. Con un sextante.

El resto de las calculadoras y los pilotos ya estaban en Chicago en el Planetario Adler, así que me uniría a ellos tras dos semanas en casa con Nathaniel. Habría preferido pilotar un T-38, pero, al viajar en un vuelo comercial, podía aprovechar el tiempo para estudiar las pilas de documentos que necesitaba para ponerme al día. Aunque no estaba ni remotamente cerca de ponerme al día, para cuando subí las escaleras del Adler al menos ya sabía qué preguntas hacer.

No dejes que el anticuado estilo *art decó* del Adler te engañe. El mármol habría pasado de moda hacía treinta años, pero el planetario en sí era de última generación. Además, me encantan los planetarios.

Suena un poco ridículo, dado que pasaba la mitad de mi vida en el espacio, pero rara vez se veían las estrellas en la Luna. Vivíamos

enterrados en tubos e, incluso cuando no era el caso, había que estar a la sombra de la Tierra para que el cielo fuera lo bastante oscuro. Además, en los planetarios se puede acelerar el tiempo y rotar el cielo a la orientación que desees.

Abrí la puerta con una sonrisa y una abultada carpeta en mis brazos. Betty saltó de la silla y me sonrió.

—¡Elma! Pensé que bromeaban cuando dijeron que te unirías al equipo.

Le di un abrazo rápido.

—Clemons te ha mandado aquí, ¿eh?

Betty asintió y señaló a un fotógrafo que estaba detrás de ella.

—¿Te importa que esté Phil?

—Claro que no. —Saludé al hombre con un gesto de la cabeza y decidí que lo ignoraría. Me acerqué al resto del equipo.

Equipos, más bien. Había una nave de carga no tripulada, la Santa María, pero las dos naves tripuladas eran idénticas la una a la otra, apodadas cariñosamente la Niña y la Pinta. Cada una contaba con dos pilotos y dos calculadoras de vuelo porque a la CAI le encantaba la redundancia. Todos tenían las narices pegadas a las gruesas carpetas que nos había dado la CAI y apenas me miraron cuando me acerqué a saludar.

Derek Benkoski y Vanderbilt DeBeer era los pilotos de la Pinta. Podrían haber sido gemelos, ambos salidos del mismo molde militar de hombros erguidos y mandíbulas cinceladas. No importaba que uno fuera polaco-estadounidense y el otro sudafricano. Las calculadoras del equipo también eran blancas. Se rumoreaba que Sudáfrica había amenazado con retirar la financiación a menos que su gente volara con una tripulación totalmente blanca.

Fuera cual fuera la razón, en la Niña estaban los únicos miembros negros del equipo a Marte, aunque ninguno era piloto. El piloto era Stetson Parker, que se reclinaba en su asiento con las piernas estiradas delante de él. Sostenía un sextante y trataba de equilibrar el dispositivo de bronce sobre la palma de la mano.

El copiloto, Estevan Terrazas, se levantó, pero su sonrisa era algo tensa. Habíamos ido juntos a la Luna y reconocí aquella

expresión. Intentaba mostrase alegre, pero estaba molesto.

—Hola, York.

Le estreché la mano e intercambiamos las cortesías de rigor. No pude preguntarle qué ocurría debido a la presencia de Phil, el fotógrafo. Cuando la prensa estaba cerca, había que portarse bien, incluso si se trataba de la prensa interna.

Florence Grey también estaba en el equipo. Nos conocimos en una fiesta de empresa el año anterior y ambas éramos amigas de Helen. Era una mujer negra y bajita que durante la guerra había descifrado códigos inalámbricos y que tenía la reputación de ser increíblemente rápida como calculadora.

—Florence. ¿Cómo estás? —Le ofrecí la mano.

La miró un momento antes de suspirar y extender la suya.

—Bien. —Luego se volvió hacia su carpeta. Fue un poco grosera.

Eché un vistazo a la habitación.

—¿Dónde está Helen?

Florence cerró la carpeta de golpe.

—¿En serio? —Se levantó y salió de la habitación.

La miré marcharse con la boca ligeramente abierta mientras Phil sacaba fotos. Intenté mostrarme impertérrita y me volví hacia el resto del equipo. Por un breve momento, todos me miraron; luego, centraron su atención en los manuales.

Todos excepto Parker, que tenía una sonrisa retorcida mientras balanceaba el dichoso sextante en la palma de la mano. Me miró y cogió aire para hablar, pero Betty se interpuso entre nosotros. Le hizo un gesto a Phil, que bajó la cámara. Se inclinó y me susurró:

—A Helen la echaron para hacerte un hueco.

La habitación se tiñó de rojo y la piel me empezó a arder.

«Qué narices».

Al parecer, lo dije en voz alta, porque Parker se rio.

—Venga ya, York. Sabes cuál es el peso permitido, ¿creías que te añadirían sin más?

—No sé por qué pensé que Clemons sería sincero conmigo. —Me estaba bien empleado por creerlo—. Os dejo que volváis al

trabajo.

Seguía con la cara como un tomate, aunque no sabría determinar si era por ira o por vergüenza. Debería haberlo sabido. Debería haber imaginado que no podían incorporarme al equipo sin más. En cada nave solo viajan siete personas. Era evidente que no podían añadirme a mí y todos los suministros necesarios para una boca adicional sin prescindir de nada. Para añadir a una calculadora de vuelo habría que eliminar a otra para mantener las ecuaciones en equilibrio.

Di un paso atrás, temblando, antes de salir de la habitación. Maldito Clemons. Debería habérmelo dicho.

—¿Adónde vas, York? —La silla de Parker se movió con un chirrido metálico al levantarse.

—Voy a renunciar para que Helen recupere su puesto.

—Bien. Es lo correcto. —Sus pasos me siguieron por el pasillo alfombrado del planetario—. ¿Quieres que te lleve de vuelta para que el equipo vuelva a estar completo lo antes posible?

Solo lo hacía para molestarme, pero me detuve en el pasillo y me volví para enfrentarme a él.

—Sí. La verdad es que sí.

Parker y yo seguíamos sin llevarnos bien, pero, después de trabajar juntos durante cuatro años, habíamos desarrollado cierto respeto profesional la una por el otro. Cuando terminamos la lista de verificación previa al vuelo y estuvimos en el aire, me había calmado lo suficiente como para recordar que debía ser civilizada.

Sentada en el asiento trasero del T-38, me acompañaban la vista de la parte trasera del casco de Parker y el ruido del viento. Nos había hecho subir por encima de las nubes hasta un cielo azul claro y glorioso. Solté un suspiro lo bastante fuerte como para activar el comunicador y que mi voz le llegase por el micrófono.

—Lo siento. Debería haberlo sabido.

—Sí, deberías. —Imbécil. A ver, estaba en lo cierto, pero no tenía que restregármelo. Su casco giró como si quisiera mirarme por

encima del hombro—. Pero Clemons debería haber dicho algo. Fue una jugada muy sucia.

—No habría dicho que sí si lo hubiera sabido.

—No lo dudo. —Por debajo, las nubes pasaban en un mar de olas blancas—. Lo cierto es que me sorprendió que aceptases bajo cualquier circunstancia.

—¿Ir a Marte?

—Ya habías dicho que no.

Era cierto. Cuando se planteó el programa por primera vez, decidí que me conformaría con la Luna; no quería estar fuera tanto tiempo.

—Es por los recortes. Clemons quiere usarme otra vez.

Parker suspiró y negó con la cabeza.

—Lo ideal sería que el programa espacial lo dirigiera un científico en vez de una panda de lacayos de relaciones públicas y políticos.

—En eso estamos de acuerdo. —Por otra parte, no sabía cuáles serían las consecuencias de dejar la misión. Nada bueno, probablemente, pero no le robaría la oportunidad a alguien que había trabajado duro durante tanto tiempo. Era posible que Reynard me maldijera por ello, ya que volver al equipo alejaría a Helen de él—. ¿Cómo se ha tomado tu mujer todo el asunto de que te marches durante tres años?

Ante mí, la luz del sol se reflejó en el casco de Parker, que se movía de un lado a otro. El aire silbó a nuestro alrededor y arrastró el silencio.

¿En qué momento me había parecido una buena idea hacerle una pregunta personal? Nos respetábamos a nivel profesional, pero nada más.

—No importa. Lo siento. No debería haber preguntado.

Parker se aclaró la garganta y el casco se movió de tal manera que el reflejo del sol bailó por su superficie.

—Me… —Se le quebró la voz—. Me ha animado a ir.

Hablaba con una mezcla de amor y dolor, lo cual me desconcertó, dado que mantenía una aventura con Betty desde hacía

cuatro años.

Esperaba que Parker me siguiera a la oficina de Clemons para ver el espectáculo, pero se desentendió y subió al ala de astronautas de la CAI. Canalicé el aplomo y la fría furia sureña de mi madre antes de entrar al antedespacho de Clemons como si equilibrase un libro sobre la cabeza.

La señora Kare levantó la mirada con una sonrisa.

—¡Doctora York! Creía que estaba en Chicago. —Detrás de ella, la puerta del despacho estaba abierta y Clemons leía una revista con los pies sobre la mesa.

Hablé un poco más alto de lo estrictamente necesario para que me oyese.

—Lo estaba, pero ha surgido algo. ¿El director está disponible?

Bajó la revista y quitó los pies de la mesa.

—Pase.

Cuando lo hice, cerré la puerta tras de mí, por si me veía obligada a levantar la voz. Clemons enarcó las cejas y recogió el puro del cenicero.

—¿Parker le da problemas?

—No, señor. —Escondí las manos tras la espalda en lugar de meterlas en los bolsillos del traje de vuelo—. He venido para presentar mi renuncia.

Le tembló la mano y se le cayó el puro al suelo, que dejó una estela de humo y cenizas, como un cohete moribundo.

—Pero ¿qué…? —Lo recogió—. ¿Qué ha hecho Parker?

—No me ha causado problemas. —Aunque el hecho de que esa fuese la primera idea que saltaba a la mente de Clemons no era un buen presagio para la misión—. De hecho, se ofreció a traerme en avión desde Chicago, lo cual le agradezco. Mi intención es renunciar para que Helen Carmouche recupere su puesto en la expedición a Marte.

Si Clemons hubiera prestado atención alguna vez, sabría que, cuanto más formal y cortés me mostraba, más furiosa estaba.

—No sea ridícula. —Claramente, no había prestado atención.

—¿Ridícula? —Me adelanté y apoyé las manos sobre la mesa. Lo mejor de haber decidido dejarlo era que, por una vez, me daba igual lo que pensara de mí—. Helen Carmouche se ha preparado para esta misión durante más de un año. Es tan buena calculadora como yo. Lo ridículo es sacarla de una misión y reemplazarla por alguien que se pasará todo el tiempo poniéndose al día.

Clemons apagó el puro y levantó ambas manos en señal de súplica.

—Me gustaría que lo reconsiderase.

—No. Definitivamente, no.

—Carmouche aceptó el cambio. —Se puso de pie y rodeó la mesa para mirarme desde arriba—. Hemos acordado que ella y su marido irán en el próximo grupo de colonos, si todavía quiere ir. La necesitamos en esta misión.

—¡Por publicidad! En todos los demás aspectos sería un estorbo porque reemplazaría a una especialista entrenada.

—Sí. —Clemons se abotonó la chaqueta y la desabrochó de nuevo mientras se encogía de hombros—. Soy consciente de los riesgos, pero también de las ventajas. Ya ha marcado la diferencia, ya que los senadores están dispuestos a apoyar la misión. ¿Es consciente de cuántos de ellos tienen hijas en clubes de la Mujer Astronauta por usted?

El pozo de terror se abrió en la base de mi estómago.

—¿Es de verdad una razón suficiente para poner en peligro la expedición y a toda la gente que la compone?

—Ya había dicho que sí. Estaba dispuesta a esforzarse por ponerse al día.

—Porque no me informó de que sustituiría a alguien. —Sacudí la cabeza, pero fue imposible borrar la imagen de Helen emocionada por esta misión—. No es lo que acordamos.

—Si se echa atrás, dará muy mala imagen. Ya lo hemos hecho público. —Clemons se puso las manos en las caderas y, aun sin estar rodeado por la nube de humo, se cernió sobre mí—. Piense en lo que dirá la prensa si la primera mujer astronauta abandona la

misión.

—Jacira fue la primera mujer en el espacio.

—Usted es la primera mujer estadounidense y Jacira se marcha para casarse. —Negó con la cabeza—. Es al Congreso de los Estados Unidos al que tenemos que convencer de que no cierre el programa. Si retiran la financiación, la misión no se llevará a cabo. Y punto.

Apreté la mandíbula, como si así fuera a morderme el corazón y detener su ritmo acelerado.

—Esto no es lo correcto.

—Es necesario.

En ese momento, lo odié porque tenía razón.

Quizá sería distinto si no tuviera un hermano meteorólogo que me mantenía al día del avance del efecto invernadero en la Tierra. Quizá sería diferente si no hubiera vivido en el espacio y visto las nubes y las grandes tormentas causar estragos en nuestras costas.

—Hagamos una cosa. Estoy dispuesta a retrasar mi decisión hasta que haya hablado con Helen.

CAPÍTULO 6

ITALIA SUFRE POR LA OLA DE CALOR

Roma, Italia, 4 de septiembre de 1961 — Se establecerá un racionamiento del agua en Roma, que sufre ante la peor ola de calor y sequía del país en setenta años. Se han atribuido al menos 21 muertes al calor, a las tormentas que lo acompañan y al ahogamiento de quienes buscan un poco de alivio.

Las tormentas eléctricas de ayer dieron un respiro del calor a algunas áreas, pero no a Roma. Los rayos mataron a varias personas y a docenas de animales de granja y causaron varios incendios. La compañía del agua de Roma anunció un programa de racionamiento rotativo que privará de agua a todos los hogares durante la mayor parte de una jornada de la próxima semana.

Clemons miró al suelo y la piel del cuello se le enrojeció donde rozaba con la camisa. Asintió con decisión y se volvió para recoger el puro y la revista de la mesa.

—Use mi teléfono.

—Iré a su casa y…

—Por favor. —La súplica me sorprendió, y enmudecí. Clemons me enseñó la portada de la revista. La revista *Time* mostraba una enorme representación artística de Marte junto con una sola palabra: «¿Por qué?»—. Si decide no ir, necesito saberlo de inmediato porque

harán falta todos los recursos de la agencia para impedir que el asunto implosione.

Tragué y asentí, pero no me iba a echar atrás.

En cuanto salió de la habitación, cogí el teléfono y llamé a casa de Helen. Enrollé el cable con los dedos y me apoyé en la mesa, incapaz de sentarme en su silla. A veces tenía un sentido del decoro muy extraño.

El teléfono sonó tres veces antes de que Helen contestara.

—Residencia Carmouche. Al habla Helen Carmouche.

—Hola. Soy Elma. —Me aclaré la garganta en el silencio de la línea. El ligero crujido de la estática respondía un sinfín de preguntas—. Me acabo de enterar de que te han echado, pero Clemons me ha dicho que estabas de acuerdo. ¿Lo estás de verdad?

—Así puedo pasar más tiempo con Reynard.

—Pero has trabajado muy duro. —Le di tiempo para responder, pero solo los débiles sonidos de su respiración me hicieron saber que la línea seguía abierta—. Le he dicho a Clemons que no iré a menos que estés de acuerdo.

—Sí. Claro, Elma. Tienes mi permiso. —Cuando Helen se alteraba, recuperaba el acento taiwanés. Cuando se enfadaba, sonaba como una aristócrata del Atlántico Medio. En ese momento, hablaba con la Katharine Hepburn de la rabia.

—De verdad, si no te parece bien, renunciaré. De hecho, ya le he avisado de ello.

—¡Por el amor de Dios! Te he dicho que estaba de acuerdo. Te doy permiso para que vayas. ¿Quieres que te diga que estoy contenta? No lo estoy. Eres mi amiga, pero no mentiré para que te sientas mejor.

—Lo siento, no quería… Le diré que no iré.

—Eso sería sacrificar una pieza sin ningún motivo. —Helen suspiró y parte de la ira desapareció de su voz—. Ya has salido en todos los periódicos. Si te retiras, será un escándalo y el programa perderá el apoyo. Entiendo la situación, pero no me parece bien.

—Podemos darle la vuelta. Destacaremos tus horas de entrenamiento y el hecho de que estás más cualificada.

—Sé realista. Esto no tiene nada que ver con el entrenamiento. —En sus palabras, escuché el eco de Roy y los terraprimeristas—. Conozco mi sitio en los Estados Unidos y en la industria espacial. Si cedo, me pondrán en la segunda oleada de naves. Si me hubiera negado, habrían encontrado la manera de echarme del programa de forma permanente y me habrían reemplazado de todas formas. Pues claro que dije que sí, y lo hice con una sonrisa. Era la única respuesta inteligente.

—Pues usaremos el hecho de que, al parecer, soy imprescindible. Le diré a Clemons que no iré si tú no vas.

En cuanto lo dije, me vinieron a la cabeza todas las razones por las que esa idea no funcionaría. Las dos conocíamos las limitaciones de las naves, pero Helen las expresó en voz alta. Podía captar el desdén en su respiración.

—No se puede añadir a otro miembro al equipo por los recursos adicionales necesarios y el peso que añadiría.

—Pero… —Me callé, sin saber cómo responder. Tenía que haber alguna manera de conseguirlo.

—Tendrían que reemplazar a alguien más y, gracias, pero no. No quiero ser la que hizo que echaran a otro miembro de la misión. Eso dejaría al equipo con dos personas a las que odiar.

Incliné la cabeza sobre el pecho, hundida por el peso de sus palabras.

—Lo siento.

—Lo sé. —Esas dos palabras contenían muchas más. «Sé que te arrepientes. Sé que no quieres que te odie. Sé que nada va a cambiar»—. Esperaré. No es justo, pero al menos es una estrategia a la que estoy acostumbrada.

Eso hizo que me sintiera aún peor.

En cuanto dije que sí, el departamento de publicidad de la CAI se puso a trabajar a toda máquina. Quizá ya lo habían planeado o quizá fuera por la revista. Revistas, más bien, porque *Time* no había sido la única que había publicado artículos negativos. La oposición al

programa espacial no era tan evidente desde la Luna, donde no recibíamos precisamente la prensa diaria.

Fuera cual fuera la razón, dos semanas después me encontraba en Los Ángeles, en los camerinos del programa *The Tonight Show* con Stetson Parker.

Me había tomado un Miltown en el hotel. En ese momento, miraba a la pared y recitaba en silencio la secuencia de Fibonacci para intentar calmarme. Al menos, ya no vomitaba. Casi nunca.

«1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89, 144…».

Detrás de mí, Parker caminaba en círculos y sacudía las manos como si tratara de devolverles la sangre. Un ayudante con un portapapeles nos esperaba con un auricular gigante en la oreja, como si estuviera en el Control de Misión.

«233, 377, 610, 987, 1597, 2584, 4181, 6765…».

El hombre del portapapeles se acerco y susurró:

—Le toca.

En el plato, Jack Paar dijo:

—Por favor, denles la bienvenida a mis siguientes invitados, el coronel Stetson Parker y la doctora Elma York.

Me aparté de la pared a tiempo de ver cómo Parker esbozaba una sonrisa perfecta. Me indicó con un gesto que pasara delante.

—Las damas primero.

Mi sonrisa me parecía frágil y falsa. Mientras la tela de la falda me cosquilleaba las piernas, salí a los focos y los aplausos. Detrás de los bancos de luces y cámaras, el auditorio estaba lleno de personas reales y, más allá de ellas, había millones de espectadores sentados ante sus televisiones.

«10946, 17711, 28657…».

El señor Paar me estrechó la mano y luego la de Parker. Pasamos por el ritual de sonreír y saludar a la audiencia antes de sentarnos en los sillones de cuero a juego con el del presentador. Había un micrófono plateado en el suelo entre Parker y yo y crucé las piernas con cuidado para no golpearlo con los tacones.

Jack Paar se ajustó la corbata de marca que lo caracterizaba y se inclinó hacia nosotros como si fuéramos las únicas personas de la

sala.

—Muchas gracias a los dos por acompañarnos. Tengo que confesar que, en el fondo, aún tengo cinco años. Sé que es obvio, pero necesito preguntarlo. ¿Los dos han estado en la Luna?

Parker se rio. Tengo que reconocer que su risa es bonita.

—A mí también me cuesta creerlo. Hay días en los que tengo que pellizcarme.

—Doctora York, usted vive en la Luna, ¿no es cierto?

—Así es, vivo en la colonia lunar unos seis meses al año.

—Debe de ser fascinante. —Jack Paar se acercó más, con la sonrisa fascinada de un niño en el rostro—. ¿Cómo es?

—Se parece a vivir en la Tierra más de lo que imagina. Piloto una de las naves de transporte que traslada a geólogos y mineros a varios enclaves. Sigo una ruta regular, así que, en realidad, no es muy distinto de conducir un autobús.

A mi lado, Parker se rio.

—No deje que la doctora York se menosprecie. Pilotar una de esas naves requiere mucha habilidad debido a los mascones, concentraciones de masa.

Jack Paar levantó una ceja casi hasta la línea del pelo.

—¿Y qué son? ¿Grupos de fanáticos?

Le agradecía haberme hecho reír, aunque fuera por un chiste malo, porque, si no, me habría quedado con la boca abierta ante el cumplido de Parker.

—Concentraciones de masa, no de masas. Hay zonas localizadas en la Luna donde las rocas tienen mayor densidad, lo que hace que la nave se descienda inesperadamente.

—Un segundo, ¿hay sitios en la Luna donde hay más gravedad?

Asentí.

—También en la Tierra, pero tan ligeros que no los notamos. Es una de las razones por las que los trayectos en la Luna no se pueden automatizar; los cálculos son demasiado complicados para un ordenador que tendría que ser lo bastante pequeño como para caber en la nave. —Como si a alguien le interesasen los cálculos. Estaba allí para ensalzar las ventajas del programa de Marte—. Sea como

sea, la colonia lunar nos da una idea de cómo será la de Marte. Se parece mucho a lo que debieron de sentir los primeros colonos en los Estados Unidos.

—¿Es cierto que hay un museo de arte lunar en la colonia?

—Así es. —Sonreí con más ganas, hasta que sentí que se me iba a rasgar la piel—. Aunque, en total, no es más que un metro y medio de armarios. Tenemos una pequeña exhibición giratoria creada por los colonos con esculturas, textiles y dibujos.

Parker esbozó también su sonrisa de lameculos.

—Es cierto. Lo visito cada vez que voy a la Luna. Me ayuda a darme cuenta de que la humanidad prosperará entre las estrellas. El impulso de crear arte es uno de los rasgos más definitorios del ser humano.

—Qué ganas de ver cómo Marte inspirará a los artistas. —¿Se podía ser más ridícula? Pero era lo que me habían pedido. Se me revolvía el estómago con cada sonrisa y, por una vez en la vida, no era solo por la ansiedad. Era por la manera en que me estaban utilizando.

—Ahora me gustaría hacer una pregunta más seria, si me lo permite. Doctora York, en su regreso a la Tierra un grupo de terroristas secuestró su nave. ¿Cómo fue la experiencia?

—No eran exactamente terroristas, solo un grupo de hombres que estaban de caza que… —Me retuvieron a punta de pistola—. Estaban preocupados por quedarse en la Tierra.

Parker intervino y se inclinó hacia delante con los codos en las rodillas y los dedos juntos, como un rabino pensativo.

—Esa es una de las cosas que más me gustan de trabajar en la CAI. Salimos al espacio para allanar el camino a los demás. En los tiempos del Lejano Oeste, a nadie se le habría ocurrido cruzar el país llevando a la abuela en un carromato, pero, ahora, puede ir a cualquier parte. Pasa lo mismo en el espacio.

—Exacto. Nuestra misión es conseguir que el espacio sea seguro para las abuelas. —Cuando soltaba tonterías de este tipo, nadie diría que tenía un doctorado en física y otro en matemáticas. Aunque quizá fuera una oportunidad para dirigirme a las personas como

Roy, que temían quedarse atrás—. Es un trabajo de equipo. Hay gente de todo el mundo trabajando en el programa espacial. Por ejemplo, Helen Carmouche es una calculadora de vuelo originaria de Taiwán. Ella tuvo la idea que sacó a todo el mundo sano y salvo de la Cygnus 14.

—Y tú ejecutaste esa idea. —La sonrisa de Parker era cegadora —. Por eso tenemos tanta suerte de que vayas a Marte con nosotros.

Imbécil.

—Solo soy una parte pequeña de un equipo más grande. Tenemos a Kamilah Shamoun, de Argelia, Estevan Terrazas, de España, y Rafael Avelino, de Brasil, solo por nombrar a algunos.

—Quería dirigirme a las cámaras y apelar directamente a Roy, que estaría en prisión en algún lugar del país, y decirle: «¿Lo ves? No son solo los blancos. Todos trabajamos juntos». En vez de eso, dije: —Es como una Exposición Universal voladora.

Eso hizo reír al público. Genial. Tres hurras por mí. Parker se rio con ellos y se inclinó hacia Jack Paar.

—Y, por supuesto, todos los que forman parte de la misión son expertos en más de un campo.

Jack Paar alzó las cejas.

—¿De veras? ¿Y cuál es el suyo?

—Soy el comandante de la misión, pero también soy piloto y lingüista. —Parker me señaló con el pulgar—. La doctora York es física, calculadora y piloto. Una triple amenaza. Si supiera jugar al ajedrez, sería el paquete completo.

Mantuve la sonrisa y me reí con ellos. Por supuesto, Helen jugaba al ajedrez. Yo no.

Debería haber vuelto al hotel a estudiar tras terminar el programa, pero ¿cómo iba a estar tan cerca de mi hermano y no visitarlo? Cuando el servicio de coches nos dejó a Parker y a mí en el hotel, Hershel ya me esperaba con Tommy en uno de los sofás de terciopelo del vestíbulo. Mi hermano no había cambiado demasiado desde que nos habíamos visto en el Rosh Hashaná, pero Tommy

había crecido un poco. Supongo que esa era la diferencia entre los dieciséis y los diecisiete años. Su cara todavía conservaba la suavidad de la niñez, pero su mandíbula empezaba a cuadrarse con las mismas líneas que la de mi padre.

Mi sobrino se levantó de un salto con una sonrisa de cachorrillo. Cruzó la sala para abrazarme mientras Hershel se peleaba para ponerse de pie con las muletas.

—¡Tía Elma! —Tommy me hizo retroceder un paso con su entusiasmo. Por favor, Dios, que mi querido niño nunca pierda la alegría.

«Mi querido niño». Por un segundo, el recordatorio de que nunca tendría un hijo de mi propia sangre me cegó y me aferré a mi sobrino con una fuerza innecesaria.

—Hola, tigre. —Lo solté y me volví hacia Parker, que se había detenido a mi lado—. Deja que te presente a…

—¡Toma ya! ¡Es Stetson Parker!

Parker esbozó su sonrisa zalamera.

—Así es. —Le ofreció la mano y se saludaron como hombres—. Debes de ser Tommy.

Casi me caí de espaldas. No recordaba haberle hablado nunca de mi sobrino. Sí. Lo había hecho. El simulacro de muerte. Todos los astronautas habían establecido qué hacer en caso de que muriéramos en las misiones lunares. Habíamos detallado a quién contactar y en qué orden, así que Parker sabía quién era Tommy igual que yo sabía que sus gemelos se llamaban Elmer y Watson.

—Sí, señor, lo soy. —Tommy aún le daba la mano a Parker y el pecho se le había hinchado hasta tres veces su tamaño habitual al pensar que le había hablado de él.

Hershel se acercó a nosotros con el ligero chasquido de los refuerzos de sus piernas.

—Tommy, seguro de que el coronel Parker tiene cosas que hacer.

—Por desgracia, sí. —Parker retiró la mano y fingió una sonrisa apenada muy convincente—. Y seguro que querrás pasar un rato con tu tía.

Tener un hermano que ha sobrevivido a la polio hacía que me fijase en ciertos detalles. Parker no miró las muletas de Hershel ni los refuerzos de sus piernas. La mayoría lo hacía y, después, le dirigía una mirada de compasión. Parker, a pesar de todos sus defectos, trató a mi hermano con absoluta normalidad.

Después de guiñarle un ojo a Tommy, se alejó de nosotros como el gran héroe americano. Por encima del hombro, nos llamó.

—No la entretengáis demasiado; tiene deberes y mañana hay clase.

Capullo. Era cierto, pero innecesario. Me volví hacia mi familia.

—¿Vamos al restaurante? Me muero de hambre. —Y me vendría bien una copa. Menos mal que el restaurante seguía el horario de Hollywood.

—Por mí, perfecto. —Hershel se balanceó a mi lado hacia el puesto de la encargada al lado del vestíbulo—. La tía Esther te manda recuerdos. Doris también.

—Mamá no podía venir porque Rachel está castigada. —Tommy negó con la cabeza e intentó parecer serio, como un adulto—. Por fumar.

—¿Cómo? —¿Mi sobrina de trece años fumaba?

—Tommy. —Hershel frunció el ceño y miró a su hijo por encima de las gafas—. No te corresponde contarlo.

—Solo es la tía Elma.

Hershel se aclaró la garganta.

—No sé si tu hermana diría lo mismo.

El proceso de encontrar asiento en el restaurante retrasó la inmensa lista de preguntas que tenía. Era incapaz de imaginar a mi sobrina con un cigarrillo. ¡Tenía trece años! No, catorce. Aun así. Dios. Tendría quince años cuando nos marchásemos a Marte y dieciocho cuando volviera a casa. Tommy estaría en la universidad.

—Elma. —Hershel me puso una mano en la muñeca—. ¿Qué pasa?

—¿Qué? —Pestañeé para volver a la realidad. Me picaban los ojos—. Ha sido un día largo.

Miró a mi sobrino de reojo. No sé si me sentía aliviada de que

Tommy estuviera allí, porque de ese modo Hershel no podía interrogarme, o decepcionada por no poder contárselo todo a mi hermano. En realidad, ¿qué había que contar? Nathaniel y yo no íbamos a tener hijos y dudaba que aquella decisión fuera a sorprender a nadie, y menos aún a mi hermano.

Hershel se metió la mano en el bolsillo.

—Tienen una gramola. Tommy, ¿qué tal si eliges una canción?

Como un conejillo, cogió las monedas de diez centavos y salió disparado. Hershel se volvió hacia mí.

—¿Y bien?

Suspiré y negué con la cabeza.

—Me conoces demasiado bien.

—Y sé que me das largas. No tardará en volver.

—Acabo de darme cuenta de cuánto crecerán mientras no esté. —Me encogí de hombros e hice girar el vaso de agua sobre la mesa —. No había hecho las cuentas.

—Es la primera vez que te escucho decir que no habías hecho las cuentas.

Le saqué la lengua. Muy adulto por mi parte.

—Ya me cuesta procesar lo rápido que crecen, y no me he perdido tres años. Por cierto, ¿qué pasa con Rachel?

Miró por encima del hombro a Tommy, que leía la información de todas y cada una de las canciones de la gramola.

—No lo sabe todo. La pillamos fumando marihuana.

—¿Y no me lo habías dicho?

—Fue ayer. —Se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz —. Hay un chico, al que no he matado.

—Yo podría.

Se rio.

—Tendrías que pillarlo antes que Doris. Como sea, es de último año y, al parecer, muy guapo y tiene coche. Le ofreció llevarla a casa después del ensayo de la banda.

Me quedé fría.

—No habrán… Ya sabes.

—No. Por eso sigue vivo. —La música empezó a sonar y

Hershel miró por encima del hombro—. Se acabó el tiempo. Ten en cuenta que Rachel estará castigada todo el tiempo que pases fuera.

Asentí y me tragué la angustia mientras Tommy volvía al ritmo de la música. Había elegido «Sixty-Minute Man». Odiaba esa canción.

CAPÍTULO 7

EL GASTO ESPACIAL SE CONSIDERA EXCESIVO

Clemons emprende una batalla por el presupuesto. Las reducciones sugieren una prioridad en los recortes fiscales

Por JOHN W. FINNEY
Boletín especial para *The National Times*

Kansas City, Kansas, 4 de diciembre de 1961 — La Coalición Aeroespacial Internacional lanzó hoy una petición ante un Congreso escéptico de una contribución de 5 700 millones de dólares para el presupuesto espacial de las Naciones Unidas y advirtió de que cualquier recorte sustancial pondría en peligro la expedición tripulada a Marte.

Se ha extendido la duda, que roza la resistencia, sobre la posibilidad de conceder a la agencia otro aumento de presupuesto, y los miembros del Congreso afirman que los Estados Unidos ya han costeado una parte desproporcionada de los gastos del programa espacial. El origen del escepticismo nace de una combinación de factores que van desde preocupaciones

tan terrenales como los recortes fiscales hasta la preocupación por los objetivos nacionales en el espacio.

Al parecer, era demasiado pedir que me dejasen concentrarme en preparar la misión. En vez de eso, durante los últimos tres meses había tenido que engullir un sinfín de carpetas de la CAI mientras fluctuaba entre el entrenamiento y las oportunidades publicitarias.

Estaba estudiando geología en una de las aulas con el resto del equipo. Tenía delante una caja llena de rocas con números pintados. No sería suficiente decirle al Control de Misión que habíamos encontrado algo rojo y desmenuzable en Marte. Teníamos que ser capaces de decir que era un material hipidiomorfo granular, porfiroide, con fenocristales rojos de grano medio.

Leonard estaba en su salsa. Recogió la caja de minerales que le dio el instructor con una sonrisa de oreja a oreja. Se inclinó hacia mí con un trozo de roca roja en la mano.

—¿Vas bien?

—Lo intento. —Puse una mueca al mirar la hoja de evaluación que se debía rellenar. Había muchísimo que memorizar para cada tramo del viaje.

—Vale, a ver. —Señaló una línea roja profunda en la roca que yo estaba observando—. Esto es piroxeno. Creemos que podríamos encontrarlo en…

Unos golpecillos en la puerta lo interrumpieron y Betty asomó la cabeza.

—¡Hola! Siento interrumpir, pero tengo que llevarme a Elma un segundo.

—Me alegro de que alguien la necesite —masculló Florence sin levantar la vista del cuaderno.

Suspiré y apreté la roca que tenía en la mano como si fuera un escudo protector.

—¿No puede esperar?

—Lo siento. Es la BBC. No tardaremos mucho, lo prometo. —Se adentró un poco más en el aula y llamó la atención de Parker con un guiño—. Luego la pones al día, ¿vale?

Se encogió de hombros como respuesta. No estaba segura de si eso significaba que sí o que le daba igual.

—¿No les gustaría hablar con otra persona? —¿Por qué siempre tenía que ser yo?—. Leonard, tú ya te sabes todo esto.

—Quieren fotografiarte con Nathaniel. —Betty hizo una mueca de disculpa—. Lo siento. Estamos usando el enfoque de marido y mujer.

Florence se inclinó hacia Leonard. No creo que quisiera hablar tan alto como para que la oyera, pero lo hice.

—Al menos, esta vez no puede usarnos de escudo.

Dejé la roca en la mesa.

—¿Qué significa eso?

Frunció los labios y se volvió para mirarme con sus ojillos color avellana sobre una larga nariz aristocrática. Llevaba el pelo oscuro alisado y el elegante corte enmarcaba su desaprobación.

—¿Seguro que quieres tener esta conversación ahora?

—Es ahora o en el espacio. Mejor ahora.

«2, 3, 5, 7, 11…».

—De acuerdo ¿«Una Exposición Universal en el espacio»? Por favor. Hay seis astronautas de color en todo el programa.

—Lo sé. Y quería homenajearos. Había mucha discriminación en los inicios de la CAI y trabajé muy duro para…

—¿Tú trabajaste duro? —Resopló y miró a Leonard—. ¿Y yo no? ¿Leonard, Ida, Imogene, Eugene y Myrtle no han trabajado duro? ¿Ni Helen?

—¡Pues claro que sí! —«13, 17, 23…». Respiré despacio y traté de ignorar el hecho de que toda la sala nos miraba—. Por eso hablo de que estáis aquí, para que no os releguen a un segundo plano. Solo intento ayudar.

—¿Sabes qué ayudaría? Que aprendieras a hacer tu puñetera trabajo. —Miró las rocas de la mesa—. Corre, no querrás hacer esperar a los fotógrafos.

Se me ocurrieron media docena de respuestas posibles, pero me mordí la lengua y me levanté.

Es curioso. No tiene que gustarte una persona para que trabajéis

bien juntas. De hecho, en muchos sentidos, serás más eficiente si te emparejan con alguien cuya compañía no disfrutas, ya que compartiréis el objetivo de terminar lo antes posible para minimizar el contacto. Si trabajas con alguien que te cae bien, hay más posibilidades de ponerse a bromear o a hacer el tonto.

Según este criterio, me podrían emparejar de manera eficiente con la mitad del equipo de Marte. Quizá era una exageración, pero tenía la sensación de que todo el mundo estaba enfadado conmigo. En realidad, no los culpaba. Ya era bastante malo que me hubiese unido tarde al equipo y hubiera mil cosas con las que tenía que ponerme al día, pero la manera en que me paseaban, como si fuera un caballo de exhibición, solo empeoraba las cosas. No era lo que un astronauta que prepara una misión debería hacer. Implicaba que los demás tenían que cubrirme. Más aún.

Mientras recorríamos el pasillo, lejos de la clase, Betty me miró.

—¿Estás bien?

—¡Claro! —triné.

—He intentado posponerlo. De verdad.

—Lo sé. Es que ya me cuesta ponerme al día.

Betty asintió con una mueca.

—Rechazo casi todas las solicitudes de entrevistas, lo creas o no. Pero…

—Lo sé. Para esto estoy en el equipo.

Me condujo a la sala que el departamento de relaciones públicas había elegido para maquillaje y vestuario. Con un suspiro, me senté frente al espejo y dejé que fueran otras las que se preocuparan por mi maquillaje y mi pelo mientras yo me concentraba en mi carpeta de documentación, sin la ventaja de las muestras de rocas.

En Marte tendríamos que saber cómo buscar flujos de agua potenciales. Se podrían identificar por pequeñas laminaciones o estratificaciones cruzadas que mostrarán geometría de festón a causa del transporte en las ondulaciones subacuáticas.

Me froté la frente y la maquilladora me apartó la mano con suavidad.

—No lo emborrones.

—Claro. —Mis prioridades estaban patas arriba. En el espejo, parecía que fuera a una fiesta con un traje de vuelo. El pelo me caía en unos rizos suaves y definidos que jamás habrían sobrevivido si hubiera estado trabajando. En los simulacros y en la Luna, me lo apartaba de la cara con un pañuelo, pero la veracidad no era la imagen que le interesaba a la publicidad.

La maquilladora giró la silla para liberarme y, como un sabueso entrenado, seguí a Betty por el pasillo hasta el ala de ingeniería. Enfadada como estaba, me sentí más ligera cuando doblamos la esquina hacia el despacho de Nathaniel.

Alguien lo había limpiado. Había una orquídea en el escritorio y una lámpara calentaba la esquina junto a la mesa de dibujo. Sin embargo, no le habían hecho cambiarse de ropa. Llevaba su chaqueta de *tweed* y una corbata azul lisa que… Pensándolo bien, no reconocía la corbata, pero le realzaba los ojos, que se iluminaron al verme.

—Hola, doctora York.

—Buenos días, doctor York.

Contuve las ganas de besarlo en la mejilla, no por el fotógrafo y el periodista, sino porque no quería dejarle un gigantesco manchurrón rojo en la cara.

El periodista, un hombre blanco de unos cincuenta años, se apoyó un cuaderno en la panza mientras garabateaba.

—Trataré de no robarles mucho tiempo. Jerry, ¿cómo los quieres?

—Naturales. ¿Cómo suelen trabajar juntos?

No lo hacíamos. Al menos, no aquellos días. Miré a Nathaniel y me encogí de hombros.

—¿En qué estás trabajando?

—Pues… —Se acercó al escritorio y se sentó. El cajón chirrió al abrirlo—. Revisaba los planes de vuelo de las naves de suministros de Marte.

Mientras ponía la carpeta en la mesa, me coloqué detrás de él. Me incliné sobre su hombro para estudiar las ecuaciones y de nuevo me sentí fuera de onda. Le apoyé una mano en la espalda y fruncí el

ceño mientras intentaba averiguar qué era «AMz al cuadrado».

Un *flash* se disparó.

—Intenta parecer feliz. —Jerry, el fotógrafo, se acercó un poco más. Detrás de la cámara, el pelo lacio y oscuro se le pegaba a la frente.

Sonreí. La dichosa sonrisa prefabricada. ¡Todo es maravilloso y me encanta el espacio exterior! ¿A ti no?

Otro *flash*. No veía los números en la página por culpa de las manchas púrpuras que flotaban ante mis ojos. Otro *flash*. «2, 3, 5, 7…».

—Doctora York, Elma. ¿Puedo llamarte Elma? —No esperó a que le respondiera. Se acercó y dio una palmadita en el borde del escritorio—. ¿Qué tal si te sientas en la mesa? Me encanta el traje que llevas y no se ve bien detrás de tu marido. Nathaniel, ¿verdad? Perfecto, aquí. Eso es. Genial.

Me senté sobre el escritorio, lo que me complicaba mirar las ecuaciones, pero no era más incómodo que estar en una de las primeras cápsulas.

—¿Podríais hacer algo más científico? —El periodista se adelantó y dio golpecitos con el lápiz en su cuaderno—. Así parece que hagáis la declaración de la renta.

Nathaniel miró las ecuaciones, que eran bastante «científicas», y se rascó la nuca.

—Pues acabo de enviar todos los modelos para las pruebas del túnel de viento. ¿Saco unos planos?

—¿Qué tal esto? —Betty sacó una tarjeta perforada de una caja que estaba en el borde de la mesa.

—No. —Nathaniel se la quitó de la mano—. No desordenes la secuencia.

Los ojos del periodista se iluminaron al ver la tarjeta e ignoró por completo lo que había dicho Nathaniel.

—¡Es perfecto! Mejor que un modelo, eso lo puede montar cualquiera. Pero ¿programar un ordenador analógico? Eso es ciencia con *c* mayúscula.

Jerry nos enfocó con la cámara.

—¿Por qué no se la enseñas a tu mujer, Nate? Como si se lo explicases.

Nathaniel me miró y alzó las cejas, como si tratara de descubrir si iba en serio. No era peor que empolvarme la nariz en un T-38.

Me acerqué a él y contuve la risa.

—Sí, cariño. Explícame esa pieza crucial de programación que tienes ahí. —Agité las pestañas.

Nathaniel soltó una carcajada con la tarjeta sujeta en la mano, como si por sí misma valiera para algo. Era una parte diminuta de un programa muchísimo más grande, que por su cuenta era tan relevante como un tornillo. Una nave espacial podría desmoronarse sin él, pero no la definía.

La cámara zumbaba y destellaba y me pilló con una sonrisa desprevenida y no reglamentaria. Fue la foto que usaron, con el título «La alegría de los viajes espaciales».

Sin embargo, mientras nos reíamos de la ausencia total de ciencia, en el aula mis compañeros de equipo aprendían ciencia real. Si de verdad quisieran algo más «científico», habrían sacado fotos allí. En cambio, me habían separado del montón y me habían convertido en algo tan útil como una tarjeta perforada individual.

Los trajes espaciales están diseñados para la baja gravedad, no para la Tierra. Incluso en la piscina del laboratorio de flotabilidad neutra, la gravedad tiraba de mí. Cierto, no tiraba del traje, pero dentro de él me deslizaba cada vez que cambiaba de orientación. Como mujer, era más pequeña que los hombres para los que habían sido diseñados los trajes, así que tenía que llevar un acolchado alrededor de las caderas para encajar en él. Ayudaba a mantener la burbuja de aire que me rodeaba dentro del traje distribuida de manera uniforme, lo que me permitía pasar de horizontal a vertical en el transcurso del simulacro sin pelear con la gravedad. Sin el acolchado, la burbuja de aire actuaba como una pelota de playa gigante que me hubieran atado al estómago y que siempre trataba de apuntar a la superficie, lo que dificultaba girar en cualquier otra

dirección.

En realidad, una burbuja de aire dentro del traje no sería un problema en el espacio, pero el laboratorio de flotabilidad neutra era donde se decidía si estabas capacitada para realizar una caminata espacial. Por tanto, ni yo ni ninguna de las demás mujeres se quejaría. Ni en sueños. Todo era maravilloso y nos encantaba estar en la piscina.

Floté de lado en el agua con la protección de fibra de vidrio clavada en la axila. Me ardía el cuello de sostener la cabeza erguida dentro del casco. Me dolían los dedos de forzar a los guantes rígidos a cerrarse alrededor del borde del panel solar cuya «reparación» estábamos practicando. Con los trajes presurizados a 4,9 psi por encima de la presión ambiental, cada movimiento costaba tanto como empujar un muelle de alta resistencia. No era exactamente lo mismo que trabajar en el vacío, pero nos daba una idea de lo agotador que sería. Una arruga en el guante se me clavaba en el nudillo como si fuera un alambre de metal, porque la presión lo endurecía. Pero, si me hubieran preguntado cómo estaba, habría dicho que contentísima.

Al otro lado del panel, Rafael Avelino maldecía en portugués mientras la llave inglesa se le deslizaba entre los guantes. Los buzos de apoyo flotaban en una cápsula a nuestro alrededor y dejaron que la herramienta se alejara flotando. Su trabajo era mantenernos a salvo, y el nuestro, aprender hacer reparaciones en gravedad cero. Atada a la «miniestación de trabajo» del pecho de su traje espacial, la llave no fue muy lejos, pero, aun así, cogerla fue un incordio.

Al escuchar las maldiciones de Rafael por la radio, sonreí dentro del casco.

—Empiezo a entender por qué Parker estudia portugués.

A la izquierda y ligeramente por debajo de mí, Leonard me ayudó a estabilizar el panel mientras Rafael recuperaba la llave inglesa.

—A todos nos vendría bien saber maldecir en más idiomas. Yo solo hablo latín y griego, y no dan para mucho.

—¿De verdad? ¿Cómo son los tacos en latín?

Rafael colocó la llave de nuevo y reajustó los pies en el reposapiés asegurado sobre un receptor mecánico WIF en el exterior de la maqueta de la nave. ¿Qué significaba WIF? Ni idea. Llegados a cierto punto, las siglas se convertían en los nombres. WIF eran las siglas en inglés de Interfaz de Aparatos Nosequé.

Uno de los muchos beneficios de construir naves en el espacio era no tener que preocuparse por la aerodinámica. Los WIF y los agarres cubrían la superficie de la nave. La llave inglesa de Rafael volvió a resbalarse, pero no se soltó del agarre.

—Ahora me vendría muy bien saber alguno más.

Leonard vaciló y se rio.

—Lo cierto es que la mayoría no son algo que deba decir delante de una dama.

—Por favor. —Me apoyé contra el reposapiés mientras Rafael conseguía la llave inglesa—. Habla en jodido latín.

Los dos hombres soltaron una carcajada, aunque yo me puse roja por haberlo dicho. Gracias a Dios, los cascos impedían que me viesen con claridad. Incluso en broma, ese tipo de lenguaje no formaba parte de mi vocabulario habitual.

Entonces, como era de esperar, Jason Tsao, el supervisor de la simulación de aquel día, nos reprendió por la radio.

—Esa boca.

—*Vae me, puto, concacavi me* —dijo Leonard con solemnidad.

Rafael levantó la cabeza dentro del casco.

—Ja. Se parece bastante al portugués. Lo he entendido casi todo.

—Caballeros. Señora. —Para ser de Chicago, a veces Tsao era muy remilgado—. Tenemos invitados y los están oyendo.

Los tres nos miramos y Rafael puso los ojos en blanco.

—¿En qué idioma hablan?

—Inglés. —Por el micrófono, distinguí algunas voces de fondo, pero no lo que decían. La respuesta del supervisor fue brusca y tajante.

—No. Detener la simulación no es una opción. —Entonces el micro se apagó.

¿Qué acababa de pasar? A través del agua, no les veía las caras a los chicos y no podía saber qué pensaban, así que me quedé donde estaba y sujeté el panel. El supervisor de la simulación había apagado la radio, lo que me hacía preguntarme qué tipo de visitantes lo habrían distraído. Por no hablar de quién le habría pedido que saliéramos del agua antes de tiempo.

Rafael apretó el perno y nos movimos como una unidad para extender la siguiente pieza del panel. Era la cuarta vez que hacíamos esa simulación en el laboratorio de flotabilidad y en cada intento íbamos un poco más rápido. Por supuesto, era muy poco probable que yo fuera la persona que se encargase de la actividad extravehicular, o EVA, pero la CAI creía en la preparación exhaustiva y, al haberme unido tarde, lo apoyaba por completo. Además, sería más fácil ser la persona intravehicular si sabía a qué se enfrentaban. Dados los retrasos en la comunicación que sufriríamos durante la misión, no podíamos confiar en el control de tierra para guiar al equipo extravehicular en todas las situaciones.

—Gente, vamos a dejar lo de extender la matriz. —La voz del supervisor resonó en las radios. Después, el micrófono crujió, como si se lo pasara a alguien.

Flotábamos bajo el agua con el zumbido constante de los ventiladores y el sonido de nuestra propia respiración como acompañantes. Entonces, el director Clemons nos habló por el comunicador.

—Necesitamos que salga el doctor Flannery. La doctora York y el capitán Avelino se quedarán y se encargarán de la limpieza. Doctor Flannery, lo necesito fuera del tanque lo antes posible.

Leonard cogió aire como si fuera a replicar, pero cerró la boca con tanta fuerza que oí cómo le chasqueaban los dientes.

—Sí, señor. Nos vemos arriba.

Me avergüenza decir que lo primero que sentí no fue curiosidad ni molestia porque la simulación se hubiera visto interrumpida, sino alivio porque, por una vez, no era culpa mía. Leonard se dio la vuelta y dejó que los buzos lo arrastraran por el agua hasta la plataforma que lo llevaría a la superficie.

Rafael y yo flotábamos en la piscina. Dejé caer la cabeza sobre el lateral del casco y cerré los ojos un segundo mientras los buzos de apoyo reconfiguraban la maqueta de la nave hasta el estado final de la simulación. Se tardaba muchísimo en ponerse los trajes, así que tenía sentido que nos dejaran practicar el final mientras seguíamos allí abajo. Me mantuve atenta a las comunicaciones, a la espera de que Tsao nos contara algo más de lo que pasaba con Leonard.

Cuando los buzos estuvieron listos para nosotros, retomamos la simulación, pero mantuvimos la conversación al mínimo necesario para llevar a cabo el trabajo. Tras superar la sensación de alivio, solo pensaba en qué narices había pasado. Me habían sacado del entrenamiento antes, pero nunca de una simulación en el laboratorio. Eso requería reiniciarlo todo, lo que costaba dinero y muchísimo tiempo. Por la configuración de los trajes, se tardaba dos días en reemplazar a un miembro de la tripulación. Salvo una emergencia médica o un fallo en el funcionamiento del equipo, nada interrumpía las simulaciones en el laboratorio de flotabilidad neutra. Entonces, ¿qué habría considerado Clemons que era tan importante que no podía esperar?

¿Y por qué no nos lo contaban?

El ascenso desde la piscina fue eterno. Cuando el casco atravesó la superficie del agua, el soporte al que iba amarrada pasó a sostener los 140 kilos del traje. Era imposible caminar con un traje completo en la gravedad de la Tierra. Incluso solo la parte inferior era como llevar pañales dentro de un traje de nieve hecho de plomo. El robot de *Perdidos en el espacio* tenía más gracia que nosotros.

Me colgué en el puesto de cambio mientras un enjambre de técnicos nos ayudaba a quitarnos los trajes. Cuanto más quieres obtener respuestas, más lento avanza todo. Esperé a que la técnica de trajes me quitara las herramientas, las correas y los pesos de las piernas. Por mucho que quisiera apremiarla, todo debía hacerse en un orden exacto. Al otro lado del puesto, Rafael pasaba por la misma extracción lenta y cuidadosa de su traje espacial.

Sentía como si la técnica se moviera bajo el agua mientras abría la válvula lateral para despresurizar el traje espacial hasta por debajo

de uno. Podría haber hablado y ella me hubiera oído, junto con todos los demás que escuchasen las comunicaciones.

Puso sus manos en la válvula del guante.

—Exhala.

Lo hice mientras el resto de la presión delta se liberaba cuando retiró el guante. No era probable que me explotara un pulmón, pero pasarse de precavidos era la especialidad de la CAI.

El traje se ajustó a mi cuerpo cuando sacó el guante y, por fin, me quitó el casco. En cuanto dejé de llevarlo, le pregunté.

—¿Qué es lo que pasa?

—El FBI. —Miró por encima del hombro a la sala de control —. Quieren que terminemos rápido.

Parpadeé como una idiota unos segundos antes de que mi cerebro alcanzara a mi cuerpo fuera del agua. Si querían hablar con Leonard y conmigo, entonces debía de estar relacionado con los terraprimeristas, pero habían pasado casi siete meses desde el secuestro. ¿Por qué diantres querrían hablar con nosotros ahora?

CAPÍTULO 8

SE ACUSA A CIUDADANOS MODELO DE LA SOCIEDAD DE OBSTACULIZAR LOS AVANCES RACIALES

Por FRED POWLEDGE

Kansas City, Kansas, 4 de enero de 1962 — Un destacado abogado de derechos civiles ha acusado a los «modelos de nuestra sociedad» de resistirse a cumplir la Constitución Federal. El abogado, Jack Greenberg, director-asesor del Fondo de Defensa Legal y Educación de la NAACP, declaró en el informe anual del fondo: «Los que pretenden mantener el sistema de castas raciales se han enfrentado a la Constitución y a las sentencias judiciales por medio de la fuerza, el engaño, el encubrimiento, la paralización de litigios y maniobras legislativas como el obstruccionismo. Por desgracia, los responsables de estas evasiones son aquellos a quienes consideramos modelos que seguir de la sociedad, como miembros de juntas escolares y universitarias, superintendentes de educación, líderes del colegio de abogados, astronautas y funcionarios electos».

Cuando por fin me llevaron a la sala de conferencias, uno de los agentes del FBI se levantó para saludarme. Era un hombre

extremadamente delgado, con unos pómulos que parecían perforarle la piel de pergamino.

—Doctora York. Soy el agente Boone. Este es mi colega, el agente Whitaker.

El aludido se quedó sentado, garabateando en un cuaderno, y apenas levantó la vista. Tenía un aspecto genérico, salvo por una fea cicatriz roja en la frente, justo debajo de la línea del pelo.

Boone miró a su compañero y se encogió de hombros, como si estuviera acostumbrado a sus malos modos.

—Gracias por sacar un hueco para reunirse con nosotros.

—¿Tenía elección? —Sonreí para rebajar la irritación, pero estaba más que un poco molesta. Después de sacarme del simulacro, me hicieron esperar durante una hora y media—. Lo cierto es que ha sido un alivio tener un rato para sentarme y leer.

—Intentaremos terminar lo antes posible. —Señaló a una silla al otro lado de la mesa frente a ellos—. Siéntese. ¿Quiere un café?

—Sí, por favor. —Evité comentar que lo que me ofrecían era el café de la CAI—. Con leche y azúcar, si puede ser.

—Yo lo tomo muy dulce, así que avíseme si pongo demasiado azúcar. —Levantó su taza de la mesa y fue al fondo de la sala—. Queremos hacerle algunas preguntas sobre el accidente de la nave y los hombres que la secuestraron.

—Por supuesto, aunque no sé si queda nada que contar que no haya dicho ya en los informes.

Whitaker dibujó una línea gruesa en el cuaderno, pero siguió sin mirarme.

—Seguro que sí.

—Me interesará saber a qué se refiere.

Mantuve las manos juntas sobre el regazo, como mi madre me había enseñado. El hecho de que llevara pantalones en lugar de falda la habría horrorizado, pero la apariencia general de refinamiento femenino aún era una buena herramienta.

Desde el fondo de la habitación, Boone vertió una generosa cantidad de azúcar en mi taza de café.

—Establezcamos algunos parámetros.

—Habla como un ingeniero aeronáutico.

Se rio y su piel de papel formó profundos pliegues alrededor de la boca.

—Ya me gustaría ser tan brillante.

Whitaker le dedicó una mirada rápida a su compañero.

—Y a mí que lo fueras. —Apartó el cuaderno—. ¿Cuánto hace que conoce a Leonard Flannery?

Boqueé como un pez. No era en absoluto lo que esperaba que preguntasen. Creía que revisaríamos las conversaciones o repasaríamos algunos detalles.

—¿Unos dos años? —Entrecerré los ojos para recordar en qué año había llegado—. Sí, lo contrataron en la promoción de reclutas del 59. Creo. Los de recursos humanos lo sabrán.

—¿Nunca habían coincidido antes de que se uniera a la CAI? —Boone dejó la taza de café humeante ante mí.

—Así es. —Mantuve las manos en el regazo y no cogí la taza. No es que creyera que le hubieran echado algo, pero el tema de conversación me provocaba cierta inseguridad—. ¿Por qué lo preguntan?

—¿Puede hablarnos de su temperamento desde que lo conoce?

—Disculpen, creía que íbamos a hablar del asunto del cohete.

Whitaker inclinó la silla hacia atrás.

—¿Cómo es su temperamento?

«Qué narices».

—Acaban de pasar una hora y media con él, ¿qué les haparecido?

Whitaker dejó caer la silla hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—Doctora York, ¿por qué se niega a responder a las preguntas?

—John. —El agente Boone tomó la silla junto a la mía y se sentó—. Lo siento. La investigación está siendo un proceso muy largo. Sabemos que no está obligada a responder, pero le agradeceríamos que cooperase. ¿Cómo ha sido su experiencia con el doctor Flannery?

Que fuera amable no hacía que me sintiera mejor con respecto al

tema del interrogatorio.

—De lo más agradable. Antes de que me asignasen a la misión de Marte, no nos habíamos cruzado mucho, pero nunca le he oído pronunciar ni una mala palabra. Ni he sabido de nadie que haya tenido problemas con él.

Boone dio un sorbo al café, aparentemente tranquilo.

—¿No ha visto señales de descontento?

—No. —Tomé la taza, más por sentir el calor que por otra cosa. Tenía las manos frías y la porcelana resbaladiza me quemó las palmas.

Boone asintió con la cabeza, miró a Whitaker y se encogió de hombros. Significara lo que significase, hizo que Whitaker sacara la libreta y retrocediera unas cuantas páginas.

—Flannery habló largo y tendido con los terroristas. ¿Qué les dijo?

Boone se inclinó hacia delante con una mano apoyada en el escritorio.

—Queremos confirmar la declaración de un testigo sin comprometer su propio testimonio. Solo repítanos lo que recuerde lo mejor que pueda.

Parpadeé, sin saber qué quería.

—¿Largo y tendido? Yo no… —Sacudí la cabeza para tratar de recuperar los recuerdos de aquel día—. No recuerdo que hablaran mucho después de que entraran por primera vez a la nave. Trató de convencerlos de que no siguieran adelante.

—¿Por qué cree que se sintió cómodo hablando con ellos?

Estuve a punto de contestar «porque Roy era negro», que era, sin duda, la respuesta que buscaban. En vez de eso, me encogí de hombros.

—¿Porque estaba frente a mí en el pasillo y se detuvieron allí para hablar conmigo? Además, yo no diría que ninguno de nosotros estuviera «cómodo».

Boone dio un sorbo al café, y casi esperaba que le manchara sus mejillas cadavéricas desde el interior.

—¿Por qué no le lees la cita a la doctora York?

Whitaker asintió y señaló con un dedo a la libreta.

—¿Lo escuchó decir: «Estoy de acuerdo con lo que hacéis y quiero ayudaros»?

—¿Qué? No. —¿Pretendían presentarlo como colaborador?—. Lo más parecido que dijo fue… —Me callé, porque, de hecho, sí que había dicho que estaba de acuerdo con lo que motivaba sus acciones.

—¿Sí, doctora York?

—Intentaba evitar que me usaran como rehén. Creyó que solo empeoraría las cosas. Es toda la ayuda que les ofreció, hacía lo mismo que yo. No colaboraba con ellos.

Whitaker hizo una marca en la libreta. La punta plateada de la pluma brilló como un cohete mientras arrastraba un rastro de tinta por la página. A mi derecha, Boone bebió y me miró por encima de la taza.

—No creerán de verdad que estuvo involucrado en el accidente. —No entendían cómo funcionaba un cohete si pensaban que alguien podía intervenir en el vuelo desde el compartimento de los pasajeros—. Es geólogo.

—¿Qué relevancia tiene eso? —Whitaker levantó la cabeza.

—Porque no es un piloto. —Miré a un hombre y luego al otro e intenté que entendieran lo equivocados que estaban—. Puede hablar sobre rocas y encontrar agua subterránea, y se le dan bien otra media docena de cosas, pero no podría haber hecho nada que afectara al lugar donde caímos.

—No hemos dicho que lo hiciera. —Whitaker miró la libreta—. Cambiemos de tema. Háblenos del copiloto, Willhard Brumwell.

Casi derramé el café cuando encajé las piezas. Brumwell también era negro.

—Es un buen hombre.

—Seguro que sí. —Las mejillas de pergamino de Boone se arrugaron con una sonrisa—. ¿Cuánto hace que lo conoce?

Dejé la taza sobre la mesa con mucho cuidado dentro del anillo de condensación que había dejado.

—Han dicho que no estaba obligada a responder a ninguna

pregunta, así que, si me disculpan, caballeros, tengo trabajo.

Mientras empujaba la silla hacia atrás, Boone dejó su taza en la mesa y pasó un dedo por el borde.

—El director Clemons quiere que coopere con nosotros. —Me miró con una sonrisa—. Intentamos encontrar respuestas. Seguro que reconoce lo importante que es para el Congreso comprender a la perfección todo este asunto antes de deliberar sobre temas de presupuesto.

Cabrones. ¿Por qué todo giraba siempre en torno al dinero? Por mucho que quisiera salir disparada de allí, habían dejado claro que podrían dejarnos a todos en tierra de forma permanente. Acerqué la silla a la mesa y me sentí tan mareada como un astronauta en su primer día en la Tierra.

—De acuerdo. ¿Qué quieren que les cuente?

No sé cómo Leonard fue capaz de seguir trabajando después del incidente con el FBI. Me costaba concentrarme mientras esperaba a que ocurriese algo más, pero no pasó nada. Pasaron las semanas y seguimos con la rutina de las clases y los simulacros.

En la cabina simulada del módulo de mando de Marte, Parker estaba en la silla del capitán y fruncía el ceño.

—A ver, hemos perdido el contacto con el Control de Misión.

Todos protestamos al ver la última «tarjeta verde» que el supervisor de simulación nos había dado, pero no demasiado fuerte, porque estaba en la sala blanca del área de control para controlar la prueba.

—Nos acercamos a la combustión de transición a la gravedad de Marte —dijo Terrazas desde el asiento del copiloto.

Lo que significaba que era mi turno. Para eso iba una calculadora de vuelo a bordo, por si perdíamos el contacto con el Control de Misión.

—Calcularé la combustión.

—Recibido. —Parker asintió con la cabeza desde su asiento y continuó con su trabajo de mantener el «vuelo» de la nave en el

curso correcto.

Tanteé el sextante y traté de apuntarlo a las estrellas simuladas fuera de la ventana simulada para calcular nuestra posición simulada. Ojalá la inseguridad que sentía hubiera sido simulada. Se suponía que era un procedimiento sencillo. Solo tenía que encontrar las tres estrellas que la CAI había usado para ese vuelo, localizarlas con el sextante y, ¡tachán!, sabría dónde es «arriba», lo que me permitiría conocer nuestra posición en relación con el plan de vuelo original que la CAI había enviado. Si nos habíamos desviado, calcularía adonde debía apuntar el motor y por cuánto tiempo.

Pero.

Tenía que encontrar las «estrellas» que la CAI había elegido cuando nos habían enviado el último ajuste del rumbo para compararlas con las tablas que el Control de Misión había preparado para tal contingencia. Así que ¿cuál era Alkaid?

Tenía que encontrar la Osa Menor, después «arco a Arturo y línea recta hasta Espiga». Vale. La encontré, lo que significaba que Alkaid estaba… ¿dónde? Apreté los dientes e hice memoria. Los mapas estelares de los libros eran muy diferentes a las estrellas reales, que eran diferentes de las simuladas. Si me hubiera quedado en el Adler durante la formación con los sextantes…, pero no.

—Se acaba el tiempo, York.

Asentí y nombré las estrellas que conocía en esa región con la esperanza de identificar Alkaid en el proceso. Gienah, Ácrux, Espiga, Menkent… Por tanto, esa tenía que ser Alkaid. La enfoqué con el sextante y comencé los cálculos.

A los cinco minutos, me di cuenta de que los números se desviaban demasiado; no podían estar bien. Una de las estrellas que había elegido no era la correcta. Estaba segura con Espiga, pero Alkaid… Podría volver a intentarlo, pero el tiempo pasaba y, si aquello pasase de verdad, en el mejor de los casos pasaría vergüenza. El resultado más probable sería que nos mandaría lejos de la ajustada ruta de vuelo, no llegaríamos a Marte y todos moriríamos.

Si dudara en el espacio, pediría ayuda. Suspiré y levanté la cabeza de los cálculos.

—¿Alguien puede señalarme Alkaid?

—Voy. —Florence se acercó y colocó la mejilla junto a la mía para que nuestras líneas de visión estuvieran lo más cerca posible. Con los ojos entrecerrados, apuntó a una estrella tres veces más arriba de la que yo había elegido.

—Esa. Forma la esquina de un ángulo recto, ¿lo ves? —De pronto, visualicé la imagen del libro de texto.

—Sí. Gracias.

—Lo que sea con tal de evitar que nos mates. —Se deslizó de nuevo a su asiento y retomó su posición.

Ojalá hubiera estado de broma.

El equipo de seguridad de la ONU me acompañó a través de la marea de fotógrafos fuera del edificio y todo el camino hasta la puerta del apartamento. Estaba exhausta, pero todavía recordaba las enseñanzas de mi madre.

—Gracias. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias, señora. —Sonrió y dio una palmadita en el respaldo de la silla que habíamos dejado en el pasillo—. Tengo un buen libro y el relevo llegará pronto.

—De acuerdo. Grite si necesita algo.

Mi vida era muy extraña. La incomodidad de dejar a alguien sentado en el pasillo no desapareció del todo, ni siquiera cuando ya estaba dentro de casa con la puerta cerrada detrás de mí.

Nathaniel estaba sentado a la mesa de la cocina y le daba vueltas a un lápiz en la mano mientras se encorvaba sobre un montón de papeles. Ya había bajado la cama abatible y extendido las mantas, así que ocupaba la mitad de nuestro estudio. Aun así, la habitación me parecía gigantesca en comparación con mis aposentos en la Luna.

Cuando cerré la puerta, Nathaniel levantó la vista con una sonrisa.

—Me preguntaba cuándo te soltarían.

—Nos he matado a todos, así que paramos la simulación; si no, seguiríamos allí. —El dichoso campo estelar artificial aún me

entorpecía—. Lo repetiremos mañana.

La sonrisa se le congeló por un momento antes de coger aire y reírse de la supuesta broma. Apartó la silla y se levantó.

—¿Has cenado?

—Sí, pero solo las raciones de la simulación. —Al llegar a la cocina, dejé la carpeta sobre la mesa. ¿Cómo se determina la sensación de que tu marido te esconde algo? ¿En la ligera rigidez en sus rasgos? ¿Qué tarde en reaccionar, como si estuviera pensando qué decir o hacer? ¿En la forma en que se mueve de espaldas a ti, con la intención de abrir la nevera?—. ¿Estás bien?

Abrió la puerta de la nevera.

—He tomado un poco de sopa, pero pensé que te vendría bien uno de estos.

Se dio la vuelta con dos martinis en vasos congelados de estar dentro de la nevera. Hizo una mueca.

—Te alegrará saber que el racionamiento se ha reducido lo suficiente como para que la ginebra ya no valga su peso en oro.

—Olvida la ginebra. —Le quité el vaso de la mano y suspiré de alivio al sentir el cristal frío y resbaladizo—. ¿De dónde has sacado las aceitunas?

—Del gobernador Wargin. —Dio un sorbo y parte de la tensión en su rostro se relajó—. Se las gané en la noche de póquer.

De alguna manera, había olvidado que jugaba al póquer con los maridos de las demás astronautas cuando estábamos fuera.

—¿Cómo está Reynard? Es decir, después de… —Señalé la carpeta, como si aquello resumiera el asunto de que Helen se quedara y yo me fuera.

Nathaniel se encogió de hombros y una línea apareció y desapareció entre sus cejas.

—Está contento de tenerla en casa. Veamos… La sopa. Iba a darte de cenar.

Di un sorbo del maravilloso martini y miré a Nathaniel. Se acercó a la nevera, de espaldas a mí, y sacó una olla. Mi adorable marido, fingiendo que no pasaba nada.

Dejé el vaso en la mesa.

—¿Te acuerdas de cuando empecé a ver a una psicóloga y no te lo conté? —Se detuvo con la olla suspendida sobre la encimera.

—Sí. —Se tensó y la dejó en el fuego con un chasquido metálico.

—¿Vas a contarme qué te pasa?

Encendió el fogón de gas con una cerilla. Con un silbido suave, las llamas azules despertaron y lamieron el fondo de la olla. Nathaniel sacó una cuchara de madera del tarro de los utensilios de la encimera.

—La verdad es que preferiría no hacerlo.

—Bien —lo dije de inmediato. ¿No quería hablar de ello? De acuerdo, no lo haríamos. Incliné la cabeza hacia el martini y dejé que el olor a salmuera me centrase. Di un sorbo, me senté a la mesa de la cocina y traté de concentrarme en la picazón fresca y herbal de la ginebra y en la sal de la aceituna. Pero no me lo sacaba de la cabeza. ¿Qué le pasaba?

Revolvía la sopa con los hombros encorvados.

—¿A qué hora entras mañana?

—A las siete. —Saqué los papeles en los que había estado trabajando para que los números me distrajeran. «Planes de contingencia para interrupciones de la misión»—. Ah.

Los planes de contingencia eran la manera encubierta de la CAI de decir: «¿Qué hacemos si alguien muere?».

Dejé el martini y me levanté. Me acerqué a los quemadores, rodeé la cintura de Nathaniel con los brazos y me envolví en su calor.

—Deja que te recuerde que el objetivo de las simulaciones es que cometamos los errores aquí. Lo que nos ha matado hoy es una cosa menos que nos puede pasar en el espacio.

—Una menos. —Dejó de remover la sopa y los jirones de vapor se enroscaron en los bordes del líquido rojizo.

A través de la tela de su camisa, noté cómo contenía la respiración y después la soltaba. Dejó la sopa y puso las manos sobre las mías.

—Lo siento. Creía… —Apoyé la mejilla en su omóplato y

esperé.

—Creía que me había acostumbrado a verte marchar al espacio, aunque sabía la infinita lista de cosas que podrían salir mal. —Una de sus manos encontró mi anillo de casada y le dio vueltas—. Pero solo sé lo que puede fallar aquí. Pero ¿ahí fuera? Quizá nunca vuelvas a casa.

—Eso es verdad. —Lo abracé con fuerza—. Podría atropellarme un coche.

—Al menos lo sabría. —Se puso rígido entre mis brazos y soltó una risita—. Por Dios. Qué bien ha sonado. «Oye, cariño, si te mueres, asegúrate de que conozco los detalles, ¿vale? ¡Gracias!».

Bufé y me puse de puntillas para darle un beso en la nuca.

—Eres tonto. —Le abracé la cintura—. Ven aquí.

—¿Dónde? —Se frotó la cara con la mano y apagó el quemador.

Lo conduje alrededor de la mesa hasta la cama y le concedí la cortesía de fingir no haber visto sus ojos rojos enrojecidos. En realidad, no tenía ni idea de cómo consolarlo. Con tantas misiones, Nathaniel ya no las supervisaba todas, y Clemons, gracias al cielo, había decretado que no se le permitiera trabajar en las mías. Aunque quizá habría sido una crueldad, porque le privaba de la sensación de poder intervenir en el resultado. ¿Eso era lo que temía? Era muy real. Lebourgeois había muerto el año pasado cuando un interruptor defectuoso causó que los cohetes de frenado fallaran durante un ajuste orbital rutinario. Tiré de mi marido para sentarnos en la cama y lo abracé.

Después de un rato, se dejó caer y los dos nos tumbamos en la cama, enredados la una en el otro. Su cara estaba muy cerca de la mía y sus ojos azules, enmarcados en rojo, me estudiaban como a un mapa estelar.

Nathaniel trazó una línea sobre mis cejas y mi mejilla y dejó un rastro de calor cjetrás.

—Te quiero. —Calló y cerró los ojos. Tragó saliva—. Por eso no quiero hablar de esto, porque apoyarte y ser sincero al mismo tiempo… No sé si puedo.

Se me revolvieron las entrañas al verlo sufrir. Solo podía

abrazarlo e intentar contener las lágrimas, porque lo último que quería era que me consolara él a mí mientras yo intentaba consolarlo. Después de todas las cosas de las que habíamos hablado al considerar si debía ir a Marte o quedarme en la Tierra, el miedo de Nathaniel no había entrado en la ecuación. Era una variable oculta que impedía que todo se equilibrara.

—¿Qué puedo hacer?

Se rio sin aliento.

—¿No morirte?

—Lo intentaré. —Levanté una mano y le dibujé círculos en el brazo—. ¿Algo más?

Suspiró de nuevo.

—El problema de ser el ingeniero principal y estar casado con una astronauta es que sé que todos mentís sobre vuestra salud en las transmisiones. Siempre daréis la mejor imagen posible de cualquier cosa que no consideréis información clave para la misión.

Hice una mueca. No se equivocaba.

—¿Y si…?

Abrió mucho los ojos y sus pupilas se volvieron tan grandes y profundas como el espacio.

—¿Y si qué?

—Nada, es una tontería.

—No suelo verte hacer tonterías si no es por una buena razón.

Deslicé la mano hasta sus pantalones para comprobar si estábamos listos para el lanzamiento. Todavía no. Lo que significaba que tenía que preparar las células de combustible.

—Has mencionado las transmisiones. ¿Y si te ofreciera transmisiones privadas?

Nathaniel se apoyó sobre el codo.

—¿Transmisiones privadas? —Negó con la cabeza—. Imposible. Emitiréis por un ancho de banda que podrá escuchar toda la Tierra.

—No si uso un código.

—En cuanto la gente detecte un código, alguien intentará descifrarlo.

—Ya. —Me apoyé sobre el codo para besarlo. Era aquí cuando

el trabajo como calculadora era útil, combinado con el aprendizaje de cómo funcionarían los sistemas de teletipo en la misión—. Pero, si no detectan el código, no sabrán que hay nada que descifrar. Por ejemplo, digamos que estuviera en lo que sobra al principio y al final de una transmisión de teletipo.

Nathaniel me miró un momento o, más bien, me penetró con la mirada. Aunque, dada la línea entre sus cejas y la manera en que sus ojos se movían hacia delante y hacia atrás como si siguiera un pensamiento por un callejón oscuro, estoy bastante segura de que programaba un teletipo. Centró la mirada, sonrió y se inclinó hacia delante para besarme. Su boca estaba caliente y todavía sabía a ginebra.

Entonces, los propulsores se encendieron y despegamos.

CAPÍTULO 9

INCIDENTES RACIALES EN LA ONU

Kansas City, Kansas, 24 de marzo de 1962 — Con tacto y garantías, los representantes de los Estados Unidos se han esforzado por aplacar a los diplomáticos asiáticos y africanos, preocupados por una serie de incidentes raciales desagradables que se han producido en la ciudad. Los sucesos que han involucrado a diplomáticos no blancos han despertado resentimiento en la comunidad internacional local. El último se produjo hace dos semanas, cuando atacaron a Youssouf Gueye, primer secretario de la delegación mauritana.

El diplomático francófono, que había salido a dar un paseo nocturno, fue abordado por un grupo de jóvenes blancos. Explicó que el grupo le gritó y, después, los jóvenes lo golpearon con una botella de cerveza. Sufrió cortes faciales que requirieron atención hospitalaria.

Helen me abrió la puerta con un vestido de color verde menta y una sonrisa forzada.

—Gracias por venir. —No nos abrazamos—. Me alegro de verte.

Nos habíamos visto en el trabajo, pero no habíamos interactuado fuera de allí desde que la había sustituido. La invitación de ir a su

casa a jugar al *bridge* fue una grata sorpresa.

—¿Quieres beber algo? —Me condujo por un corto pasillo hasta el salón. Florence Gray estaba sentada en el sofá y bebía un *whisky* con soda.

Me extrañó que la mesa y las cartas no estuvieran ya preparadas. Helen se acercó al aparador de abedul donde había un cubo de hielo que goteaba sobre una bandeja de plata.

—¿Un martini?

—Me encantaría, si no es molestia. —Dejé el bolso en una mesa—. Buenas noches, Florence.

—Hola, York. —Cogió su bebida y dio un sorbo, mientras me miraba por encima del borde.

Iba a ser una noche estupenda. Sonó el timbre; debía de ser Ida. Aquello me concedió una excusa para huir un momento.

—Ya abro yo.

Helen asintió desde la barra lateral, donde medía el vermut para añadirlo a la jarra. Me escabullí por el pasillo y abrí la puerta. Ida estaba en la escalerilla de entrada de la casa de los Carmouche con una gran sonrisa y una cesta de fresas.

—¡Elma! —Me dio un abrazo rápido—. ¿Cuándo piensas volver al aeródromo de las 99? Te echamos de menos.

—Ya sabes cómo es la preparación de una misión. —Esbocé una sonrisa tensa y miré hacia la sala de estar por encima del hombro. Bajé la voz y añadí—: Aunque no quiero hablar de la misión. Por Helen, ¿sabes?

Hizo una mueca.

—Lo siento. Lo olvidé. —Con una sonrisa, pasó por mi lado y cruzó el pasillo—. ¡Señoritas! ¡Traigo fresas y pastelitos!

—Eres una diosa entre las mujeres. —Florence se levantó y saludó a Ida con un abrazo y una sonrisa radiante.

—¡Fresas! —Helen agitó el martini en la jarra de cristal, pero sonrió a Ida—. Ahora desearía tener champán.

—Cariño, con los martinis nos basta y nos sobra.

Me aparté a un lado de la habitación y, de repente, me di cuenta de que era la única mujer blanca presente. Puse las manos detrás de

la espalda, como si ocultar el color de mi piel fuera a confundir a alguien. Poco después, Helen sirvió los martinis y tuve que sacar las manos. Al menos, así tenía algo que hacer con ellas.

«2, 3, 5, 7, 9…». Todo saldría bien.

—¿Quieres que prepare la mesa? —Cuando empezásemos a jugar, la tensión desaparecería.

—Verás… —Helen vertió otra medida de ginebra en la jarra—. Te he invitado con pretextos.

Socorro. Tragué saliva, bebí un sorbo de martini y me lo tragué también. La sensación de malestar en las entrañas no desapareció.

Sirvió el vermut mientras yo intercambiaba miradas con Ida y Florence. Al menos, parecían tan confundidas como yo me sentía.

—Elma, quizá ya lo sepas —continuó Helen.

—Por ahora, no. Continúa.

—Reynard me contó que en la última partida de póquer con los chicos el gobernador Wargin mencionó el accidente del cohete. —Mientras esperábamos, añadió un par de cubitos de hielo y tomó una cuchara de plata para revolver el contenido—. El FBI investiga si Leonard Flannery tuvo algo que ver.

Bajé el martini.

—Me lo preguntaron.

El tintineo del hielo contra los lados de la jarra disminuyó cuando Helen se detuvo y se volvió para mirarme.

—¿Quiénes?

—El FBI. Hace un par de semanas nos sacaron a Leonard y a mí de un simulacro en la piscina de flotabilidad neutra. Me hicieron un montón de preguntas estúpidas sobre si podría haber desviado el cohete desde dentro. Les dije que era imposible y que no estaba involucrado.

—Al parecer, tienen un testigo que afirma lo contrario. —Helen golpeó con la cuchara el borde de la jarra y la dejó a un lado.

—Y una mierda. —Florence se incorporó en el sofá—. ¿Quién?

Helen se encogió de hombros.

—A Reynard no se le ocurrió preguntar.

Y Nathaniel ni siquiera me lo había contado.

—Cuando me interrogaron, me dijeron que alguien había denunciado una conversación con los secuestradores. Un testigo. Así que tuvo que ser alguien que se encontraba en la nave, ¿no?

Ida maldijo entre dientes y se acercó a la barra de las bebidas.

—Mejor date prisa con el martini, porque estoy segura de que no me va a gustar por dónde va a seguir esta conversación.

Me senté en uno de los reposabrazos.

—¿Qué más te dijo Reynard?

Mientras se concentraba en verter los martinis en los vasos, Helen hizo una mueca.

—Por lo visto, el gobernador Wargin está preocupado de que, si el asunto con el FBI sale a la luz, el Congreso podría echar a Leonard. —Dejó la jarra y se giró para mirarnos—. Y a Florence.

—¿Qué? —Todas lo dijimos más o menos a la vez, y lo acompañamos de una variedad de palabras malsonantes. Florence derramó un poco del *whisky* con soda por el borde del vaso.

Lo limpió con una servilleta de cóctel y dijo:

—¿Con qué motivo?

—Los dos sois miembros de la NAACP, igual que los hombres que abordaron la nave. —Helen negó con la cabeza y se unió a nosotras.

Ida la siguió.

—Yo también. Y la mayoría de los astronautas de color.

—También me preguntaron por el piloto. —Dejé el martini en la mesita junto al bolso—. De acuerdo. Pues trabajemos en el problema.

Ida dio un buen trago de martini y respondió con la pregunta que hacen los astronautas cuando las cosas van mal en el espacio.

—Genial. ¿Qué será lo siguiente que nos mate?

—Yo sí que voy a matar a alguien. —Florence se recostó en el sofá—. Aunque supongo que ser una bocazas es parte del problema.

—La opinión pública. —Helen se sentó en el sofá junto a Florence—. Eso nos matará.

Ya se había cargado la oportunidad de Helen en la misión a Marte. Cogí el bolso y saqué una libreta.

—Vale. La opinión pública. ¿Qué más?

—Las mentiras. —Florence negó con la cabeza—. Tenemos que averiguar quién miente sobre Leonard.

Lo garabateé e hicimos una lista de todo lo que podría salir mal. Luego, Helen preparó más martinis y nos pusimos a buscar soluciones.

No llegué a casa hasta pasada la medianoche, pero Nathaniel seguía despierto. Mejor dicho, estaba despierto y leyendo. Se encontraba sentado en la cama, con la espalda apoyada en las almohadas y una sábana sobre las piernas. El pelo rubio pálido del pecho le brillaba bajo la luz ambarina como una nube al atardecer. Levantó la mirada y sonrió.

—Estoy enfadada contigo. —Quizá fuera culpa del tercer martini, pero dejé el bolso en la mesa de la cocina, me quité los zapatos a patadas y me quedé sobre la alfombra nueva con los pies descalzos. Sí que era muy suave. Pero la suavidad oriental no hizo desaparecer la irritación—. Tal vez solo molesta.

Se incorporó y dejó el libro a un lado.

—¿Por qué?

—Porque no me contaste lo del FBI con Leonard y Florence.

—Ah. —Apartó la sábana. No llevaba el pijama puesto debajo. Eso era interesante, pero no dejaría que me distrajera del tema principal. Nathaniel estaba gloriosamente desnudo—. ¿Por eso Helen te invitó?

—Estamos hablando de por qué no me lo dijiste.

Nathaniel suspiró y se encogió de hombros.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo debería habértelo dicho? —Se pasó la mano por el pelo, que quedó en punta, como si la gravedad se hubiera detenido—. Llegas a casa tarde. Te vas antes de que me despierte. ¿En el trabajo?

—Esta mañana no me fui antes de que te despertaras. Fuimos a

la sinagoga juntos. ¡Y comimos! Pasamos la mayor parte del día juntos antes de que me fuera a casa de Helen.

—Sí. Perdóname por querer pasar un día con mi mujer sin hablar de trabajo.

Me balanceé un poco hacia atrás.

—Siempre hemos hablado de trabajo. —Nathaniel suspiró y se cubrió la cara con las manos.

—Lo sé. —Cuando apartó las manos, tenía los hombros hundidos—. La verdad es que para cuando llegó el fin de semana ya se me había olvidado.

—Se te había olvidado. ¿Se te había olvidado que el FBI investiga a dos de mis compañeros?

—Sí. —Se inclinó y cogió la bata del respaldo de la silla del salón—. Lo creas o no, tengo otras cosas en la cabeza aparte de una conversación de una partida de póquer.

—No es una…

—¡Ya lo sé! No lo ignoré. Se lo dije a Clemons. ¿De acuerdo? —Se puso la bata y se ató el cinturón con fuerza suficiente como para que le doliera—. Ya te sentías bastante mal por lo de Helen. No me pareció necesario que te sintieras más culpable.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Culpable? Lo de Leonard y Florence no es culpa mía. ¿Por qué iba a sentirme culpable?

—Eres judía. Y sureña. Te sientes culpable por estar viva.

Resoplé.

—Vale. Te concedo un punto. Uno solo.

Se dejó caer en la silla con el codo apoyado en el reposabrazos.

—Gracias a Dios. —Nathaniel me miró y ladeó la cabeza—. Elma, no hay nada que puedas hacer al respecto, así que…

—¡Ja!

Se incorporó de golpe.

—¿Qué has planeado?

Dibujé un círculo en la alfombra con el dedo del pie. Era una alfombra magnífica. Y quizá debería haber parado después del segundo martini.

—Tal vez debería guardarme algunos secretos.

—No era un… ¿Sabes qué? Como quieras. —Sacudió las manos en el aire—. ¿Quién ganó la partida?

—No jugamos al *bridge*.

Nathaniel me fulminó con la mirada. Lo había visto mirar así a un ingeniero que no había tenido en cuenta el coeficiente de resistencia en un diseño. La única vez que recuerdo haber recibido esa mirada apagada y ligeramente agraviada fue cuando le teñí de color rosa la camisa del esmoquin al lavarla. (Sí, debería haberla mandado a la tintorería, pero intentaba ahorrar dinero cuando estábamos recién casados). No era una mirada tan buena como la de mamá, pero se le acercaba.

Me aclaré la garganta.

—¿Quieres saberlo de verdad o solo lo preguntas para quitarme la idea de la cabeza?

Parpadeó tres o cuatro veces.

—¿Perdona?

Negó con la cabeza, se puso en pie y rodeó la habitación hasta que se quedó detrás de la silla en la que había estado sentado. Se agarró al respaldo con ambas manos y apoyó en ellas todo su peso.

—¿Cuándo me he interpuesto en el camino de lo que querías hacer?

El calor se extendió por mi rostro como los propulsores de un cohete en la separación. No lo había hecho. Nunca. Ni siquiera cuando había querido dejarlo durante tres años para irme a Marte.

—Lo siento.

—¿Por qué nos peleamos?

—No… —Me senté. En la mesita del café, frente al sofá, pero en ese momento no me importó—. No lo sé. Solo me gustaría que me lo hubieras contado.

Fuera, uno de los tranvías nocturnos cruzó las vías. Me miré las manos y las junté. Los nudillos se me pusieron blancos los por la fuerza. No debería haberme tomado el tercer martini.

—Siento no haberlo hecho.

No tenía del todo claro si se estaba disculpando de verdad o si

solo se arrepentía de haber hecho algo que nos había llevado a discutir. No me pareció aconsejable preguntar.

Suspiré para descargar algo de tensión.

—Tienes razón. No pasamos suficiente tiempo juntos.

—Conozco tus horarios. —Al otro lado de la habitación, la tela crujió cuando se movió detrás de la silla—. Y, además, cuánto tienes que estudiar para ponerte al día.

—¿Qué dijo Clemons?

—Que reemplazar a Leonard no era una opción. Que literalmente ha escrito el libro sobre geología marciana y puntos de aterrizaje.

—Pero Florence no.

Se removió otra vez. Ni siquiera el sonido de un tranvía interrumpió el silencio en la habitación. Clavé los pies en los intrincados patrones de la alfombra.

—Pero no iba en el cohete.

—Ha sido muy franca sobre las desigualdades en la CAI. —Nathaniel se aclaró la garganta—. Y ha habido quejas.

Levanté la cabeza. No nos llevábamos bien, pero nunca se lo había dicho a nadie excepto a Nathaniel.

—No habrás…

Frunció el ceño.

—¿Con quién te crees que estás casada?

—Lo siento.

Nathaniel echó la cabeza hacia atrás para mirar al techo y respiró muy despacio. Apretó los labios al exhalar, como para formar uno de los anillos de humo de Clemons.

—Elma, no voy por ahí difundiendo nuestras conversaciones privadas.

—Lo hiciste con el médico.

—No. —Clavó su mirada en mí—. Quería, pero no lo hice. ¿Te suenan los votos que nos prometimos el uno al otro? ¿Los recuerdas? Le conté al médico tus síntomas físicos, nada más. ¿Promulgar que Florence y tú no os lleváis bien? Por favor…

—Lo siento. —El peso de toda la situación me golpeó y me

hundió la cabeza hasta apoyarla en las rodillas. La rodeé con los brazos—. Lo siento.

Más allá de los confines de mis brazos, los pies de Nathaniel se arrastraron por la alfombra. Un instante después, su mano me quitó el peso de la espalda. Me besó en la cabeza.

—¿Por qué estás enfadada conmigo?

Porque podía. Apreté los dientes para rechazar el pensamiento, pero ya estaba allí.

—Porque… —«Estás aquí»—. Porque me siento impotente.

Su suspiro me agitó los pelos de la nuca.

—Yo también.

—Lo siento.

—Ya lo has dicho.

Se me escapó una risita y la aproveché para incorporarme. Necesitaba limpiarme los ojos, pero, al menos, no tenía mocos rodando por la cara.

—Es la verdad. No debería haberme desquitado contigo.

—Y yo debería haber encontrado un momento para contártelo. —Hizo una mueca y miró a un lado—. Olvidé cuánto te importan estas cosas, lo cual es una estupidez. No que te importen, sino haberlo olvidado.

Casi entendí a qué se refería.

—¿Qué cosas?

—Las injusticias. —Se sentó en la alfombra con las piernas cruzadas y me miró—. Entonces, ¿qué habéis descubierto? ¿Qué vamos a hacer al respecto?

¿He mencionado la suerte que tenía de estar casada con ese hombre? La bata se le había abierto y dejaba entrever la mayor parte de su pecho y sus pantorrillas. Extendí la mano para acariciarle la mejilla.

—Tenemos una idea. Pero… —Por eso estaba enfadada.

Nathaniel levantó las cejas con una pregunta silenciosa.

—Me he dado cuenta de por qué estoy enfadada. —Mi psicóloga estaría muy orgullosa, lo había descubierto sola, incluso con tres martinis—. Estoy enfadada porque me siento culpable por

lo que estoy a punto de pedirte.

Entrecerró los ojos, pero no dijo nada y me dio espacio para hablar.

—La CAI está en territorio estadounidense. —Tragué—. *Lunetta* no.

Me miró unos segundos y seguí la trayectoria de sus pensamientos hasta que lo comprendió y se puso pálido.

—Joder. ¿Todos?

Asentí. Helen ya lo había pensado antes de que llegáramos a su casa. La única manera de asegurarse de que Florence y Leonard no se vieran arrastrados a reuniones interminables con el FBI y el Congreso era sacarlos de su jurisdicción. Puesto que quedaban solo seis meses para el lanzamiento, Clemons podría argumentar que no era posible reemplazar a un miembro del equipo sin retrasar la misión otro año y medio y causar sobrecostes. Pero, si Clemons enviaba solo a Leonard y Florence a *Lunetta*, no podríamos seguir entrenando juntos como un equipo, y el motivo sería demasiado transparente. Todo el equipo de la expedición a Marte tendría que ir.

—Helen cree que tengo que estar allí, como la mujer astronauta, «para convencer a la opinión pública» de nuestros motivos para estar en la estación.

Nathaniel gruñó y se recostó en la alfombra, pero se olvidó de que la cama abatióle estaba bajada y se golpeó la cabeza con el somier de acero.

—¡Ay! —Se acurrucó de costado y se agarró la parte posterior de la cabeza—. Mierda.

Me arrodillé junto a él; no recordaba haber cruzado el espacio que nos separaba.

—¿Estás bien?

—Sí. —Apartó una mano y la miró. No había sangre—. Solo soy idiota.

—Traeré hielo.

—Estoy bien.

—Traeré hielo. —Me levanté sin apartar la mirada de él, como

si su cabeza fuera a empezar a sangrar de repente sobre la alfombra —. Te saldrá un buen chichón.

Suspiró y se incorporó hasta sentarse con las piernas separadas de tal manera que la bata ya no ocultaba nada. Sí, incluso en momentos así me atraía el cuerpo de mi marido. Nathaniel se palpó la parte posterior de la cabeza con una mano.

—Estoy bien.

Era un ingeniero brillante, pero a veces era tonto de remate. El piso era tan pequeño que no tardé nada en llegar al congelador y sacar la bandeja de hielo. El metal frío me quemó la piel cuando agarré el mango y lo agité para romper el hielo de la bandeja en cubos. Envolví los cubitos en un paño de cocina limpio.

—¿Vas a volver a casa?

—¿Qué? —Me volví con el paño en una mano.

—Nada. —Cerró los ojos y siguió frotando el lugar en el que se había dado el golpe en la cabeza. Respiró hondo—. Después de Marte, ¿volverás a casa?

—Sí. —Menuda pregunta. ¿Creía que me quedaría en Marte para siempre?

Sonrió con dolor. Quizá fuera solo por el golpe. Los dos fingimos que así era.

—Vale.

Rodeé la mesa de la cocina y me arrodillé para darle el hielo.

—Toma.

—Estoy bien —dijo, pero lo cogió y se puso la tela acolchada en la base del cráneo.

—¿Lo ves? —Me senté en el suelo y me apoyé en él—. Tengo que volver, alguien tiene que evitar que hagas el idiota.

Se rio y me rodeó los hombros con un brazo para acercarme.

—¿Helen tiene un plan o me necesitas para organizar lo de *Lunetta*?

Asentí y me deslicé por la tela de la bata.

—Lo siento.

—Yo también. —Me besó en la parte superior de la cabeza—. Pero lo haré de todos modos.

CAPÍTULO 10

EL EQUIPO DE LA EXPEDICIÓN A MARTE SE PREPARA EN EL ESPACIO

Kansas City, Kansas, 18 de julio de 1962 — Dentro de tres meses, a las 9:32 de la mañana, hora central, los sueños de varios siglos y las mejores tecnologías de la década convergerán en un instante incandescente y atronador para lanzar a catorce astronautas que representan a las Naciones Unidas en dirección al primer aterrizaje del ser humano en otro planeta: Marte.

Los preparativos para el épico viaje de tres años de ida y vuelta a Marte siguen adelante sin complicaciones y según lo previsto. En la plataforma de lanzamiento 39— A, el coronel Stetson Parker, el comandante de la expedición a Marte, y su tripulación despegan para continuar su preparación en *Lunetta* y en la misma flota de Marte para librarse así de las distracciones mundanas mientras completan los preparativos para la misión de 54 millones de kilómetros.

Una vez en la estación, me pregunté por qué este no había sido el plan desde el principio. ¿Por qué nos metíamos en la piscina de flotabilidad neutra para simular la gravedad cero cuando podíamos practicar en gravedad cero de verdad? Quiero decir, además del hecho evidente de que era mucho más fácil morir en el espacio,

claro. Pero, aparte de eso, todo era más fácil.

Apunté el sextante hacia la ventana de observación de las estrellas reales. Las diminutas variaciones de color que ocultaba la atmósfera de la Tierra, incluso antes del meteorito, resplandecían con una claridad maravillosa en la negra y aterciopelada oscuridad del cielo. Se veían miles, cientos de miles de estrellas más en el espacio que en el mejor planetario de la Tierra y, aun así, el trabajo de encontrar una sola en un mar de ellas resultaba más fácil.

Localicé Alkaid y Espiga, lo giré para ver la Tierra, y, ¡tachán!, tenía las coordenadas que necesitaba para confirmar nuestro vector de estado. Escribí la respuesta. «Más 0771145, más 2085346, menos 0116167, menos 15115, más 04514, menos 19587».

—¡Listo!

Detrás de mí, Parker pulsó un cronómetro.

—El mejor tiempo hasta ahora.

Nos llegó un resoplido de uno de los observadores que flotaba detrás de nosotros. Incluso antes de escuchar el acento sudafricano, estaba segura de que sería Vanderbilt DeBeer.

—Podría escribir cualquier coordenada aleatoria que haya memorizado y te lo creerías sin más.

Heidi Voegeli, la calculadora de vuelo de la Pinta, cerró su cuaderno con un chasquido.

—Por favor, DeBeer. Sabes que eso es una locura.

Envolvió con un pañuelo de lino su finísimo sextante suizo. Admitiré que sentía cierta envidia por la hermosa maravilla de acero inoxidable. Tenía una ranura incorporada para un bolígrafo, un cronómetro plegable que se podía ajustar para llevar la cuenta del tiempo transcurrido y un precioso grabado completamente superfluo en los brazos de soporte.

—Ya, solo digo que, como nadie revisa los cálculos, cualquiera podría hacer trampa y no lo sabríamos.

Me desenganché de los reposapiés para volverme y dedicarle una de las miradas frías y educadas patentadas de mi madre.

—Estoy practicando una habilidad que servirá para mantener a mi equipo con vida. Ni siquiera se me había ocurrido la posibilidad

de hacer trampas. Me pregunto por qué a ti sí.

Dado el rubor que le apareció en las mejillas, quizá le había dado demasiado énfasis al «ti».

Benkoski le dio una palmada en el hombro a su copiloto.

—No conoces a York tan bien como yo. Hay una muy buena razón para que no nos molestemos en comprobar los números.

—Ja, ja. La mujer astronauta. —DeBeer me dedicó una sonrisa y una ligera inclinación de cabeza—. Lo sé, lo sé. Es mi naturaleza competitiva. No insinuaba nada.

Heidi me miró y enarcó ligeramente las cejas. Sería muy agradable trabajar con DeBeer en los simulacros si la cuestionaba constantemente. ¿Iba a pasarse tres años con ese hombre? De repente, vi a Parker con nuevos ojos, pues nunca, jamás, me cuestionaba en mi área de especialidad.

Me separé de la pared y me acerqué flotando al grupo de la Pinta.

—¿A quién le toca?

—Grey. —Parker señaló a Florence con la cabeza—. Adelante.

En teoría, todos teníamos que saber usar el sextante, por si acaso algo nos pasaba a Heidi o a mí.

Sin embargo, en la práctica, Parker acababa de poner a Florence en el punto de mira de DeBeer, un hombre que odiaba su mera existencia y, sobre todo, su presencia en la misión. Después de tres meses en el espacio trabajando con ambos equipos, había llegado a conocer a la tripulación de la Pinta mucho mejor de lo que lo habría hecho si nos hubiéramos quedado en la Tierra, donde realizábamos entrenamientos paralelos.

DeBeer venía de Sudáfrica y creía firmemente en el valor del *apartheid*. También había viajado en el cohete que se había desviado del curso y apostaría lo que fuera a que había sido él quien había mentido al FBI. Así que la sugerencia de Parker de que Florence fuera la siguiente era o bien una crueldad hacia ella o una pulla contra DeBeer. En realidad, conociéndolo, probablemente fuera ambas cosas.

Florence se alejó del grupo, desde donde ella y Leonard

observaban. Apretaba la mandíbula y mantenía la mirada fija en la barandilla en la que yo estaba anclada. Le ofrecí el sextante y lo aceptó con una inclinación de cabeza.

Benkoski intercambió una mirada con Parker. No sé qué ocurrió entre ellos, pero después se volvió hacia DeBeer.

—¿Qué tal si pasas después?

DeBeer asintió, pero también farfulló algo en afrikáans.

—*Teen die agterplaas aap?*

Parker se impulsó con los dedos de los pies y cruzó la habitación para aterrizar delante de DeBeer con precisión militar. Su voz fue cortante e igual de precisa.

—*Ek vind dat offensief. Sê dit weer, en ek kry jy permanent gegrond.*

Al retroceder, DeBeer se movió demasiado y se tambaleó de forma muy cómica. Benkoski extendió una mano para sujetarlo, miró a Parker y sacudió la cabeza.

—Por Dios. ¿Ahora también hablas afrikáans?

—¿Qué quieres que te diga? Me gustan los idiomas. —Se encogió de hombros y recuperó la imagen de astronauta heroico, encantador y lameculos que le mostraba al público estadounidense.

Heidi se rio y le pasó el sextante a DeBeer.

—*Wie viele macht das?*

Parker ladeó la cabeza y movió los dedos como si contase.

—*Elf? Nein zwölf. Zwölf, aber ich bin wirklich nur Konversation in sechs oder sieben von ihnen*.

Heidi se rio otra vez. Era fácil ver por qué Suiza la había elegido como chica de póster predilecta del programa espacial. Unos dientes perfectos. Un cuello de cisne adornado por una trenza perfecta de pelo dorado.

—«Solo» seis o siete, dice.

DeBeer se enganchó a las sujeciones junto a Florence y se centró en el sextante de Heidi.

—¿Desde cuándo hablas afrikáans?

—Empecé a estudiarlo en cuanto te asignaron a la misión de Marte.

—Me siento halagado —dijo DeBeer.

—Era el único que me faltaba. —Parker se encogió de hombros —. Claro que aprendí taiwanés para nada.

Me estremecí ante la nada sutil referencia a Helen.

—¿Y has aprendido yidis?

—¿Yidis, no judeoespañol? Creía que tu familia era de Charleston.

Pestañeé mientras mi cerebro trataba de decidir qué parte había sido la más sorprendente. ¿Que Parker supiera de dónde era mi familia, que estuviera al tanto de que la comunidad judía de Charleston era mayoritariamente sefardí y no asquenazí o que supiera que no todos los judíos hablaban el mismo idioma?

—Eh…, sí. Llegaron de Alemania en el siglo XVIII. ¿Cómo has sabido que…? —No sabía qué pregunta quería que me respondiera.

—Mi suegra es judía. Sefardí de herencia holandesa. —Pasó a mi lado y frunció el ceño un segundo antes de ocultarlo con una sonrisa—. Tenemos visita.

Parker se alejó e hizo un vistoso salto mortal por encima de mi cabeza para aterrizar limpiamente en la puerta de la sala de observación, donde Betty pastoreaba a un rebaño de periodistas. Mierda. Habían llegado pronto. Aun con los pies enganchados en uno de los rieles, Parker hizo una gran imitación de la posición de descanso militar de un desfile, incluso sin gravedad. A mi alrededor, doce astronautas esbozaron las mismas sonrisas reglamentarias.

¿Creías que al salir del planeta había escapado de la prensa? Para nada. Todos los países que habían invertido dinero en la expedición a Marte querían noticias al respecto. Las maniobras de Nathaniel y Clemons para sacarnos del planeta antes de tiempo nos habían alejado de las audiencias en el Congreso, pero la necesidad de hacer que el dinero siguiera fluyendo hacia las arcas de la CAI no había desaparecido. No quería ni pensar lo que habría hecho falta para certificar al equipo de prensa para el viaje espacial.

Me impulsé para unirme a Parker y saludar al equipo de prensa con la esperanza de darle un respiro al resto del equipo y que siguieran el trabajo con los sextantes. Después de todo, ser una cara

pública era la razón por la que estaba en la misión.

Al frente del grupo que seguía a Betty estaba el fotógrafo del *Times* Jerry. Qué alegría. A lo mejor podría pedirle que le sacara una foto a Parker con una tarjeta perforada. Betty se dio la vuelta y sonrió a sus acompañantes. Nos pasábamos la vida sonriendo para el público.

—¡Vaya, menuda suerte! Dejen que les presente al primer hombre que ha viajado al espacio, el coronel Stetson Parker. —Cuando le hizo un gesto, Parker sonrió y saludó—. Y, por supuesto, la doctora Elma York, también conocida como la mujer astronauta.

«Sonríe y saluda. Sonríe y saluda».

Mi trabajo consistía en conseguir que el espacio pareciera lo más glamuroso y emocionante posible. No sería una tarea fácil, ya que al menos dos de los periodistas empezaban a ponerse verdes con los primeros síntomas de mareo espacial. Con la suerte que tenía, alguno atribuiría cualquier vómito a «gérmenes espaciales» en vez de a unas náuseas tradicionales. Le di una palmadita a un bolsillo de mi traje espacial para sentir el pliegue tranquilizador de una bolsa para vomitar.

—¡Bienvenidos a *Lunetta*!

—Estamos encantados de que se hayan unido a nosotros. —Parker era un maestro del peloteo—. Espero que el viaje haya sido tranquilo.

—Betty, ¿qué les has preparado a nuestros buenos amigos?

—Se me había ocurrido enseñarles la sala de observación mientras se descarga su equipaje, pero no me había dado cuenta de que estabais aquí. —Eso no era verdad, ya que habíamos discutido el encuentro en la reunión de personal del lunes por la mañana. Era una pequeña treta para que sintieran que había cierta espontaneidad en aquella farsa. Era curioso lo que le gustaba a la gente.

—Estamos practicando con los sextantes, pero sentios libres de quedaros a mirar. —Parker se giró y señaló hacia la ventana, donde Florence trabajaba—. Lo hemos convertido en una competición para darle un poco de emoción.

Pregunta: ¿Parker había planeado que Florence fuese objeto de

las fotografías o había sido una casualidad? Con él no había manera de saberlo, pero me alegré de que fuera el centro de atención. Sobre todo, después de las noticias que llegaban de la Tierra sobre las sentadas en los centros de lanzamiento.

—Suena divertido, aunque no es la vista que les había prometido. Lo siento, amigos. —Los rizos de Betty flotaban con libertad, como si estuviera bajo el agua—. Si alguien quiere volver a su habitación, uno de los tripulantes los escoltará hasta allí.

Si hubiera dicho «al bar», entonces quizá habríamos perdido a algunos de los periodistas, pero, de esa manera, ninguno se arriesgaría a quedarse fuera. Betty lo sabía. Ya tenían las cámaras encendidas y listas para disparar.

—Pues sigamos con la competición. —Parker se alejó y lo seguí hasta el grupo de astronautas de la Niña. Se detuvo y se colgó boca abajo. Cabría pensar que «arriba» y «abajo» no tendrían ningún significado allí, pero tendíamos a orientarnos siempre en la misma dirección porque, en la Tierra, entrenábamos con gravedad. Los ingenieros instalaban las placas con gravedad. Las luces estaban «arriba» debido a la gravedad. También ofrecía la cortesía de facilitar la lectura de las expresiones faciales. No teníamos gravedad, pero sí «arriba» y «abajo».

Lo miré.

—¿Quieres desorientarlos nada más llegar?

—Quiero conceder a la prensa una oportunidad fotográfica única.

Kamilah Shamoun, nuestra médica, puso los ojos en blanco.

—Si te tiras un pedo, juro por Dios que le prendo fuego.

—Eso va fatal para la propulsión. —Parker sacó el cronómetro—. De acuerdo. ¿Cuál es el objetivo? ¿Benkoski?

El piloto del equipo de la Pinta negó con la cabeza.

—York, has ganado la última ronda. Elige tú.

—Buena decisión. Luego puede volver y explicárselo al gallinero. —Parker asintió con la cabeza y me miró expectante, del revés.

Lo consideré unos segundos.

—Hay que buscar el vector de estado de *Lunetta* usando a Deneb y Aldebarán como guía.

Mientras trabajaban, me impulsé hacia al equipo de prensa, que sacaba fotos. Más bien lo intentaba. La mayoría se había olvidado de anclarse y era evidente que uno aún no había aprendido a equilibrar el movimiento, así que no solo flotaba, sino que también giraba. Atrapé al hombre rubio y flacucho y lo ayudé a asentarse.

Con una mano en el hombro del periodista, sonreí al resto del grupo.

—¿Quieren que les responda algunas preguntas?

Un periodista con una melena de estrella de cine de pelo oscuro levantó la mano.

—Justino Coronel, del *Folha de Sao Paulo*. ¿Sobre qué estamos ahora mismo?

—Buena pregunta. —Señalé hacia la pared con ventanas a la derecha de la puerta—. Seguid un carril guía hasta aquí y echemos un vistazo. Orbitamos la Tierra cada noventa minutos, pero, como no estamos orientados en la eclíptica, vemos una parte ligeramente diferente del planeta en cada rotación.

Me impulsé con los dedos de los pies, volé hasta la ventana y reboté en ella para cambiar de dirección y mirarlos.

—¿Eso es seguro? —El periodista del *Times* se quedó un poco atrás.

—Por supuesto. —A menos que pasara un meteorito, pero no tenía sentido alarmarlos. Me enganché a un mango para anclarme —. Cada ventana está formada por cuatro cristales de tres centímetros de grosor cada uno. Así que hay doce centímetros entre el espacio exterior y nosotros. Un hombre de noventa y un kilos podría ponerse encima en la Tierra e incluso saltar sin romperlo. En gravedad cero, peso muchísimo menos que eso.

El periodista del *Times* alzó la cámara, como si no pudiera evitarlo.

—¿Es para protegerse de los meteoritos?

—Es más probable que impacte la fiambrera de alguien. —Sonreí. Otra vez. Y miré hacia abajo, donde la Tierra giraba junto a

nosotros en gloriosos azules y grises plateados. Algunos destellos de superficie marrón o verde asomaban a través de la cubierta de nubes como promesas secretas—. Ahora mismo estamos sobre África.

Un hombre rubio y flaco se puso al frente del grupo.

—¡Mi hogar! —Su acento lo situó en el sur del continente. Levantó la cámara y comenzó a tomar fotos—. ¿Cree que podría fotografiar a Vanderbilt DeBeer delante de Sudáfrica?

—Para cuando termine, me temo que ya habremos rotado lejos de aquí. —Eché un vistazo a la zona donde Florence y DeBeer trabajaban—. Pero en la próxima órbita deberíamos seguir aún sobre el continente.

—Vaya. —El periodista se enderezó y eso lo alejó de las ventanas.

Le enganché por el pie y lo atraje hasta uno de los rieles.

—Cuidado. Asegúrese de estar siempre agarrado a algo hasta que se acostumbre a la gravedad cero.

—¿Cuánto tiempo le llevó a usted? —El periodista brasileño tenía una mano en un riel y usaba la otra para estabilizar la cámara.

Me encogí de hombros.

—A los dos o tres días ya me sentía bastante cómoda, pero es diferente para cada persona. —Señalé al equipo de astronautas—. Por ejemplo, Graeham Stewman, que es el geólogo de la Pinta, fue buceador olímpico antes de dedicarse a la geología. Se acostumbró al espacio como pez en el agua. Derek Benkoski, el piloto de la Pinta, había hecho paracaidismo con las Fuerzas Aéreas y esa experiencia lo ayudó con la ingravidez.

—¿Qué hay del otro geólogo? —El periodista sudafricano levantó la cámara hacia el grupo y ajustó el enfoque, pero no sacó ninguna foto.

—El doctor Flannery fue parte de la media. Aunque, en realidad, uno de los criterios que la CAI buscó en los candidatos para la expedición a Marte fue la resistencia a las náuseas espaciales.

Todas las cabezas se volvieron hacia mí. Uno de los hombres de tez verdosa gimió y tragó saliva de forma audible.

—¿«Náuseas espaciales»? ¿Cómo la enfermedad que tenían los

astronautas del cohete que se estrelló?

A veces costaba no reírse de la gente. Si son periodistas, ¿no deberían estar mejor informados?

—Si piensan en algo bacteriano, no existe tal cosa. Lo que afecta a los astronautas es una alteración del aparato vestibular en el oído interno. Es molesto, pero no peligroso. Sería como marearse en el mar.

Casi al unísono, la mayoría cambiaron las cámaras por libretas de papel y garabatearon algo en ellas. Probablemente se trataría de algo parecido a: «Elma York afirma que las náuseas espaciales son como marearse en el mar». Podría ser peor.

—^Hablando de cohetes que se estrellan, ¿se siente cómoda con la participación de Leonard Flannery en la expedición, teniendo en cuenta que está siendo investigado por el accidente de la Cygnus 14? —Otra vez el periodista sudafricano.

Años de ansiedad me habían dado la capacidad de parecer tranquila y sonreír incluso cuando el corazón se me aceleraba. Aunque esa vez fue por la ira.

—Leonard estaba dentro del cohete, igual que yo, y no es posible que interviniera en el accidente. Así que no tengo ningún problema con que forme parte de la tripulación. Entre otras cosas, ha escrito el libro sobre el paisaje marciano.

—¿Qué hay de la EVA?

Pestañeé, que, al parecer, era lo que hacía cuando me sorprendía. Lo hice de nuevo.

—¿Perdón?

—Según fuentes, Leonard Flannery realizó una actividad extravehicular la mañana anterior a que la nave Cygnus 14 regresara a la Tierra. ¿Pudo haber dañado el cohete entonces?

—¿Según «fuentes»?

Lo único bueno de aquel circo era que reducía los posibles sospechosos de hablar con el FBI. Si compartían una fuente con el periodista sudafricano, entonces era lógico que el astronauta sudafricano fuera la clave.

Vanderbilt DeBeer. Los dos tendríamos una charla muy

interesante.

CAPÍTULO 11

¿QUÉ CLASE DE HOMBRES SON?

La tripulación de la expedición a Marte

> Revista *Time*, 19 de julio de 1962 — El coronel Stetson Parker entró en la habitación con una americana a cuadros de estilo conservador que enmarcaba su bien proporcionado cuerpo de un metro ochenta y le daba un elegante aspecto urbanita. Lleva el cabello rubio que empieza a clarear, antes abundante, muy corto, lo que destaca la fuerte mandíbula. Su sonrisa torcida sugería que era consciente de su papel como figura histórica y que se esforzaba por recordar a la gente que solo es un hombre. Es fácil dejarse cegar por su papel como el primer hombre en el espacio y olvidar que, debajo de un exterior encantador, hay también un hábil piloto de guerra que participó en más de ochenta misiones en la Segunda Guerra Mundial.

Después de pasar un día entero intentando pillar a DeBeer a solas, tuve tiempo suficiente para tranquilizarme y darme cuenta de que sería mejor hablar con Florence y Leonard primero. Leonard estaba en su laboratorio y experimentaba con… algo. Había rocas. Y un taladro. En fin, fui a buscar a Florence y la encontré en el

gimnasio, corriendo en la cinta bajo la suave gravedad centrífuga del rosco de *Lunetta*.

Avancé por el suelo ligeramente curvado y pasé junto a Terrazas en las pesas y Rafael en la bicicleta estática. Algunos miembros de la tripulación de *Lunetta* también estaban allí, con la ropa de entrenamiento enviada por la ONU. Había un periodista encorvado en la esquina que le hacía fotos de DeBeer mientras hacía flexiones de brazos.

Florence llevaba una toalla sobre los hombros y se limpió la cara mientras corría. Incluso con la gravedad artificial de la sección giratoria de *Lunetta*, el sudor no goteaba tan rápido como en la Tierra.

Asintió con la cabeza para reconocer que me había visto, pero siguió corriendo.

—¿Me ayudas con una cosa? —Eché un vistazo a los demás, pero a nadie parecía importarle nuestra conversación—. Tengo una pregunta sobre comunicaciones para la que me vendría bien tu ayuda para el próximo simulacro.

Florence se limpió la cara.

—Me quedan otros veinte minutos en la cinta.

Asentí y eché un vistazo breve a DeBeer para asegurarme de que seguía pavoneándose delante del periodista.

—Vale. Estaré en el laboratorio revisando algo con Leonard. Ven cuando termines.

Siguió mi mirada y levantó las cejas. Apretó los labios y asintió.

—Me pasaré por allí.

El doctor Leonard Flannery tenía el aspecto de un científico loco cuando entré en el laboratorio. Llevaba una bata blanca, gafas de seguridad y protección auditiva. Sobre las gafas de seguridad tenía otro par de lentes de aumento que hacían que sus ojos casi se desvanecieran detrás de los cristales. Fuera lo que fuera en lo que estaba trabajando, chirriaba y lanzaba chispas al aire. Es uno de los motivos por los que dejamos de usar oxígeno puro en el espacio; eso

y los peligros de la toxicidad del oxígeno por exposición a largo plazo.

Leonard levantó la vista cuando entré y apagó el artilugio con una sonrisa.

—York. ¿Qué puedo hacer por ti?

Esperé a que se quitara las orejeras y se las pusiera en el cuello como una especie corbata.

—Quiero hablarte de algo, pero prefiero esperar a que llegue Florence.

—¿De qué?

—El FBI.

Se puso pálido. Se subió las gafas a la cabeza y se limpió las manos con un trapo de la mesa del laboratorio.

Me encogí de hombros con la carpeta en las manos.

—He traído trabajo para hacer hasta que llegue. Ha dicho que tardaría unos veinte minutos.

—No voy a hacer nada útil en veinte minutos. —Tiró el trapo otra vez sobre la mesa—. No va a desaparecer sin más, ¿verdad?

—No lo sé.

Leonard se sacó las orejeras del cuello y las colocó en su sitio en el estante de las herramientas. Le siguieron los dos juegos de gafas antes de devolver su atención al artilugio de la mesa.

—¿En qué trabajas? —Me senté en uno de los taburetes junto a la mesa.

—Probaba un nuevo extractor de muestras. —Lo sacó de la roca que había estado perforando—. No me vuelve loco. Es muy aparatoso y no realiza una perforación limpia. Pero supongo que una corporación que financia algún aspecto de la misión quiere que lo usemos. Ya sabes cómo va. «¡Nuestras brocas se usan en Marte!».

Bufé.

—Lo sé. Algunas marcas me han pedido que me lleve sus barras de labios a la expedición.

—Estás de broma. —Se paró con el taladro en una mano y negó con la cabeza—. Déjalo, sé la respuesta.

Detrás de mí, Florence preguntó:

—¿La respuesta a qué?

Me volví a mirarla.

—¿Te han pedido que lleves cosméticos a Marte?

Florence se había quitado el chándal, pero aún llevaba el pelo recogido en un moño apretado. Puso los ojos en blanco.

—Un alisador de pelo. Como si fuera a usar lejía en el espacio. Esa cosa ya quema bastante cuando hay gravedad para controlarla.

—Espera, ¿usas lejía para alisarte el pelo?

Florence agitó la mano para desechar la pregunta.

—He dejado de correr antes de tiempo, así que dime por qué.

—Claro. —Dejé la carpeta en la mesa y respiré hondo. Antes de ser astronauta, probablemente me habría ido por las ramas, me habría tomado mi tiempo y habría utilizado sutilezas e insinuaciones. ¿Ahora? No iba hacer perder el tiempo a mis compañeros con nada que no fuera la información que necesitaban para resolver el problema—. El periodista sudafricano mencionó que tenía una fuente. Los agentes del FBI también. Así que me preguntaba si podría ser DeBeer.

—Pues claro que lo es. —Florence se sentó en uno de los taburetes y dejó una bolsa de agua en la mesa—. ¿Es de lo que querías hablar?

—Bueno, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Leonard y Florence intercambiaron una mirada. Él negó con la cabeza.

—Lo mismo que he hecho hasta ahora. Agachar la cabeza y tratar de no causar problemas.

—Pero está contando mentiras. El periodista dijo que habías hecho una EVA antes de que el cohete despegase.

—Así es.

Me quedé con la boca abierta. Leonard se frotó la frente.

—Se lo conté al FBI y confirmaron con Malouf, que estaba conmigo, y con Control de Misión que ni siquiera nos acercamos al cohete.

—Menos mal. —Intenté que comprendieran lo que ocurría—. Pero DeBeer procura echaros de la misión.

—Lo sabemos —Florence suspiró—. Por eso evitamos pasar demasiado tiempo juntos, ni con Kamilah y Terrazas. No queremos que piense que los «morenitos» están conspirando.

—Pues hablemos con Control de Misión para que…

—¡No! —Leonard se tensó—. Por el amor de Dios, no hables con Control de Misión. Me costó lo mío que Clemons me dejase seguir después de todo el lío con el FBI, no pienso arriesgarme a dar problemas.

Me volví hacia Florence para que me apoyara y ella negó con la cabeza.

—Sé que tienes buenas intenciones, pero tiene razón. Sabes que no suelo callarme cuando algo no me gusta, pero ni en sueños se lo contaría a Control de Misión.

Me desplomé en el taburete. Tenía que haber algo que pudiéramos hacer. Lo que decían se parecía mucho a las razones de Helen para aceptar retirarse de la misión porque la CAI quería enviarme en su lugar. En realidad, no se alejaba mucho de los motivos por los que mamá siempre me decía que fuera tranquila y educada. Al ser una niña judía, no podía dar a la gente ninguna razón para fijarse en mí. Me mordí el labio inferior.

—¿Y si le damos la vuelta para que no tenga que ver con vosotros? Quizá haya alguna manera de usar todo el rollo de la mujer astronauta para mostrar que DeBeer es un problema. Es decir, yo sí que puedo meterme en líos. No me harán nada.

Leonard ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, como si fuera Superman e intentara ver a través del plomo. Luego negó y se enderezó.

—No. Aun así, me repercutiría. Quieres ayudar y te lo agradezco, pero tengo que pedirte que dejes en paz el asunto. Una vez que nos pongamos en marcha, DeBeer estará en la otra nave y ya no importará.

Florence sonrió sin alegría.

—Será la única vez que el *apartheid* juegue a nuestro favor. —Al ver mi mirada desconcertada, se encogió de hombros—. ¿No lo sabías? Estamos en la nave idéntica, pero separada.

Uno de los beneficios inesperados de vivir en la era del meteorito era que el servicio telefónico había mejorado de forma drástica con la llegada de los satélites. Las compañías telefónicas ya no tenían que tender el cableado por todos los Estados Unidos ni arrastrar largos cables transatlánticos bajo el océano. En su lugar, las antenas de radio hacían rebotar las señales hasta el espacio, donde un satélite las captaba y las devolvía a otra antena en otra parte del planeta.

Aquella tecnología se había desarrollado para permitir la comunicación con la Tierra en el camino a la Luna; luego se perfeccionó para la comunicación con *Lunetta*, y todavía más para la expedición a Marte. Todo ello significaba que, una vez a la semana, a pesar de estar en una plataforma orbital, podía hablar con mi marido.

Me anclé a uno de los cubículos del módulo de comunicaciones de *Lunetta*. La cámara colgaba de uno de los brazos ingrávidos de la estación como un percebe hecho de antenas. Saqué los auriculares del enganche en el lateral del cubículo y traté de no escuchar las demás conversaciones que tenían lugar en la pequeña sala. Los otros cuatro teléfonos «públicos» los usaban dos miembros de la tripulación de *Lunetta*, un periodista y un minero de camino a la Luna.

Con los auriculares ya colocados, las otras conversaciones se apagaron tras un leve zumbido de estática. Cambié la línea para que la operadora supiera que estaba allí y esperé hasta que la voz atravesó la estática. Esta vez era británica.

—¿Qué número, por favor?

—Kansas Oeste 6-5309. —Era el teléfono del despacho de Nathaniel, ya que aún era primera hora de la tarde en Kansas.

—Un momento. —La línea hizo un clic y zumbó mientras se conectaba. Un segundo después, empezó a sonar.

El teléfono ni siquiera pasó por el primer timbre.

—Nathaniel York al habla.

—Hola, guapo.

—Hola. —¿Cómo se podía infundir tanta dulzura en una sola sílaba? ¿Cómo podía derretirme y convertirme en gelatina solo con

el sonido de su voz? La diferencia entre cuando habla por teléfono por trabajo y cuando me contesta a mí es como la diferencia entre una regla de cálculo y un gatito. Lo cual es, tal vez, la analogía más extraña que haré en mi vida, pero es cierta.

Acerqué el micrófono, apoyé la cabeza en la pared del cubículo y fingí que era su hombro.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti. —El ventilador del escritorio zumbaba detrás de su voz—. ¿Cómo va todo por allí arriba?

En ese momento, me gustaría haberle contado lo de DeBeer y la conversación con Leonard y Florence, pero estaba en una habitación con más personas y él en una línea de la empresa.

—Bien.

Se dio cuenta de mi vacilación.

—¿Solo bien?

—Son días largos. Además, tenemos una bandada de periodistas por aquí. —Perfecto. Podía hablarle de eso—. Ya sabes lo mucho que me gusta tener a la prensa alrededor.

Soltó una risita.

—Lo sé. Aunque debo reconocer que me gusta ver una foto tuya de vez en cuando.

—Al menos, ninguno me ha pedido que pose con una tarjeta perforada.

—En la que sales «volando» por un pasillo fue bastante adorable. —El teléfono crujió cuando se movió—. ¿Cómo lo llevas?

—La verdad, estoy lista para terminar el entrenamiento. Si no fuera por las trayectorias orbitales, creo que DeBeer se llevaría a su equipo ahora mismo e intentaría llegar a Marte antes que nosotros. —Me aclaré la garganta—. Es un hombre interesante.

—¿Ajá? —Al escucharlo, imaginaba que enarcaba las cejas y daba golpecitos con un lápiz en la mesa mientras pensaba—. Oye, Elma, no me gusta preguntarte por el trabajo en una llamada personal, pero ¿necesitas hacer una prueba de teletipo mañana o al día siguiente?

Bendito fuera. Había intentado encontrar una manera de

hacerlo por mi cuenta y no se me había ocurrido nada. Como estaba casada con el ingeniero jefe, Nathaniel podía, muy de vez en cuando, flexibilizar un poco el horario a mi favor. Aun así, si le contaba lo que pasaba con DeBeer, haría algo al respecto. Sería casi como transmitirlo al Control de Misión e ignorar los deseos de Florence y Leonard. Suspiré y me mordí el interior de la mejilla antes de responder.

—No hace falta.

—¿Estás segura?

—Sí. —No lo estaba y él lo sabía, pero no tenía forma de arreglar nada de lo que me preocupara—. Te lo prometo, te diré si necesito hacer una prueba.

—Eso espero. —Se notaba la reticencia en su voz y quería asegurarle que todo iba bien. Para mí, así era. Para mis compañeros de equipo, no tanto.

Intenté sonar alegre y cambiar de tema.

—¿Qué tal tú? ¿Has ganado más aceitunas al póquer?

—Por desgracia, no. Me temo que tuve que darle a Reynard un frasco de cebollas en vinagre la última vez. Por cierto, Helen y él te mandan saludos.

—Dales recuerdos. Aquí todos la echan de menos. —Me había puesto al día a lo largo del año anterior, pero eso no compensaba el tiempo que Helen había pasado entrenando con ellos ni la injusta manera en que la habían tratado. La línea crujió. A veces, el peso del anhelo de estar con él me dejaba sin palabras. No era el anhelo en sí mismo, sino que todo lo que quería decir se enredaba en una frase —. Te echo de menos.

—Y yo a ti. —Suspiró—. Por cierto, el verano que viene voy a contratar a un becario.

—¿En serio? Creía que los odiabas. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Es muy listo y entregado. Y su tía es mi mujer.

Levanté la cabeza tan rápido que el movimiento me hizo girar en el cubículo. Extendí una mano para detenerme y me reí.

—Granuja. ¿Por qué no ha sido lo primero que me has contado?

¿Cómo ha pasado?

Se rio y el calor llenó el espacio entre los dos como un sol ardiente.

—Tommy me escribió una carta muy amable y formal, incluso se dirigió a mí como «Dr. York».

—¿Cómo sabes que no me la mandaba a mí?

—¡Ja! Muy lista. En el sobre ponía «Dr. Nathaniel York», así que no cabía lugar a duda. Sea como sea, está preparando las solicitudes para la universidad y quiere añadir algo de experiencia práctica. Astronomía, dice. Le interesan Berkeley, Wyoming y Hawái.

—Lo visitaría en Hawái.

Nathaniel se rio.

—¡Lo mismo dije yo! En fin, se quedará conmigo y dormirá en el sofá.

Se me escapó un pequeño silbido al imaginarlo. Tommy era dulce, pero aún era un adolescente, y nuestro piso ya era pequeño para nosotros dos. Claro que yo no estaría allí.

—Así que será un piso de solteros.

—Algo así.

—Os imagino dejando los calcetines por todas partes. Cenas delante de la tele y noches de póquer.

—Había pensado en bailarinas exóticas y puros.

—No corrompas a mi sobrino, Nathaniel Ezra York. —Enrollé el cordón del teléfono en la mano. La tela áspera era un pobre sustituto de mi marido—. Ya tienen bastante con Rachel.

—Ya, supongo que sí. ¿Alguna novedad?

—La última carta que recibí de Hershel decía que iban a mandarla a un internado. —No quería compartir el contenido completo de la carta con los que flotaban en los otros cubículos, aunque no llamaría tanto la atención como las conversaciones sobre el equipo de la expedición a Marte—. Al parecer, robó un anillo de la tía Esther y lo vendió en una casa de empeños.

Nathaniel silbó asombrado.

—Lo recuperaron, gracias a Dios, y la castigaron otra vez, pero

se escabulló para estar con ese chico. No sé qué le pasa. Hershel dice que Doris está fuera de sí y siente que ha fracasado como madre.

—Solo tiene que mirar a Tommy para saber que eso no es verdad. —El aliento de Nathaniel en los auriculares al suspirar me recordó lo lejos que estaba—. A veces, las personas toman decisiones inexplicables, pero Rachel es un ser independiente y esas decisiones son solo suyas. Tal vez el internado le dé el espacio que necesita para tomar otras mejores.

Habría sido un buen padre. Cerré los ojos para evitar la repentina oleada de lágrimas tras los párpados. Llorar en gravedad cero era un fastidio; las lágrimas no caían, así que se acumulaban en un hemisferio salado alrededor de los ojos que casi te cegaba.

—Cuida bien de Tommy cuando llegue.

—Lo haré. —Se rio—. Aunque se me ha ordenado que lo llame Thomas cuando esté aquí para las prácticas. Le preocupa que «Tommy» suene demasiado infantil para un joven universitario.

Levanté el brazo para presionar el puño de la camisa contra los ojos y absorber las lágrimas que se me empezaban a acumular. Tres años. En tres años, ¿dónde estarían?

CAPÍTULO 12

INSINUACIONES DE UN EXTENDIDO COMPLOT RACIAL EN EL ACCIDENTE DE LA CYGNUS 14

> Johannesburgo, Sudáfrica, 19 de septiembre de 1962 —La creencia de que un grupo de al menos veinte personas de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color planeó el accidente de la nave Cygnus 14 se refuerza entre los líderes moderados de los Estados Unidos. Según fuentes de la Coalición Aeroespacial Internacional, algunos de los conspiradores serían astronautas. En unas declaraciones anónimas, un empleado de la CAI ha afirmado que los astronautas negros están siendo investigados por agentes de la Oficina Federal de Investigación desde el accidente. «Lo que más me molesta —dijo— es la reticencia de muchas personas de la CAI a enfrentar el hecho de que fue premeditado. No fue un accidente».

Bajé por la escalera de los dormitorios del centro ingrávido de *Lunetta* y entré en el anillo que rodeaba la estación. La transición de gravedad cero a gravedad no era tan dura como al volver a la Tierra. Te volvías más pesado a medida que te deslizabas por la escalera, igual que cuando vacías el agua de la bañera mientras sigues dentro.

Quizá soy la única que lo hace.

Sea como sea, solía esperar un segundo al pie de la escalera para orientarme antes de alejarme. Sin embargo, de camino a la reunión de personal del lunes por la mañana, escuché gritos incluso antes de llegar al final de la escalera. En cuanto toqué el suelo de goma con los pies, me volví hacia la sala de conferencias. El giro fue demasiado rápido y tuve que estirar la mano para sujetarme a la escalera mientras el efecto Coriolis me pillaba por sorpresa. Otra de las muchas razones por las que seguíamos el mantra «lo lento es rápido» en el espacio.

—¡No hay pruebas de que haya sido yo! —La voz de DeBeer salió de la sala de conferencias y recorrió los pasillos curvados.

Parker respondió, lo bastante alto para oírlo, pero no para entenderlo.

¿Qué diantres? Salí disparada hacia la sala de conferencias. Detrás de mí, otra persona aterrizó en la base de la escalera.

—Es un artículo de periódico. ¿Acaso todo lo que salga de Sudáfrica es culpa mía?

—Van, respira hondo. —Escuché la voz calmada de Benkoski desde la puerta—. No ha dicho eso.

Algunos de los astronautas ya estaban en la sala con las tazas de café y los donuts importados. Parker avanzó hasta la cabecera de la mesa y apoyó las manos a ambos lados de los informes.

Estaba rojo y una vena le sobresalía a un lado del cuello, pero controló la voz al hablar.

—Lo que digo es que este —deslizó una página hacia delante— y otros artículos de noticias similares pueden hacer que la misión se cancele o se retrase, lo que, dado el panorama económico actual, sería lo mismo.

—No he tenido nada que ver. —DeBeer cruzaba los brazos sobre el pecho y trataba de mirar a Parker con superioridad.

—Entonces no tienes razones para objetar a que, a partir de ahora, todos los contactos con la prensa se harán en presencia de un representante de la CAI. —Estudió la habitación con la mirada y se detuvo unos segundos cuando llegó a mí—. Se aplica a todo el

mundo. Yo incluido.

—¿Así que no se me permite hablar con un compatriota? ¿Eso es lo que dices?

—Si ese compatriota es periodista, no.

DeBeer parecía que tuviera ganas de escupirle.

—Pondré una queja a la CAI.

—La orden la ha dado Clemons. —Parker se encogió de hombros—. Así que haz lo que quieras, pero no te saldrá bien.

—Prefiere seguir el camino más fácil, cuando debería centrarse en los cargos que se mencionan en el artículo. —DeBeer señaló a Leonard, que estaba sentado al fondo de la sala con la cabeza gacha y las manos entrelazadas sobre el regazo.

Terrazas y Heidi entraron, los dos con la misma expresión de no entender nada. Lo que fuera que hubiera pasado no tenía nada que ver con Nathaniel. Ni conmigo. O eso esperaba.

—¿Qué cargos?

DeBeer se volvió hacia mí con una sonrisa sardónica.

—La CAI intenta encubrir la participación de un negra…, de un astronauta negro en el accidente de la Cygnus 14.

—No se puede encubrir algo que no ha pasado. —Crucé los brazos para imitarlo—. Los dos estuvimos allí, así que deberías saberlo.

Su sonrisa vaciló, como si de repente hubiera recordado con quién hablaba.

—Sí, lo estábamos. Pero tú estabas en la parte delantera del cohete, así que quizá no recuerdes que el doctor Flannery habló largo y tendido entre susurros con los terroristas.

—Nadie lo recuerda porque no pasó. —Aunque tenía razón: si Leonard hubiera hablado con alguno de los secuestradores mientras yo estaba en la puerta del avión haciendo de enlace, no me habría enterado. Sin embargo, estaba segura de que no había estado involucrado. Le di la espalda a DeBeer—. ¿Quedan dónuts?

Rafael se apoyó en la encimera de plástico y señaló los dulces envasados al vacío.

—Recién salidos de la última nave de suministros. Casi están

frescos.

Uniéndose al esfuerzo por cambiar de tema, Terrazas soltó una risita.

—Llevas aquí demasiado tiempo si te parece que eso está fresco.

Parker se sentó y juntó las páginas como hacía Clemons.

—Vamos al grano, gente. Queda un mes para el lanzamiento y tenemos que estar centrados.

Un mes. Y solo teníamos un plazo de siete días para despegar o tendríamos que posponer la misión otro año y medio hasta que los planetas volvieran a alinearse. DeBeer tendría que ser idiota para seguir intentando que echasen a Leonard de la expedición. Recé porque no lo fuera.

Cogí un dónut envasado y una taza de café. Uno de los primeros problemas de estar en el espacio era que la congestión y las bebidas envasadas impedían oler el café, lo que le quitaba la mitad de la gracia. Así era solo agua amarga. Agua amarga con cafeína, pero aun así. El anillo rotatorio lo cambió todo. Si no te parece importante, es que no eres consciente de que gran parte de la industria espacial se alimenta de café. Inhalé el vapor oloroso mientras me dirigía a un asiento vacío entre Rafael y Kamilah.

La tripulación de la Niña tendía a sentarse junta en el lado izquierdo de la mesa, mientras que la Pinta se sentaba en el derecho. No era algo planeado, pero también tendíamos a sentarnos más o menos frente a nuestros homólogos, así que saludé a Heidi Voegeli con un asentimiento mientras me acomodaba en la silla.

Me devolvió el saludo y señaló con la cabeza hacia DeBeer en la parte delantera de la mesa. En el suspiro que siguió, percibí cierta conmiseración.

Al frente de la mesa, Parker nos dio tiempo para que nos sentáramos mientras bebía su café. Dejó la taza y asintió con sequedad.

—Esta semana nos centraremos en hacer inventario de los suministros y asegurarnos de que están afianzados. La tripulación de *Lunetta* los ha transportado y cargado en las naves para nosotros, pero es mejor comprobar que no falta nada.

—No podremos acudir a la tienda a por un cartón de leche de camino a Marte. —Benkoski guiñó el ojo.

Parker lo ignoró y siguió hablando.

—El equipo de la Niña lo formarán Terrazas, Avelino y Flannery. Mientras tanto, quiero que Shamoun revise los suministros médicos. Grey y York, os encargaréis de la cocina.

Qué gran sorpresa que pusiera a las mujeres a hacer el inventario de la cocina. ¿Qué lo habría empujado a asignárnoslo?

—En el equipo de la Pinta estarán DeBeer, Schnóhaus y Stewman. Donaldson revisará el módulo médico y los suministros. Sábados y Voegeli se encargarán de la cocina.

Donaldson, Voegeli y Sábados estaban sentadas una al lado de la otra en el lado de la Pinta, no les fueran a pegar los piojos de chicas a los hombres de la misión. Voegeli se inclinó y le susurró algo a Sábados, que apretó los labios para ocultar una sonrisa.

—Benkoski. Tú y yo nos encargaremos de transportar a la gente a las naves y después haremos una inspección completa de la lista de verificación de las lanzaderas. —Parker levantó la vista de los papeles—. Control de Misión cree que nos llevará unas seis horas y quieren que volvamos a *Lunetta* a tiempo para dar una rueda de prensa esta noche.

Al otro lado de la mesa, Rafael resopló. Sabía por qué. Si hubiera gravedad, entonces sí, seis horas serían suficientes. Pero tardaríamos media hora en cada trayecto desde *Lunetta* a las naves con las lanzaderas. Por no hablar de los trajes. ¿Y dar una rueda de prensa después de pasar un día entero haciendo inventario? Genial.

Le di un mordisco al dónut y era de poliestireno. El azúcar del exterior sabía un poco al plástico del envase. Esperaba que hubiera aperitivos en la rueda de prensa.

Parker nos dejó refunfuñar un rato antes de esbozar una sonrisa torcida.

—Les dije que no era razonable, así que nos han dado dos días, pero la rueda de prensa será esta noche.

Ruby Donaldson, la médica de la Pinta, levantó la taza de café.

—Dios le bendiga, padre.

Parker negó con la cabeza.

—Recordad que nadie debe hablar con la prensa sin un representante de la CAI presente. Hablad con Betty si necesitáis ayuda.

DeBeer murmuró algo en afrikáans y trazó una línea con fuerza en una página de su carpeta.

Parker se inclinó hacia delante.

—Escuchado y comprendido. ¿Por qué no lo dices en inglés para el resto del grupo?

DeBeer se puso rojo y rechinó los dientes, luego se encogió de hombros.

—Si necesitamos hablar con Betty, ¿deberíamos buscarla en tu litera?

La habitación se quedó en silencio y el ruido de los ventiladores, que era el telón de fondo en *Lunetta*, la inundó. Todos lo sabíamos. Todos sabíamos que Betty y Parker seguían con su aventura en la estación. Pero eran discretos. Ninguno había dicho nada al respecto porque, en realidad, Parker era más amable cuando se acostaba con alguien.

Fulminó a DeBeer con la mirada.

—Gracias por compartirlo con la clase. Para que conste, la palabra en afrikáans *hoer* se parece mucho a otra en inglés y significa lo mismo[1]. Me parece excesivo llamar «puta» a una periodista, por muy molesta que sea la prensa. Solo hacen su trabajo, igual que nosotros, y, si cooperamos, terminaremos antes.

—¿Se le llama cooperar a…? —Florence se interrumpió y se aclaró la garganta—. ¿Se le llama cooperar a lo que hacen los periodistas cuando preguntan por los miembros de color de la tripulación?

—Ese tema está cerrado. —Parker devolvió su atención a los papeles e ignoró la pulla de Florence—. Como adelanto para la semana que viene, os recuerdo que Control de Misión enviará a un equipo para las últimas comprobaciones antes de partir. Ha habido un pequeño cambio en el personal, ya que han añadido al ingeniero jefe al equipo.

Nathaniel.

La habitación se calentó. Todos me miraron y quise derretirme bajo la mesa. Nadie más vería a su familia antes de irnos. No debería haber hecho el cambio, pero me hacía muy feliz que lo hubiera hecho.

—York. Le darás la bienvenida al cohete con Betty. Ten en cuenta que la prensa estará allí, así que te recomiendo que antes hables con ella para estar preparada. —Parker sonrió como untiburón—. Ten en cuenta que las lanzaderas están insonorizadas.

Cómo lo odiaba. Me aferré a la secuencia de Fibonacci para no abalanzarme sobre la mesa y darle un bofetón. «1, 1, 2, 3, 5,8,13…».

Al otro lado de la mesa, Heidi me miró con ira palpable. Maldita sea, Nathaniel. Acababa de conseguir que la gente me aceptase como parte del equipo y no como una intrusa por razones publicitarias. ¿Por qué Clemons había dicho que sí? Tenían que saber cómo afectaría a la moral.

Mientras la cara me ardía, DeBeer se inclinó hacia Benkoski.

—¿Lo ves? Te dije que eran la nave publicitaria.

Benkoski, que me conocía desde hacía años, tenía una sonrisa amarga, como si tratara de no fruncirme el ceño. Se rio.

—Ya. A York siempre se le ha dado bien la publicidad.

—Todos sabemos qué tenemos que hacer. —Parker seguía con la misma sonrisa de tiburón y mostraba unos dientes perfectos—. York. Tendrás la mañana libre para ponerte guapa para saludar a tu maridito. A la prensa le encantará.

Floté junto a la esclusa en una de las secciones ingrávidas de *Lunetta* cuando llegó el último cohete de la Tierra. En el entrenamiento, en la estación, me había adaptado al ritmo de mis compañeros. Cuando Parker me dijo que Nathaniel iba a venir, no me paré a pensar en la fecha.

Nathaniel vendría para el Rosh Hashaná.

Todos se preparaban para un simulacro de la partida de las naves. Todos excepto Betty, el equipo de prensa y yo. Los

periodistas flotaban detrás de mí, ya acostumbrados a la gravedad cero después de realizar varios viajes a la estación espacial y haberles quitado el sitio a astronautas de verdad.

Uno de los tripulantes de la estación se impulsó con los dedos de los pies y flotó hasta la escotilla, donde comprobó dos veces la presión y, después, se asomó para realizar una confirmación visual. Solo porque el indicador de presión delta estuviera a 4,9 no significaba que hubiera necesariamente algo al otro lado de la puerta; podría tratarse de un cortocircuito. Un momento después, giró la manija de la escotilla y la arrastró hacia atrás.

Dentro, la escotilla del transbordador se abrió y soltó una breve bocanada de la Tierra. Era posible que fueran imaginaciones mías, porque mi sentido del olfato era un desastre en el espacio, pero el aire que salía de una nave que venía de la Tierra olía diferente al aire reciclado que teníamos allí arriba. Los pasajeros salieron y la tripulación saludó a quienes conocían. La mayoría iban de camino a la Luna o subían para la rotación en *Lunetta*.

Después de que hubieran salido los astronautas, el equipo de Control de Misión flotó a través de la esclusa. Burbujas, Michael Boundy, Ken Harrison y Howard Teng. Todos blancos, excepto Teng.

Detrás de ellos, la última persona que salió del cohete, sonriendo como si estuviera a punto de llorar, fue mi marido.

Con los fotógrafos a mi espalda, esbocé la sonrisa reglamentaria para esconder la alegría y la pena que anidaban en mi interior.

—Bienvenidos a *Lunetta*, caballeros. La tripulación les guardará el equipaje mientras los acompaño a la Niña y la Pinta en una de las lanzaderas.

Detrás de mí, la voz británica del reportero del *Times* gritó:

—¡Doctor York! ¿Cómo se siente al ver a su mujer?

—De maravilla. —Nathaniel avanzó hasta la parte delantera del grupo con torpeza. Había estado en el espacio antes, pero habían pasado un par de años. Necesitó dos intentos para enganchar el pie en uno de los rieles.

Burbujas se las arregló para rebotar incluso aferrado a un riel.

—Anda, bésala. Serás inútil hasta que lo hagas.

Ha sido la única vez en la vida que me he sentido reacia a besar a mi marido. En cuanto lo hice, todas las cámaras se dispararon a la vez. Conocía el sistema lo bastante como para saber que todos los periódicos importantes de la Tierra publicarían una foto de ese beso. Sin embargo, como Parker había señalado con amabilidad, todos sabíamos lo que teníamos que hacer y yo tenía que conseguir que el espacio y Marte fuesen atractivos para las mujeres de la Tierra.

Sobre el papel pondría «calculadora», pero era la chica de póster de las estrellas.

Sin dejar de sonreír, me impulsé con los dedos de los pies y mi marido me acercó al riel. Nathaniel irradiaba calor. Inhalé, pero su olor se escondía detrás de la congestión de la gravedad cero. Tímida como una recién casada, le sonreí a mi marido desde hacía doce años.

—Hola, doctor York.

—Doctora York. Me alegro mucho de verla. —Nathaniel me cogió la suya y encontré el callo de su dedo índice. Se inclinó y susurró—: *L'shanah tovah tikatevi v'taihatemi*.

No celebraríamos una cena formal ni escucharíamos el *shofar* ni encenderíamos velas, pero, al menos, nos felicitaríamos en Año Nuevo.

—*L'shanab tovah tikatev v'taihatem*.

Sonrió, asintió y dio la espalda a nuestro público.

—¿Puedo?

Me mordí el labio inferior y asentí. «3,141…».

Se inclinó y eclipsó el hangar, a los periodistas y los ingenieros, a Betty, a la Tierra y a todo lo demás. Mi marido sabía a menta fresca y a su propio e inescrutable sabor. Sus mejillas eran suaves como las de un bebé, excepto por un pequeño trozo áspero justo debajo del labio que siempre se le pasaba.

Al retroceder, me ardían las mejillas y los ingenieros rompieron a aplaudir y a vitorearnos. Las luces de los *flashes* parpadearon a nuestro alrededor. Me aferré a la mano de Nathaniel un segundo más mientras trataba de respirar con normalidad.

«3,141592…».

Como la psicóloga me había enseñado hacía muchos años, exhalé todo el aire hasta vaciar los pulmones y después inhalé con naturalidad. Nathaniel apoyó la mano libre en la parte baja de mi espalda y se aclaró la garganta.

—Bien. Creo que la CAI nos asignó 4,5 minutos para saludarnos, y tenemos que seguir con el horario.

Toda la galería se rio, incluso algunos miembros de la tripulación de *Lunetta* que se habían acercado para ver a Nathaniel. Le solté la mano y me alejé.

—Síganme, las lanzaderas están por aquí. Los equipos de la expedición a Marte están deseando verlos a todos.

No debería trabajar durante el Rosh Hashaná, pero, al menos, no estaba sola.

Nathaniel dividió a su equipo entre las dos naves. No sé quién tomó la decisión, pero él inspeccionó la Pinta, en vez de mi nave, junto con Burbujas, y envió al resto a evaluar la Niña. De nuevo, no sé quién tomó la decisión, pero me percaté de que a Teng lo asignaron a nuestra nave de «iguales, pero separados».

El día fue largo y tan aburrido como cabría esperar de una inspección. Diría que el momento más emocionante fue cuando Teng encontró el chocolate escondido de Rafael y amenazó con «inspeccionarlo». Nuestro equipo era sólido, al menos en lo que concernía al trabajo.

No estuve con Nathaniel a solas hasta que acabaron las inspecciones, una cena de grupo y otra rueda de prensa. Cuando por fin terminamos, lo metí en una de las lanzaderas. La pequeña nave era poco más que un tubo blindado con un motor y algunos asientos. Por supuesto, contaba con soporte vital, pero estaba diseñada para transportar a la gente por el espacio; nunca sobreviviría a una reentrada en la atmósfera.

Activé los ventiladores que hacían circular el aire con la estación principal y cerré la escotilla para sellarnos. Nathaniel Sotó detrás de

mí y me acercó a su pecho. Me rodeó con los brazos y enterró la cara en mi cuello. Me dolía todo el cuerpo de echarlo de menos.

Su aliento me calentó la mejilla y me removió los pelillos de a nuca.

—¿Cómo de grave es la situación con DeBeer?

Me removí entre sus brazos, lo que nos hizo girar despacio en el pasillo de la lanzadera.

—¿Por eso has venido?

Nathaniel esbozó una sonrisita que conocía bien y encontró a cremallera de mi traje de vuelo.

—También tenía otras razones.

Puse los ojos en blanco, incluso mientras calentaba motores.

—Y yo que creía que habías venido por el Rosh Hashaná.

—Ha sido una feliz coincidencia. —Me acarició la clavícula con el pulgar—. Ya sabes que soy un judío terrible.

—¿Cómo sobrevivirás durante tres años?

—No lo sé. —Suspiró y se ancló con el pie a uno de los asientos para detener la rotación—. Háblame de DeBeer.

Yo roté durante unos segundos y le pasé por encima. Me agarré a su brazo y me anclé.

—No creo que sea un problema una vez que nos vayamos. Seguirá siendo un imbécil, pero no tendrá las mismas oportunidades de causar problemas que ahora.

—Ya. Ojalá Sudáfrica nos hubiera enviado a otra persona. —Nathaniel tiró de la cremallera de mi traje y sentí un frío agradable.

—Al menos, solo es el copiloto de la Pinta. Benkoski lo mantendrá a raya. —Eso esperaba. Deslicé la mano libre por el hombro de Nathaniel y busqué los botones de la camisa—. Te dije que estaba bien.

—Luego se publicó el artículo del periódico sudafricano y todo el lío con los astronautas negros empezó otra vez. Clemons…

—Dime que no le has hablado de esto.

Nathaniel se inclinó y me acarició la piel desnuda bajo la clavícula.

—¿Por qué crees que me volvieron a meter en el equipo de

inspección?

—Si hubiera querido que… Un segundo. ¿Qué quieres decir con «volver a meterte»?

Apartó el traje de vuelo para dejar mi hombro al descubierto. Deslizó un dedo bajo el tirante del sujetador e hizo una pequeña mueca.

—Cuando te asignaron a la misión a Marte, hubo un consenso general de que nuestra relación podría provocar que no tuviera mis prioridades claras en relación con la misión.

—Está claro que no te conocen.

—Al contrario, me conocen bien. Sacrificaría a toda la tripulación de ambas naves para mantenerte a salvo. —Apartó el tirante a un lado, siguió hasta la copa y luego se sumergió en un lateral para acunarme el pecho.

—No quiero que hagas excepciones por mí.

—Lo intento, pero no es posible. Por eso apartamos a Carmouche de gran parte del trabajo cuando Helen fue seleccionada para la misión.

—Por favor. —Me acerqué y le besé el cuello. Con el rostro pegado a la piel de mi marido, por fin capté su olor familiar—. Me pondría las cosas más difíciles con el equipo si ven que hay favoritismo.

Nathaniel tiró de la otra manga de mi traje de vuelo sin ninguna delicadeza. Nos alejamos de los asientos y nos dirigimos al pasillo central de la lanzadera.

—Solo me han permitido venir porque Clemons sabe que, después de ti, nada me importa más que ver a la tripulación llegar a Marte y que vuelva sana y salva.

Me solté las manos de las mangas y me estremecí un poco al sentir el aire fresco. O, quizá, porque mi marido me pasaba las manos por la espalda, por los costados, por el pecho y, luego, repetía la órbita. ¿Cómo se podía sentir frío y calor al mismo tiempo?

—Tenemos un conflicto, entonces, porque, para mí, ver a la tripulación llegar a Marte y volver sana y salva es más importante que yo misma.

Nathaniel levantó la cabeza.

—¿Es más importante que yo?

Que Dios me perdone, dudé.

Abrió los ojos de par en par y se rio.

—Vale. Debería haberlo visto venir.

—No. —Le cogí las manos y me las llevé a los labios—. No es eso. Es que no me imagino una situación en la que tuviera que tomar esa decisión, tu vida o la suya. Tú podrías tener que tomarla.

—Sí. —Sus ojos azules buscaron los míos. No sé lo que buscaban—. Podría. Perdóname.

Rosh Hashaná es un tiempo para el perdón y la expiación. Es un momento de alegría y reflexión. El resto de la conversación tuvo todo eso y se llevó a cabo sin mediar palabra, aunque no necesariamente en silencio.

Al menos, Parker tenía razón y la lanzadera estaba insonorizada.

CAPÍTULO 13

CATORCE ASTRONAUTAS SE DIRIGEN A MARTE A 58000 KILÓMETROS POR HORA

Por John Noble Wilford
Boletín especial para *The National Times*

Kansas City, Kansas, 19 de octubre de 1962 — Los catorce astronautas de la primera expedición a Marte atravesaron el negro vacío del espacio esta noche de camino al primer encuentro del ser humano con el planeta. Para aquellos en la Tierra, cuando las tres naves de la flota de Marte encendieron sus poderosos motores, estas parecieron estrellas brillantes que giraban alrededor del cielo nocturno en estrecha simetría. La ignición marcó el comienzo del viaje más trascendental de la humanidad hasta el momento. Después de completar casi dos órbitas para aumentar la velocidad hasta unos abrasadores 58 000 kilómetros por hora, los cohetes de propulsión de la flota se dispararon para lanzar las naves fuera de la órbita de la Tierra y en dirección a Marte. Los astronautas tardarán 320 días en llegar al planeta rojo.

¿Recuerdas dónde estabas cuando la primera expedición a Marte salió de la órbita terrestre? Me han contado que una cuarta parte de

la población de la Tierra nos vio por televisión o con un telescopio o lo escuchó por la radio. El cien por ciento de la población de la Luna lo hizo. Había cámaras en el módulo de mando para grabar el viaje para la posteridad. Cuando nos alejásemos más, no transmitirían una imagen clara, pero durante la partida la gente de la Tierra nos vio ponernos manos a la obra con comentarios de Walter Cronkite.

Ya había ocupado otras veces el puesto de calculadora de vuelo. Me senté en la ventana con el sextante y las cartas de navegación, lápiz y papel milimetrado, y, fuera, la oscuridad.

La oscuridad y la Tierra. Un globo giratorio de azules y blancos luminiscentes adornado con el brillo de las ciudades, como estrellas dispersas por la superficie. En algún lugar bajo las nubes estaba mi marido.

La radio crujió y Malouf entró en la línea como el enlace de comunicaciones.

—Kansas a Niña 1.

Parker activó la radio.

—Adelante, Kansas. Aquí Niña 1.

—Bien. Lanzamiento en tres horas y quince minutos según el plan de vuelo. Todo correcto.

—Recibido. Confirmado. —Parker sonrió y nos miró alrededor de la cabina. Sí, éramos profesionales, pero esa era la llamada para lanzarnos lejos de la Tierra.

—Se espera que la etapa S-IVB se desvíe diez grados en la actitud SEP; no obstante, todo está correcto. No supone un problema.

—Recibido. —Apagó el micrófono y me miró—. ¿Lo tienes?

—Confirmado. —Actualicé las anotaciones en el manual de navegación. Una diferencia de posición de diez grados entraba en la categoría de situaciones menores y esperables; de hecho, habíamos hecho simulacros donde la desviación era mayor, pero, si no lo teníamos en cuenta desde el principio, el error enturbiaría todos los datos posteriores. Yo estaba para repetirlo todo en caso de que perdiéramos el contacto con la Tierra y sus calculadoras.

A mi alrededor, el resto de la tripulación hacía las tareas asignadas mientras yo me ocupaba de las matemáticas del espacio. Los números bailaban bajo mis dedos como estrellas en el cielo.

Malouf habló por la línea.

—Kansas a Niña 1. ¿Han introducido un VERB *66* para transferir el vector de estado de la matriz de conmutación al módulo de memoria? No tenemos los datos aquí abajo.

Florence levantó la vista del ordenador analógico donde reproducía mi trabajo.

—No lo he hecho todavía.

Parker frunció el ceño.

—Todavía no.

—Recibido.

¿«Recibido»? ¿Nada más? Sostuve el lápiz sobre el papel.

—¿Quieren que lo hagamos ahora? En el horario no aparece hasta dentro de…

—¿Queréis que lo hagamos ahora?

—Cuando os convenga.

—Recibido. —Parker apagó el micro—. ¿Lo has oído, Grey?

—Confirmado. —Garabateó un número en la tablilla junto a los botones del ordenador.

La idea era que, si perdíamos el contacto con la Tierra y a mí me pasaba algo, el ordenador analógico funcionaría como una copia de seguridad, pero solo tenía memoria para treinta operaciones. No sabría decir por qué querían que lo actualizáramos en ese momento, pero los caminos del Control de Misión a veces eran misteriosos.

Me incliné hacia Florence.

—¿Necesitas ayuda?

Negó con la cabeza.

—Tengo un rato de descanso en la radio hasta que quieran probar la ultrafrecuencia. Además, si recuerdo bien los simulacros, estarás muy ocupada durante la próxima…

—Kansas a Niña 1. Nos gustaría saber el tiempo transcurrido desde el despegue aproximado para la maniobra de punto de entrada para usarlo en los datos de seguimiento de efemérides.

Puse los ojos en blanco. En la Tierra a veces se les olvidaba cuánto tiempo llevaba hacer las cosas. Si hubieran confiado en el ordenador, Florence seguiría tecleando datos. Traté de no sonar presumida al dar la respuesta antes que ella.

—Tres horas, cuarenta minutos, cero segundos.

Parker levantó las cejas.

—Ni siquiera lo has buscado.

—Por eso me pagan tanto.

Parker le repitió la cifra a Malouf. En la Tierra, la gente del Control de Misión se pondría a consultar los datos que habíamos enviado para asegurarse de que todo estaba calibrado y en orden.

Parker vigilaba los indicadores y toqueteaba algún botón de vez en cuando.

—¿Algo para Kansas, York?

—Tengo el desplazamiento exacto y, un informe del estado de combustión. —Asentí sin levantar la vista del papel. La pobre Florence todavía tecleaba los números en el ordenador. Quizá hacía los cálculos más rápido, si no se tenía en cuenta el tiempo que se tardaba en programar el dichoso aparato—. DELTA-VX menos 00011, DELTA-VY más 0002, DELTA-VZ menos 0002, oscilación 0, inclinación 180, rotación 0.

Parker lo repitió por la radio mientras yo actualizaba los planos de navegación. Sí, el control de tierra debería enviarnos la información actualizada, pero quería tenerlo todo controlado por si perdíamos la comunicación.

—Mierda. —Terrazas se inclinó hacia la ventana y luego se recostó en el asiento. Negó con la cabeza—. La inercia ha hecho que la S-IVB nos pise los talones.

Era el cohete que nos había llevado a la máxima velocidad para el viaje. Hice una mueca y crucé una mirada con Terrazas.

—Será como el lanzamiento a la Luna. Parker, ¿puedes alejarnos? De lo contrario, el campo estelar estará oscuro cuando ventile.

—Genial. —Parker negó con la cabeza—. Tendré que hacer algunas maniobras para alejarme de la S-IVB.

—Demasiado tarde. —Al otro lado de la ventana, las estrellas parecían multiplicarse en cientos de miles de pequeñas luciérnagas. Atrapado entre la luz, el combustible congelado brilló como las estrellas y mi trabajo se volvió cientos de miles de veces más difícil, igual que en la misión a la Luna. Por suerte, tenía mucha práctica en sufrir al identificar las estrellas.

Parker suspiró y conectó con Control de Misión.

—Niña 1 a Kansas. La S-IVB está ventilando y la tenemos en la cola.

—Recibido. En principio es una ventilación no propulsora. La maniobra principal comienza a las 04:44:55 y la ventilación se produce a las 05:07:55.

Terrazas resopló.

—No será propulsora, pero parece un géiser.

—¿A qué distancia de la S-IVB estáis ahora? —preguntó Malouf.

—Entre ciento cincuenta y trescientos metros.

—De acuerdo, Parker. Recomendamos que, en la maniobra de separación adicional, hagas una combustión radial, dirijas el eje x positivo hacia la Tierra e impulses el x negativo a 0,91 metros por segundo. Cambio.

—No quiero hacer eso. Perderé de vista la S-IVB.

—Bien. La razón para la combustión radial es aumentar la corrección a mitad de curso para usar el sistema de propulsión de servicio. Espera.

Levanté la cabeza.

—No nos hace falta. En este momento, los ángulos de cardán son de… La oscilación es de 190, la inclinación de 320 y la rotación de 340. Podríamos hacerlo en esta posición.

—Kansas a Niña 1. ¿Dónde estás en relación con el cohete?

Parker me estudió unos segundos antes de responder.

—Estamos directamente sobre la S-IVB con el Sol a la derecha del cohete y visible por la primera ventana de la izquierda. —En cuanto apagó el micrófono, se volvió hacia mí—. Ten los números listos. Los pedirán.

—Recibido.

Asentí y anoté en la página los números para describir el modelo de la nave que tenía en la cabeza. Ya era adulta cuando comprendí que los demás no se relacionaban con los números de la misma manera que yo. Para ellos, eran grafías abstractas en una página que, en el mejor de los casos, tenían relación con un número físico de objetos. Para mí, tenían forma, definición, masa, textura y color. Podía visualizar la nave, la etapa S-IVB, Marte y la Tierra en la cabeza hasta eliminar las impurezas y que solo quedasen los cálculos puros y suaves del espacio.

Desde la Tierra, Malouf dijo:

—Bien. Recibido. El Sol está a la derecha de la S-IVB y se ve por la primera ventana. Con esos ángulos, significa que el eje x positivo apunta hacia el cohete. ¿Confirmado?

—Confirmado. Pero York cree que podemos hacer la combustión sin cambiar los ángulos de los cardanes.

Pasé a una página de referencia en la carpeta, solo para comprobar mis números.

—Puedes hacer una realineación P52, eso debería solucionarlo. La S-IVB se desviará unos diez grados de la inclinación final durante la inclinación de la maniobra de lanzamiento.

Desde su puesto, Florence pulsó un botón en el ordenador y el aparato empezó a sonar; el sonido de tubos de vacío se disparó.

Parker frunció los labios y asintió hacia Terrazas.

—¿2,4 metros por segundo te suena bien?

—Así nos alejaremos y mantendremos la alineación. —Terrazas se inclinó hacia delante para mirar por la ventana—. Sigue en la misma posición.

Parker asintió y encendió el micrófono de Control de Misión.

—Kansas, tendremos que retrasar la navegación hacia Marte hasta completar esta pequeña maniobra.

—Confirmado, Parker. Lo entendemos. —Detrás de Malouf, distinguía el zumbido apagado de las voces en el Control de Misión. Aun con esfuerzo, no localicé a Nathaniel entre ellas—. ¿Podéis darnos una lectura actualizada de los ángulos de cardán cuando el

eje x positivo apunte hacia el cohete, por favor?

—Espera. —Parker se volvió hacia mí—. ¿Está lo bastante despejado para que calcules la alineación óptica del curso?

—Confirmado. —No veía el horizonte de la Tierra, pero, si ponía la sombra en el sextante, el Sol valdría.

—Kansas a Niña 1.

—Adelante, Kansas.

—Parker, danos los ángulos de cardán en cuanto puedas.

Parker puso los ojos en blanco. Estaba de acuerdo con él. Todo llevaba más tiempo en el espacio de lo que pensaba el Control de Misión. Sonó muy tranquilo cuando respondió.

—York está con la alineación óptica ahora mismo, así que será preciso.

Mientras trabajaba, murmuré:

—Gracias.

—Hazlo bien o tendrás que repetirlo, es lo que mi viejo siempre decía.

Localicé el ángulo final y me incliné hacia atrás desde la ventana.

—Vale. Con la vista de la alineación óptica del curso exacta en la S-IVB, la oscilación es de 105, la inclinación de 275 y la rotación de unos 325.

Parker me lo repitió todo, abrió el micrófono y se lo recitó a Malouf, que lo repitió otra vez en la interminable letanía de comunicaciones de los astronautas.

—Comenzamos la combustión a 2,4 metros por segundo, radio ascendente.

Los propulsores debajo de nosotros se encendieron y me estrellé contra el asiento cuando, de repente, el peso volvió. Era una fracción de *g*, pero, después de llevar sin ella las últimas nueve horas, fue como volver a estar en la Tierra. Cuando Parker soltó el acelerador, la inercia me alzó hasta las correas de los hombros. Por eso íbamos atados durante las maniobras.

—Kansas, combustión completada a 7,7 más X más 00001 Y; Z son todo ceros. Ángulos de cardán, oscilación 180, inclinación 310 y rotación 020.

—Confirmado. ¿Cuál es la posición actual del cohete? ¿Se aleja deprisa? ¿Lo veis?

Parker se inclinó hacia delante para mirar por la ventana.

—Terrazas, ¿lo ves?

—Un segundo. —También se inclinó hacia delante—. Lo tengo. Estamos a noventa grados de su eje x y a unos trescientos metros de distancia y subiendo.

Parker miró a Terrazas y después a mí.

—¿Te hemos traído lo bastante lejos para tener un campo estelar despejado?

Apoyé la cabeza en la ventana y miré a la oscuridad. El chorro de la ventilación de la S-IVB colgaba como estrellas artificiales a la deriva en un nimbo claramente definido alrededor del cohete, pero el resto del cielo nocturno a nuestro alrededor estaba oscuro y nítido.

—Confirmado.

—Niña 1 a Kansas. Creo que lo hemos conseguido. Nos hemos retrasado un poco para el P23, pero sugiero que sigamos adelante y empecemos ahora.

—Confirmado, Parker. Gracias. Cuando podáis, dadnos la lectura de los dosímetros personales de radiación. En cuanto al P23, podéis empezar. Vuestra primera estrella, la número 31, debería seguir visible hasta las 05:15 desde el despegue. Cambio.

La número 31. Arco a Arturo y todo recto hasta el amanecer.

CAPÍTULO 14

LOCUTOR: La American Broadcasting Company presenta *Headline Edition*, con Taylor Grant. A 2 de noviembre de 1962.
GRANT: El discurso de hoy del general Bradley en Kansas City ha sido una de muchas noticias interesantes relacionadas con nuestras defensas militares. Se dirigió al Club Nacional de Prensa Femenino y declaró ante las damas allí reunidas que los Estados Unidos deberían destinar una enorme cantidad de fondos a la preparación militar de cara al futuro previsible. Es de capital importancia poner fin a los disturbios civiles en el país y en el extranjero para proporcionar una base estable para el crecimiento económico.

Solo llevábamos dos semanas de viaje cuando falló el primer equipo.

Floté por delante del inodoro de gravedad cero de camino al módulo de mando y me agarré al marco de la puerta para frenar de golpe. Un globo de orina giratorio flotaba en medio de la pequeña letrina rodeado de unos cuantos satélites.

—Por el amor de Dios.

Me impulsé hacia atrás para mirar arriba y abajo del eje, el largo pasillo que recorría todo el largo de la Niña, para comprobar si el culpable seguía a la vista, pero quienquiera que lo hubiera obstruido se había largado.

Había un inodoro con gravedad en el anillo centrífugo, pero ese

lo usaba quien estuviera de servicio en el módulo de mando. En teoría. En la práctica, normalmente era más rápido bajaral anillo que lidiar con el embrollo en gravedad cero. Aun así, no podíamos dejarlo fuera de servicio. Por mucho que quisiera ignorar el problema, dado que lo había encontrado y tenía tiempo, me tocaba lidiar con él. Solo éramos siete personas en la nave. A nadie le apetecería arreglar el retrete más que a mí, y dejarlo sería una forma segura de hacer que la gente me odiara. Otra vez.

Debería haberse ocupado quien lo hubiera atascado en primer lugar, pero contendría mi furia hasta que hubiese contenido la orina.

Los satélites de excremento eran repugnantes, pero no tan problemáticos como los desechos líquidos. No nos convenía que una bola de orina zumbase por el eje. En parte porque era desagradable, pero también porque esa cantidad de líquido podría causar todo tipo de daño en los sistemas eléctricos y en la entrada de aire. Y era asqueroso.

Traté de esquivar los glóbulos y saqué un trozo de papel higiénico. La o primero era ocuparse de las esferas pequeñas para entrar en la letrina sin acabar cubierta de pis. En una especie de baile extraño, agité el papel higiénico por el aire y atrapé las gotitas a medida que avanzaba. El papel se empapó casi de inmediato.

No hay nada más desagradable que las emanaciones de otra persona. Metí el papel en la bolsa de desechos y saqué más trozos mientras mi piel se tensaba por la cercanía de la porquería. Estaba claro que no podría absorberlo todo con el papel, porque desequilibraría las reservas. El inodoro estaba diseñado para usar un aspirador para absorber los residuos hacia abajo hasta el tanque, así que solo había que usar el papel higiénico para envolverlo todo al terminar.

Me metí en el baño y abrí el armarito para sacar una bolsa de desechos limpia. Al abrirla, metí el papel dentro para crear un pequeño acolchado. Con las dos manos, la abrí y la acerqué al glóbulo más grande.

Se parecía un poco a atrapar una mariposa con una red. Pero asqueroso.

Cuando la orina golpeó el tejido, la tensión superficial se rompió y el papel absorbió una parte hasta que alcanzó el punto de saturación. Los posos restantes giraron dentro de la bolsa. Cerré la apertura y la metí dentro de otra bolsa. Luego, usé el papel higiénico como una especie de guante para coger los satélites flotantes y añadirlos a la bolsa.

De verdad. ¿Era demasiado pedir que la gente limpiara lo que ensuciaba?

Fue una tarea asquerosa, pero, en realidad, no me llevó mucho tiempo. Metí la bolsa en la ranura de desechos. Lo mencionaría en la reunión del lunes. Quizá lo comentase en la cena. Agarré una toallita con alcohol y me froté las manos. Sentía como si estuvieran cubiertas por una película de suciedad, sobre todo bajo las uñas.

El inodoro eructó. Un arco de orina flotó por la habitación como un largo trozo de goma amarilla. Se contrajo y formó otro globo.

—Será una broma.

Agarré otra bolsa y le metí más papel higiénico.

Cuando lo acerqué a la esfera de la orina, el inodoro escupió otra vez. Me sobresalté, solo un poco, pero lo suficiente para que el borde de la bolsa se enganchara a la esfera. La orina se estrelló en mi mano y la envolvió en un guante caliente y líquido. Tragué con fuerza y apreté la mandíbula. Qué-as-co. Me moví muy despacio, cogí más papel con la mano limpia y llevé un fajo a la bolsa. Metí un extremo en la bolsa y el otro lo sumergí en lo que me cubría la mano. La tensión de la superficie se mezcló en el papel y absorbió una gran parte hacia la bolsa.

Llegados a ese punto, me daba igual malgastar el papel. Solo quería limpiarme las manos.

También tenía que deshacerme de la bolsa deprisa para centrarme en el propio inodoro, porque no pensaba repetirlo. En cuanto tuve las manos casi secas y el líquido contenido, tiré la bolsa por la ranura de desechos.

Me impulsé hacia abajo hasta el inodoro y dejé que mis piernas se deslizasen hacia el pasillo.

Suspiré hondo y me obligué a ir más despacio.

—Despacio es rápido, Elma.

Al ir con prisa solo conseguiría que acabase con las manos cubiertas de mugre de nuevo.

Desde esa posición ventajosa, alcancé la escotilla de mantenimiento del inodoro. Por suerte, era un cierre de fricción y podía abrirla. Quité la tapa y la dejé sobre el inodoro. Usé la abrazadera que utilizábamos para sujetarnos en el asiento para cerrar la tapa. No era un sellado perfecto, pero contendría la mayor parte del desastre. O eso esperaba.

Una vez que estuvo asegurado, metí la mano en la escotilla de mantenimiento y activé el interruptor de apagado. No pasó nada. Lo activé de nuevo.

Era un poco embarazoso que hubiera tardado tanto en darme cuenta de que el ventilador estaba encendido. La razón por la que el interruptor de apagado no funcionaba era que la aspiración ya estaba apagada.

La buena noticia era que eso significaba que el problema no era culpa de que alguien fuera imbécil. La mala noticia era que, sin nadie a quien culpar por la negligencia, sí que era mi problema.

Suspiré y salí de la letrina de una patada. Giré en el aire para dirigirme al módulo de mando. Enganchada a los rieles, me impulsé hasta la cabina en posición de Superman. Con un aleteo de la mano izquierda, incliné el cuerpo para atravesar la puerta sin tocarla y levanté las rodillas para impulsarme al inicio de una voltereta. Me estiré al llegar a la posición vertical y enganché un pie debajo de uno de los rieles del suelo del módulo de mando.

Terrazas estaba en la silla del piloto controlando las distancias con la Pinta y la nave de suministros, la Santa María. A menos que ocurriera algo drástico, la inercia debería mantenernos en una progresión uniforme por el espacio. Más adelante, podríamos dejar el puente sin tripulación, pero el Control de Misión prefería ser cauteloso en la primera parte del viaje.

Rafael se alejaba flotando del asiento del piloto. Miró por encima del hombro y se aclaró la garganta.

—York. ¿Qué pasa?

—El baño está atascado. —Me impulsé al armario de suministros—. Venía a por las herramientas.

—¿Necesitas ayuda? —Se subió la cremallera del traje de vuelo y se apoyó con una mano en el hombro de Terrazas para volverse del todo hacia mí—. Ya he terminado aquí.

—Me gustaría, pero es un espacio muy pequeño. Yo me ocupo.

—Vale. —Sonrió y se pasó una mano por el pelo—. Grita si me necesitas.

Debería haber dicho que sí. A veces, mi educación sureña se manifestaba de maneras que no eran nada útiles. Por ejemplo, Rafael era el ingeniero y estaba más capacitado para arreglar la letrina que yo. Sin embargo, lo había rechazado porque estaba entrenada para no causar problemas.

Había dicho que no porque, en el sur, habría insistido y, entonces, yo habría aceptado con gracia. Pero Rafael no era sureño ni aquello era un compromiso social. No me había ofrecido un té helado, era trabajo. En ocasiones, llegaba a ser muy estúpida.

Saqué la caja de herramientas del armario, me impulsé de vuelta al eje y floté hacia la letrina. Una vez allí, fijé el equipo a uno de los enganches incorporados de las paredes de la nave. Abrí la tapa y saqué el compartimento que contenía los guantes. Preciosos y gloriosos guantes de látex.

Nunca me había sentido tan feliz de ver el látex. Al menos, no en un contexto laboral.

En fin. Con los guantes puestos, levanté una esquina de la tapa del inodoro y me asomé. Sí. Había vuelto a escupir.

En el módulo de mando, tuve tiempo para analizar la situación. Antes de entrenar para la misión, era capaz de reparar un avión o de hacerle un puente a un coche, pero la fontanería no estaba entre mis habilidades. La CAI creía en una formación exhaustiva y completa, así que ahora todos éramos pilotos, fontaneros y geólogos. Al menos, a un nivel básico.

Apostaba por que un trozo de basura había obstruido el flujo de aire y el ventilador se había apagado para no quemarse. Por tanto,

solo tenía que despejar la obstrucción y reiniciar el ventilador para arreglarlo. En teoría. Dejé la improvisada tapa donde estaba y me impulsé hacia abajo, hasta la escotilla de acceso. Metí la mano y sellé el compartimento de residuos. Por suerte, era fijo para vaciarlo de forma segura. Una vez sellado, activé la función de vaciado para enviar los residuos al compostador. Así, al menos, el inodoro dejaría de vomitar desechos en la letrina.

Debería haberlo hecho antes, la verdad. Como he dicho, a veces era muy estúpida.

—¿Qué tal va?

La voz de Rafael me hizo gritar de una manera bochornosa. Otra cosa que nadie menciona sobre el espacio. Con los ventiladores funcionando todo el tiempo para hacer circular el aire, hay mucho ruido y, al flotar, no se oyen pisadas. Acercarse con sigilo a la gente es ridículamente fácil, incluso cuando no lo pretendes.

Me sujeté con una mano a la pared.

—Bien. He vaciado los residuos para sacar la bomba de succión. Creo que está atascada y es la causa del problema.

—Suena plausible. —Se reorientó de manera que su cabeza estaba dentro la habitación y las piernas de ambos sobresalían en el pasillo—. ¿Has apagado el ventilador?

—Ya estaba apagado. —Metí la mano en el espacio de acceso y aflojé la bomba mientras daba las gracias en silencio a la CAI por hacerlo todo modular y fácil de reparar. Llevábamos repuestos para todas las partes de la nave y había más en la Santa María—. ¿Me pasas una bolsa?

Ya que estaba allí, que fuera útil. Si me ofrecía su ayuda, la aceptaría. El plástico crujió y deslizó una bolsa abierta dentro de mi campo de visión.

La agarré y envolví el extremo abierto todo lo que pude en el tubo, de modo que, al tirar de la bomba para liberarla, los desechos estuvieran, al menos, un poco contenidos. La ventaja de la gravedad cero es que no había que preocuparse por los goteos. ¿Que flotara y chocara con todo? Sí. Pero nada goteaba. Saqué la bomba de succión y, efectivamente, encontré una obstrucción dentro. No eran

heces, que era lo que esperaba encontrar. Se suponía que en los baños solo tenían que ir los residuos, pero lo que había era pálido y translúcido, como un guante de látex…, un guante de látex con un solo dedo y diseñado para un propósito muy específico.

Con la mano enguantada, saqué el condón.

Parker.

Sí, había otros hombres en la nave, pero Parker tenía una reputación. Le había secado las lágrimas a más de una joven del WASP que no se había sentido capaz de rechazarlo… Suspiré y me volví para coger otra bolsa. Tenía que hablar con Florence y Kamilah de manera discreta para asegurarme de que estaban bien.

Rafael ya tenía una bolsa preparada y me dejó meter el condón dentro. La cerró.

—Joder. No deberías ver… Ya sigo y termino yo.

Casi volví a negarme y a insistir en que los condones no eran algo impactante. Ahora Nathaniel y yo los usábamos con regularidad. O lo habíamos hecho. O lo haríamos. Como fuera. No importaba, porque Rafael era el ingeniero de a bordo y tenía más sentido dejar que se ocupara él. Respiré hondo y asentí.

—Gracias. Te lo agradezco.

Metió la bolsa en la ranura de desechos.

—Siento que h^yas tenido que…

—He visto condones antes. —Me impulsé hacia atrás para salir al eje y me quité los guantes mientras flotaba—. ¿Podrías comentárselo a los chicos? Sería incómodo si viniera de mí.

Rafael resopló.

—Sí. Sé de quién es. Hablaré con él.

—Gracias.

Aun así, hablaría con Kamilah y Florence, porque la correcta eliminación de residuos era el menor de los problemas.

CAPÍTULO 15

LOCUTOR: La American Broadcasting Company presenta *Headline Edition* con Taylor Grant. A 9 de noviembre de 1962.
GRANT: Miles de miembros del movimiento La Tierra Primero se han congregado en las afueras del recinto de Kansas de la Coalición Aeroespacial Internacional para protestar por lo que consideran un gasto inútil. Han formado un bloqueo humano alrededor de las entradas del recinto para impedir que los empleados entren y salgan. Las Naciones Unidas se han visto obligadas a desplegar tropas para conseguir que los manifestantes se dispersen.

Kamilah entró en la cocina con un puñado de rábanos frescos. Se me hizo la boca agua al pensar en algo que no hubiera sido liofilizado o envasado al vacío e irradiado. Con los rábanos en las manos, hizo una pose y los levantó sobre la cabeza como un botín de guerra.

—Traigo un tributo.

—Se acepta el sacrificio. —La verdad es que estaba un poco celosa de que le hubiera tocado la jardinería en la rotación de turnos de la semana. El módulo de jardinería era mi lugar favorito en la Niña. Pero a mí me había tocado la cocina. En un principio, rotábamos a diario, pero la planificación resultaba más fácil si nos quedábamos en la misma área una semana entera. Siendo egoísta, para mí implicaba que aquella semana podía mantener una dieta

más o menos *kosher*—. Déjalos en la encimera.

—¿Necesitas ayuda? —Colocó las pequeñas esferas rojas en el banco. No aprecias de verdad los méritos de la gravedad, incluso de la gravedad centrífuga, hasta que intentas cocinar. En especial, hasta que intentas hornear. Se necesita gravedad para que la masa del pan suba, y esa noche quería hacer jalá.

—Voy bastante bien. —Estaba siendo estúpida otra vez. Estábamos solas en la cocina y los chicos no vendrían hasta la hora de la cena, lo que me daba una oportunidad para hablar con ella sobre Parker—. En realidad, sí. ¿Podrías lavarlos mientras me pongo con las patatas?

—Ya lo he hecho en el módulo de jardinería. —Sostuvo uno para enseñármelo—. Así la tierra se queda allí. ¿Quieres que les arranque las hojas?

—Perfecto. ¿Luego puedes cortarlos en rodajas? —Mientras, rallé las patatas en un bol para el *kugel*—. Menos mal que las cosas han cambiado desde los primeros días del programa, porque no soportaría comer de un tubo durante tres años.

Kamilah hizo una mueca y se rio.

—Probé el de «pastel de carne» por un desafío. Jamás creí que comería algo que me hiciera echar de menos la comida de hospital.

—El puré de manzana no estaba tan mal, porque ya se suponía que era puré. —Pasé una patata por el rallador con cuidado de no pillarme los dedos—. No llegaste a ver el pienso.

—Será una broma. —Kamilah levantó la vista del rábano que estaba cortando con precisión quirúrgica—. ¿Pienso?

—Una comida completa en una taza de pienso. Muy ligero, lo que era una gran preocupación antes de que desarrollaran la U-MORS. —La estación de reabastecimiento de oxígeno molecular para la atmósfera superior—. Un genio del Comité Aeroespacial de la ONU recomendó a su cuñado, que era nutricionista militar. Aunque, en realidad, era veterinario.

Kamilah se rio a carcajadas; la punta de la nariz se le curvó y los ojos oscuros se le arrugaron hasta casi cerrarse. Era, con diferencia, la más guapa del grupo, con el pelo oscuro largo y brillante que se

sujetaba en un moño en la base del cuello.

—¿A quién se le ocurre?

—Hombres. Benditos sean.

—Bueno, Rafael no es mal cocinero.

—Cierto. —Agarré otra patata y valoré las opciones para cambiar de tema. No podía lanzarme a preguntar sobre Parker sin más porque no quería que creyera que la consideraba ese tipo de mujer—. Parker, sin embargo…

Kamilah arrugó la nariz, pero no pareció molesta porque lo hubiera mencionado.

—¿Crees que podríamos pedirle a Control de Misión que organice la lista de turnos para que nunca más le toque en la cocina?

—¿No te gustan los perritos calientes medio quemados y las patatas asadas medio crudas?

—Es un argumento a favor de la rotación diaria, porque te juro que otra semana así me mataría. —Se enderezó y agitó el cuchillo —. En realidad, como médica de la misión, podría argumentar que es en interés de la salud y la seguridad de la tripulación.

¡Ajá! Una oportunidad para sacar el tema. Lo solté como por casualidad mientras dejaba el rallador en la encimera.

—Hablando de salud y seguridad, tuve que desatascar la letrina de gravedad cero del extremo posterior del eje.

—Puaj. ¿Usaste guantes? ¿No tenías ningún corte abierto?

—Sí, mamá. —Abrí el armario para sacar una bandeja de horno y esperé a darme la vuelta para verle la cara—. El atasco lo causó un condón.

Kamilah dejó de cortar el rábano y levantó la cabeza, con la boca ligeramente abierta por la sorpresa.

—No. ¿Ya?

—¿A qué te refieres con «ya»?

—Solo llevamos tres semanas de misión. —Negó con la cabeza —. Perdona. La actividad sexual fue el tema central de una larga conversación entre los médicos aeroespaciales. Hubo algún argumento a favor de una tripulación solo de hombres, pero se rechazó por razones publicitarias. Gracias, por cierto, mujer

astronauta, o yo no estaría aquí.

Me puse tan roja como los rábanos. Sí, era una mujer casada y me sentía muy cómoda con los «lanzamientos» con mi marido, pero ¿la idea de asistir a una reunión para discutir el tema? Como mi madre habría dicho, mejor ni pensarlo.

—Entonces, ¿era un condón oficial de la CAI? —Se me ocurrió otra idea—. ¿Acaso esperan que…?

Kamilah se rio.

—No, por Dios. Aunque el consenso general no oficial fue que era posible que algunos tripulantes terminasen por emparejarse y que, mientras nadie lo comentase y no causara problemas, no sería un inconveniente. —Guiñó el ojo—. Tengo un masajeador en el botiquín. Por si tienes algún músculo dolorido.

Sentí la repentina necesidad de prestar toda mi atención a engrasar la sartén para el *kugel*. No era que desconociera la existencia de los vibradores. Nicole tenía uno en la Luna y se había reído de mí cuando me sorprendió. Nunca había usado uno, ni siquiera cuando echaba de menos a Nathaniel. Me aclaré la garganta.

—¿Cuál es la solución para los hombres?

Kamilah hizo un gesto con la mano izquierda. Era imposible que se me calentasen más las mejillas. Menuda mojigata estaba hecha.

—Olvido que fuiste cirujana militar.

—Ese gesto lo conozco desde que era una cría. —Inclinó la cabeza para apilar los rábanos cortados—. Cuando eres la única chica entre dos hermanos mayores y tres menores, aprendes algunas cosas poco apropiadas. Compartíamos la misma habitación, así que oía todas sus conversaciones.

—¿En serio? ¿Dormíais los seis en una habitación?

—Mis padres también. —Se encogió de hombros—. No teníamos mucho dinero.

Ocho personas en una sola habitación. Era común después del meteorito, desde que las viviendas escaseaban. Los refugiados se apiñaban con parientes o extraños que tenían la amabilidad de abrir las puertas de sus casas. Pero Kamilah tenía mi edad.

—¿Dónde están tus hermanos ahora?

—Pudriéndose en algún rincón de Marruecos. —Limpió el cuchillo y lo dejó en la encimera—. ¿Qué hago con los rábanos?

—Échalos en ese bol con la lechuga.

Eso es lo raro de prepararse para una misión así. Había pasado varias horas a diario durante un año entero con esas personas y, aun así, solo había aprendido una pequeña parte de quiénes eran. Sabía que Kamilah tenía un sentido del humor irreverente. Sabía que era musulmana y de Argel. Sabía que odiaba las zanahorias cocidas casi tanto como yo. No sabía que todos sus hermanos habían muerto en la Segunda Guerra Mundial.

Mientras deslizaba los rábanos en el bol, rehidraté unos huevos en polvo.

—¿Crees que deberíamos hablar con Florence?

—¿Por qué? —Juntó las cejas mientras dejaba el tazón en la encimera cerca de mí.

—Pues, verás. —Fruncí los labios y negué con la cabeza por ser tan idiota. ¿A quién quería proteger?—. Parker tiene cierto historial y quiero asegurarme de que… No quiero que la presione. —Kamilah se apoyó en la encimera y ladeó la cabeza.

—No sé qué pregunta hacer primero, así que haré las dos. ¿Por qué crees que han sido Parker y Florence? ¿Y qué historial?

—Si no hemos sido ni tú ni yo, solo queda otra mujer en la nave.

Kamilah me miró y frunció los labios. Abrió la boca como si quisiera decir algo, pero después sacudió la cabeza.

—¿Qué historial?

—En la guerra estuve en el WASP y transportaba aviones a su base. Era… A las mujeres jóvenes les daba miedo decirle que no. —Abrí el cajón de las especias, todas suspendidas en aceite en frasquitos sellados y pegados al fondo del cajón con imanes. Era un remanente de la Luna, donde no teníamos el lujo de la gravedad artificial para evitar que las partículas flotasen por el aire. Cogí aire y saqué el frasco de pimienta negra en aceite del cajón—. Mi padre era general, así que lo denuncié. Lo sometieron a juicio.

Kamilah respiró hondo.

—Por eso te odia.

Sentí una punzada en el pecho por lo evidente que era y asentí.

—Además, nunca le ha hecho gracia que haya mujeres en el cuerpo de astronautas.

—Pues como a la mayoría de la CAI. —Soltó una risa amarga—. Otra razón para desear haber nacido hombre.

—En fin, me preocupa que haya puesto a Florence en una situación comprometida.

—¿De verdad crees que se callaría sobre algo así si hubiera sido en contra de su voluntad?

Fruncí el ceño y traté de imaginarlo. Me llegaban recuerdos de las mujeres que había conocido y que, de hecho, se habían callado. Mujeres honestas y valientes que no hablaron por vergüenza. O por miedo a que no las creyeran. También pensé en la manera en que Florence gestionaba la situación con DeBeer, manteniendo la cabeza gacha y una sonrisa.

—¿Tal vez? Es decir, al ser el comandante de la misión, ¿qué opciones tendría? Vamos a pasar juntos tres años.

Kamilah suspiró y negó con la cabeza.

—Estaré atenta, pero quizá no haya estado implicada.

¿Qué quería decir? Ah.

—¿Los hombres? ¿De verdad?

Se encogió de hombros con elocuencia.

—No es raro en ambientes enteramente masculinos. Internados, submarinos, trincheras. No se habla de ello y está mal visto, pero se sabe.

—Pero ¿y el condón? Es decir, un hombre no puede quedarse embarazado.

—Elma, querida, deja que te hable de la importancia de la lubricación.

—¿No hace calor aquí? —Era verdad, pero al decirlo exageré el acento sureño y batí las pestañas.

Kamilah soltó una carcajada. Me uní a ella, agradecida de haberme librado de saber más sobre el tema de lo que había previsto. ¿Sentía curiosidad? Claro, pero no la suficiente como para querer

más detalles de los que ya tenía.

Se frotó la frente y le desapareció la sonrisa.

—Me preocupa más lo de Parker. Eso no se comentó en ninguna de las reuniones del personal médico.

—Lo absolvieron. Ninguna de las mujeres testificó. —Eché un poco de pimienta en la mezcla de huevo y observé cómo las motitas negras se arremolinaban en el amarillo como manchas solares—. Excepto yo.

Silbó.

—Madre de Dios. Perdona, pero ¿por qué narices os han metido a los dos en la misma nave?

Al menos para eso sí que tenía una respuesta.

—Da buena publicidad.

Incluso en el espacio, sentía cierta satisfacción al poner la mesa. Era una de las cualidades que demostraban que era hija de mi madre. Se enorgullecía de que la disposición de la mesa fuera elegante. Sobre todo, para la cena de *sabbat*.

En el espacio no había día de descanso. Dejar pasar un día sin preservar la nave pondría todas nuestras vidas en peligro, por lo que los rabinos habían dictaminado que a los astronautas judíos se les permitía realizar las tareas necesarias en *sabbat*. Al menos, mi rabino lo hizo. Por lo que sabía, todavía había cierto debate.

Aun así, trataba de seguir con la tradición tanto como me fuera posible. Cuando me tocó la rotación de cocina, preparé *kugel* de patatas y horneé jalá. Conseguir la consistencia correcta con huevos deshidratados fue un desafío, pero disfrutaba del desafío del *sabbat* en el espacio. O quizá fuera que, cuando preparaba una buena comida, incluso Parker era más amable.

Se reía de algo que Leonard acababa de decir en latín.

—Es mi nueva frase favorita en latín. «*Utinam barbari spatium proprium tuum invadant*».

Leonard sonrió.

—¡La mía también! —Nos echó un vistazo a los demás—.

Traducción al inglés: «¡Que los bárbaros invadan tu espacio personal!».

Parker dio un manotazo a la mesa y se sentó delante de un plato.

—De acuerdo, esta es una misión crítica. Necesitamos un rango más amplio de palabras malsonantes para tratar con el Control de Misión. Ayudadme.

—Mi amado Control de Misión. —Terrazas puso los ojos en blanco y agitó un tenedor con ensalada de rábano—. Prueba esta en español: «pollas en vinagre».

—¡Ja! Me encanta. —Parker dio una palmada y sonrió—. Es perfecta.

Al otro lado de la mesa, Rafael se inclinó hacia delante.

—¿Qué tal «*Vai pentear macacos*»? «Vete a peinar monos».

—No. —Kamilah lo señaló con un trozo de *jala*—. Es demasiado suave para Control de Misión. Yo diría «*kos omak yom el khamees*».

No tenía ni idea de lo que había dicho, así que miré a Parker, que repitió las palabras y estalló en carcajadas.

Kamilah arrugó la nariz y nos lo tradujo.

—El coño de tu madre los jueves.

—Menuda boquita tienes.

—Le dijo la chica al soldado. —Kamilah guiñó el ojo y la habitación se llenó de risas, necesarias como el oxígeno.

Parker se limpió los ojos con la servilleta y luego se volvió hacia mí.

—¿Y tú qué, York? Dime algo en yidis.

—¿A ti? ¿O a Control de Misión?

—Lo que te parezca peor. —Sonrió y creo que fue incluso sincero—. Así que a mí.

Me reí y me llevé un dedo a los labios para pensar un segundo. Lo cierto es que no hablaba yidis de verdad, solo tenía los conocimientos básicos de una niña de hablarlo con mi abuela.

—A ver qué tal esto. «*Ale tseyn zoln dir aroysfaln, ñor eyner zol dir blaybn af tsonveytik*».

Parker abrió los ojos como platos.

—Repítelo. Más despacio.

—*Ale tseyn zoln dir aroysfaln…* —Esperé hasta que asintió. Se lo veía tan concentrado como cuando aterrizaba en *Lunetta*—. *Ñor eyner zol dir blaybn af tsonveytik*.

—No conozco ninguna de esas palabras. —Arrastró la silla hacia atrás—. Terrazas, cámbiame el sitio.

Entre risas, el aludido se levantó y se llevó el plato con él.

—¿Qué hay de la misión crítica?

—Hay un idioma que no conozco, tío. Tengo que conquistarlo. —Parker levantó las manos y las enlazó como un mago que invoca a un demonio—. ¡Debo conquistarlo!

Empezó a sudarme la nuca. Ya lo había hecho antes, parecer amable para atacarme después. No con el idioma, pero en otras situaciones en las que parecía que ya no me odiaba, hasta que el rencor resurgía de la nada.

Me sequé las manos en la servilleta mientras Parker rodeaba la mesa y se sentaba en la silla que acababa de dejar Terrazas. Sonreía como un niño con un juguete nuevo.

—¿Qué significa?

—Que se te caigan todos los dientes, excepto uno que te dé dolor dental.

—Qué buena. ¿Me la repites? Lo más despacio posible.

Pronuncié cada palabra e hice una pausa entre ellas.

—*Ale tseyn zoln dir aroysfaln, ñor eyner zol dir blaybn aftsonverytik.*

Parker movió los labios al mismo tiempo, como si saborease las letras.

—*Tseyn. Tsonveytik*. ¿Dientes y dolor dental?

No debería haberme sorprendido.

—Exacto.

—¡Fanfarrón! —Leonard hizo una bola con la servilleta y se la tiró a Parker. Le rebotó en la cabeza y aterrizó sobre la mesa.

—¡He sacado dos palabras! ¡Nada más! —Recogió la servilleta y se la tiró de vuelta—. *Supprime tuum stultiloquium!*

Los altavoces principales crujieron y toda la habitación se quedó

paralizada.

—Kansas a Niña 1.

Parker saltó de la silla y corrió hacia el micrófono incorporado de la pared.

—Niña 1 a Kansas. Adelante.

El Control de Misión podía utilizar los altavoces del sistema siempre que quisiera, pero hasta la fecha solo lo había hecho para realizar pruebas. En los simulacros implicaba que algo iba mal. Arrastré la silla hacia atrás y recogí los platos de la mesa. Si teníamos que hacer alguna maniobra difícil, todo tenía que estar asegurado.

Cinco segundos después, la respuesta de Control de Misión nos llegó desde la Tierra. La voz de Malouf sonaba igual de tranquila que si nos hubiera comentado el buen día que hacía para un pícnic.

—Niña 1, nos han informado de un incendio en la Pinta.

CAPÍTULO 16

LOCUTOR: La American Broadcasting Company presenta *Headline Edition* con Taylor Grant. A 9 de noviembre de 1962.
GRANT: Hoy se cumple el quinto aniversario de la fundación de la colonia lunar de las Naciones Unidas. La base Artemisa, que ha pasado de ser un puesto de avanzada temporal con seis habitantes a convertirse en un próspero pueblecito de trescientas personas, es la representación del esfuerzo global conjunto. Para celebrar la ocasión, los habitantes han creado un jardín de rocas conmemorativo cuya pieza central es un obelisco de cristal grabado con la fecha y la hora del impacto del meteoro hace casi diez años.

Antes de que el Control de Misión terminara la frase, toda la tripulación se puso en movimiento. Si alguien nos observase, parecería que recogíamos la mesa de manera ordenada mientras asumíamos los papeles ensayados en varios simulacros antes de la partida. El fuego era una preocupación constante en el espacio. Para reducir costes y facilitar las EVA, las naves funcionaban a 4,9 psi con una atmósfera del setenta por ciento de oxígeno para proporcionar la presión parcial necesaria de O_2 a los pulmones. Sin embargo, esto también implicaba que los incendios ardiesen a mayor temperatura y más deprisa que si tuviéramos una atmósfera normal terrestre con un veintiuno por ciento de oxígeno.

Así que las palabras «nos han informado de un incendio»

implicaban un desastre.

—Preparaos para un posible encuentro. Que la tripulación acuda a los siguientes puestos: Terrazas y Avelino a la lanzadera para preparar los procedimientos de evacuación. Shamoun al módulo médico en caso de que hubiera heridos. York y Parker al módulo de mando.

—Confirmado, Kansas. La tripulación se dirige a sus puestos.

Ya estábamos en movimiento cuando Parker se apartó del comunicador. Yo tenía un pie en la escalera para subir al eje.

Lo gracioso era que mi ritmo cardíaco era más lento entonces que cuando Parker me preguntó por el yidis. Un incendio era preocupante, pero era un problema que podía resolver. Parker no.

—¿Nos quieres en el hospital o en el hangar? —preguntó Leonard.

Debajo de mí, Parker negó con la cabeza mientras subía por la escalera hasta el huso.

—Grey y tú asegurad la cocina. No quiero que nada flote por ahí si tenemos que maniobrar. York, no me hagas empujarte por la escalera.

Me alejé de la fuerza centrífuga hasta que empecé a flotar. Cuando el peso se esfumó, me impulsé de una patada y extendí los brazos para golpear un escalón encima de mí y subir todavía más. Al llegar al eje, me agarré a un riel para cambiar de dirección. Detrás de mí, Parker salió del tubo de la escalera y los dos volamos hasta el módulo de mando como los superhéroes de uno de los cómics de Hershel.

En cuanto entramos, Parker accionó el interruptor para escuchar las comunicaciones de la Pinta. La voz de Benkoski nos llegó firme a través del vacío que nos separaba.

—… en los dormitorios. Hemos sellado las compuertas cuatro y cinco.

—Kansas a Pinta 1. Sellado de las compuertas cuatro y cinco confirmado. Procedan a purgar el oxígeno. —El tono de Malouf podría haber sido el de un contable que explica una auditoría.

Me deslicé hasta el asiento y me incliné hacia la ventana para ver

la Pinta. Las luces exteriores y el brillo de las ventanas la hacía destacar en el permanente cielo nocturno.

—El alcance visual parece de unos 1,5 kilómetros de distancia.

Por los altavoces, Benkoski dijo:

—Confirmado. Iniciando la secuencia de purga. Atención a toda la tripulación, aseguraos para la purga de oxígeno.

Con el sextante, observé la línea de luces de posición que rodeaban la circunferencia de la Pinta. Con ese ángulo y el tamaño de la nave, calculé la distancia exacta.

—1,37 kilómetros.

—Recibido. 1,37 kilómetros. —Parker se había amarrado al asiento del piloto y revisaba los indicadores—. Si tenemos que acercarnos, quiero hacerlo por delante, por si hubiera residuos.

—Confirmado. Me dispongo a trazar el curso, a menos que quieras… ¡Hala! —Fuera de la ventana, la Pinta expulsó el oxígeno, que se cristalizó en un chorro de estrellas.

Por los altavoces, DeBeer informó:

—Pinta 1 a Kansas. Ventilación completada. Los indicadores registran un vacío en el gimnasio.

Cinco segundos después, el Control de Misión respondió:

—Confirmado, Pinta 1. Nuestros indicadores señalan lo mismo.

Detrás de Malouf, muy débil entre el barullo del Control de Misión, oí la voz de mi marido:

—Diles que esperen media hora antes de represurizar para asegurarse de que todo esté frío. No conviene que haya atmósfera si hay algo que pueda encenderse de nuevo.

Fue como si una partícula de iones me atravesase el corazón y dejase una línea brillante entre la Tierra y yo. La añoranza me cortó la respiración.

Parker se acercó y me puso una mano en el hombro. Me dio un único apretón y luego volvió al panel de control.

—Prepárame las coordenadas, ¿de acuerdo?

Lo había visto tener esos gestos con otras personas bajo su mando; un toque amable, un instante de comprensión. Era uno de los motivos por los que me resultaba tan frustrante, porque sabía leer

a la gente lo bastante bien como para saber exactamente qué botones pulsar y así conseguir lo que quería. Y a veces lo que quería era ser cruel.

Pero en ese momento ese apretón y la comprensión de que era duro oír a Nathaniel y no poder responderle era justo lo que necesitaba para centrarme. Saqué la libreta de navegación de la ranura en la silla y la abrí por una hoja en blanco.

—Voy. ¿Quieres tener la opción de acoplar las naves o solo para evacuación?

—Solo evacuación. Nos…

—Kansas a Niña 1. La emergencia está contenida, pueden retirarse. —Malouf suspiró en el micrófono—. La semana que viene enviaremos un nuevo protocolo sobre la limpieza de la pelusa de la secadora.

Levanté la cabeza de la hoja.

—Me tomas el pelo.

Parker se rio y negó con la cabeza.

—¿A quién le tocaba el turno de lavandería esta semana?

—A Graeham Stewman —contestó Malouf—. Se marchó y dejó la máquina encendida. Ese protocolo cambiará también. Me sorprende que no hayáis oído cómo Ruby le echaba la bronca, incluso a través del vacío.

Sonreí al imaginarlo. Ruby Donaldson, la médica de la Pinta, cumplía los requisitos de altura para ser astronauta por los pelos y llevaba el pelo rubio en dos coletas. Era como si Dorothy de *El mago de Oz* te regañase.

—No le envidio.

—Ni de coña. —Se rio, y fue una de las escasas ocasiones en las que lo hice reír—. Dile a Clemons que este es justo el motivo por el que deberíamos limitar el turno de lavandería a la rotación de las mujeres. Si vamos a mandarlas al espacio, al menos deberíamos aprovechar sus áreas de especialidad.

Pues sí. Seguía siendo un imbécil. Cerré la libreta de navegación y guardé en la ranura.

—Asumo que eso significa que tengo permiso para volver a la

cocina. Donde pertenezco.

Parker puso los ojos en blanco y desconectó la comunicación con el Control de Misión.

—Era una broma, York. Relájate.

Hice un saludo militar.

—Relajación confirmada.

Cuando me volví para salir del módulo de mando, Parker suspiró detrás de mí.

—Espero que algún día te saques el palo del culo lo suficiente como para dejar de ser tan zorra.

Me quedé parada en la puerta justo antes de salir flotando.

—¿Yo? Tú eres el que hace comentarios ofensivos.

—Era una broma.

—¿Ves que me ría?

—Para eso necesitarías tener sentido del humor. —Parker se desató el arnés—. Pruébalo alguna vez, reírte. Ayuda a relajarse.

—Es más fácil reírse cuando no se es el objetivo de la broma.

—Cuando no se es… ¿Te escuchas cuando hablas? —Se empujó para separarse del asiento y aprovechó el impulso para llegar hasta la entrada del módulo—. Eres una princesa.

—Encantador. Has añadido el antisemitismo al repertorio.

Se agarró a la puerta y se giró para mirarme, así que apenas había un ancho de brazo entre nosotros.

—Mi mujer es judía.

—Eso tendría más peso si no fuera evidente que te avergüenzas de ella.

Levantó el puño y por un instante creí que iba a pegarme. Parker era muchas cosas, pero no era violento. Apretó la mandíbula y se le marcaron las venas del cuello.

—Mi mujer es la mejor persona y la más valiente que conozco.

Debería haberme disculpado o, al menos, haber reculado. No lo hice. Le echaría la culpa a la adrenalina que todavía me corría por el cuerpo por la emergencia de la Pinta, toda esa energía acumulada sin ningún lugar adonde ir. Ladeé la cabeza y lo miré a los ojos.

—Y, sin embargo, la mantienes escondida como si fuera un

sucio secreto.

—¡Está en un puñetero pulmón de acero! —Parker se contuvo y después se inclinó para reducir el espacio entre los dos. Habló en voz baja; estaba al borde de perder los nervios—. Te advertí una vez que no mencionases a mi mujer. Atácame con cualquier cosa que a tu corazón mezquino y vengativo se le antoje, menos con ella. De lo contrario, te juro que acabaré contigo.

Se agarró a los lados del marco de la puerta y se impulsó a lo largo del eje. Floté a la deriva en el módulo de mando y lo miré mientras docenas de piezas de todos los años que nos habíamos conocido empezaban a encajar. La indiferencia ante los refuerzos de la pierna de Hershel. El dolor al decir que su mujer lo había animado a ir. Dios. Por muy duro que hubiera sido hablar de la misión con Nathaniel, ¿cómo habría sido para ella? Miriam. Sabía su nombre por el simulacro de muerte.

La disculpa que debería haberle ofrecido se me atascaba en la garganta y me provocaba náuseas.

Un pulmón de acero. La polio de mi hermano era algo normal para mí. Había pasado antes de que yo naciera. No consideraba a Hershel valiente ni inspirador por usar muletas. Solo era Hershel. Sin embargo, la enfermedad aún era un espectro que había perseguido mi infancia con la certeza de que podría haber sido mucho peor.

Seguí a Parker por el eje, más despacio, para darle tiempo para que se calmara un poco antes de alcanzarlo. Esperaba tener tiempo para tranquilizarme yo también. Rafael y Terrazas flotaban por el eje y bromeaban en español.

Terrazas me vio y sonrió.

—Voy a pedirle a Parker que redistribuya la rotación de turnos para quitar a los hombres de la lavandería. Por el bien de la misión.

Rafael le dio un empujón a Terrazas y flotó en la dirección opuesta.

—Soy más que capaz de lavarme la ropa.

—Gracias, Rafael. Me alegra saber que alguien reconoce que cualquiera puede hacer la colada con la formación adecuada.

Giré en el aire para dirigir los pies hacia la escalera. Me agarré a los rieles laterales y me impulsé hacia abajo hasta que la gravedad artificial me atrapó como si vaciase el agua de una bañera.

Kamilah no estaba muy lejos de la parte inferior de la escalera y soltó una carcajada.

Parker se llevó una mano a la cara.

—¿Por qué me ha tocado esta tripulación?

—¿Qué sucede, amo? ¡Hemos hecho lo que ha pedido! —Al otro lado de la cocina inmaculada, Florence había doblado un filtro de café y se lo había encajado en el pelo como una cofia improvisada —. ¿No lo hemos hecho bien, amo?

Detrás de mí, Terrazas y Rafael aterrizaron con un golpe. Rafael se rio.

—Pero ¿qué…?

Leonard estaba en la mesa y negó con la cabeza.

—No he tenido nada que ver.

—A ver, Grey. ¿A qué viene el numerito de criada? —Parker bajó la mano—. ¿Te he insultado al pedirle a una mujer que se encargarse de la limpieza o algo así? Flannery también estaba aquí.

Dejó de actuar y se puso las manos en las caderas.

—¿Y qué tenemos en común?

Parker miró la piel marrón pálido de Florence y el moreno más oscuro de Leonard.

—Por el amor de Dios. Sabes que no es eso. Sabes que había que asegurar esta habitación y que las otras estaciones ya estaban cubiertas.

—Sí. También sé que Flannery es mejor en las EVA que Avelino o Terrazas, así que pregúntate por qué el Control de Misión nos dejó a los dos fuera de la lista de asignaciones. —Se quitó el filtro de café del pelo—. Señor.

Se miraron el uno a la otra unos segundos más antes de que Parker se volviera hacia mí.

—York. ¿Has preparado postre?

—Pastel de chocolate.

La disculpa tendría que esperar hasta que no estuviéramos en

una habitación llena de gente. No obstante, fuera lo que fuera lo que estuviera pasando, estaba bastante convencida de que nos habríamos enterado si Parker hubiera forzado a Florence.

El código que Nathaniel y yo habíamos inventado para el teletipo era bastante simple. Antes y después de cada transmisión por el espacio, se generaba una cierta cantidad de basura mientras las máquinas se conectaban. Si escribías algo que pareciera basura, entonces cualquiera que estuviera en el lado receptor asumiría que el mensaje simplemente no había empezado todavía, a menos que supiera qué buscar.

Usamos un cifrado César, pero cambiábamos la clave en cada transmisión, por si acaso. Yo había jugueteado con la encriptación en la universidad, pero Nathaniel desarrolló especial interés durante la guerra. Por lo que sabía, había estado a punto de terminar en el departamento de inteligencia, trabajando en encriptación durante la guerra.

Tecleé «78,14, 3», que representaba la página, la línea y la palabra de un ejemplar en inglés de *Los cuentos de así fue* de Rudyard Kipling. Cuando Nathaniel recibía la transcripción, buscaba la palabra en el libro, que sería la «clave» del cifrado. La de ese día era «*elephant*», así que había que reordenar el alfabeto de manera que se leyera como «ELPHANTBCDFGIJKMOQRSUVWXYZ». De ese modo, «Querido Nathaniel» se convertía en «Haeq Jesbejcag».

Tendía a preparar las cartas antes de subir al módulo de comunicaciones, porque había algunas partes que no importaba que las leyera el Control de Misión. Dejaba la cháchara no comprometida como texto sin cifrar y después añadía el resto al principio y al final de la carta antes de teclearlas.

La parte codificada de ese día era:

> C pkimgecjah elkus es. Huqcjt sba netbs-ejh C'i jks axepsgy ruqa bkw wa tks sbaqa-ba skgh ia sbes bcr wena ber mkgck ejh wer cj ej cqkj gujt. C naag durs bkqqclga elkus egg sba sciar sbes C'va sbkutbs rba wer

elurah kq sbes ba durs hchj's peqa ajkutb elkus baq sk lqcjt baq qkujh sk ejy kn sba geujpbar. C'¡ e gessga rset-taqah, jkw sbes C'va beh scia sk sbcjf elkus es, sbes baq pkjhcsckj werj's sba rkuqpa kn knnepa tkrrcm. Mgaera sagg ia yku hchj's fjkw.

Que se traducía de la siguiente manera:

Parker y yo tuvimos una fuerte discusión hoy. Hizo un chiste sobre que la lavandería debería ser un trabajo de mujeres y yo le respondí. No sé muy bien cómo llegamos hasta ahí, pero, durante la pelea, me dijo que su mujer tiene polio y depende de un pulmón de acero. Me siento fatal por todas las veces que he pensado que la maltrataba o que no le importaba lo suficiente para llevarla a un lanzamiento. Ahora que he tenido tiempo de reflexionar, me sorprende que su condición no haya sido el centro de los cotilleos en la oficina. Por favor, dime que no lo sabías.

Querido Nathaniel:

El viaje sigue a buen ritmo. Como sabrás, hemos vivido muchas emociones por el problemilla de la Pinta. Durante la transmisión del Control de Misión, oí tu voz unos segundos, más clara que nunca. No creía que pudiera echarte más de menos, pero ese detalle hizo que la añoranza volviera con más fuerza. Sin embargo, no quiero que te preocupes por mí. Me consolé con una porción de pastel de chocolate.

No es lo mismo que con ingredientes de verdad, pero he descubierto que soy capaz de conseguir unos resultados bastante decentes con los huevos deshidratados si los bato un poco después de rehidratarlos. Además, el chocolate ayuda a camuflar la textura arenosa.

Te alegrará saber que las luces de posición de la Pinta funcionaron justo como se planeó y pude darle a Parker la distancia hasta la nave sin ningún problema. De hecho, toda la misión va tan bien que es casi aburrido. Ahora que Ruby nos ha confirmado que todo el mundo está bien en la Pinta (aparte de la ampolla en la mano de Stewman por intentar apagar el fuego), reconozco que vivir un poquito de emoción alivió algo del tedio.

Terrazas ha sugerido representar una radionovela para la tripulación de la otra nave, solo por romper con la monotonía. Dios mío. Parezco una dama de la alta sociedad afligida por el aburrimiento, pero, de verdad, cariño, es que tus esfuerzos para asegurarte de que todo funcione a la perfección han dado sus frutos.

Te quiere con toda el alma,
Elma

Cj qarmkjra sk ykuq gers gassaq, C ei waeqcjt iy ngctbs rues lus hk jks beva e lqe kj. Cn yku waqa baqa, C wkugh sefa yku cjsk sba teqhaj ikhuga ejh gaej kvaq sba skiesk lahr rk sbes er yku skkf ia nqki labejh, iy nepa wkugh la mqarrah cjsk sba nqetqejs tqaaj gaevar wesb aepb sbqurs.

Traducción: En respuesta a tu última carta, llevo mi traje de vuelo, pero no llevo sujetador. Si estuvieras aquí…

(Pensándolo mejor, no debería traducir esa parte. Nathaniel sabe lo que dice y eso es suficiente).

Parker me evitaba. Debería ser difícil evitar a alguien cuando se vive en un entorno con solo otras seis personas, pero no. La Pinta y la Niña se habían construido para albergar a catorce tripulantes, por si hubiera que evacuar una de las naves, así que en ocasiones podías cruzar de una habitación a otra y no encontrar a nadie.

Recorrí el circuito completo del anillo, en parte porque me venía bien el ejercicio, pero también con la esperanza de pillarlo a solas. Crucé el largo pasillo curvado hasta el módulo de jardinería y el olor a tierra húmeda y verdor me hundió los hombros. Respiré hondo y dejé que el nudo del estómago se me aflojase un poco.

Terrazas levantó la vista de las tomateras y sostuvo en alto uno de los orbes rojos. Al menos él siempre se alegraba de verme.

—No dejo de pensar en lo diferente que es esto del viaje a la Luna.

Resoplé y me abrí camino entre los estantes y las rejillas de las plantas.

—Quizá podrías meter dos de las latas de conservas en la lanzadera.

—Por cierto, quería comentarte una idea. —Dejó el tomate en la cesta con los otros—. ¿Qué te parece *Flash Gordon* para la radionovela?

—*¿Flash Gordon?* —Esperaba que me comentase algo sobre usar la lanzadera con propósitos auxiliares o que, al menos, estuviera relacionado con el trabajo—. ¿No es demasiado cliché?

—Tal vez. —Dejó la cesta y se apoyó en el huerto hidropónico —. Pero es que estamos en el espacio exterior de verdad, igual que soñaba cuando era niño y escuchaba *Flash Gordon* en la radio.

—¿*Flash Gordon* se retransmitía en España?

Los dientes le brillaron con una sonrisa deslumbrante.

—Así es como empecé a aprender inglés. En fin, se me había ocurrido que podríamos usar el sistema de transmisión entre naves para representar algo para la Pinta. Una radionovela, para que se entretengan mientras lavan la ropa a mano. Sería divertido.

—York. —La voz de Parker me hizo saltar—. No sabía que distraer a la tripulación estuviera en tu lista de tareas.

—Estoy en mi descanso para hacer ejercicio. —Tened en cuenta que me porté muy bien y no mordí el anzuelo—. Y esperaba encontrarme contigo.

Detrás de mí, Terrazas recogió la cesta de tomates.

—Voy a llevarlos a la cocina.

—Que lo haga York, ya que tiene tiempo libre. —Me rodeó y le quitó la cesta a Terrazas. Me la pasó—. Ponte a ello.

—Quería hablar contigo un momento. —Apreté la cesta con las manos y me la llevé al pecho como si fuera una especie de armadura.

—Ojalá tuviera tiempo. Lo siento. —Me dio la espalda y me bloqueó la visión de Terrazas con los hombros. Por si las señales no fueran lo bastante claras, cambió a español y le dijo algo demasiado rápido para diferenciar siquiera cada palabra.

Me quedé donde estaba unos segundos y sentí como si estuviera de vuelta en la universidad a los catorce años. Me sentía a la vez fuera de lugar e ignorada, pero también como el centro de atención, porque Parker se esforzaba mucho por fingir que no existía. Qué gran método de liderazgo. Cuanto más tiempo seguía allí, más incómodo se volvía todo, pero tenía la esperanza de que cediera.

Sacó unos papeles de un bolsillo interior del traje y los extendió sobre el huerto hidropónico. Detrás de él, Terrazas me dedicó una

mirada de disculpa y se encogió de hombros, en señal de que no había nada que pudiera hacer.

Abracé la cesta de tomates y me marché para continuar el recorrido del anillo. Después de todo, Parker era el comandante de la misión.

CAPÍTULO 17

LOCUTOR: La American Broadcasting Company presenta *Headline Edition* con Taylor Grant. A 9 de noviembre de 1962.
GRANT: Un huracán enorme ha barrido Haití sin perder un ápice de fuerza y continúa su avance a través del océano hacia Florida. Gracias a la alerta temprana desde la estación orbital *Lunetta*, la nación isleña se preparó para la devastadora tormenta y evacuó las costas antes de que les golpeara. El Gobierno ha informado de que, aunque los daños materiales son severos, la pérdida de vidas no ha sido tan alta como podría haber sido. No obstante, este es el primer huracán registrado del año y marca un cambio en los patrones climáticos de la región.

Florence sacudió una funda de almohada como un látigo.

—No tengo dos doctorados para esto.

—Si la CAI nos hubiera dado almidón, almidonaría la ropa interior a Parker. —Saqué la ropa de la extraña lavadora de carga frontal que se había inventado para la colonia lunar, aunque, si creía lo que decían las revistas, muchas amas de casa de la Tierra habían instalado la Space-O-Matic en sus propios hogares—. No me creo que el Control de Misión se haya tragado el argumento del «trabajo de mujeres».

—Incompetencia ilustrada. —Florence bufó y agarró otra funda de almohada—. A los hombres se les da de maravilla.

—Reconozco que a veces a mí también me pasa. —Me llevé una

mano al pecho y bateé las pestañas—. ¿Podrías ayudarme, por favor? Eres tan grande y fuerte…

Me recompensó con una risa.

—Si los hombres se ponen chulitos sobre cómo nos «protegen», no veo problema en aprovecharse de ellos. No es culpa mía que sean más tontos que un ladrillo.

—No todos son tan malos. —Metí una pila de ropa húmeda en la secadora. Después de limpiar el filtro de pelusas, por supuesto—. A Rafael se le da bien hacer la colada.

—Ese es un porcentaje bastante pequeño.

—Nathaniel prepara unos cócteles de infarto. Y lava los platos. —Me miró vagamente decepcionada, como si lo hiciera sobre unas gafas. Negó con la cabeza mientras doblaba una camiseta y suspiró de forma audible.

—¿Cómo lleva el hecho de que no estés?

Fue mi turno de suspirar. Cerré la secadora con la rodilla y le di al botón de encendido.

—Bien. —La secadora empezó a traquetear mientras la ropa giraba en su propia y diminuta órbita. Me acerqué para ayudarla a doblar la ropa—. Mi sobrino va a quedarse con él y hará prácticas en la CAI. Nathaniel juega a las cartas una vez por semana. Y trabaja. Trabaja todo el tiempo, incluso cuando estoy en casa.

—¿Cuánto lleváis casados?

—Trece años. —Alisé una de las camisetas de Terrazas sobre la mesa. El suave algodón se arremolinó bajo mi mano—. ¿Y tú qué? ¿Tienes a alguien especial?

—Qué va. Hubo un tipo que me propuso matrimonio, pero quería que dejase de trabajar. «El trabajo o yo». Fue una decisión fácil. Desde entonces… —Florence solía hacer un gesto en el que encogía un poco los hombros y ladeaba la cabeza a la vez. Dejó la camisa que estaba doblando en la pila de ropa—. Ya sabes cómo es. Los hombres se sienten intimidados cuando eres inteligente.

Era la conversación más personal que habíamos tenido. No sé qué había cambiado para que decidiera abrirse, aunque fuera un poco. Quizá se debiera a que compartíamos la tarea y la indignidad

de doblar la ropa. Fuera lo que fuera, no iba a cuestionarlo.

—Ya. Bueno, los chicos de la tripulación no parecen demasiado intimidados.

—Por favor. —Bufó y puso los ojos en blanco—. ¿Por qué crees que nos han puesto a lavar la ropa? No tiene nada que ver con que sean incompetentes o vagos.

El altavoz de la nave crujió y la voz de Parker sonó en la lavandería.

—Parker a Grey. Te necesito en comunicaciones.

—Parece que al fin haré mi trabajo. —Se levantó y se acercó al altavoz para pulsar el botón de respuesta—. Grey a Parker. Recibido. Voy para allá.

La saludé agitando una camisa.

—Disfruta de usar tu doctorado.

No supe para qué necesitaba Parker a Florence hasta que llegué a la cena esa noche. Recorrí el anillo hasta el módulo de cocina, tras el aroma de algo preparado con todo el ajo del universo. Aunque no hubiera visto la lista de turnos, era evidente que Terrazas había cocinado.

Cuando entré, removía algo en el fuego.

—Tenemos que hacer algo.

Desde su sitio en la mesa, Florence extendió las manos.

—Control de Misión dice que no.

—No hay nada que podamos hacer que no puedan hacer por sí mismos. —Kamilah cortaba tomates frescos en la encimera—. Y las posibilidades de traer la infección de vuelta a la nave es bastante alta.

—¿Infección? —El antiguo espectro de los gérmenes espaciales reapareció y bailó delante de mí como un disfraz de monstruo de látex en un autocine. Con lo lejos que estábamos de la Tierra, ¿quién sabía lo que podía pasar?—. ¿Qué ha ocurrido?

Kamilah sirvió los tomates en un plato.

—Hay una infección de *E. coli* en la Pinta. Ruby cree que empezó por una contaminación de *Bacillus cereus* en el arroz.

Florence me miró.

—¿Lo ves? Demasiado tontos como para mantenerse con vida.

—Un segundo. ¿Qué arroz? ¿Es algo de lo que tengamos que preocuparnos en la Niña? ¿Cuán enfermos están? Y… debería no hacer más preguntas y dejar que respondáis. —Enlacé las manos por delante y esperé.

—Empezaré por el principio. Parker me llamó a comunicaciones porque la antena de la Pinta estaba desalineada, así que manipulé el receptor para obtener una señal lo bastante clara. Según Ruby, cuando se produjo el incendio, dejaron la cena fuera y después se la acabaron. Cree que el arroz se infectó con… ¿cómo era, Kam?

—*Bacillus cereus.* Es un agente muy común que aparece con frecuencia en el arroz. Stewman y Sábados se contagiaron y, por desgracia, los síntomas se manifestaron cuando estaban en gravedad cero. En ese momento, uno de los dos se convirtió en un vector que infectó a todos los demás con *E. coli*. No es una visión agradable.

Hice una mueca. La diarrea en gravedad cero lo impregna todo. La orina es desagradable, pero la diarrea era un millón de veces peor, y era algo difícil de superar.

—¿Vamos a hacer algo?

Terrazas me apuntó con el cucharón.

—Eso he preguntado yo.

—No. —Parker aterrizó al final de la escalera—. Control de Misión y todos los médicos aeroespaciales han confirmado que no debemos hacer nada. Ruby, que está en la nave y ha evaluado la situación, también ha dicho que no vayamos.

—Pero… —No sé muy bien a qué objetaba. Era una decisión coherente y no difería de algunos de los simulacros que habíamos hecho. Para eso teníamos dos naves y una era una copia de la otra. Aun así, costaba no querer ayudar, lo que tal vez era lo que diferenciaba el anonimato de las masas que sufrían y la urgencia ante la gente que conoces—. Habrá algo que podamos hacer que no implique entrar en contacto con ellos.

Parker levantó las cejas y aquella fue su única respuesta. Cruzó la cocina.

—Qué bien huele, Terrazas.

Terrazas dio un golpe con el cucharón en el borde de la olla y sacudió lo que estuviera preparando.

—York tiene razón. Podríamos dejarles algo en la esclusa de aire. O entrar en la nave con los trajes espaciales para ayudar con la limpieza. O meter a la tripulación en una lanzadera y usarla como…

—Ese. —Parker lo señaló—. Ese es justo el motivo por el que no lo haremos. En solo tres frases, has hecho que nos acerquemos a ellos. La *E. coli* es muy contagiosa, ¿no es así, Shamoun?

—Sí.

—Control de Misión tiene más cabezas en el análisis del problema de las que reuniríamos aquí, aunque ambas naves estuvieran en plena forma. Mantendremos el rumbo. —Parker dio una palmada—. ¿Qué hay para cenar?

Terrazas se limpió las manos en el delantal.

—Falsa paella. Es un plato de arroz.

Dos cosas que hay que saber sobre Terrazas: era un radioaficionado con un amor profundo y eterno por el teatro y, evidentemente, era astronauta, lo que significaba que, si veía un problema, necesitaba encontrar una solución. Las dos cosas se combinaron con su deseo de ayudar a la Pinta y, no sé cómo, terminé con un par de zapatos en la mano y apiñada en comunicaciones con Leonard, Terrazas, Florence y Rafael.

Ya estábamos lo bastante lejos para que los programas de radio de la Tierra nos llegasen distorsionados e indescifrables a no ser que manipulásemos el equipo de radio con precisión quirúrgica. Florence me lo había explicado, pero, aunque entendía lo de las ondas y las teorías del ancho de banda, al final usó una jerga ante la que no pude más que asentir y sonreír.

La explicación corta era que la tripulación de la Pinta estaba demasiado enferma para juguetear con la radio.

La explicación un poquito más larga era que íbamos a representar una radionovela para entretenerlos mientras estaban

enfermos. Al parecer, tener un micrófono era la versión espacial de «mi tío tiene un granero»[2]. Terrazas se inclinó hacia el micrófono y, con el brío y la energía adecuados, narró la emocionante escena:

—Atravesando la Tierra desde las alturas, cómodamente sentado en un gigantesco avión, Flash Gordon, atleta de fama internacional, mira con admiración al otro lado del pasillo a Dale Arden, su encantadora y joven compañera en el viaje aéreo. De repente, se produce una violenta sacudida.

Mientras hacía una pausa, Florence sacudió un globo lleno de granos de arroz seco. En realidad, no era un globo, sino un condón inflado. Cuando lo agitó junto al micrófono, sonó como una explosión.

El tono de Terrazas se intensificó.

—El avión se tambalea en una caída en picado. Los músculos entrenados de Flash Gordon lo empujan al otro lado del pasillo, junto a la asustada chica, para sujetarla entre sus brazos y, luego, saltar del avión que cae. Tira de la cuerda del paracaídas y se desliza hacia la Tierra.

Leonard le tomó el relevo en el micrófono y flotó boca abajo sobre él. Terrazas no era el único fan de la radio.

—No tengas miedo, Dale. El avión se ha estrellado, pero estamos a salvo.

Esa era mi señal. Traté de sonreír como una boba.

—Sí, gracias a ti. ¡Mira, Flash! Hay una gran puerta de acero. ¡Se está cerrando!

—Es el laboratorio del gran científico, el doctor Hans Zarkov. ¡Viene hacia aquí! Espero que nos disculpe por irrumpir en su casa de forma tan poco ceremoniosa, doctor, pero, ya ve, tuvimos que salir pitando.

Me cubrí la boca porque sabía lo que venía después: Rafael. Rafael, que medía 1,70 y al que le encantaba bailar, puso el acento alemán más ridículo que he oído nunca. Si has visto *El gran dictador* de Charlie Chaplin, Rafael habría sido un magnífico Adenoid Hynkel.

Rafael agitó el dedo hacia el techo, aunque nadie en la Pinta lo

veía.

—Sé lo que sois, ¡espías, venís a *robarrrrme* mis *secrrrretos! Perrrro* tengo la solución. ¡Seguidme!

Me mordí la lengua y contuve la respiración. Era muy gracioso.

No sé cómo Leonard se las arregló para decir la siguiente línea.

—Guarde el arma, profesor Zarkov. —Se acercó al micrófono y susurró—. Este hombre está loco, Dale. Tendremos que seguirle la corriente.

—De acuerdo, profesor. —Esperaba que sonara sin aliento en vez de como si me aguantara la risa—. Iremos con usted.

—Bajad la escalera hasta la torre. ¡Bajad, he dicho! —Mientras Rafael señalaba el techo, Florence y yo chocamos unos pares de zapatos para crear una especie de sonido de pisadas. Más o menos. Era muchas cosas, pero especialista en efectos de sonido no era una de ellas. Rafael agitó el dedo—. Ya está. Estamos en mi cohete y en diez segundos partiremos hacia el nuevo planeta. ¡Todos moriremos por la ciencia! —Luego se rio como un maníaco—. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Me doblé sobre el estómago para no hacer ruido al reírme y Terrazas flotó con cuidado hacia el micrófono.

—¡Sintonicen la próxima emisión para oír más emocionantes aventuras de *Flash Gordon*!

Florence alargó la mano y apagó el micrófono.

—Estamos fuera.

Mis carcajadas resonaron por el módulo de comunicaciones y me arrastraron por la estancia como en el capítulo «El gas de la risa» de *Mary Poppins*. Me froté los ojos y me acerqué para besar a Rafael en la coronilla.

—Vas a acabar conmigo.

Se le pusieron las orejas rojas.

—¿No sonaba amenazador? —Pero sonrió y me guiñó el ojo.

—Temía por mi vida. —Me limpié las lágrimas con la manga antes de que se flotaran por la habitación—. Mira, estoy llorando.

La radio de la nave crujió.

—Gracias, equipo. Ha sido genial. —Tardé un momento en reconocer la voz ronca de Ruby—. Nos ha encantado.

Florence tomó el micrófono.

—¿Cómo estáis por allí?

—Estamos bien. No os preocupéis por nosotros. —En algún lugar detrás de ella, alguien hizo un sonido de arcadas.

Tengo que irme. Pero gracias. Significa mucho que penséis en nosotros.

La línea se quedó en silencio.

Florence suspiró y recolocó el micrófono en la posición habitual.

—Nunca había oído una mentira tan descarada.

—¿Nunca? —Leonard alzó una ceja—. ¿Ni siquiera cuando halagué esa especie de tarta que preparaste?

—Cállate. —Le dio un empujón que lo hizo girar hasta el techo del módulo de comunicaciones—. Era un pastel de frutas japonés. Una receta de mi madre.

—¿Tu madre es japonesa?

—Cállate. —Miró al altavoz como si viera la Pinta a través de él —. Reconozco que estoy preocupada.

—Kamilah dice que seguramente ya habrán pasado lo peor.

También estaba preocupada, pero no había nada que hacer. Al parecer, la medicación para la *E. coli* empeoraba los síntomas, así que había que dejarlo seguir su curso.

Florence tamborileó con los dedos en la consola y se mordió el labio inferior.

—Es solo que me siento como si…

El intercomunicador de la nave se encendió y Parker habló:

—Si la banda de hombres alegres ha terminado de repartir felicidad, quizás se dignen a volver al trabajo.

Florence tomó el micrófono.

—No sé a qué te refieres. Estoy en mi puesto.

Los demás salimos flotando por la puerta y nos dirigimos al eje. Delante de mí, Terrazas le preguntó a Rafael:

—¿Crees que Parker lo ha escuchado?

—Claro que sí. —Le dio un suave empujón en el hombro—. Has estado genial.

Por la noche, en la cena, Parker entró con un pedazo de papel del teletipo en la mano. Seguíamos de buen humor y de cachondeo por el espectáculo. Las risas se detuvieron como si hubiera accionado un interruptor.

La cara que acompaña a la muerte es muy fácil de identificar. Como astronautas, supervivientes del meteorito y veteranos de la Segunda Guerra Mundial, todos la habíamos visto lo suficiente para saber lo que se avecinaba.

Lo que no sabíamos era quién.

Dejé la pila de platos que sostenía. El aire en la habitación pareció dejar de circular, aunque el único sonido era el sonoro zumbido del ventilador.

Parker miró la página.

—Ruby Donaldson ha muerto. Sufrió convulsiones. Control de Misión cree que ha sido un síndrome urémico hemolítico causado por la E. *coli*.

—Mierda. —Kamilah se sentó y apoyó la frente en los puños—. Deberíamos haber ido.

—No habría servido…

—Eso es una puta mentira. —Dio un manotazo a la mesa—. Ruby se inyectaba medicamentos para la diarrea para seguir ayudando al resto de la tripulación. Si haces eso, no eliminas las toxinas shiga. Si no eliminas las toxinas, se forman coágulos. Las convulsiones no han sido consecuencia de la E. *coli*, sino de nuestra decisión. Fue nuestra elección.

La habitación se sumió en el silencio por el peso de aquella decisión. Me provocó un escalofrío en la columna y me vinieron a la mente los recuerdos de todos los escenarios de contingencia en los que un astronauta tomaría la decisión de dejar morir a un colega porque salvarlo los condenaría a los dos. ¿Había sido ese el caso? ¿Nos habríamos puesto en peligro si hubiéramos ayudado?

Parker rompió el silencio con una inhalación audible. Cruzó la habitación y se agachó frente a Kamilah.

—Lo siento. Y tienes razón. —Le puso una mano en el hombro—. Pero fue la decisión correcta en el momento que se tomó.

—Voy a ir.

Aún con el papel en la mano, Parker respiró hondo.

—Te apoyaré. —Se humedeció los labios y me miró—. York. Tienes formación en enfermería, ¿verdad?

—Solo algo de medicina de campo en la guerra. Y lo que aprendí de mi madre. —Sonó como si fuera una bruja del bosque o algo así—. Era médica.

Parker asintió y cambió el peso de un pie al otro con la mirada en el suelo.

—¿Estás dispuesta a pilotar la lanzadera?

Terrazas dio un paso adelante.

—Puedo hacerlo yo.

—Lo sé. —Parker levantó la vista y frunció los labios. Suspiró otra vez y le apretó el hombro de Kamilah mientras se ponía de pie—. Pero la realidad es que York y yo podemos saltarnos las órdenes del Control de Misión de una manera que ninguno de vosotros puede. Si la mujer astronauta lleva a Shamoun en una misión piadosa, no la echarán del programa cuando volvamos.

—Al menos sirvo para algo. —Me encogí de hombros—. Dará buena publicidad. Les encantará.

Parker esbozó una sonrisa retorcida.

—Y tened cuidado. No quiero que traigáis nada de vuelta a la nave ni que os infectéis ninguna de las dos.

CAPÍTULO 18

LOCUTOR: La American Broadcasting Company presenta *Headline Edition* con Taylor Grant. A 28 de noviembre de 1962.
GRANT: La tragedia ha azotado a la primera expedición a Marte con la muerte de la teniente Ruby Donaldson de Grand Haven, Michigan. La teniente Donaldson era médica a bordo de la Pinta y ha sucumbido a una infección provocada por un suministro de alimentos contaminados. Las banderas de todo el mundo ondean a media asta en reconocimiento de su sacrificio.

El aliento me silbaba en los oídos rodeado por la gruesa cáscara del casco del traje marciano. No era un traje de EVA completo, solo un traje de presión como el que me puse en el primer lanzamiento. Dentro de los guantes rígidos, mis manos se movían torpes en los controles de la lanzadera. A mi lado, Kamilah vestía su propio traje. En teoría, ocupábamos el mismo espacio, pero no respirábamos el mismo aire.

La escotilla de la Pinta se mantuvo centrada en el visor de la lanzadera mientras me acercaba para el acoplamiento. Incluso en medio de aquella situación, una parte de mí se alegraba de que me permitieran acoplar sola. Era absurdo. Sin embargo, cuando la parte delantera de la lanzadera tocó el casco de la Pinta y las abrazaderas automáticas se agarraron, miré a Kamilah como si me sintiera orgullosa.

Ya se había soltado el cinturón.

Encendí las comunicaciones de los trajes.

—Deja que antes asegure la lanzadera.

—¿Me necesitas para hacerlo?

—No, pero…

—Pues me voy ya. Solo tenemos siete horas de aire.

Se impulsó del asiento y flotó por encima.

—Al menos, deja que compruebe que la lanzadera está asegurada. —En la lista de verificación todavía quedaba una media docena de propulsores de frenado por revisar.

—El indicador de presión delta está en 4,9. —Se había alejado flotando hacia la puerta en la parte trasera.

—Kamilah. —Sabía que tenía razón. Ir con prisas en el espacio significaba una muerte garantizada—. Completemos la lista de verificación. Despacio es rápido.

—Por el amor de Dios, hablas igual que Parker. —Pero se dio la vuelta, revisó los indicadores y miró por la ventana en busca de confirmación visual.

—Ambos empezamos a ir al espacio cuando los cohetes se ensamblaban con papel de aluminio. —Cambié de banda para transmitir a la nave—. Lanzadera 1 a Niña. Nos hemos acoplado y todos los sistemas son óptimos.

—Aseguraos de tener una confirmación visual antes de abrir la escotilla. —La orden de Parker hizo que Kamilah me mirara y sonriera—. Despacio es rápido.

Tenía que decir esa frasecita en concreto.

—Sí, señor. Kamilah está en ello ahora mismo.

—Me alegro de que una de las dos tenga sentido común.

Rechiné los dientes con la esperanza de que el micrófono lo captara.

—En cuanto asegure la lanzadera, subiremos a bordo.

—No olvidéis que solo tenéis siete horas de oxígeno. —¿Por qué a la gente le gustaba decir lo obvio?

—Sí, señor. Estaremos pendientes de la hora y los indicadores.

—Tenéis que dejar tiempo suficiente para volver y desinfectaros.

Estoy bastante convencida de que suspiré de forma audible.

—Sí, señor. Le recordaré a Kamilah las limitaciones de tiempo. Lanzadera 1 fuera.

En cuanto aseguré la nave, Kamilah recogió el kit médico y abrió la escotilla. Al otro lado, la esclusa de la Pinta nos esperaba y una única luz brillaba para indicar qué era «arriba» en el cubo de metal. La ventana redonda de la puerta interior dejaba entrever el brillo del eje.

En los primeros días, las escotillas solo se abrían desde el interior, pero aquello cambió tras un simulacro en el que los responsables de una EVA murieron porque la tripulación del interior estaba incapacitada. Es curioso lo obvias que parecen las cosas en retrospectiva. Ha sido uno de los aspectos positivos de la CAI y todas sus simulaciones: podemos obtener una visión retrospectiva de las situaciones sin que sean realmente letales.

Recogí el segundo kit médico que Kamilah había cargado y floté tras ella hasta la escotilla de aire. Esperamos mientras las bombas circulaban para verificar que la presión en los dos espacios coincidía antes de abrir la puerta.

No parecía ser el momento para uno de los juegos de esclusa, aunque ayudaban a que el tiempo pasara más deprisa. ¿Qué quedaba por decir? Habíamos hablado largo y tendido de la situación en la Niña y sabía cuál era el plan. Al parecer, revisarlo me haría parecerme más a Parker.

Por otro lado, no se equivocaba. Me aclaré la garganta.

—¿Vamos primero al gimnasio?

—Ahí es donde Ruby dijo que se habían instalado. —Kamilah echó un vistazo al indicador—. Esto tarda una eternidad.

Quizá era el momento de un juego de esclusa.

—Menuda contrariedad.

Kamilah resopló.

—¿Te has puesto a rimar?

—No me parece ninguna atrocidad.

—Eso se habría que estudiar.

Me mordí el labio inferior.

—¡Ja! Muy buena. Hay quien lo considera una genialidad.

Dentro del casco, Kamilah asintió.

—Y a quien le parece… ¡Por fin! —El indicador de presión delta subió hasta la zona segura, y tendió la mano hacia la puerta—. ¡Qué felicidad!

Me sacó una risa. Kamilah se ancló con uno de los rieles y empujó la puerta para abrirla. La cruzamos flotando, cargadas con los equipos médicos, y entramos en el eje de la Pinta, a un cuarto de camino de la parte trasera de la nave.

Las luces brillaban por el largo túnel blanco a plena potencia. Por algún motivo, esperaba que todo estuviera gris y apagado, pero el sistema eléctrico funcionaba a la perfección. Miré por el eje hasta la intersección donde los soportes de los anillos se juntaban y jadeé. Un globo marrón, grumoso y acuoso tan grande como mi cabeza daba vueltas despacio en una corriente de aire.

Otro más pequeño flotaba un poco más lejos. En cuanto empecé a fijarme, vi docenas de pequeños glóbulos esparcidos por el aire.

—Madre de Dios. Necesitan una aspiradora, no una médica.

—Necesitan ambas. —Kamilah empujó el botiquín por delante de ella y flotó por el eje—. Voy al gimnasio. ¿Puedes limpiar aquí?

Y pensaba que lo de la letrina atascada había sido malo.

Incluso envuelta en un traje diseñado para protegerme del ambiente hostil de Marte, tenía ganas de frotarme las manos con lejía. De hecho, lavé los guantes del traje después de limpiar el eje. Tardé más de la mitad de las cinco horas de las que disponía y ni siquiera había llegado a los dormitorios de la tripulación. Dormíamos en gravedad cero, así que apostaba a que esa zona sería una pesadilla. Ruby había sido inteligente al llevarlos a todos al gimnasio, donde la gravedad contendría la diarrea.

Me deslicé por la escalera hasta el anillo y avancé hasta el módulo del gimnasio. El traje marciano no era tan pesado como un traje de EVA completo, pero seguía siendo incómodo. Me detuve en el baño para lavarme las manos y retrocedí al ver una raya marrón en una pared. Alguien había intentado limpiarlo, pero solo lo había

esparcido más.

Quería volver a la Niña, coger toda la lejía y sumergirme en ella. En vez de eso, me lavé los guantes y abrí el armario de suministros para sacar un bote de Lysol, «orgulloso patrocinador del programa espacial», según el lateral de la botella. Tardé unos treinta segundos, quizá un minuto, en limpiar la mancha.

Aunque parezca extraño, los globos de excremento eran una muestra de enfermedad menos evidente que aquel frotis imperfecto. Los primeros podrían haberse escapado de la contención por un mal funcionamiento. Aquello reflejaba a un astronauta que sabía que tenía que limpiar, pero que estaba demasiado enfermo para terminar el trabajo.

Me lavé los guantes otra vez y los rocié con Lysol por si acaso.

Luego me dirigí al gimnasio.

Kamilah estaba arrodillada junto a Benkoski y le frotaba la frente con un paño húmedo. La verdad, esperaba encontrarla sin el traje en una especie de acto heroico para ayudar a los enfermos, pero no fue así. La escena me recordó lo lejos que habíamos llegado desde la caída del meteorito. Sí, cabría esperar que estar en el espacio serviría como recordatorio, pero se había convertido en rutina. En ese contexto, el traje de Marte destacaba y lo observé como si fuera la primera vez, un conjunto de polietileno plateado, tubos blancos, cromo, acero y plástico. Parecíamos sacadas de *Flash Gordon* o *Buck Rogers en el siglo XXV*.

—¿Qué quieres que haga?

—Ponle a DeBeer una intravenosa. No me deja tocarlo. —Me miró, la cara enmarcada por el casco, y, del mismo modo que el traje marciano me había fascinado, me fijé de nuevo en lo morena que era su piel. No es que hubiera olvidado que Kamilah era árabe, pero sí que DeBeer no veía nada más que eso. Señaló el botiquín con un movimiento de cabeza—. ¿Sabes cómo ponerla?

—Entiendo los principios, pero nunca lo he hecho. —Me acerqué al botiquín, que estaba en el banco de pesas, y me arrodillé junto a él—. ¿De verdad no te deja tocarlo?

—Delira. —Se levantó y se agachó para unirse a mí—. Es lo que

he decidido creer.

—Qué barbaridad. Es una calamidad.

—No es ninguna novedad. —Abrió el botiquín y sacó una de las bolsas de suero salino que había traído—. Tendrás que ponerle un goteo subcutáneo, a menos que te veas capaz de encontrar una vena con los dichosos guantes.

—Ni siquiera lo he hecho sin guantes. —Lo más fascinante era que, aunque se me había acelerado el ritmo cardíaco, pensar en administrar una vía intravenosa a DeBeer me angustiaba menos que hablar con Parker sobre el yidis. A veces, el cerebro hace locuras. Las manos no me temblaron al coger la vía—. Explícamelo paso por paso.

Se encogió de hombros y sonrió.

—Dado que no vamos a entrar por una vena, básicamente puedes pincharlo en cualquier parte. Duele más si la metes en la mano, porque hay más nervios, y no dejar que el hisopo con alcohol se seque es muy doloroso porque parte del alcohol pasa a la sangre con la aguja. Produce una sensación de ardor. Como diría Parker, solo te informo.

A pesar de las amenazas implícitas, extrajo el aire de la vía y me siguió hasta donde DeBeer yacía acurrucado en una de las colchonetas. Estaba envuelto en una manta sucia. La piel que tenía al descubierto se había tornado de un color amarillento y tenía los labios agrietados.

Cuando me arrodillé junto a DeBeer, abrió los ojos. Unas venas rojas le rodeaban el azul del iris y la mucosidad se le acumulaba en las comisuras de los párpados. Sacó la lengua para humedecerse los labios.

—York.

Tosió una vez y cerró los ojos. Le observé el pecho con la intensidad que reservaba para los lanzamientos para asegurarme de que aún respiraba.

¿Era posible odiar a alguien y, al mismo tiempo, no querer que muriera? Tomé una bocanada de aire reciclado y deslicé la manta hacia abajo para dejarle los brazos al descubierto. Abrió los ojos otra

vez y agarró la manta.

Casi solté la aguja y la dejé caer. Por poco no me pinché a mí misma.

Su aliento silbó al decir algo en afrikáans. No sé bien lo que dijo, pero, por cómo miró a Kamilah, no me costó imaginarlo.

No deliraba, solo era un cretino racista.

—¿Y si me siento encima de él?

—No quiero arriesgarme a que te rompa la placa frontal. Aunque… —Kamilah me dio la espalda—. Oh.

—¿Qué? —Me moví para seguir su mirada, que recorría el resto del gimnasio. A excepción de DeBeer, el resto de la tripulación tenía mantas limpias y había recibido al menos un baño con esponja. Todos tenían vías intravenosas.

—Pensaba en las pesas. —Recogió un par de mancuernas de diez kilos—. Está débil como un garito. Y necesita líquidos.

—Y un baño.

—O enfrentarse a mi furia.

Me levanté y me reí al ver lo que pretendía. Podríamos ponerlas en la manta para inmovilizarlo.

—Sería un buen apaño.

Temía que las mancuernas se fuesen rodando, así que traje solo un disco de peso plano. Si quería agarrarlo bien con los guantes, solo podía llevar uno, pero Kamilah vio lo que hacía y dejó las mancuernas. Agarró otro disco y, como una especie de valquirias espaciales, nos acercamos a DeBeer por ambos lados.

Volvía a tener los ojos cerrados y la manta convenientemente subida hasta el cuello con los dos brazos dentro, envuelto como un capullo. Dejé el disco junto a su hombro derecho, lo que atrapó la manta debajo. Kamilah hizo lo mismo en el otro lado y le inmovilizamos el pecho de forma efectiva. Si hubiera estado en plena forma, solo lo habría retrasado un poco, pero, tal como estaba, para cuando abrió los ojos ya me había sentado a horcajadas en sus piernas y las tenía sujetas bajo el peso de todo mi cuerpo.

Se removió y gruñó, pero se detuvo de golpe con un gemido. Un lado de la manta se le levantó a la altura de la cintura y un charco de

secreción marrón acuosa se deslizó por la colchoneta.

Al otro lado de la habitación, Heidi y Dawn se apoyaban la una en la otra, sentadas contra la pared. Dawn rodeaba a Heidi y esta aplaudía.

—No le cae bien a nadie.

En las emergencias, la gente no desperdiciaba la energía con mentiras piadosas. Después del meteorito, los refugiados hacían muchos comentarios «contundentes», por decirlo de alguna manera.

Le di una palmadita en la rodilla.

—DeBeer. Tienes que dejar que Kamilah te administre líquidos.

—Tú.

—Yo no sé hacerlo. Solo podría ponerte una vía subcutánea, y no es igual de efectiva.

Negó con la cabeza y la dejó apoyada en la colchoneta, en el lado contrario a donde estaba Kamilah. Qué estupidez. Lo teníamos inmovilizado, así que miré a Kamilah y me encogí de hombros lo mejor que pude con el traje.

Hizo una mueca y se me acercó.

—Si lo sujetas, se la pondré en una vena de la pierna.

Benkoski se incorporó sobre el codo.

—Por el amor de Dios, DeBeer. Sé un hombre y deja que te pongan la puñetera intravenosa. Es una orden directa.

—Llevo un traje marciano, así que no te tocaré con mi «suciedad». —Kamilah frunció el ceño y miró el charco de la colchoneta—. Puedes dejarme hacer mi trabajo o quedarte ahí tumbado sobre tu propia mierda.

DeBeer mantuvo la cara presionada en la colchoneta, pero no se resistió. Más bien se quedó sin fuerzas. Kamilah me indicó por gestos que me levantase de sus piernas y después apartó los discos de peso. Se puso de pie y le arrancó la manta.

—Limpiémoslo primero.

—Esperemos que no le dé otra rabieta. —Me levanté y me dirigí al baño para traer el desinfectante.

Detrás de mí, Kamilah dijo:

—No es el primer capullo al que atiendo.

CAPÍTULO 19

LOCUTOR: Aquí las noticias internacionales de la BBC del 28 de noviembre de 1962.

Los informes recibidos de la primera expedición a Marte han generado inquietudes en la comunidad internacional tras la muerte de la teniente Ruby Donaldson. Algunas de las vigilias celebradas por su muerte se han visto empañadas por manifestantes terraprimeristas que afirman que la causa de la muerte oficial forma parte de un encubrimiento del Gobierno para ocultar los denominados gérmenes espaciales. Dicen que estos gérmenes son una amenaza para la vida en la Tierra y plantean preguntas sobre qué otros contaminantes se traerán de vuelta de la superficie de Marte.

Cuando terminamos de limpiar a DeBeer y le pusimos la intravenosa, Benkoski se levantó con esfuerzo. Se apoyó en la silla donde colgaba la bolsa de la intravenosa.

—¡Oye! —Kamilah corrió hasta él, lo cual no sabía que fuera posible con los trajes—. ¿Qué haces?

—Ruby. —Se encogió de hombros y miró al suelo—. Está en la bolsa.

La bolsa. Uno de los escenarios que incluía el informe sobre contingencias durante la misión que Nathaniel había estado leyendo en la Tierra. Las «contingencias» eran un eufemismo para la muerte de un astronauta. Hasta ahora, ninguna de las muertes en el espacio

había dejado un cuerpo para enterrar. El resto habían recibido la versión del astronauta de un funeral vikingo, pero sin avisar, sin darles siquiera la oportunidad de morir primero. Morboso, pero a veces hacíamos bromas así por supervivencia.

¿Qué ocurre cuando un astronauta muere en mitad de una misión de tres años? No se puede lanzar el cuerpo a la atmósfera de la Tierra para que se queme, porque estás a millones de kilómetros de distancia. ¿Se conserva hasta llegar a Marte? ¿O hasta volver a la Tierra? ¿Cómo afectaría a la tripulación saber que el cuerpo de su colega viajaba con ellos?

La idea de la CAI había sido crear un nuevo sistema que permitiera devolver los restos a casa de manera compacta e higiénica. «La bolsa» era una pesada bolsa de plástico para cadáveres donde introducir los restos del astronauta que después se colocaba en una esclusa de aire para así exponerla al vacío del espacio hasta que el cuerpo del interior se congelase.

Todavía no se había usado con humanos.

Respiré despacio y deseé que el suministro de aire tuviera un poco más de oxígeno en la mezcla.

—¿Está en una esclusa?

Benkoski asintió.

—La número tres adelante. No he podido hacer el resto. Lo intenté, pero estoy demasiado débil ahora mismo.

Kamilah le puso una mano en el hombro.

—Nos ocuparemos de ella.

—Os acompaño. —Cogió la bolsa intravenosa y se la colgó del hombro—. Antes de que me digas que no, prometo no hacer sobreesfuerzos y después volveré directamente aquí.

Kamilah se puso las manos en las caderas y lo fulminó con la mirada.

—No podrás hacer nada.

—Podré despedirme. —Se irguió. Al verlo en una pose que recordaba ligeramente al porte militar, me di cuenta de todo el peso que había perdido en la última semana.

Los tres salimos del gimnasio. Mejor dicho, Kamilah y yo

salimos con paso firme y Benkoski nos siguió arrastrándose, con una mano apoyada en la pared. Me detuve y esperé hasta que nos alcanzó.

—Apóyate en mí.

Curvó las comisuras de la boca en una sonrisa irónica.

—Gracias. Me siento inútil.

—No lo eres. —Le pasé un brazo alrededor de la cintura—. Has conseguido que DeBeer se comporte.

Posó el brazo sobre mis hombros y me presionó la junta tórica del casco contra el músculo de la base del cuello.

—Si quieres verlo así. Debería haberlo reprendido antes, pero pensé que, si le ordenaba que se comportase, se pondría a soltar más mierdas racistas.

Lo miré lo mejor que pude dentro del casco. Con su peso presionando la junta tórica, solo conseguí verle la barbilla.

—Me sorprende que lo incluyeran en la tripulación.

—Parker intentó que lo echaran. —Benkoski suspiró y luego tosió.

Me detuve para que recuperara el aliento.

—No lo sabía.

—Clemons se negó. Por el presupuesto. Sudáfrica ponía muchísimo dinero. —Benkoski se enderezó y siguió adelante—. Sin embargo, mi trabajo es intentar que la nave siga en funcionamiento, y es mi copiloto. Una maravilla.

—¿En la CAI saben que aún da problemas?

—No. No podrían hacer nada y es posible que nos propusieran algún tipo de terapia de mediación. Solo perderíamos más tiempo. —Me soltó cuando llegamos al pie de la escalera que subía al eje—. A partir de aquí, creo que puedo solo.

—Si te cuesta subir, te doy un empujón.

Benkoski se rio y se dio una palmadita en el trasero.

—Vale. El pañal no está lleno todavía, así que adelante.

Kamilah nos miró desde arriba.

—No pienso limpiarte el culo otra vez.

—Puedo hacerlo yo mismo. —Benkoski empezó a subir la

escalera.

Lo seguí por si se resbalaba, aunque no sé qué habría hecho si hubiera pasado. ¿Estirar el traje para cubrir el hueco de la escalera? Cuando salí al eje, Benkoski se había anclado a la pared con una mano y Kamilah estaba a su lado, con la vista fija en la bolsa intravenosa.

—Mierda. Lo siento. Debí haberlo pensado. Estaba distraída. —Negó con la cabeza—. Tienes que volver a bajar a la gravedad.

—¿Qué? ¿Por qué?

—El goteo del suero fisiológico funciona por la gravedad. Aquí no sirve de nada. —Lo agarró por los hombros y lo llevó de vuelta a la escalera—. Lo siento, es así.

—Estaré bien. —Me miró en busca de apoyo—. Elma, dile que estaré bien.

—No. —Negué con la cabeza. Estaba dispuesta a discutir por muchas causas, pero las órdenes de una médica no eran una de ellas —. No me hagas llamar a Parker para que te dé una orden directa.

Abrió la boca con intención de protestar, pero la cerró de nuevo.

—De acuerdo. Seré sensato y bajaré.

Kamilah esperó a que bajara la escalera antes de volverse hacia las esclusas de aire de la parte delantera, cerca de los dormitorios de la tripulación. Mientras flotábamos por la nave la una al lado de la otra, seguía pensando en qué decir. El peso de lo que íbamos a hacer tenía su propia gravedad. Incluso si Benkoski no nos hubiera dicho qué esclusa era, habría sido evidente, ya que el indicador de presión delta mostraba un vacío al otro lado. Kamilah presionó el botón para cerrar la puerta exterior y, una vez cerrada, abrí la válvula para que la atmósfera inundase la esclusa. No se me ocurrió ninguna rima ni ninguna frase con la que empezar el juego.

Kamilah se aclaró la garganta a mi lado.

—Ruby Donaldson era una buena médica y una parte fundamental de la tripulación. Sabía bailar el *lindy hop* y simular que estaba en gravedad cero, incluso en la Tierra. Entramos en la misma promoción de astronautas y nunca olvidaré el día en que nos conocimos. Llevaba esas coletas que la hacían parecer una chica de

doce años y, cuando un tipo le preguntó si se había extraviado de una excursión escolar, lo miró y le contestó: «Sí, soy de la escuela de las hostias como panes y he venido a enseñarte a no hacer suposiciones de mierda». La echaré de menos.

No había necesitado llorar hasta ese momento. Las lágrimas amenazaron con formar charcos delante de mis ojos, así que parpadeé con fuerza y deprisa para deshacerme de ellas.

—Ruby Donaldson era una astronauta entregada y una médica compasiva. Se tomaba el trabajo en serio, incluso las partes menos glamurosas. Nunca la oí quejarse de las largas jornadas de trabajo e incluso se ofrecía a quedarse más tiempo si un compañero necesitaba ayuda. La primera vez que la vi estaba en la Luna para aprender a conducir un Rover. Nunca olvidaré cómo gritaba «¡Yija!». Me dieron ganas de comprarle un lazo.

Mientras miraba el indicador a través del casco, solo oía el silbido de mi respiración. Esperamos otros dos minutos hasta de que la presión ascendió lo suficiente para abrir la escotilla. Miré por la ventana al cubo poco iluminado para confirmar que la escotilla exterior estaba cerrada. Una bolsa de plástico translúcido flotaba dentro, con unas gruesas asas a ambos extremos. Se le había pegado al cuello, así que le veía el hombro y un lado de la cabeza.

Tragué saliva, desbloqueé la escotilla y la abrí, apoyada en uno de los rieles. Kamilah me siguió hasta la esclusa. Apoyó una mano en el cuerpo y lo apretó.

—Sólido.

Eché un vistazo al indicador de oxígeno. Una parte de mí esperaba que estuviera demasiado bajo para quedarme y que tuviéramos que irnos, pero tenía aire de sobra para hacer aquello y volver a la Niña. Apreté la mandíbula, agarré una de las asas y me aferré con la otra mano a uno de los rieles. Recité en silencio el «Kadish del doliente».

«Yitgadal v'yitkadash sh'mei raba. B'alma di v'ra…».

—¿A la de tres?

Kamilah asintió y cogió la otra asa.

—Una. Dos. Tres.

«… *chirutei, v'yamlich malchutei, b'chayeicbon…*».

La bolsa salió disparada hacia el techo con la misma facilidad que si sacudiéramos una sábana. Cuando alcanzó el punto más alto, la sacudimos hacia abajo. Por un instante, el plástico marcó la cara y el pecho de Ruby, e incluso sus coletas. Luego empezó a romperse. En la parte inferior del movimiento, la bolsa se sacudió con tres golpes diferenciados.

«… *uv'yomeichon, uv'chayeid'cholbeit Yisrael, baagala*.

Arriba. La bolsa tembló cuando una miríada de ángulos rígidos y agudos la golpearon.

«… *uviz'man kariv. V'itn'm. Amen*».

Abajo. La bolsa se estremeció en mi mano con la caída de docenas de rocas.

«*Y'bei sh'mei raba m'varacb, l'alam ul'almei almaya*».

Arriba. Algo redondo presionó la bolsa; parecía la cabeza de un niño sin rasgos.

«Yitbarach v'yishtabach v'yitpaar, v'yitromam…».

Abajo. La esclusa tenía una atmósfera completa, en lugar del preciado silencio del vacío. Los guijarros de la bolsa vibraban y retumbaban.

«… *v'yitnasei, v'yifhadar v'yitaleh v'yit'halal…*».

Arriba y abajo, arriba y abajo. Joder.

Después de terminar, de volver a la lanzadera y de tener que quitarme el casco para pilotar porque no tenía visibilidad; incluso después de volver a la Niña, todavía sentía el cuerpo de Ruby pulverizándose en la vibración constante de mis manos.

Lo único por lo que me sentía mínimamente agradecida era porque Benkoski no hubiera venido con nosotras.

CAPÍTULO 20

LOS EFECTOS DEL DESASTRE PERSISTEN

Un equipo de psiquiatras presenta un informe sobre los supervivientes del meteoro

---

Por EMMA HARRISON
Boletín especial para *The National Times*

Toronto, Canadá, 29 de noviembre de 1962 — Diez años después de que el meteoro se estrellara en la bahía de Chesapeake y arrasase Washington D. C. y gran parte de la Costa Este, los supervivientes del desastre muestran un profundo deterioro psicológico, según las declaraciones de ayer de dos psiquiatras. Los supervivientes también se han quejado de diversas dolencias físicas que los médicos consideraron inducidas por causas psicológicas.

Los psiquiatras solían defender que la personalidad previa de una víctima era un factor crucial para el grado de perturbación mental tras el accidente, pero los doctores L. Leopold y Harold Dillon han planteado que las reacciones similares de un extenso grupo de hombres durante un largo periodo ponen en duda la teoría de la personalidad previa. Los dos psiquiatras examinaron a

los hombres justo después del desastre y constataron un comportamiento típico postraumático. Muchos estaban desconcertados, ansiosos, les costaba dormir y sufrían trastornos digestivos. Unos pocos parecían abrumados.

Al ser reexaminados, la mayoría de los supervivientes parecen más afectados ahora que hace diez años. Han desarrollado nuevas dolencias, percepciones de aislamiento e hipervigilancia, hostilidad y desconfianza frente a los demás.

Necesitaba a Nathaniel. Lo de Ruby, fuera lo que fuera eso, me causaba pesadillas. No me había hecho falta pedirle a Kamilah un Miltown. Me lo ofreció en cuanto volvimos. Por supuesto que conocía mi historial. Por supuesto que había en la nave, en caso de que lo necesitara. Pero no quería que fuera evidente que lo necesitaba.

No quería necesitarlo.

No sé qué fue lo que se tomó Kamilah.

No hablamos de Ruby, aunque en el informe del incidente dije que «la bolsa» no debería usarse nunca para una persona.

Pero necesitaba a Nathaniel. Así que subí al módulo de comunicaciones con una carpeta que contenía las diversas combustiones que tendríamos que hacer durante el viaje. El retraso en la transmisión era bastante largo para que necesitara algo con lo que mantenerme ocupada mientras esperaba. Además, así disimularía mientras trabajaba en el código de la respuesta de Nathaniel.

Florence levantó la vista de una novela cuando entré en el módulo.

—¿Necesitas algo?

—Esperaba que el teletipo estuviera libre. —Estaba vacío, atornillado en su sitio en el lateral del módulo de comunicaciones—. Quiero responderle un mensaje a Nathaniel.

Señaló la máquina con un gesto.

—Adelante, pero espero que no te importe si te ignoro, Valentine Michael Smith acaba de reírse. —Enterró la nariz de nuevo en el libro.

Me parecía perfecto, porque reduciría la probabilidad de que se diera cuenta de que escribía algo raro. La palabra de ese día para el cifrado César era la palabra 4 de la línea 7 de la página 30; «rhinoceros». Así que el alfabeto quedaba así: «RHINOCESABDFGJKLMPQTUVWXYZ».

30-7-4. Wo srn tk uqo tso hre tsaje tk hpord ul Puhy'q hkny. Lforqo toff go tsrt yku wopo jkt aj tso gootajeq tsrt rllpkvon tsrt skppahfo tsaje. A irj't eot at kut kc gy sorn. Wsrt tso soff wrq Ifogkjq tsajdaje tk ikggaqqakj tsrt? Rjn wsk toqton at tsrt ikufnj't aggonartofy qoo tso lpkhfogq? Jk kjo qskufn ovop, ovop srvo tk uqo at. A wkujn ul trdaje r Gaftkwj tk eot tk qfool.

Traducción: Hemos tenido que usar la bolsa para pulverizar el cuerpo de Ruby. Por favor, dime que no asististe a las reuniones en las que se aprobó esa aberración. No me lo saco de la cabeza. ¿En qué narices pensaba Clemons? ¿Quién lo probó y no se dio cuenta de inmediato de los problemas? Nadie, jamás, debería tener que usarlo. Tuve que tomarme un Miltown para dormir.

Querido Nathaniel:

No sé lo que se dirá de la muerte de Ruby en la Tierra, pero te aseguro que trabajó hasta el final. Ojalá hubiéramos ido antes, pero entiendo por qué el Control de Misión tomó la decisión que tomó. Todo se ve siempre con más claridad en retrospectiva. Aun así, no dejo de preguntarme si podríamos haberla salvado.

Todos en la Pinta están mucho mejor. Supongo que ya lo sabes, puesto que han retomado las comunicaciones. Benkoski dice que siguen algo aturdidos, pero que se alegran de volver al trabajo.

Hablando de trabajo, qué bien que Tommy haya ido a pasar las vacaciones de otoño. Es una buena forma de acostumbrarse a la vida en Kansas City antes de empezar las prácticas. Gracias por llevarlo a los bolos y presentarle a la gente del Adler. Lleva años diciendo que quiere ser astrónomo. Será una gran oportunidad para él. Por favor, hazle fotos para que las vea cuando vuelva a casa.

Con amor, Elma

Wsoj A qran tsrt A ujnopqtkkn wsy Gaqqakj Ikjtpkf grno tso noiaqakj tsoy nan, A faon. A nkj't. A gorj, A nan rt tso tago, hut rq qkkj rq wo sornon kvop aj tsoGrpq quatq at buqt qoogon qk khvakuq tsrt wo

ikufn srvo nkjo tsrt qkkjop. Rff ikjvopqrtakj rhkut ekaje kvop wrq qsut nkwj hockpo wo ovoj srn r isrjio tk wkpd tso lpkhfog. Skjoqtfy, A tsajd at'q ipagajrf tsrt Puhy'q norn.

Traducción: He mentido cuando he dicho que entendía la decisión del Control de Misión. No la entiendo. Es decir, sí que lo hice en el momento, pero, en cuanto nos pusimos los trajes de Marte para ir, fue obvio que podríamos haberlo hecho antes. El debate sobre ir o no se dio por finalizado antes de que tuviéramos la oportunidad de pensar en el problema. Sinceramente, creo que es un crimen que Ruby esté muerta.

Podría haber seguido, pero me senté y esperé a que respondiera. Mejor dicho, esperé a que las señales del teletipo recorrieran millones de kilómetros hasta la Tierra. En cinco minutos, alguien recibiría el mensaje y se lo pasaría a Nathaniel. Estaría en el trabajo, así que, a menos que estuviera en una reunión, iría a la máquina de inmediato.

Sobre todo, después de mencionar el Miltown.

Me diría que tuviera cuidado y me preguntaría si había hablado con alguien sobre lo perturbador que había sido utilizar la bolsa. Como si tuviera a alguien con quien hablar en la nave. La única persona que se me ocurría era Kamilah, pero ella había pasado por lo mismo. No podía quejarme ante ella.

Abrí la carpeta por la primera página. Lanzamiento. Eso ya no nos hacía falta. Separé las anillas, saqué las páginas sobre el lanzamiento y las sujeté entre las piernas para que no se alejaran flotando.

¿Alguien le había preguntado a un astronauta de verdad por la bolsa? Se lo consultaría a Nathaniel cuando respondiera, porque, si lo habían hecho, quería hablar con el desgraciado al que le pareció que funcionaría. Si no lo habían hecho, supondría mantener otra conversación acalorada.

Las siguientes páginas de la carpeta cubrían la órbita terrestre y la transición fuera de la órbita. También podía quitarlas.

La fuerza ejercida para sacarlas me desvió un poco hacia Florence, así que apoyé una mano en el techo para detenerme.

Me impulsé despacio y me dirigí hacia la máquina de teletipo.

Nathaniel ya debería haber recibido el mensaje. A menos que estuviera en una reunión. Quizá estaba en una reunión…

Antes conocía su horario al dedillo. En la nave, lo único de lo que estaba segura era de que se encontraba en el trabajo, e incluso era posible que ni eso fuera cierto. Tal vez estuviera fuera de la ciudad. No. Me habría avisado si tuviera un viaje planeado. ¿Verdad? Además, no se iría a ninguna parte si Tommy estaba en casa esa semana.

Me mordí el interior del labio y me centré en la carpeta. La combustión de la inyección para entrar en la órbita de Marte; esa todavía la necesitaba. En seis meses saldríamos de la esfera de la influencia gravitatoria de la Tierra y entraríamos en las fronteras expuestas a la atracción de Marte. Cerré las anillas metálicas de la carpeta y pasé las páginas hasta el final para colocar allí las que había quitado. Cierto, ya no las necesitaba, pero la CAI las quería de vuelta, plagadas con mis notas a mano. Para la posteridad.

El teletipo cobró vida a mi lado.

Florence se estremeció por el ruido repentino y giró hacia arriba antes de agarrarse a la mesa para estabilizarse.

—Señor. Esa cosa me provoca un infarto cada vez que suena.

—Te entiendo. —Dejé la carpeta entre el teletipo y la pared.

A medida que el papel se deslizaba por la cinta, se elevaba hacia el techo como un tallo de judías. Pasó casi media página de caracteres aleatorios antes de que viera los números (30, 7, 4), lo que significaba que todo lo que viniera después sería de Nathaniel, con la misma palabra clave. Entonces, la máquina redujo la velocidad como respuesta al contacto humano.

En las películas, a veces mostraban los teletipos como unas máquinas rápidas y automatizadas, pero esa no era la realidad. Ni siquiera a aquella distancia. Transmitían al instante el tacto del mecanógrafo, así que cada trazo, pausa o vacilación al pensar en qué decir a continuación se enviaban al receptor. Rocé el lateral de la máquina, que zumbaba bajo mi tacto.

Mientras Nathaniel escribía, disfruté de los ligeros impactos en la cinta, los ecos de sus dedos contra los míos.

30-7-4. A'g qkppy yku'po srvaje quis r pkues tago kc at. A porn ykup ckpgrf polkpt rjn at qkujnon fado tso hre cujitakjon rq ajtojnon. A joon qkgo soil ujnopqtrjnaje wsrt nanj't wkpd rhkut at. Srvo yku joonon tk trdo rjy ktsop Gaftkwj rctop tsrt capqt jaest?

Hubo una larga pausa, tanto como para que una parte de mí se preguntase si la transmisión se había interrumpido. El resto de mí se imaginaba a Nathaniel inclinado sobre el teclado, mordiéndose el labio inferior y con el ceño fruncido.

Yku djkw A wkppy rhkut yku, hut A'g efrn yku toff go tsajeq fado tsaq.

Traducción: Siento que lo estés pasando mal. Leí el informe oficial y me pareció que la bolsa había funcionado como se esperaba. Necesito que me ayudes a entender lo que ha salido mal. ¿Has tenido que tomar más Miltown después de esa primera noche? (Ahí es donde había hecho la pausa). Sabes que me preocupo por ti, pero me alegro de que me cuentes estas cosas.

Mi queridísima Elma:

Te doy mi más sentido pésame, igual que al resto de la tripulación. Todos aquí están destrozados por lo de Ruby, en especial sus colegas del departamento médico, que lo sienten como un fracaso personal. Por supuesto, todos conocían a Ruby mejor que yo y hablan maravillas de ella.

Tener a Tommy aquí esta semana ha sido una bendición. Su presencia me ha venido muy bien para distraerme y me anima a establecer unos horarios de comida. Me pregunto si yo ingería las mismas cantidades de comida que parece necesitar cuando tenía su edad. En realidad, sé que sí, porque recuerdo que nuestra ama de llaves se quejaba al respecto. Decía que no podía dejar ni un litro de leche en la casa, y ahora la entiendo a la perfección. El lado positivo es que la nevera está impecable.

Es un buen trabajador. Tengo muchas ganas de tenerlo conmigo en verano, aunque quizá me mude a unpiso de un dormitorio para tener un poco de privacidad. No te importaría tener más espacio cuando vuelvas, ¿verdad? Siempre podemos mudarnos de nuevo si no te gusta.

Te adora, como siempre,
Nathaniel

Sq jiitmp qj fo qurq yjt fseuq qrdb qj Brfsdru rhjtq wurqovom sp qmjthdsge yjt. S bgjw qurq Krmbom sp gjq r pjtmio je ijfcjmq, htq Brfsdru rq dorpq jteuq qj ho, qumjteu uom fonsird hribemjtgn. S atpq wjmmy rhjtq yjt doqqsge quo rgxsoqy jvomwuodf yjt rersg.

Traducción: Se me ocurre que podrías hablar con Kamilah sobre lo que te atormenta. Sé que Parker no es una fuente de consuelo, pero Kamilah sí que debería serlo, por su formación médica. Solo me preocupa que la ansiedad te abrume de nuevo.

Hay una diferencia considerable entre estar disgustada por haber tenido que pulverizar a una colega y la ansiedad. Acerqué los dedos al teclado para explicárselo y luego los aparté. No podía escribirlo en texto plano, tendría que pasarlo primero a nuestro código.

Respiré hondo y reorganicé las letras del alfabeto en mi mente. Para estar segura, lo escribí en el reverso de una hoja de trabajo de lanzamiento antigua y clavé el lápiz en el papel con tanta fuerza que dejó una marca. Después abrí la carpeta y dejé que el papel flotase junto al teletipo mientras copiaba el texto.

Jrtsrjaof. Tsaq aq jkt rjxaoty. A rg jkt rjxakuq rhkut rjytsaje. A rg, skwovop, vaqioprffy naqtuphon hy tso lpkioqq kc lufvopazaje Puhy Nkjrfnqkj. Yku rqdon wsrt “nanj’t wkpd rhkut at.” Tso hre cujitakjq rq noqaejon rjn rffkwq tso lufvopazrtakj kc rjytsaje epoozo npaon. Hut nupaje tso lpkioqq, at aq lkqqahfo tk qoo poikejazrhfo laoioq kc tso noiorqon qtpadaje tso hre. Yku irj rfqk coof oris qtpado tspkues tso srjnfoq.

Traducción: Nathaniel. No es ansiedad. No es eso lo que siento. Lo que me siento es profundamente perturbada por el proceso de pulverizar a Ruby Donaldson. Me preguntas qué «ha salido mal». La bolsa funciona según fue diseñada y reduce a polvo cualquier cosa liofilizada. Sin embargo, durante el proceso se ven trozos reconocibles del fallecido que golpean la bolsa. También se siente cada golpe a través de las asas.

Con algo de retraso, me di cuenta de que no podía enviar solo el mensaje codificado o parecería simple basura sin un mensaje adjunto. ¿De qué habíamos estado hablando que fuera «seguro»? Ah, sí. Un piso nuevo.

Querido Nathaniel:

Deberías sentirte lo más cómodo posible mientras no estoy. Resulta un poco irónico que necesites más espacio sin mí que conmigo, aunque tiene sentido que quieras tener un lugar para estar separado de Tommy. Además, así no lidiarás con la cama abatible todos los días, lo que estaría bien. Yo, desde luego, no echo de menos subirla y bajarla.

Quedan otros dos años y medio antes de que vea el nuevo apartamento. Lo único que pido es que se vean algunos árboles por la ventana. He descubierto que el módulo de jardinería es uno de mis rincones favoritos de la nave. Creo que el aroma a tierra y vegetación me reconforta. Me encantaba el pequeño «Central Park» de la Luna por la misma razón. No te das cuenta de lo increíble que es el color verde hasta que vives sin él durante mucho tiempo.

Con amor,
Elma

Poerpnaje tso hre: Lforqo agreajo ac at wopo go, rjn yku qrw gy crio Ipoqqon rerajqt tso ajtopakp kc tso hre. Lforqo agreajo coofaje laoioq kc gy hkny sattaje tso hre rjn tso qtpadq vahprtajc tspkues tso qtprl aj ykup srjnq, ovoj wats efkvoq kj. Lforqo agreajo coofaje tskqo laoioq eot qgrffop rjn qgrffop ujtaf yku coft kjfy tso saqqaje kc qrjn rerajqt tso ajqano rjn yku djow tsrt at srn kjio hooj go.

Traducción: En cuanto a la bolsa, por favor, imagina que se tratara de mí y que vieras mi cara presionar el interior del plástico. Imagina sentir cómo los pedazos de mi cuerpo golpean la bolsa y notar la vibración en las manos a través de las asas, incluso con los guantes puestos. Imagina ver cómo esos pedazos se vuelven cada vez más pequeños hasta que solo oyeses el silbido de la arena que gira en el interior y supieras que, antes, eso era yo.

Aparté las manos del teclado y me alejé flotando, con los dedos todavía vibrando por la máquina, como si hubiera sacudido los restos de Ruby de nuevo.

—¿Vais a seguir discutiendo? —Florence levantó la vista del libro y ladeó la cabeza.

—¿Por qué crees que discutimos? —Recogí la carpeta del aire y la cerré.

—¿Tal y como aporreas las teclas? —Resopló y cerró el libro—.

¿Qué ha hecho?

—¿No estabas leyendo?

Florence guardó el libro en una bolsita de red en la pared junto a la radio. Se cruzó de brazos y frunció los labios.

—Si dejáis de discutir, quizá lo haga, pero ¿con este escándalo? Imposible. ¿Qué ha pasado?

Si no me hubiera esforzado tanto en construir algún tipo de relación con Florence, habría esquivado la pregunta. Pero, tal como estaban las cosas, sentía la necesidad de responder a cualquier mínimo interés por mi vida personal. Suspiré y giré en el aire para mirarla de frente.

—Las bolsas. Quiero que la CAI las deseche y piense en una alternativa.

Se estremeció.

—Sí. Kamilah me lo contó. Dios.

Sentí una amarga corriente de celos. Pero ¿por qué? ¿Qué derecho tenía a estar celosa porque Kamilah se hubiera desahogado con Florence? Llevaban trabajando juntas más tiempo que conmigo y tenían derecho a ser amigas fuera del trabajo.

Es curioso: cualquier cosa puede llamar tu atención sobre un hecho que ignorabas. Tenía colegas en la nave, pero no había entablado amistad con nadie. Kamilah y Florence pasaban el tiempo libre juntas, igual que Rafael y Terrazas, Parker y Terrazas, Leonard y Florence, Kamilah y Rafael… Habían surgido muchos lazos de amistad en la tripulación, pero yo no tenía ninguno. Ninguno real. No sé si se debía a que todavía sentían rencor por quitarle el puesto a Helen, porque estaba casada con el ingeniero jefe o porque no les caía bien y punto.

Me tragué la amargura.

—A Nathaniel le parece que la bolsa ha funcionado según los parámetros esperados y no entiende cuál es el problema.

—¿Por qué los hombres son idiotas?

—Es un misterio, la verdad. —Arrugué la página que había recibido—. Y Nathaniel es uno de los buenos. Cocina, está cuidando de mi sobrino y es maravilloso en muchos aspectos. Pero,

cuando se pone en plan ingeniero, no ve más allá de los parámetros y no piensa en las personas. «La bolsa ha funcionado como se esperaba». En fin.

—Pues dile dónde puede meterse la bolsa. Si me muero, lanzadme al vacío. Prefiero pasar la eternidad flotando por el espacio que como un montón de arena.

No es que fuese a ser consciente en ninguno de los dos casos, pero pensarlo me dio escalofríos.

—Lo mismo digo. Aunque… —Busqué con la mirada algo de madera por el módulo, pero me conformé con golpear el papel de la carpeta—. Esperemos que no haya necesidad de preocuparse por eso.

—No sé yo, hay alguno que… —Se encogió de hombros y ladeó la cabeza—. Me siento tentada de tirarlos por una esclusa a la primera oportunidad.

—Quizá debería perder las bolsas «por accidente».

—Sí. Sería una grandísima pena que algo les pasara. —Sonrió despacio—. Kam y Terrazas te ayudarían.

Sería una carta muy placentera de escribir.

«Querido Nathaniel:

Lo siento mucho, pero hemos lanzado al espacio por accidente todas las bolsas de ambas naves. No sé cómo nos las hemos arreglado para deshacernos de un equipo tan atroz. Espero que…».

El teletipo se encendió con un traqueteo. Las dos nos sobresaltamos por el ruido y luego nos reímos.

—Cada vez. —Florence se llevó una mano al pecho—. No falla.

La risa me ayudó a impulsarme hacia la máquina. Mientras la basura de verdad salía hasta convertirse en nuestra «basura», me incliné sobre el teletipo y descifré de cabeza.

Traducción: Lo siento. Tienes toda la razón, no consideramos cómo afectaría a la tripulación. Lo siento muchísimo. ¿Podrías enviar otro informe de seguimiento con todos los detalles para que lo presente en la próxima reunión? Encontraremos otra solución, aunque a Dios le pido que no vuelva a ser necesario.

Me había preparado para tener que discutir porque no lo entendiera, así que me quedé con un proyectil de ira entre manos sin ningún objetivo. Se mezcló con el alivio y la gratitud por tener la suerte de estar casada con un hombre que me comprendía y también con la vergüenza, porque debería haber sabido que lo entendería. Nathaniel era el mejor hombre del mundo.

> Querida Elma:
>
> Por supuesto que buscaré un apartamento desde el que se vean árboles. Gracias por recordarme que doy por sentado el verdor de la Tierra. Creo que todos lo hacemos, dado que estamos constantemente rodeados de vida. Cuesta recordar que nuestro planeta es una rara excepción en el sistema solar sin un recordatorio de lo frágil que es la vida.
>
> Con todo mi amor,
> Nathaniel

Después, una línea de «basura»:

> Todos los días pienso en ti y en todas las formas en las que podrías morir en el espacio. Por favor, no lo hagas.

Esta vez, no esperé y no me molesté en codificar nada, porque la respuesta a ambas partes era la misma.

> Gracias, te quiero.

Me aparté del teletipo y Florence me miró por encima del libro. Ladeó la cabeza.

—¿Y bien?

—Se ha disculpado y me ha pedido que actualice el informe con los detalles sobre cómo afecta a la tripulación. —Doblé las páginas que había enviado y acaricié el pliegue con los dedos, como si fuera el dorso de su mano—. Lo presentará en la próxima reunión.

—Vaya. —Sacudió la cabeza y volvió a abrir el libro—. Nunca dejo de sorprenderme. Un hombre con sentido común.

Y me quedaban dos años, cinco meses, tres semanas y cuatro días para verlo de nuevo. No es que llevara la cuenta.

CAPÍTULO 21

EL JUICIO DE LOS SEIS DE LA CIGNUS CONTINÚA

Por ROBERT ALDEN
Boletín especial para *The National Times*

Kansas City, Kansas, 14 de diciembre de 1962 — El juicio de los seis hombres acusados de secuestrar un cohete de la Coalición Aeroespacial Internacional el año pasado continúa hoy. El Gobierno de los Estados Unidos ha solicitado que el juicio se traslade a Kansas City por motivos de seguridad.

Treinta y dos guardias armados, incluidos seis soldados equipados con metralletas, se reunieron en la pequeña sala del tribunal. Numerosos cercos de tropas de las Naciones Unidas rodeaban el juzgado y todas las personas que entraban eran registradas antes de ser admitidas. El hombre acusado de ser el líder del grupo es un apuesto agente de seguros negro de 34 años. La policía lo considera un individuo clave en la trama y en numerosas actividades terroristas.

En un rincón de la cúpula de observación, que, a pesar del nombre, no era una cúpula de verdad, Rafael tocaba la guitarra. Los lados del dodecaedro dieron forma al sonido y lo hicieron rebotar a

nuestro alrededor. Excepto Parker y Kamilah, todos habíamos gravitado hacia la cúpula en el tiempo libre. Flotaba a la deriva cerca de la cima con un ejemplar de *Dioses de Marte* de la biblioteca de la nave. Por razones que no comprendo del todo, no teníamos el primer libro de la saga, pero la Pinta sí.

Las decisiones que tomaba el Control de Misión eran, a veces, confusas. Por suerte, no era necesario haber leído *Una princesa de Marte* para entender lo que pasaba en la secuela. Lo que sí que era difícil era ignorar el extraño ruidito que Terrazas hacía con los labios.

No sé cómo no me había dado cuenta en el viaje a la Luna; por Dios, lo hacía constantemente cuando pensaba.

Lo miré por encima del libro. Flotaba con una carpeta en la que, sin duda, tomaba notas para el siguiente guión de radio.

—Ni siquiera estás comiendo.

—¿Qué? —Levantó la cabeza.

—Ese ruido. ¿Puedes parar; por favor?

—¿Qué ruido? —Terrazas se rascó la nariz con el lápiz.

Rafael me salvó al chasquear los labios como un pedo en cámara lenta.

—Te quiero, pero es insufrible.

Terrazas se rio y negó con la cabeza.

—No hago… ¿Lo hago?

—Mierda, Elma. —Leonard cerró la boca con fuerza y los dientes le chocaron de forma audible. Sujetaba el «periódico» tan fuerte que arrugó las páginas del teletipo con los puños.

Bajé el libro.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Esbozó una sonrisa que no me creí ni por un segundo y alisó la hoja. El movimiento lo lanzó a la deriva en círculos.

Florence levantó la mirada de la labor de bordado en la que trabajaba.

—¿El artículo de la marcha o el del juicio?

—No es nada. He recordado que necesito que Elma me ayude

en el laboratorio, pero puede esperar.

Era una mentira como una catedral. Cerré el libro y Rafael dejó de tocar la guitarra. Me empujé y me acerqué flotando a Leonard.

—¿Qué juicio?

—Por lo de la Cygnus 6. Nada nuevo. —Hizo una mueca y pasó la página—. Florence, parece que tienes un admirador en la Tierra. Gene Roddenberry dice que has inspirado un personaje de su nueva serie de televisión.

—¿Qué no me estás contando? —Me guardé el libro en uno de los bolsillos del traje de vuelo.

Leonard levantó la cabeza para mirar las estrellas. Florence dejó la aguja sobre la tela.

—Mejor díselo. Sabes que es incapaz de dejar pasar algo.

Suspiró y bajó de nuevo la mirada a la página que, evidentemente, contenía la historia del juicio.

—«Entre las preguntas planteadas, se encuentra la posible implicación de algunos empleados de la CAI en el accidente del cohete Cygnus 14. Aunque la conocida mujer astronauta ha sido aclamada como una heroína por sus actos, recientes investigaciones de este periódico han descubierto que tiene antecedentes de enfermedad mental».

Un escalofrío de fría repulsión me recorrió. Me habría gustado haberle oído mal, pero conocía la Tierra lo bastante para saber que le había oído con perfecta y terrible claridad. Hice lo que siempre hago cuando trato de enmascarar la ansiedad. Bromeé.

—Dada nuestra profesión, podrían decirlo de cualquiera.

—Así que es cierto. —Florence apuñaló la tela con violencia.

—Eh. —Terrazas soltó la carpeta y dejó que girara frente a él.

—No es… —Tragué y crucé los brazos en el pecho. Dios. Quería mentirles, y me siento muy orgullosa de no haberlo hecho—. Tenía problemas de ansiedad.

—Tenías. —Florence bufó.

No se equivocaba, pero aun así me irritó.

—No es un problema.

—Y Control de Misión lo sabía, ¿verdad?

—Bueno, estoy casada con el ingeniero jefe. —Aunque le oculté lo peor a Nathaniel durante años—. Así que sí. Parker y Kamilah también lo sabían.

Florence me miró fijamente y después bajó la cabeza al bordado. Aparte de eso, la única respuesta fue el zumbido de los abanicos.

Me aclaré la garganta.

—Bueno. —Tenía que dejar de decir eso, pero mis raíces sureñas eran fuertes—. Al menos ha apartado la atención de Leonard.

—Que nunca debería haber estado bajo la lupa, para empezar. —La aguja de Florence entraba y salía de la tela y reflejaba la luz en cada estocada—. Será agradable no tener que ser perfecta todo el tiempo.

No sabía si reír o llorar.

—Será una broma. ¿De dónde crees que salía la ansiedad? Soy judía. Y una mujer de ciencia. No existe un momento en el que no tenga que ser perfecta.

—¿Tomar Miltown es signo de perfección?

—¿Cómo sabes…? —Cerré los ojos, como si así me escondiera—. Lo pone en el periódico.

—Florence. —La voz de Leonard fue grave y apremiante.

—No. Solo ha tenido que entrar y quedarse con el lugar de otra persona. Crees que no tiene relación con…

«1, 1, 2, 3, 5, 8, 13…». No tenía que importarme lo que pensara la gente. Lo sabía. Respiré entre jadeos superficiales y forcé a mis pulmones a inflarse con una inspiración más larga cuando abrí los ojos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué narices tengo que hacer para demostrarte que hago mi trabajo?

Florence giró en el aire para enfrentarme y un hilo se arrastró detrás de ella y formó un arco.

—Sigues sin entenderlo. ¿Me cabrea que hayan echado a Helen? Sí. Pero pregúntate por qué Control de Misión decidió librarse de la calculadora taiwanesa y no de la blanca.

Abrí la boca para contestar, pero no tenía nada que decir, así que

me quedé flotando y boqueando como un pez.

—Lo sé. Pero había más razones además del hecho de que Helen no sea blanca. Publicidad nos quería a Parker y a mí en la misma nave.

—Claro. Creámonos esa teoría. —Florence asintió.

—Si solo fuera eso, habrían echado a Leonard al primer indicio de problemas.

—Problemas. —Florence miró a Leonard—. ¿La has oído?

—Sí.

Quizá solo trataba de alejar la atención de mí. No lo sé.

—Sabes que es cierto. DeBeer hizo todo lo posible para conseguirlo.

—¿Y por qué no tú? —Leonard dobló el periódico en cuartos y lo siguió doblando mientras acariciaba el borde del papel con el pulgar—. ¿Por qué yo era «parte de la conspiración» y tú no?

Sabía la respuesta, por supuesto: porque era negro.

—Vale. Entiendo lo que dices. —Me sudaban las manos. Las escondí en las axilas—. Pero el hecho es que, a pesar de todo, estás en la misión. Estás aquí, ¿no? Así que ninguno de los dos tiene que ser perfecto.

—Solo que tu imperfección está en el cerebro. —Leonard levantó la mano—. La mía está aquí.

—Yo no… —«21, 34,55, 89…». No se trataba de mí. Florence lo había dicho—. Eso no es una imperfección. Eres un astronauta brillante y mereces estar en la misión.

—¿Y qué nos ponen a hacer? —Florence ladeó la cabeza—. Frotar paredes, limpiar baños, cocinar, lavar la ropa.

—Todos lo hacemos. Hace dos semanas tuve que reparar un retrete y…

—Elma, deja de hablar. —Leonard arrugó el papel del teletipo —. Por el amor de Dios, cállate.

El ritmo cardíaco se me aceleró hasta niveles insospechados y el sudor se me pegó a la nuca en gotas calientes. Nunca había visto a Leonard ni siquiera levantar la voz.

—Yo solo…

—Intento recordar que tienes buenas intenciones. Pero ahora mismo no tengo ganas de aguantar las protestas de una mujer blanca bien intencionada. No tengo la energía para tranquilizarte ni para fingir que estoy feliz y contento con mi suerte en la vida.

—Lo siento. —Escondí los dedos en los costados—. Lo siento. Solo intentaba ayudar.

—¿Ayudar? —Florence dobló el bordado—. Si quieres ayudar, cierra la boca y deja de quedar como una ignorante.

Terrazas resopló.

—Actúas como si fuera DeBeer. Por si no te habías dado cuenta, limpiar la nave es trabajo de todos.

—Tú también no. Prestad atención al reparto de tareas el próximo lunes y decidme que no es desigual. —Metió la labor de bordado en una bolsa que flotaba atada a su cintura—. Ahora, si me disculpáis, tengo que ir a comprobar la colada.

Estaba siendo ridícula. Solo éramos siete en la nave, no es que tuviéramos personal de limpieza que se ocupara de las tareas.

—Pero todos limpiamos, es parte del mantenimiento básico.

—Sí. —Leonard aplastó el periódico doblado en la palma de su mano—. Es cierto, todos limpiamos. Pero a los demás os asignan otras tareas relacionadas con el mantenimiento de la nave. A Florence y a mí, no.

—Es cierto —intervino Rafael—. Leonard se preparó para ayudarme en ingeniería, pero Control de Misión siempre me asigna a Estevan, que no está al mismo nivel.

Terrazas lo miró con las cejas levantadas.

—Pensaba que te gustaba tenerme contigo.

—Me gusta. —Rafael se puso rojo—. Pero no estamos hablando de eso. Debería hacerlo Leonard.

—Gracias. —Frunció el ceño y miró las páginas.

Me volví hacia Rafael y Terrazas, aunque no sé bien lo que quería. ¿Que me asegurasen que no era una persona horrible? ¿Que me confirmasen que sí lo era? Las líneas de expresión de Rafael estaban tan marcadas como si se hubiera pasado el día en el laboratorio de flotabilidad neutra. Frunció los labios, se volvió hacia

Terrazas y sonrió. O algo parecido. Al menos, sus labios se curvaron.

—¿Qué canción querías enseñarme?

Me costaba respirar. Me mordí la parte interior de la mejilla. Me volví, me impulsé y volé a través de la puerta hacia el eje.

Como soy una profesional, llegué hasta el baño de gravedad del anillo centrífugo antes de vomitar.

Después del baño, subí por el eje hasta el módulo de comunicaciones. Calculé que las posibilidades de que Parker o Kamilah estuvieran allí eran escasas y tuve la suerte de encontrarlo vacío y oscuro. Me mordí el labio y me quedé en la puerta un minuto. Tenía el teletipo delante, un enlace con Nathaniel. Quería contárselo todo, pero no quería preocuparle. Sin embargo, le había prometido que sería sincera con él, y estar a 97 millones de kilómetros no anulaba la promesa.

Me impulsé dentro del módulo, floté hasta la máquina y giré hasta una posición cómoda para escribir. Me estiré y enganché los pies en uno de los rieles para anclarme mientras tecleaba.

No tenía el libro de Kipling conmigo, así que elegí una palabra que ya habíamos usado, «rhinoceros».

> A buqt tspow ul. At'q tso capqt tago kj tsaq gaqqakj. A qullkqo yku'vo qooj tso rptaifo rhkut tso Iyejuq Qax tsrt trfdq rhkut gy rjxaoty lpkhfog. Fokjrpn hpkuest at ul. A tskuest rff kc tsaq wrq hosajn go rjn wrq hfajnqanon. Tsoj qkgoskw tso ikjvopqrtakj buqt noeojoprton ajtk rjeop rff rpkujn. A'g cajo jkw. A djkw yku wkj't hofaovo go, hut tso crit tsrt A'g toffaje yku tsrt A wrq ulqot kuest tk porqqupo yku. Rt forqt r fattfo? A sklo at wkj't srlloj reraj. Ekn. At'q hooj qk fkje qajio A tspow ul fado tsrt. A irj't hofaovo tsrt at uqon tk ho poeufrp. Hut, porffy, A'g cajo. A'g kjfy toffaje yku hoiruqo A lpkgaqon A wkufn.
>
> Traducción: Acabo de vomitar. Es la primera vez en la misión. Supongo que has visto el artículo sobre los seis de la Cygnus que habla de mis problemas de ansiedad. Leonard lo mencionó. Creía que lo había dejado atrás y que estaba olvidado. No sé cómo, la conversación degeneró en un brote de ira. Ahora estoy bien. Sé que no me creerás,

pero el hecho de que te cuente que estaba mal debería tranquilizarte. ¿Al menos un poco? Espero que no suceda de nuevo. Dios. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que vomité así. Me cuesta creer que antes fuese algo habitual. Pero, de verdad, estoy bien. Solo te lo digo porque te prometí que lo haría.

Querido Nathaniel:

Las noticias de la Tierra a veces son algo sombrías.

Me duele pensar en las personas que se han visto afectadas por los tifones en el océano índico. Tengo que recordarme que el objetivo de la misión consiste en darles algo de esperanza a quienes están atrapados en situaciones insostenibles en la Tierra. A medida que el clima empeora, esperamos establecer un nuevo hogar para la humanidad en las estrellas.

Estoy leyendo *Dioses de Marte* y disfruto mucho lo absurdo que es. El primer libro de la saga está en la Pinta, así que le he pedido a Kamilah que me lo traiga la próxima vez que vaya a una visita médica. La salud de todos sigue siendo buena, gracias a Dios.

¿Cómo va la búsqueda de apartamento?

Con todo mi amor,
Elma

Ovopykjo'q lsyqairf sorfts aq ekkn, rq aq gajo, hut toglopq rpo qtpotison tk tso hpordaje lkajt. Tsopo rpo tagoq tsrt A waqs wo wopoj't eottaje jowq cpkg skgo hoykjn fottopq cpkg crgafy rjn cpaojnq. Lforqo nk dool tskqo ikgaje. A gaqq yku toppahfy.

Traducción: La salud física de todos es buena, como la mía, pero los ánimos están al límite. A veces desearía que no recibiéramos noticias de casa, aparte de las cartas de familiares y amigos. Por favor, sigue enviando esas cartas. Te echo muchísimo de menos.

En Kansas era tarde y era fin de semana. Por mucho que quisiera saber de Nathaniel, esperaba que no estuviera en el trabajo, aunque, conociendo a mi marido, no era imposible. Bien pensado, estaría en su partida de póquer semanal. Suspiré para liberar parte la tensión del pecho y fui a buscar a Leonard.

Encontré a Leonard en el módulo de jardinería. Estaba sentado en

el banco entre las hileras de tomates hidropónicos. Seguro que el diseño original no incluía asientos, pero no tardamos mucho en comprender cuánto anhelaban los humanos ver verdor en el espacio. Al entrar, arrastré los pies contra las rejas de metal del suelo para llamar su atención.

Leonard levantó la vista con las manos entrelazadas y suspiró.

—Elma, siento haberte gritado.

Frené de golpe.

—No… Vengo a disculparme contigo. Me equivoqué.

Resopló.

—Mi madre me dijo una vez que la importancia de una disculpa no estaba en tener razón o no, sino en demostrar que la relación era más importante que el problema. Y tú no eres el verdadero problema.

—Aunque he contribuido.

Extendió las manos y flexionó los dedos.

—Pero es una explicación de por qué me he disculpado contigo.

—Ah. —Me quedé sobre un pie. Me sentía como si hubiera decepcionado a mi padre. Las hojas de las tomateras se agitaban con la brisa de los ventiladores y esparcían el aroma de la tierra por el aire. Con un dedo, toqué y recorrí las venas de una hoja—. ¿Quieres que…? En *Lunetta*, Florence y tú me pedisteis que no me involucrara, pero, si quieres, puedo pedirle a Nathaniel que intervenga por lo de las listas de tareas. Solo si quieres.

Leonard negó con la cabeza y se levantó con un suspiro.

—Gracias. Te agradezco la oferta y la intención con la que la haces. Pero no. Creo que Rafael va a pedir que lo ayude, y eso será mejor que cualquier otra cosa. Debería haber hablado con él antes.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Leonard se encogió de hombros.

—No, gracias. —Se dispuso a salir del módulo, pero se detuvo al final de la fila, flanqueado por las verdes plantas. Se giró y levantó un dedo—. Una cosa. No me expliques mi propia experiencia. Es muy molesto.

Hice una mueca, porque era justo lo que había hecho varias

veces. Desde señalar que todos limpiábamos hasta decirle que no le dejaban de lado. Y sabía lo molesto que era porque Parker me lo hacía todo el tiempo.

—Entendido. Nada de explicaciones.

—Recibido. —Me guiñó el ojo—. Nos vemos en la cena.

Después de que se fuera, me instalé en el banco que había dejado libre. Cuando por fin me relajé entre las plantas, me di cuenta de que lo había echado del módulo.

CAPÍTULO 22

LAS REVISTAS DE PUBLICIDAD SE RECUPERAN

Por PETER BART

27 de diciembre de 1962 — Los distribuidores de publicidad de revistas, que llevan meses con expresiones decaídas, ahora parecen un poco más alegres. Según han comentado, el negocio empieza a remontar. Por supuesto, la tendencia sigue sin ser uniforme, pero muchas revistas predicen que la publicidad que publicarán durante la primera mitad de 1962 estará muy por encima de los niveles del mismo periodo en 1961 y que el declive de hace diez años, provocado por el meteoro, ha llegado a su fin.

Un par de semanas después del desencuentro con Leonard y Florence, bajé por la escalera al módulo de cocina a preparar la mesa para la reunión del lunes por la mañana.

Desde que lo mencionaron, prestaba atención a las listas de tareas. A Leonard solo le asignaban turnos de limpieza o de cocina. A Florence, limpieza, lavandería, cocina y comunicaciones, así que, al menos, la dejaban trabajar en su área de especialidad. Sorprendentemente, a los hombres nunca les tocaba preparar café

para la reunión.

Los adornos navideños que Control de Misión nos había enviado seguían puestos. Había una guirnalda plateada pegada con cinta a la parte superior de la pared y, en la esquina, siete bombillas brillaban en una menorá eléctrica. No eran lo mismo que las velas, pero me alegraba tenerlas.

Parker ya estaba en la cocina y escribía el orden del día en una de las pizarras con sus habituales trazos angulosos y nítidos. Me saludó con un asentimiento seco y pasó a la siguiente línea perfectamente espaciada. He escrito en un buen número de pizarras a lo largo de mi carrera y me fascinaba lo precisa que era su letra.

—¿Cómo escribes con tanta claridad? —Abrí el armario para sacar el paquete de café molido.

—Fui piloto de pruebas. —Echó un vistazo al siguiente punto del orden del día.

—No te sigo.

—Después de escribir informes en un portapapeles atado a la pierna mientras maniobraba con un avión… —Golpeó la pizarra con el rotulador—. Esto no se mueve.

—Vaya. —Tiré los restos del café del día anterior por el triturador—. Admito que nunca lo había pensado.

—Ya, no piensas…

—No pienso en muchas cosas. —Terminé por él. Parker levantó la vista de la carpeta con un resoplido. Su sonrisa con hoyuelos se iluminó un segundo y, me da un poco de vergüenza admitirlo, quería hacerlo sonreír de nuevo. Si pudiera averiguar cómo hacer feliz a Parker, el viaje sería mucho más fácil.

Concentrada en el brillo de las velas de la menorá, limpié el interior de la cafetera.

—Parker, verás… Quería disculparme.

Le daba la espalda mientras ponía la cafetera en su sitio. Detrás de mí, el rotulador chirriaba en la pizarra. Por supuesto, ni siquiera iba a responderme. Suspiré, negué con la cabeza y saqué un filtro para el café.

No sé por qué intentaba hacer las paces con ese hombre.

—¿Por qué?

Me di la vuelta tan rápido que el efecto Coriolis me hizo perder el equilibrio y tuve que agarrarme a la encimera. Los posos de café se esparcieron por el acero inoxidable y se derramaron por el suelo.

—Porras.

—No es una disculpa. —Levantó la vista de la carpeta—. ¿Necesitas ayuda?

—No. Gracias. Solo soy idiota. —Tiré el filtro al compostaje y agarré uno de los trapos—. Pero eso ya lo sabías.

—York. —Suspiró y apartó la carpeta—. Creo que eres muchas cosas nada favorecedoras, pero no idiota.

—Al menos eres honesto. —Limpié los posos del suelo y doblé el trapo para atraparlos dentro. Con cierto retraso, me di cuenta de que, viniendo de Parker, eso era un cumplido. Casi. No pensaba que fuera idiota. Con otro suspiro, me senté sobre los talones.

—Siento lo de tu mujer. O sea, siento las asunciones que hice, por provocarte y todo lo demás.

—Te pedí que no la mencionaras.

—Solo… —Me quedé con la boca abierta por su tono tajante—. Lo sé. Lo siento. Solo quería disculparme. No volveré a mencionarla.

¿Por qué lo intentaba? Plegué el trapo y, con cuidado, me puse de pie. En cuanto el café estuviera preparado, me marcharía hasta que empezase la reunión. Con una esquina limpia de la servilleta, limpié los posos de la encimera.

Detrás de mí, Parker arrastró el banco y las patas de metal rasparon el suelo de la cocina. Suspiró al sentarse y dejó caer el sujetapapeles en la mesa.

—Gracias.

Esa vez no me di la vuelta deprisa. De hecho, no me di la vuelta en absoluto. Me concentré en el trapo y sacudí los posos usados en la basura de compostaje.

Me mordí el interior del labio y conseguí contener las lágrimas. Dios. Odiaba tener ganas de llorar. Ese hombre me causaba tanto sufrimiento que un mísero atisbo de bondad me hacía lloriquear.

—¿Qué puedo hacer para que dejes de odiarme?

—No te odio. Es decir, lo hice. Durante mucho tiempo. Pero no te odio. Te lo juro, York.

Doblar el trapo en cuartos exigió toda mi atención. Rocé el algodón áspero con los pulgares para alisar las esquinas.

—Tampoco te caigo bien.

—Estoy seguro de que el sentimiento es mutuo. —Parker se aclaró la garganta—. ¿Qué puedo hacer para que dejes de odiarme?

—¿Dejar de ser un capullo?

Soltó una risotada.

—Lo siento, encanto. Me viene de serie. Pero trataré de recordar que eres una flor delicada.

—Eso. —Dejé el trapo en la encimera y me di la vuelta—. Ese es el tipo de comentarios a los que me refiero.

Parker abrió la boca. Parpadeó dos veces antes de cerrarla e intentarlo de nuevo.

—Es una broma.

—No lo parece.

Levantó las manos.

—Por el amor de Dios. Tus sentimientos no son mi responsabilidad. Lo he dicho en broma.

—Decirle a una mujer que es demasiado delicada para soportar algo no tiene ni pizca de gracia. Los hombres que buscan ponernos en el sitio nos lo dicen todo el tiempo. Es ofensivo.

—¿Y llamarme capullo no lo es?

—Lo es. —Llegados a ese punto, las manos me temblaban de rabia—. Pero no era una broma.

—Eso requeriría tener sentido del humor. —Parker agarró la carpeta y se levantó del banco—. Gracias por la disculpa. La atesoraré siempre.

Mientras volvía a la pizarra, me apreté los ojos. Dios. Era realmente idiota.

Cuando Florence se deslizó por la escalera hasta la cocina, el café ya

estaba listo y yo había alcanzado un estado de ánimo más o menos calmado. Mi compañera de equipo, por otra parte, sonreía. Apartó la mano de la escalera y agitó un montón de papeles por encima de la cabeza.

—¡Traigo el periódico de hoy!

—No recuerdo la última vez que me alegré de ver el periódico.

—Este te gustará. —Levantó la mano libre como si quisiera enmarcar un titular imaginario—. En portada: «El doctor Martin Luther King gana el Premio Nobel de la Paz».

—*¡Mazel tov!* —Aplaudí—. Me alegra muchísimo que reconozcan su trabajo.

—Es genial. —Parker se levantó de la silla junto a la pizarra y se puso detrás de Florence para leer por encima de su hombro—. ¿Es el primero?

Florence negó con la cabeza, sin preguntar a qué se refería con «el primero». Diantres, hasta yo sabía a qué se refería y me alegré de que lo preguntase. Yo también quería saberlo, pero no quería reducir al doctor King a su raza. Aun así, sentía curiosidad.

—No. Fue Ralph Johnson Bunche. —Le entregó a Parker la mitad de los papeles—. Elma, tienes correo. Te juro que no lo he leído, pero dile a tu marido que, si sigue escribiéndote notas así, el vapor estropeará la máquina.

—Y dices que no lo has leído… —El rubor me calentó las mejillas, pero se desvaneció en cuanto le quité la página. Había recortado el papel cuidadosamente para «basura».

Era lógico, pero la basura siempre contenía las mejores partes de las cartas de mi marido. No obstante, seguía siendo una carta de Nathaniel. Me la llevé a la mesa y me senté a esperar al resto del equipo.

> Querida Elma:
>
> Qué ganas de enseñarte el piso nuevo. Como pediste, tiene vistas verdes, de hecho, da a un patio con manzanos, azaleas y un seto de alheña. La habitación está en el primer piso, escondida detrás de los árboles, para que podamos tener las cortinas abiertas y, aun así, tener privacidad. Qué ganas de que veas la luz de la mañana aquí.

¿Eso le parecía descarado a Florence? Debería leer los mensajes cifrados.

Kamilah se deslizó por la escalera y entró en la cocina mientras Terrazas y Rafael llegaron corriendo desde el tubo que conducía al gimnasio.

Con las manos enlazadas como un niño pequeño, Kamilah se acercó a la encimera.

—Café.

—¿No decías que era muy tóxico? —Florence la miró por encima del borde de su taza.

—Nada es más tóxico que yo sin café. —Se sirvió una taza humeante con un gemido.

Parker resopló.

—¿Y Flannery?

—Aquí. —Se dejó caer por el tubo en la cocina—. Lo siento. Estaba *cienceando*.

—Reconozco que no soy un maestro de los idiomas, pero ¿esa palabra existe? —Terrazas pasó una pierna por encima del banco delante de mí y se inclinó sobre la taza.

—Por supuesto. —Leonard fue directo a por el café—. Si quieres, lo conjugo.

Parker volvió su atención a la pizarra y escribió una lista apresurada junto al orden del día.

—Yo *cienceo*. Tú *cienceas*. Él o ella *ciencea*…

La yuxtaposición de las palabras en la pizarra creó una serie de frases accidentales y se me escapó una risita. La señalé y leí en voz alta.

—Yo *cienceo* la rotación de tareas. Tú *cienceas* Marte. Él o ella *ciencea* la eliminación de residuos.

—Incorrecto, York. —Parker se señaló—. Yo *cienceo* la rotación de tareas. Según la cual tú *cienceas* la cocina.

Florence aplaudió.

—Me encanta cuando Elma *ciencea* la cocina. ¿*Ciencearás* una tarta de chocolate?

—Te aseguro que la *ciencearé*. —Hice el saludo militar y sentí un

cosquilleo de placer en la columna vertebral. ¿Era sureña? Sí, mucho. Y, si alguien elogiaba mi tarta de chocolate, le hornearía tartas hasta el fin de los días.

—Bien. —Parker sonrió—. También *ciencearás* los cálculos para corregir el curso del punto medio. Terrazas y Avelino *ciencearán* las unidades de oxígeno y el control de sistemas de las lanzaderas. Shamoun, tú *ciencearás* la recuperación de agua aquí y en la Pinta. —Parker sonreía mientras leía la lista—. Flannery, te toca *ciencear* la eliminación de residuos. Grey, a *ciencear* la lavandería y las comunicaciones.

Una simple palabra cambiaba por completo la perspectiva. Leonard y Florence ya habían mencionado que solo se ocupaban de la limpieza, pero, al añadir la palabra «ciencia» a la mezcla, quedaba más que claro que Leonard no hacía otra cosa que limpiar. Todo el trabajo de laboratorio lo hacía en el tiempo libre.

Abrí la boca para señalarlo, pero ya oía a Parker afirmando que solo era una broma. Era una cobarde, y en ese momento no tenía energía para ser el foco de su desprecio. Además, Leonard y Florence me habían pedido que no interfiriera.

Pero en realidad me callé solo por cobardía y agotamiento.

Cerré la boca y me hundí un poco en el banco. Al otro lado de la mesa, Rafael le dio un codazo a Terrazas, que se enderezó y se aclaró la garganta.

—¿Puedo cambiarme con Leonard para las unidades de oxígeno? —Se tocó la nariz—. Tengo algo de sinusitis. No quiero ponerme una máscara.

Parker bajó la carpeta.

—¿Y no será un problema en la lanzadera? Estarás en gravedad cero.

—Ya. —Terrazas miró a Kamilah de reojo, que seguía encorvada sobre el café—. Bueno. Es que Leonard se preparó con las unidades de oxígeno y no para la lanzadera, no debería costar hacer el cambio, ¿verdad? Es decir, si a Leonard no le importa.

—Por mí, vale. —Leonard asintió con moderación y apenas ocultó la sonrisa.

Parker miró a los tres hombres y luego volvió a la carpeta. Se aclaró la garganta.

—No. —La dejó a un lado y se inclinó hacia delante para apoyarse en la mesa—. Quiero que se olviden de que Flannery está en la nave hasta que lleguemos a Marte, porque lo necesito allí. Si algo sale mal y sus huellas dactilares están cerca, ¿qué crees que hará Control de Misión?

—Venga ya. —Terrazas negó con la cabeza—. Todos cometemos errores.

La sonrisa había desaparecido del rostro de Leonard, junto con toda la alegría de la habitación.

—Yo no puedo cometer ninguno. —Suspiró—. Seguiré con la eliminación de residuos.

Parker se enderezó y sacudió la cabeza.

—Tienes más formación para manejar el sistema de oxígeno que Terrazas, lo sé. —Suspiró y se pasó la mano por el pelo corto. Posó la mano en la parte de atrás para tapar la calva—. Pero lo siento. Nos ceñiremos a la lista de tareas de Control de Misión.

CAPÍTULO 23

A MITAD DE CAMINO HACIA MARTE

Boletín especial para *The National Times*

28 de marzo de 1963 — Incluso en una época en la que las maravillas de la ciencia y la tecnología casi se entremezclan, el mensaje de teletipo de ayer de la primera expedición a Marte ha sido especial, ya que atravesó el vacío del despacio desde casi la mitad del camino a nuestro planeta hermano. Esta tripulación de astronautas es la primera en viajar a un reino en el que, hasta donde sabemos, nunca ha habido vida de ningún tipo. El organismo humano es un producto evolutivo que se ha moldeado a lo largo de millones de años acorde a las condiciones especiales de la Tierra, como la fuerza de la gravedad, la constitución de la atmósfera y la naturaleza de los mares y la tierra. En el espacio, por el contrario, la gravedad se neutraliza para producir lo que se conoce como ingravidez y no hay oxígeno para respirar, ni tierra sobre la que caminar, ni agua en la que nadar. Sin embargo, los astronautas sobreviven y operan en este entorno extraño gracias a que su nave espacial es un capullo que reproduce los elementos esenciales del ambiente de nuestro planeta. Llegará el día, y muchos jóvenes que ahora ya han nacido quizá lleguen a verlo, en que naves espaciales despegarán a diario hacia Marte igual que los aviones ahora parten hacia Chicago, Londres o Tokio.

Cuando llegue ese momento, sin duda los seres humanos verán ese milagro con la misma indiferencia con la que ahora cruzan el Atlántico en el curso de una noche. Pero, por ahora, mientras la primera expedición a Marte sigue en marcha y estos valientes hombres hacen y ven cosas que nadie ha hecho ni visto antes, habría que estar muerto por dentro para no dejarse llevar por una sensación de asombro.

Amarrada al asiento del puente, observé el espacio como si el punto que marcase la mitad del camino fuera visible. Tenía la sensación de que estar a ciento sesenta días de distancia de la Tierra y de Marte debería estar indicado por una puerta dorada o alguna otra señal extravagante. En cambio, lo que tenía era una hoja de impresiones de la Tierra y un sextante.

Parker calibraba el controlador derecho y lo movía de forma metódica por todo su rango de movimiento con la mandíbula apretada mientras trabajaba.

—Necesito los puntos de ajuste para actualizar el estado de navegación.

—Dame un segundo para determinar el sesgo del muñón.

En los últimos tres meses, la tensión entre los dos se había reducido a unos ligeros niveles de radiación de fondo y, de alguna manera, se esfumaba del todo cuando trabajábamos. No iba a quejarme. Apunté el sextante a las estrellas que Control de Misión había especificado. Las luces individuales del cielo se habían convertido en viejas conocidas a lo largo del viaje. Ya no necesitaba lo de «arco a Arturo y línea recta hasta Espiga». El blanco azulado de Espiga brilló sin parpadear delante de mí.

Apunté el ángulo, moví el muñón un par de grados e hice una segunda lectura. Necesitaba dos mediciones consecutivas con una variación de 0,003 grados. Después consulté la impresión de Control de Misión.

Los números previstos coincidieron con los míos.

—Según los números que queremos, oscilación 8,37, inclinación 61,33 y rotación 339,87.

—Confirmado. Oscilación 8,37, inclinación 61,33 y rotación

339,87. —Hizo una pausa un segundo en mitad del ritual de llamada y respuesta.

Poco después, la voz de Florence crujió por el intercomunicador del módulo de comunicaciones.

—Confirmado. Oscilación 8,37, inclinación 61,33 y rotación 339,87.

Lo copiaba todo en el teletipo y enviaba los números de vuelta a la Tierra. El retraso implicaba que estábamos solos, más o menos, pero Control de Misión aún quería verificarlo todo.

Parker continuó preparando la nave para la combustión.

—Adelante, York, dame la corrección completa.

—De acuerdo. Sistema de propulsión de servicio/guía y navegación; 63059; más 0,97, menos 0,20. —Incluso mientras recitaba la serie de números y letras, a una parte de mi cerebro le hacía gracia que todo sonara como un galimatías—. Hora de la ignición desde el despegue 026:44:57,92; más 0011,8, menos 0000,3, más 0017,7; oscilación, 277, 355, 015; Delta-VT 0021,3,00:3,0016,8.

Mi trabajo consistía en averiguar las velocidades de la Niña así como su posición local vertical y horizontal con respecto a la Tierra. Más adelante en el viaje, usaría Marte como punto de referencia.

Parker y Terrazas alternaban entre anotar los números en sus propias hojas y activar interruptores en el panel de control. Florence repitió la larga retahíla. Hice una pausa para dejar que me alcanzaran.

Mientras tanto, la conexión de la Pinta se iluminó con una pregunta desde el puesto de su calculadora de vuelo. El acento suizo-alemán de Heidi cruzó el espacio.

—Niña, ¿qué estrellas habéis usado?

—Para la alineación del acoplador de pantalla giroscópica, Vega y Deneb. ¿Tú?

—Es lo que recomendó Control de Misión, pero me cuesta obtener una lectura limpia.

Asentí, agradecida por haber tenido que esforzarme tanto en el avistamiento de los campos de estrellas y así poder ayudarla.

—¿Qué lecturas tienes de eje y muñón?

—Eje, 331,2 y muñón 35,85. Veo Vega, pero no localizo Deneb.

Me incliné hacia delante para mirar por la ventana hacia la Pinta. La otra nave captaba la fina luz del sol y brillaba sobre el fondo estrellado. Igual que en nuestro caso, su módulo de mando miraba hacia dentro, hacia nosotros, y con vistas de la Santa María, que navegaba entre y detrás de nosotros. Su problema resultó obvio de inmediato, pero también estaba claro por qué no lo sería para ellos.

—Tendréis que girar o buscar otras estrellas. Tenéis a la Santa María en medio.

Un momento después, Heidi volvió a la línea con esa voz calmada que indica que un astronauta acaba de maldecir con el micrófono apagado.

—Gracias, Niña. No la había visto.

—Desde ese ángulo, solo veis el lado oscuro. Es casi invisible.

A mi lado, sentí cómo Parker y Terrazas me observaban. Ninguno me interrumpió mientras hablaba con Heidi, pero los dedos de Parker se flexionaban por las ganas de continuar con el siguiente paso. Y le debía más números. Apagué el micrófono y me volví hacia ellos.

—Alineación de oscilación 007, 144, 068.

Mientras trabajaba, Parker miró por la ventana.

—Parece que la cabeza de la nave apuntará más o menos hacia la Tierra en la combustión.

Ahora que estaba todo listo, solo quedaba esperar. A pesar del retraso, Control de Misión tenía que confirmar los cálculos y, hasta entonces, Parker no podía encender los motores. En la Pinta esperarían lo mismo, pero con un enlace de comunicaciones y un equipo de calculadoras diferentes.

¿Quién estaría de guardia en el Control de Misión? Tenía que haber un equipo de calculadoras que revisara los cálculos. Quizá Katherine Johnson o mi antigua compañera de mesa, Basira. Helen todavía estaba en el cuerpo de astronautas, así que no haría los

cálculos de la misión, aunque tal vez observara desde el Control de Misión. O quizá evitase recibir noticias nuestras.

Nathaniel estaría. Incliné la cabeza a la ventana como si fuese a verlo desde la distancia. El austero cielo con sus atentas estrellas me devolvió la mirada.

La voz de Florence resonó por el módulo de mando.

—Control de Misión dice: «Niña, todo listo para comenzar la combustión de corrección de mitad de trayecto. Confirmado. Buena suerte».

Parker asintió y llevó las manos a los controles. Exhaló deprisa; casi parecía nervioso. Contuve el aliento con anticipación igual que él.

—Terrazas, avisa a la tripulación de que la combustión durará veintiún segundos.

—Recibido. —Terrazas cogió el micrófono e imitó la voz de Buck Rogers—. Damas y caballeros, en este emocionante episodio, el capitán Stetson Parker y su intrépida tripulación se preparan para una combustión de veintiún segundos. La pregunta «candente» es: ¿toda la tripulación se ha asegurado en sus asientos cuando se les ha ordenado o algunos todavía corretean con prisas mientras el dedo del capitán se acerca al botón de ignición? Más cerca. *Máááás* cerca.

—Payaso —dijo Parker. Negó con la cabeza, pero sonrió—. A mi señal. En cinco, cuatro, tres, dos, uno.

La Niña se estremeció.

«1, 2, 3, 4, 5, 6…».

El bajo rugido de los motores vibró a través del metal, el plástico y el vidrio de la nave.

«10, 11, 12, 13…».

Las estrellas se deslizaron hacia un lado a la vez que la oscilación prevista y apreté el lápiz hasta que los bordes hexagonales se me clavaron en los nudillos.

«16, 17…».

El asiento se me clavaba en el trasero mientras los motores principales nos empujaban hacia delante.

«18, 19, 20, 21».

El silencio se impuso cuando los motores se apagaron y floté hasta que las correas de los hombros me retuvieron. Parker apartó las manos de los controles.

—¿Informe?

Terrazas comprobó los indicadores de velocidad y posición relativa escondidos entre un mar de aparatos.

—Justo en el blanco.

Parker suspiró, echó la cabeza hacia atrás y sonrió.

—Mirad.

Sobre nuestras cabezas, un diminuto guisante azul flotaba en un mar de tinta. En algún rincón de esa minúscula esfera, mi marido tendría que esperar otros quince minutos para saber que todo había ido bien.

Si pensabas que haber superado el punto medio del trayecto provocaría algún cambio en la nave, te equivocabas. Simplemente, volvimos al trabajo. Las rotaciones de tareas nos asignaban nuevas responsabilidades, pero el cielo del exterior era del mismo negro entintado. Esa semana me tocaba mi turno favorito, el módulo de jardinería. Me gustaba trabajar en la cocina, pero estar entre el aire verde y húmedo me disolvía la tensión de las venas.

Me incliné sobre uno de los maceteros de rábanos y saqué un pequeño globo rojo de la tierra. Los gránulos arenosos se aferraron a las raíces blancas y desprendieron un olor a tierra. Golpeé el rábano para sacudir la suciedad de vuelta a la maceta. Hubo un tiempo en el que los restos que se quedaron atrapados bajo mis uñas y me oscurecían las puntas de los dedos me habrían molestado.

Kamilah estaba sentada con los pies en alto en el banco del centro del módulo con un libro en el regazo.

—¿Puedo robarte un segundo cuando acabes?

—Claro. ¿Para qué?

—Me parece que ya es hora de aplastar las pasas y quiero una segunda opinión. —Se estiró y levantó los brazos sobre la cabeza—. De hecho, tú ya lo has hecho antes.

Sacudí un dedo cubierto de suciedad.

—De eso nada. Myrtle hizo el vino de pasas. Yo solo degusté la mercancía.

—Aun así, tienes lo más cercano a la experiencia personal.

—No debería haberte contado esa historia. —Arrugué la nariz por el recuerdo del licor agrio y fuerte—. El vino de pasas de Myrtle no estaba bueno. Era alcohol puro. Y tú no bebes.

—Es medicinal. Además, tengo un arma secreta que ella no tenía.

Dejé otro rábano en la cesta y paré para mirar a Kamilah. Ponía cara de no haber roto un plato, con los labios apretados y las cejas levantadas.

—¿Cuál?

—Tengo un laboratorio. Y, más concretamente, un alambique.

—Es decir, que lo vas a empeorar al concentrarlo. —El *brandy* hecho con el vino de pasas en la Luna había sido todo un desafío.

Kamilah negó con la cabeza, cerró el libro y bajó los pies al suelo.

—Puedo hacer vodka. Y hay bayas de enebro en el cajón de las especias. Y cítricos. —La miré sin entender adonde quería llegar—. Puedo hacer ginebra.

Se me escapó la risa. Ginebra. ¿Habría aceitunas en la nave?

—Eres un genio y…

—¡Qué cojones, York! —Florence entró en el módulo de jardinería con un fajo de papeles en la mano—. Empezabas a caerme bien. Casi sentía pena por ti, saco de mierda.

Dejé caer el rábano, que rebotó en el borde del macetero elevado y rodó por el pasillo. Se me paró el corazón.

—¿Qué?

—Mira. —Dejó caer el papel sobre el macetero de rábanos y aplastó algunas de las hojas verdes.

Kamilah se levantó de un salto.

—¡Oye! Cuidado.

Por supuesto. Le preocupaban los rábanos, pero no me defendió. Tragué para aclararme la garganta y respirar. Florence estaba

demasiado cerca, con la mandíbula tan tensa que tenía que dolerle. Sus ojos quemaban como un láser.

«3,14159…».

Bajé la mirada a los papeles que había traído para no enfrentarme al odio que se reflejaba en su rostro. Era una carta de Nathaniel. La caja torácica se me bloqueó alrededor de los pulmones. Había marcas de lápiz sobre las líneas de basura. Lo había descifrado.

«… 26535897…».

—Es… —Tosí para romper la jaula que me contenía la respiración. Solo conseguí expulsar el aire y jadeé al inhalar.

Kamilah pasó por delante de Florence y me agarró del brazo.

—Elma. Respira. Despacio. Cuenta: uno, dos, tres, aguanta.

—Por favor, no la mimes. —Señaló el papel—. Nos ha estado espiando y enviando mensajes cifrados.

Kamilah resopló.

—Venga ya. ¿Les ha contado que Parker es un desastre en la cocina?

Florence levantó el papel y leyó:

—«Entiendo la preocupación por los turnos, pero Control de Misión tiene motivos para hacer estas asignaciones. No sabes lo mal que están las cosas aquí, y me alegro por ello. Enviamos las noticias más optimistas posibles para mantener la moral alta. Confía en mí cuando te digo que…».

Le quité los papeles de las manos. Se agitaron cuando los abracé contra el pecho.

—Eso es privado.

—¿Qué coño haces de verdad en esta nave? —Florence dio un paso hacia mí y me obligó a retroceder.

Kamilah me soltó el brazo, pero siguió con la mano estirada, como si sujetase a un fantasma. A través de los papeles, el corazón me latía deprisa y me golpeaba el pecho. Negué con la cabeza.

—Solo es para… Es mi marido. Lo echo de menos. Eso es todo.

—¡Es el ingeniero jefe! —Florence enterró los dedos en la tierra —. ¿Acaso piensas que si le cuentas nuestras peleas y cómo nos

fastidian las órdenes no pasará nada?

—No es… —Por primera vez en la vida, me sentí aliviada de que alguien supiera lo de la ansiedad. Me proporcionaba una explicación—. Es por la ansiedad. Es una válvula de escape. Nada más.

—¿No habías dicho que ya no era un problema? ¿En qué quedamos, York? O estás perfectamente sana y envías mensajes codificados sin motivo o eres una loca inestable que se aferra a una red de seguridad.

Me temblaban las rodillas y me agarré al borde del macetero para estabilizarme. Miré a Kamilah y esperé que me ayudara a explicarlo, pero tenía las cejas fruncidas. Me miró como si no me conociera. Negué con la cabeza.

—Control de Misión no me envió. Bueno, sí que lo hizo, pero no para espiar. Nathaniel no va a contar nada.

—No me digas… —Florence sacó la mano de la tierra y se cruzó de brazos, de modo que dejó una mancha en el azul de su traje de vuelo—. Entonces, ¿por qué han empezado a censurarnos las noticias?

—¿De qué hablas?

—¿«Las noticias más optimistas posibles»? ¿No te has dado cuenta de que la información que nos llega son todo unicornios y arcoíris? ¿Te parece una coincidencia?

—No… —Miré los papeles que tenía en el pecho—. No lo sé.

Pero sí que lo sabía. Porque, por supuesto, Nathaniel intentaría cambiar las cosas. ¿No me había dicho antes de que me fuera que sacrificaría a todos los que iban a bordo de la nave para mantenerme a salvo? ¿No le había contado que el ambiente era tenso? ¿No le había dicho que casi deseaba que no nos llegasen noticias de casa?

No compartiría los secretos que le contaba, pero sí que intentaría «ayudar». Como yo había hecho, y lo había empeorado todo.

CAPÍTULO 24

9 de abril de 1963

Querida Elma:

Siento tener que escribirte esto «al descubierto». Acabo de tener una reunión muy interesante con el director Clemons en la que me sugirió muy amablemente que sería lo mejor. No hay mucho más que decir al respecto.

El piso es bastante agradable cuando estoy allí. Nicole ha vuelto de la Luna para pasar un par de meses y me ha ayudado a amueblarlo. Myrtle y ella parecen decididas a asegurarse de que sea acogedor para cuando vuelvas a casa. Creo que les preocupa que me acomode demasiado en la vida de soltero. Myrtle me regañó, ya te la imaginarás, por el estado de la despensa. Aunque ya sabes que unas tostadas secas son lo único que como por la mañana.

Todos parecen decididos a cuidarme mientras estás fuera. Hershel intentó que los visitara por la Pascua, pero no me fue posible, así que va a venir aquí, según dice, para ayudarme a preparar la visita de Tommy, perdón, Thomas. Le dije que no era necesario, pero la familia es la familia, ¿verdad?

Espero que todo vaya bien.

Con todo mi amor,
Nathaniel

No me di cuenta de lo importantes que eran los mensajes privados hasta que ya no pude enviarlos. Pasaba algo y Nathaniel no

me contaba el qué.

Hershel y él se llevaban bien, pero no había motivo para que mi hermano fuera a verlo, sobre todo si eso significaba pasar la Pascua lejos de su familia.

Parker se aclaró la garganta.

—¿Quieres responder?

No le tiré el papel. No puse los ojos en blanco. No resoplé. Dejé el mensaje en la mesa de la cocina y le lancé una de las miradas asesinas de mi madre.

—¿Es realmente necesario? En Control de Misión revisarán todo lo que envíe. Si hay un código, lo detectarán de inmediato.

—Sigo órdenes. —Parker levantó las manos—. Lo prometo. Si lo prefieres, le pido a Grey que lo envíe.

—Me odia.

Se encogió de hombros. Por supuesto, no lo consideró relevante. A Parker le parecería natural que la gente me odiase.

—Ahora mismo, ella y yo somos los únicos autorizados a usar el teletipo. ¿Quién te molesta menos?

Debajo de la mesa, apretaba los puños sobre el regazo. Las uñas se me clavaban en las palmas de las manos. La injusticia de la situación me hacía temblar por las ganas de gritar. Poder expresarme libremente me había convertido en un miembro del equipo más saludable y productivo. Le pasaría a cualquiera de nosotros. Estaban enfadados porque hablaba con mi marido sobre… ¿qué? ¿Sexo? ¿Ansiedad?

Pero nada se vería como una justificación razonable. Intenté respirar hondo, pero la caja torácica se bloqueó y me quedé corta de aire. Abrí las manos y las apreté contra el regazo.

—Preferiría que lo enviaras tú. —Parker gruñó y levantó las cejas con sorpresa. Lo cierto es que yo también me sorprendí—. Confío en que no contarás nada.

Darme cuenta de aquello hizo que me removiera en el asiento, incómoda. Parker usaría cualquier información que fuera de dominio público en mi contra, pero nunca le había hablado a nadie de mis problemas de ansiedad, incluso cuando intentaba dejar a las

mujeres fuera del programa espacial.

Asintió y deslizó el portapapeles hacia mí.

—Lo destruiré después de enviarlo. No servirá para que el Control de Misión no se entere, pero al menos tendrás algo de privacidad en la nave.

—Gracias. —Cogí el portapapeles y el lápiz mecánico atado a él. Lo pasé entre los dedos e incliné la cabeza hacia la página.

> Querido Nathaniel:
>
> Siento haberte causado problemas. Me alegro de que Myrtle y Nicole te ayuden con el piso, sobre todo con la despensa. Me alegro de que no pases la Pascua solo.
>
> Sé que no tienes mucho apetito por las mañanas, pero, citando a todos los médicos que conozco, incluida mi madre, es la comida más importante del día. No lograré cambiar tus hábitos desde aquí, pero vale la pena intentarlo.
>
> Más vale que no esperases que defendiera ese hábito.
>
> Mamá siempre decía…

Me separé y el lápiz se quedó pegado en la página. Mamá siempre decía que así enfermaría. Además, lo mucho que trabajaba hacía que a veces se olvidase de comer a menos que se lo recordaran. ¿Quién le haría parar y volver a casa? ¿Quién lo obligaría a comer? En fin. Al parecer, Myrtle y Nicole lo intentaban. Pero que Hershel fuera a visitarle me había preocupado bastante. Me mordí el labio inferior mientras pensaba en la manera de preguntarle al respecto.

> Mamá siempre decía que terminarías con una úlcera si no te cuidabas mejor. Sería una lástima que Hershel fuera a verte y te encontrara enfermo. Recuerdo que te hacía beber un vaso de leche con la tostada todas las mañanas. ¿Puedes beber uno a mi salud? La leche en polvo que tenemos en la nave no tiene nada que ver con la fresca. El señor Yoder, del mercado *amish*, tiene una leche fresca de granja con la que sueño de vez en cuando.
>
> Últimamente, casi todos mis sueños son recuerdos vividos de la Tierra, pero nada dramático. Cosas simples, como beber un vaso de leche, estar en una esquina en la calle mientras el tranvía recorre el carril o el olor de tu espuma de afeitar.

Paré otra vez. Si seguía hablando de su espuma de afeitar, terminaría escribiendo sobre lo suave y lisa que le quedaba la piel tras el afeitado y de la cálida línea de su mandíbula cuando le acariciaba el cuello. No eran cosas que pudiera poner en una carta que estaría al alcance de cualquiera. A veces soñaba con él de manera más carnal. Sin embargo, la enumeración de sueños banales era lo más próximo a asegurarle que estaba bien.

No estaba en mi mejor momento. Me sentía enfadada, frustrada y avergonzada. Sí, todo eso, pero lo llevaba mejor de lo que pensaba. Por otro lado, la rabia siempre había sido útil para controlar la ansiedad.

> He descubierto que puedo hacer una tarta de chocolate bastante decente, incluso sin huevos de verdad. No obstante, ni me planteo hacer merengue de limón. Quizá en la próxima misión podrían mandar algunos pollos.
>
> Con amor,
> Elma

Debí de suspirar cuando terminé, porque Parker levantó la vista del libro que leía (algo en francés) y enarcó una ceja.

—¿Estás bien?

Casi le di una bofetada. Incluso cogí aire y estuve a punto de espetar que me sorprendía que le importase, pero me contuve. Lo cierto era que no me había echado la situación en cara.

—Frustrada.

—Me lo imagino. —Cerró el libro y se echó hacia delante para apoyar los codos en la mesa—. Por si sirve de algo, creo que a cualquiera que se le hubiera ocurrido habría hecho una cosa similar.

Me quedé sin palabras. ¿Estaba bien que respondiera? Me humedecí los labios y elegí la respuesta más segura.

—Quizá deberíamos sugerirle a Control de Misión que proporcione a las parejas casadas un sistema de encriptación autorizado para los viajes largos.

Parker frunció los labios y asintió.

—Lo sugeriré en el próximo informe.

—Entonces, ¿por qué no me dejas escribirle a Nathaniel directamente? Control de Misión lo leerá antes que él.

—Porque, lo creas o no, sigo órdenes. Incluso cuando no estoy de acuerdo con ellas. Es mi trabajo.

—Rompiste las normas para dejarnos a Kamilah y a mí ir a la Pinta.

—Eso fue… —Se pasó las manos por el escaso pelo—. Mira, es probable que esto se olvide rápido. No llames la atención durante un par de semanas y seguro que relajarán las normas del teletipo.

—¿Igual que relajaron las normas de la lavandería? —Le pasé el portapapeles.

—¿A qué te refieres?

—A que siguen asignando la colada a las mujeres.

Puso los ojos en blanco.

—York, eso solo consiste en aprovechar un área de especialidad. La mayoría de los hombres no han hecho la colada en su vida; desde luego, no tan a menudo como las mujeres.

—¿Quieres decir que alguien capaz de operar una nave de última generación no puede aprender a vaciar el filtro de una secadora? —Me froté la cara. No sé cómo, siempre me las arreglaba para discutir con Parker, no importaba el tema del que se tratara—. Lo siento. Estoy algo nerviosa.

Me estudió unos segundos, sus ojos azules tan concentrados como en una comprobación previa al vuelo. Al final se inclinó hacia delante para coger la carpeta.

—Escribiré un comentario sobre los turnos de lavandería en el informe.

Saboreé el resentimiento en la voz.

—Gracias.

—Al menos en esto no eres la única que se queja. —Apartó la silla y se levantó—. Voy a enviarlo. Aprovecha el tiempo para ponerte al día con las tareas.

—Sí, señor. —Lo que me apetecía en realidad era arrastrarme dentro del saco de dormir en los dormitorios de la tripulación y no

salir hasta llegar a Marte.

Pero, aparte de eso, estaba bien.

—York. —Parker se detuvo al final de la escalera y miró la carta que había escrito. Quería arrancársela de las manos—. Voy a cambiarte al turno de cocina esta noche. También para el resto de la semana.

—¿Perdón? —Era martes. Las listas de turnos cambiaban los lunes, y esa semana me tocaba limpieza y desinfección.

—Áreas de especialidad. —Dio un golpecito a la carpeta—. Nadie más sabe preparar el Séder.

Me quedé tan sorprendida que no conseguí articular una frase antes de que desapareciera por la escalera. Ese hombre me desconcertaba.

«¿Por qué esa noche era distinta a las demás?». Por una vez, no haría preguntas.

Unas dos semanas después de la Pascua, aseguraba la escotilla de la lanzadera para el viaje quincenal de Kamilah a la Pinta. La puerta cortó el zumbido constante de la Niña al cerrarse. Me impulsé y floté hasta la silla del piloto. El metal desnudo de los laterales de la Niña dominaba en el mirador. El ángulo de la nave desde la última combustión permitía que la luz del sol se colara por los bordes de la lanzadera y hacía brillar el acero.

—¿Lista? —Me coloqué en el asiento del piloto y me ajusté las correas.

—Lista. —Kamilah asintió y se aclaró la garganta—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú? —Por cómo lo dijo, era evidente que la pregunta era más que una cortesía, pero me mantuve en terreno seguro—. Lanzadera a Niña. ¿Permiso para desacoplar?

—Confirmado, lanzadera —respondió Terrazas—. Nada te bloquea el camino.

—Soltando agarres. —Accioné el interruptor que retiró el amarre de la esclusa de la Niña. Con un golpe metálico seco, nos

alejamos de la nave más grande. Esperé a que nos alejáramos unos dos metros antes de encender los cohetes traseros para impulsarnos. En cuanto estuviéramos a suficiente distancia, haría girar la lanzadera y nos conduciría hacia la Pinta.

—Buen viaje, lanzadera. Niña fuera. —Con un chasquido, el zumbido del micrófono de Terrazas se apagó.

Kamilah se aclaró la garganta de nuevo.

—Ya que no vienes a verme al módulo médico, tengo que preguntarte aquí. Y déjate de charla banal. ¿Cómo estás?

En las primeras misiones a la Luna, los médicos aeroespaciales se quedaban en la Tierra y hablábamos con ellos por radio de temas de salud. Eran mucho más fáciles de esquivar que a una médica que viajaba en la nave con nosotros.

—¿Cómo estoy? Piloto una nave en el espacio exterior. —Activé los cohetes traseros y el pequeño impulso nos empujó contra las correas de los hombros. No era una conversación que me apeteciera tener en ningún momento, pero mientras volaba era, quizá, el menos deseable. No. No era verdad. Durante la cena sería peor. Pero Kamilah solo quería hacer su trabajo—. Estoy molesta y frustrada, pero no frágil.

—Eso es bueno. —Se movió en el asiento para enfrentarme—. ¿Qué pasa cuando te sientes frágil?

Me rechinaron los dientes, casi por voluntad propia.

—Me cuesta dormir. Tengo náuseas. Sudores.

El espacio entre la lanzadera y la Niña creció hasta que largas sombras y una potente luz blanca bañaron el costado de la nave más grande. El viaje a la Pinta duraba unos veinte minutos cuando no había ningún imprevisto. Serían unos veinte minutos muy largos.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste esos síntomas?

Si era del todo sincera, tenía problemas para dormir, pero solo algunas noches. Y no tenía pesadillas, solo me costaba apagar el motor del cerebro. Mi cabeza bullía con pensamientos aleatorios que me mantenían en vilo.

—Ha pasado un tiempo.

—¿Antes o después de que saliéramos de la Tierra?

—Después. Pero solo una vez. —Consideré el hecho de que responder a sus preguntas fuera una especie de victoria. ¿Estaba resentida? Sí, mucho, pero no era tan tonta para pensar que me creería si mentía. En otras circunstancias, quizá lo habría hecho, pero vivíamos en habitaciones demasiado pegadas unas a otras para ignorar hasta los cambios de comportamiento más pequeños. Maldita sea, si hasta mi yo más obtuso y anticuado estaba convencido de que Terrazas y Rafael tenían… algo—. De verdad, Kamilah. Estoy bien. No de maravilla, pero lo puedo controlar.

—Hagamos una cosa. Te creeré si prometes venir al módulo médico para hacerte unas pruebas sencillas de estrés. —Ladeó la cabeza—. Parker está preocupado por ti.

La risotada rebotó en el mirador como una piedra.

—Ah, bueno. Si Parker está preocupado… —Por otra parte, lo había arreglado para que pudiera organizar el Séder, así que tal vez fuera verdad—. El Séder ayudó.

—Bien. Me alegra oírlo.

De pronto, me di cuenta de que no tenía ni idea de qué celebraciones sagradas se estaba perdiendo Kamilah en la nave.

—¿Qué hay de ti? ¿Qué te ayudaría? ¿Alguna sugerencia?

Negó con la cabeza.

—Espera. En realidad, sí. ¿Te importaría llamarme Kam en vez de Kamilah?

—Kam. Confirmado. ¿Algo más?

—No creas que no me he dado cuenta de que has cambiado de tema.

Me enderecé, mi atención fue captada por una nube blanca cerca de las celdas de combustible.

—¿Qué es eso?

—Elma… —Siguió la dirección de mi mirada y soltó una exclamación. Algo estaba ventilando en el lateral de la Niña y formaba un amplio cono de niebla. Se congelaba en el vacío del espacio y volvía hacia nosotras como una nevada.

Encendí el micrófono del comunicador de la lanzadera.

—Lanzadera a Niña. Hay algo ventilando a babor junto a las

celdas de combustible. Me acercaré para echarle un vistazo.

—Niña a lanzadera. ¿Qué tipo de ventilación? —Terrazas acababa de entrar en modo de alerta máxima, pero su voz se mantuvo firme.

—Una columna blanca de lo que parece ser una única fuente. Dame un segundo para acercarme. —Dirigí la lanzadera hacia delante con un suave impulso de los propulsores. Cuando llegué a las celdas de combustible, me mantuve alejada de la niebla mientras balanceaba la nave para que el visor apuntase directamente a la columna que se expulsaba.

Kam se apoyó en las correas para ver mejor, al igual que yo. Tuve que poner mucha atención para mantenernos firmes y alineadas con la Niña, pero no tanta como para no poder informar.

—Lanzadera a Niña. Parece que se origina en un pequeño pinchazo. Lo bastante pequeño para que no vea la abertura desde aquí.

—Recibido, lanzadera —respondió Parker. Terrazas debió llamarlo en cuanto informamos del problema—. He mandado a Avelino a comprobar los indicadores y ver qué estamos perdiendo.

Cambié la orientación de la nave para mirarlo desde delante y así averiguar qué era lo que expulsábamos. Tal vez se trataba del agua de las células de combustible, del oxígeno de ese módulo o del refrigerante. Ninguna era una buena opción. Una serie de tubos cruzados envolvía las celdas de combustible para mantenerlas frescas cuando les daba la luz solar directa. La columna neblinosa nacía como un bigote blanco en la junta de uno de los tubos, que seguí hasta el sistema de origen. Mierda.

—Es el sistema de refrigeración. Tenemos una fuga de amoníaco.

CAPÍTULO 25

LA TEMPORADA DE HURACANES INQUIETA A LOS HABITANTES DE FLORIDA

***La Oficina Meteorológica se prepara con la ayuda de* Lunetta**

Por R. HART PHILLIPS
Boletín especial para *The National Times*

Miami, Florida, 7 de mayo de 1963 — La semana pasada, una fuerte perturbación meteorológica cerca de las Antillas Francesas, a 2500 kilómetros de Miami, volvió a atraer la atención de los ciudadanos de Florida hacia las operaciones de la Oficina Meteorológica de los Estados Unidos respecto a la vigilancia de los huracanes. En colaboración con el observatorio de la estación espacial *Lunetta*, los meteorólogos podrán predecir con precisión y supervisar el comportamiento de este huracán inusualmente prematuro.

Nadie entró en pánico. Era una de las ventajas de trabajar con astronautas y para la CAI. Habíamos hecho cientos de simulaciones

para aprender a gestionar cualquier problema en cuanto apareciera y todos los roces interpersonales desaparecían sin más.

Estaba en la mesa de la cocina, con papel y lápices preparados y una pila de libros de referencia ante mí. Rafael, Leonard y Parker estaban de pie junto a la pizarra, que mostraba un diagrama del sistema de refrigeración y una serie de notas garabateadas a un lado. Desde el módulo de comunicaciones, Florence nos escuchaba por el intercomunicador y transcribía las conversaciones para informar a Control de Misión. También mantuvo las líneas abiertas con la Pinta para que nuestros homólogos nos escuchasen.

Terrazas estaba en el módulo de mando por si había que voltear la nave dentro o fuera de la luz del sol. Kam había preparado un juego de trajes de EVA. Por suerte, las naves de la expedición a Marte se mantenían a 4,9 psi, igual que la colonia lunar y los trajes de EVA, para que así los caminantes espaciales no tuvieran que pasar por varias horas de descompresión.

—Quizá tengamos que reemplazar esa sección de la tubería. —Rafael señaló el punto donde había visto la fuga—. Parchear79la no será lo bastante fiable a estas temperaturas.

Leonard asintió y luego apuntó a la misma sección del diagrama.

—No obstante, como medida provisional, es preferible hasta que sepamos exactamente cuál es el problema. No es lo mismo si se debe a un impacto de un micrometeorito que si tenemos un fallo de material.

—¿En qué se diferencia? —Parker llevaba un rato sin intervenir para dejar que los dos científicos se pusieran de acuerdo.

—Un micrometeorito es un problema aislado. Sí, podría pasarnos de nuevo, pero es una posibilidad remota. Si hay un fallo de material, es probable que se repita, y eso señalaría un problema sistémico mayor.

Las palabras «problema sistémico mayor» me provocaron un escalofrío en la nuca. Si el sistema de refrigeración fallaba, probablemente tuviéramos que abandonar la misión y volver a casa con la cabeza gacha. Aun así, en el punto en el que estábamos, tendríamos que seguir hasta Marte para volver a casa. Siseé y escribí

notas para hacer los cálculos, por si me lo pedían.

—¿Qué pasa, York? —El oído de Parker era irritantemente agudo para un hombre que se había pasado la vida entre aviones y cohetes.

—Trabajo en el peor de los casos, por si fuera necesario. —Levanté la vista del papel, aunque las ecuaciones todavía estaban a la mitad—. Rodeo.

Asintió para indicarme que lo había entendido. Lo habíamos practicado en más de una simulación.

—Niña a Pinta. ¿Vuestros sistemas funcionan correctamente?

—Afirmativo. —La voz de Benkoski crujió en la línea entre naves—. Me inclino por el micrometeorito. —La Pinta había rotado para apuntarnos con el telescopio, pero no habían visto nada más que yo. Todo serían conjeturas hasta que alguien echara un vistazo en persona.

—Nos prepararemos para ambas opciones. —Parker estudió la pizarra con las manos en las caderas—. Avelino, reúne el material necesario para reemplazar la tubería. Flannery, quiero que prepares un parche en caso de que encuentres algo inesperado al salir. Grey, informa a Control de Misión de que nos preparamos para una EVA de emergencia.

—Tecleo mientras hablas. —Bufó por el micrófono—. Increíble. Un doctorado para hacer transcripciones.

—Y la colada. —Parker sonrió al altavoz—. Avísame en cuanto respondan.

—¿Crees que todo el mundo menos tú es idiota?

—En efecto. —Se volvió a mirarme—. York, prepara un plan de vuelo para el peor de los casos.

Podría haber hecho una broma, pero íbamos contra reloj, así que asentí y seguí con mi trabajo. Podría haber hecho los cálculos de memoria, pero, para aquello, quería sentir la comodidad de los números cálidos y sólidos sobre la página.

En la Tierra irían unos quince minutos por detrás. A estas alturas, Nathaniel estaría en la planta del Control de Misión buscando soluciones con el equipo. Tendría el lápiz apretado en una

mano y las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos. La nube de humo de los puros de Clemons se arremolinaría alrededor de mi marido mientras paseaba y pensaba en el problema desde allí abajo.

Deslicé el lápiz por el papel mientras trabajaba en las correcciones del rumbo, y casi me lo imaginaba dando vueltas detrás de mí. Los rincones a los que huyen nuestras mentes para consolarse son extraños.

—Tengo una respuesta. —Detrás de la voz de Florence, el teletipo expulsaba las órdenes—. ¿Listo?

Levanté la vista de la hoja como si fuera a verla. En algún momento mientras trabajaba, Leonard y Rafael se habían ido y me habían dejado sola con Parker. Mantenía una postura militar mientras miraba el altavoz.

—Adelante.

—Bobienski sugiere una EVA con dos objetivos principales: diagnosticar la causa de la ruptura y, si es posible, parchearla. Si no fuera posible, entonces los caminantes deberían reemplazar la sección comprometida. Es preferible limitar la duración de la EVA, por lo tanto, intentaremos parchearla primero.

Fruncí el ceño al escucharla. Clarence «Burbujas» Bobienski era el ayudante de Nathaniel. ¿Por qué no era mi marido el que respondía? Sé que Clemons no quería que trabajara en mis misiones, pero aquello era diferente. Era su diseño y aún era el ingeniero jefe.

—Bien, es lo que habíamos pensado, así que resulta tranquilizador. —Parker se dio la vuelta para coger el portapapeles —. Les diré a Avelino y a Flannery que se preparen.

—No tan deprisa. No he terminado.

Parker levantó una ceja, como si Florence lo viera.

—Continúa.

—Control de Misión dice que Rafael y Terrazas serán los que lleven a cabo la EVA. Quieren a Kam en el módulo médico, a ti a los mandos y que Leonard y Elma los ayuden a vestirse.

—¿Qué dice Nathaniel? —La pregunta se me escapó antes de que me diera tiempo a procesar que no era una buena idea. Control

de Misión enviaba las órdenes a través del enlace de comunicaciones y cuestionarlas fastidiaría a todo el mundo—. Lo siento. No importa.

—No. —Parker se volvió y me miró, con la mano libre apoyada en la cadera. Con la otra tamborileaba el portapapeles contra el muslo a un ritmo desigual—. Flannery debería salir, no Terrazas. Pídeles una aclaración sobre la elección del personal y diles que quiero la opinión directa del doctor York. Diles también que Flannery tiene más experiencia con EVA y adhesivos que Terrazas y que, en mi opinión, debería ser él quien saliera.

Era el problema de comunicarse con retraso, había que incluir todo lo que se te ocurriera en el mensaje porque el retardo hacía imposible mantener una conversación fluida.

—Maldita sea. —Parker negó con la cabeza—. Subiré y lo enviaré yo mismo. Será más rápido.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta. Sube.

Salió de la cocina y me dejó sola con los números.

Kam entró en la cocina con las manos metidas en los bolsillos de la bata de médica.

—¿Cómo van esos cálculos?

—Casi he terminado de comprobarlos por segunda vez. —Pasé el lápiz por las largas ecuaciones que describían el camino hasta Marte y de vuelta a la Tierra. Buck Rogers habría sido capaz de invertir el curso, pero la gravedad real hacía que el trayecto más rápido fuese dando un rodeo al planeta. El problema era cuánto tiempo nos llevaría.

—¿Café? —preguntó.

—Sí, por favor.

Incluso con la mejor ruta posible, tardaríamos cerca de un año en volver a casa. Cancelar la misión sería el peor de los casos, pero, si el sistema de refrigeración fallaba, tendríamos que trasladarnos a la Pinta y abandonar la Niña. Entonces, si algo salía mal en la Pinta, no tendríamos más naves para salvarnos. La Santa María estaba

llena de aparatos para la superficie de Marte y no tenía dormitorios. Quizá Rafael y Control de Misión encontrarían la forma de mantener la Niña en marcha para que, al menos, la usáramos de almacén.

Kam me dejó una taza de café humeante delante con un golpe sordo de plástico contra metal. Olía demasiado bien, a toda la deliciosa amargura que puedas imaginar. Me acerqué la taza para disfrutar del aroma.

—Elma, Parker me ha pedido que hable contigo. —Kam le dio vueltas a su taza entre las manos.

Levanté la mirada de las ecuaciones. Tenía el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. Dejé el lápiz en la mesa.

—¿Sobre qué?

—Lo primero que quiero que sepas es que todo va bien. —Apretó los labios—. Pero Control de Misión ha dicho que Nathaniel está en el hospital. Tenía una úlcera y la ignoró. Lo han operado. Está bien, solo se está tomando un descanso del trabajo, como debería hacer. Pero está bien.

«2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 23…».

—¿Elma? ¿Me oyes? Está bien.

—Es tan… hombre. —Las últimas cartas cobraron sentido de golpe. Ahora entendía por qué Hershel había ido a verlo. Por qué Nicole y Myrtle le habían reabastecido la despensa. Por qué no había estado en casa—. ¿Por qué lo sabes?

—Porque Parker le preguntó a Control de Misión por Nathaniel y le enviaron esta respuesta con, debo añadir, instrucciones de no contártelo. —Kam mantuvo las manos alrededor de la taza.

—Cómo no. —Debajo del traje de vuelo, hacía fuerza con los brazos para no golpear la mesa. «29, 31, 37, 41, 43…». Tragué saliva para mantener la voz calmada—. Me sorprende que Parker lo haya hecho de todas formas.

Kam levantó una mano y movió un dedo.

—De eso nada, Parker no ha desobedecido una orden. Él no te lo ha dicho.

Resoplé, lo que habría mortificado a mi madre.

—Bueno, pues no le daré las gracias. —Deslicé las manos sobre la mesa y traté de mantener la espalda erguida, aunque lo que me apetecía era derrumbarme y esconder la cara entre los brazos—. Debería habérmelo dicho. Me refiero a Nathaniel.

—¿Por qué? ¿Qué podrías haber hecho desde aquí?

—Soy su mujer. —Debajo de la mesa, presioné las manos sobre las rodillas. Si hubiera estado en casa, me habría dado cuenta de que no comía. De hecho, habría comido con regularidad. Desde luego, no habría permitido que empeorase tanto como para necesitar cirugía—. Puedo regañarlo desde cualquier rincón de la galaxia.

—Pero está bien. Volverá al trabajo en una semana más o menos. A media jornada, por un tiempo. —Estiró la mano hacia mí desde el otro lado de la mesa y un mechón de pelo oscuro le cayó sobre la ceja—. ¿Necesitas algo?

Viniendo de Kam, eso quería decir si necesitaba Miltown. Dios, sí, me encantaría dejar que la reconfortante capa de algodón amortiguara la ansiedad que se me agolpaba bajo la piel. Me humedecí los labios y exhalé lo más despacio que pude.

—No. Me hace más lenta. —Señalé las ecuaciones en las que estaba trabajando—. Ahora no me lo puedo permitir. Y estoy bien. Gracias, pero estoy bien.

En algún momento durante la segunda hora de la EVA, después de que Terrazas y Rafael instalasen las luces para ver la brecha, pero antes de que empezaran a reemplazar el trozo de tubería roto, Parker se aclaró la garganta.

—Terrazas lo está haciendo bien ahí fuera. —Asintió hacia el mirador, aunque no se viese a ninguno de los dos hombres—. Por eso no suelo cuestionar a Control de Misión.

—Ah.

Una respuesta brillante, lo sé, pero me sorprendió tanto que Parker iniciara lo que se podría considerar una conversación real que no quise asustarlo.

—A veces nos obcecamos demasiado con un problema y

dejamos de ver el resto de las piezas. —Jugueteó con el volumen del altavoz, aunque los sonidos de la respiración de Terrazas y de Rafael nos llegaban a la perfección—. ¿Shamoun habló contigo?

Asentí y me di cuenta de que no me estaba mirando.

—Sí. —Me pareció arriesgado decir nada más, pero también necesario—. Gracias.

—Si Clemons hubiera intentado un truco así con Mimi, lo habría matado.

—¿Cómo…? —Me callé antes de decir nada más. Que me hablara de su mujer no significaba que me diera permiso para hacer lo mismo—. En fin. Te lo agradezco.

—Bien. Está bien. Sale del pulmón una hora al día.

—Eso es genial. —¿En qué extraña realidad había entrado? Parker me hablaba por voluntad propia. Sobre su mujer. Tal vez fuera porque Nathaniel estaba en el hospital—. Es duro, saber que está enfermo y que no hay nada que pueda hacer.

—Sí. —Parker frunció los labios y le dio un extraño tic nervioso en el cuello—. Pero la CAI tiene acceso a los mejores tratamientos. Lo cuidarán bien.

Eso planteaba algunas preguntas. ¿Parker estaba en la misión porque quería asegurarse de que su mujer recibiera los mejores cuidados? ¿O era la excusa que se contaba a sí mismo para sentirse bien por irse y dejarla atrás?

De hecho, ¿la excusa que me contaba a mí misma era acaso más creíble? ¿Era real?

—Mi hermano cuida de él.

Parker se volvió y me miró.

—¿El de California?

Esos momentos de simpatía me dejaban muy confundida. Aunque supongo que era lógico que alguien cuya mujer usaba un pulmón de acero no identificase a Hershel como «el que tiene polio». Asentí y traté de alargar la conversación, como si pudiera, de alguna manera, extenderla al resto del viaje.

—Sí. Nathaniel mencionó que iría. No entendía por qué.

Parker resopló.

—Me suena. Una vez Mimi me comentó que «dormía mejor». Después de preguntarle, resultó que una junta suelta del pulmón chirriaba y la mantenía despierta. ¿Me lo contó cuando todavía era un problema? Ni en sueños.

Me reí y abrió los ojos de par en par. Es posible que fuera la primera vez que me reía delante de Parker. Estaba tentada de decirle: «¿Has visto? Tengo sentido del humor», pero me comporté como una adulta y no lo hice. Además, me acobardé porque no quería perder la escasa compenetración que teníamos.

—Me pregunto de qué se quejarán ellos.

—Bueno. —Parker se inclinó sobre el reposabrazos del asiento —. Hay una cosa que seguro que tu marido odia…

—EV1 a Niña. Tenemos un problema. —La voz de Rafael le interrumpió, firme y profesional.

Como una máquina, Parker se centró y encendió el interruptor para que toda la nave escuchase a Rafael mientras le respondía.

—Adelante, EV1,—El traje de Estevan se ha quedado atrapado en las líneas de amoníaco. Por lo que veo, la sujeción del anillo dimensional entre la pierna y la bota derechas se ha atascado con el soporte de la línea de amoníaco 4F.37. Le he echado un vistazo y os juro que no consigo ver cómo está conectado. Es sólido. Me encantará escuchar vuestras ideas.

Abrí el libro de referencia sobre las líneas de amoníaco que habíamos traído de la biblioteca de ingeniería. Los esquemas de gran formato seguían en el módulo de ingeniería y apostaría lo que fuera a que Leonard ya los tenía preparados.

—Recibido, Avelino. Buscaremos soluciones desde aquí. —Parker me miró y asintió cuando me vio hojear el libro por la página correcta—. ¿Cómo tenéis los suministros?

—Entre los depuradores de $C0_2$, el oxígeno y las baterías… Me quedan unas tres horas.

—¿Terrazas?

Hubo una pausa. Eché un vistazo por el mirador, pero solo se veía la luz fría de las estrellas y el punto azul de la Tierra.

Terrazas se aclaró la garganta.

—En mi caso, me acerco más a las dos horas.

—Entendido. —Aunque no lo dijo, estoy segura de que Parker pensó lo mismo que yo: el consumo acelerado era señal de un caminante inexperto. Les costaba más esfuerzo el mero hecho de quedarse quietos. Parker, sin embargo, mantuvo la voz de capitán tranquilo—. ¿Qué habéis intentado hasta ahora?

—Girarlo. Sacudir. Tirar. Retorcerlo. Maldecir.

—Excelente técnica. ¿En cuántos idiomas? —Apagó el micrófono y cambió a la línea del laboratorio—. Flannery, dame opciones.

Por un canal, Leonard respondió:

—¿Llega a cortar la abrazadera T?

En el otro canal, Terrazas dijo:

—Inglés, español y portugués. ¿Alguna otra recomendación? —Parker volvió con Terrazas mientras Leonard seguía hablando.

—El latín siempre viene bien para maldecir en temas científicos. ¿Tienes las tijeras de emergencia? Flannery pregunta si puedes cortar la abrazadera T.

—Si te soy sincero, ni siquiera entiendo cómo está enganchado todo esto. Me preocupa hacer un agujero en el traje de Estevan. ¿Se puede desconectar la línea?

—Entendido. Espera. —Parker volvió con Leonard—. Flannery, ¿lo has oído?

—Sí. Esa sección está unida de forma permanente. Por desgracia, lo más seguro es cortar la línea. Ahora está despresurizada, así que no tendríamos que preocuparnos por perder más amoníaco.

—Dime cuán difícil será la reparación.

—No será fácil. Pero se puede hacer. —Leonard suspiró—. Rafael lo sabrá mejor.

Lo cual era lo lógico. Rafael era el ingeniero, así que conocía la Niña mejor que nadie. Revisé el manual, pero todo lo que leí confirmó la evaluación de Leonard de que habría que cortar la línea.

—Recibido. —Parker se frotó la cara con la mano y se volvió hacia mí—. Decías que habría que abandonar la Niña si el sistema

de amoníaco no vuelve a funcionar. ¿No hay forma de evitarlo?

—Si perdemos el sistema de refrigeración, la nave se recalentará antes de llegar a Marte incluso con la mejor trayectoria posible. —Me impulsé contra las correas de los hombros y me dejé flotar en un corto circuito dentro de las restricciones—. Pero no conozco todas las contingencias para reiniciar el sistema de amoníaco.

Se inclinó hacia el micrófono.

—Flannery, si hay que cortar la línea para liberar a Terrazas, ¿qué pasará con las opciones de refrigeración?

—Hemos cortado el amoníaco, así que no expulsaremos nada. Debería haber suficiente para reemplazar lo que ya hemos perdido entre la Niña, la Pinta y la Santa María. Dame un minuto para consultarle algunos aspectos a Wilburt Schónhaus en la Pinta.

—Recibido. Deberíamos intentar lo posible hasta agotar el periodo límite de treinta minutos antes de cortar. —Parker se recostó en el asiento de mando y se frotó la frente de nuevo—. Mierda. York, empieza a trabajar en las modificaciones del rumbo por si todos tenemos que ir a la Pinta.

Asentí, consciente de las opciones que estaba valorando. Dadas las circunstancias y puesto que podíamos retirarnos a la Pinta, la vida de Terrazas tenía prioridad sobre el sistema de amoníaco. Gracias a Dios por Control de Misión y sus normas de vuelo. Con ellas, todas las decisiones por contingencias se habían tomado con antelación. Eliminaba las emociones y las reacciones rápidas de la ecuación. Nos proporcionaba las opciones que necesitábamos porque habíamos pensado en todas las maneras en las que las cosas podrían salir mal antes de que ocurriesen.

Sin embargo, era bastante horrible simular que dejábamos morir a alguien.

Rebusqué entre los libros de referencia que había traído para encontrar el volumen 44B.

—Control de Misión ya ha pensado en la contingencia de tener una sola nave. La perfeccionaré.

Asintió y encendió el micrófono.

—Avelino. Terrazas. Hay que preservar treinta minutos de

oxígeno, así que tenéis una hora para valorar el problema antes de cortar la línea.

—Recibido. Seguiremos trabajando en ello.

—Confirmado —respondió Terrazas—. En este emocionante episodio, nuestra intrépida banda de aventureros espaciales se enfrenta a la ira de los tubos espaciales. Mientras escuchamos, nuestro valiente héroe, Rafael Avelino, se prepara para liberar a su desafortunado compañero de los astutos tubos.

Después, Rafael masculló algo en portugués que hizo reír a Parker, pero su risa se apagó en cuanto desconectó el micrófono. Se acercó al interruptor otra vez para cambiar de emisora, pero después apartó la mano y la dejó en el regazo. Con la mandíbula apretada, echó un vistazo al mirador y esperó con el murmullo de los comentarios de Rafael de fondo.

¿Y yo? Me centré en las matemáticas, aunque no había mucho que hacer, así que revisé las ecuaciones para asegurarme de estar lista cuando tuviera que añadir los detalles.

La voz de Leonard zumbó en la habitación.

—Vale. Quiero repasarlo de nuevo cuando Rafael y Terrazas vuelvan a la nave, pero estamos seguros de que, si perdemos demasiado amoníaco, podré hacer más. Tal vez. Pero ese sería el peor de los casos y todo el mundo estará más feliz si no tuviera que hacerlo.

—Buen trabajo. ¿Por qué no queremos que lo hagas?

—Es tóxico. Las posibilidades de envenenar el suministro de aire no son insignificantes. —Escucharle resolver un problema era casi tan divertido como escuchar a Nathaniel—. Me imagino que lo haría en la lanzadera con un traje marciano. Debería servir. Pero es probable que no nos haga falta.

—Entendido. —Parker apagó el micrófono y miró al vacío mientras los minutos pasaban. Suspiró, lo encendió de nuevo y cambió al módulo médico—. Shamoun, mantenme informado de la telemetría, ¿de acuerdo? Si la reserva de hidróxido de litio de Terrazas baja, cortaremos antes.

—Lo tengo controlado. Todo está dentro de los parámetros

aceptables.

Lo lógico sería pensar que el oxígeno sería la mayor preocupación en una caminata espacial, pero era el suministro más fácil de empacar. La depuración del dióxido de carbono y la vida de las baterías eran lo más preocupante durante una EVA. El oxígeno era el menor de los problemas. Te sobrecalentarías antes de quedarte sin aire.

Al cabo de un rato, me quedé sin ecuaciones y me uní a Parker en mirar al espacio mientras escuchábamos trabajar a Rafael y Terrazas. Era un ciclo interminable de intentar liberar la sujeción del anillo dimensional adornado por algunas maldiciones en portugués.

Al final, Parker se incorporó hacia delante.

—Treinta minutos. Hay que parar. —Tensó la mandíbula—. Tendrás que cortar la línea.

—¿Estamos seguros de que están despresurizadas? Son como barras de hierro.

Mientras Parker cambiaba para consultar con ingeniería, Leonard habló por el comunicador.

—El indicador de aquí abajo está inmóvil en el cero. La línea forma parte de la instalación permanente, creo que por eso es rígida.

—Entendido. —Parker me miró y compartimos un extraño entendimiento. El personal seleccionado para el paseo espacial era el erróneo. Leonard debería estar fuera, no en ingeniería, que no era su área de especialidad. Sí, se había preparado para apoyar a Rafael, pero estaba mucho más preparado para las EVA. Supe que Parker lamentaba la decisión de asumir la asignación de tareas de Control de Misión.

—Avelino. Leonard dice que el indicador está en cero. Cree que la rigidez se debe a que es una parte permanente del sistema de refrigeración.

—Recibido. —Rafael soltó una risita—. Estoy un poco nervioso por cortar a mi bebé.

—Te he dicho que no me llames así. Ah. Te refieres a la nave. —Terrazas era un payaso.

—Ya la repararemos. —Parker suspiró e inclinó la cabeza como si fuera una oración más que una orden—. Permiso para cortar la línea. Repito. Permiso para cortar la línea.

—Confirmado. Cortando la línea y… —Rafael maldijo en portugués de repente.

Al encender el micrófono, Parker se inclinó hacia el altavoz, como si así fuese a funcionar más rápido.

—Avelino. Informa.

Un chorro de blanco revoloteó ante el mirador y parpadeó bajo la luz del sol como solían hacer las estrellas en la Tierra.

Era hermoso, pero se me paró el corazón al señalarlo.

—¡Parker! ¡Perdemos amoníaco!

Las líneas deberían haber estado vacías.

Pasaron a la deriva otras nubes más grandes. Giraban y parecían casi rojas a la luz del sol. Pero el sol no se reflejaría así allí afuera, necesitaría la difracción de una atmósfera.

Lo que veíamos era sangre congelada.

CAPÍTULO 26

ESTEVAN TERRAZAS (1924-1963)

Kansas City, Kansas, 7 de mayo de 1963 — La segunda baja en la misión a Marte se ha producido poco más de un mes después de que la tripulación superase el punto medio del trayecto. Los detractores apuntan la muerte de Estevan Terrazas como una señal de la incompetencia de la CAI. Una fuente anónima con un alto cargo dentro de la organización afirma que el capitán Stetson Parker se había opuesto a enviar a Terrazas y había alegado que carecía de experiencia, pero fue desautorizado por el director Clemons.

El director de la CAI ha catalogado la muerte como un extraño accidente. Según los informes, Terrazas se atascó en el sistema de refrigeración de amoníaco mientras hacía unas reparaciones. En un intento por liberarlo, la tripulación cortó una de las líneas. Por desgracia, un indicador defectuoso indicaba que estas estaban vacías y, al cortarla, la presión causó que el extremo afilado de la tubería de metal saliese disparada hacia su traje y lo rasgara. El traje perdió integridad y sometió al astronauta al vacío del espacio.

Kam y yo salimos flotando de la esclusa de aire. Otra vez.

No se me ocurría ni una sola rima. El sonido que Florence retransmitía por la nave me invadía la cabeza. Sonidos, en realidad.

Por un lado, la voz de Leonard guiaba a Rafael de vuelta a la esclusa.

—Extiende la mano derecha y encontrarás el riel de la puerta.

El otro sonido era la respiración agitada de Rafael, el ruido de alguien que intentaba no llorar. Se trababa, jadeaba y salibaba silbando entre dientes. Después hubo un silencio estremecedor cuando contuvo la respiración, hasta que soltó el aire para controlar la voz. A pesar de todo, cuando habló, lo hizo de forma calmada y profesional.

—Confirmado. Tengo el riel.

—Bien. Sentirás mi mano en la cintura para asegurarte.

—Recibido.

Después, el ciclo de la respiración de Rafael comenzó de nuevo. Apoyé una mano en el frío metal del interior de la esclusa y me incliné hacia el conducto para ver a los hombres. El traje de Leonard apenas era una silueta que se confundía con el cielo oscuro y su rostro se perdía en las sombras.

—La soga local de Rafael está anclada. Anclaje cerrado. Deslizando pasador. Negro sobre negro. Estoy recogiendo las sogas de seguridad y voy hacia la escotilla.

Seguí de memoria los movimientos de enganchar la soga al amarre y deslizar el pasador para que el indicador mostrara una línea negra fija.

—Voy a despejar mi soga de seguridad para que lo traigamos todo dentro.

A mi lado, Kam retorció la toalla entre las manos. Habíamos hecho simulacros en los que un miembro de la tripulación quedaba incapacitado, pero había una inmensa diferencia emocional entre un simulacro y la realidad.

Retorcí la otra toalla en forma de cuerda y la tela blanca y suave en espiral añadió su propio roce a los sonidos de la nave. Para llenar el vacío, dije lo obvio.

—En cuanto Rafael tenga los ojos despejados, ayudaré a Leonard a sacarlo del traje.

—Bien. —Flotó hasta el botiquín, que había fijado a un enganche en un lateral del eje—. Si se altera, tengo un calmante.

La voz de Leonard siguió tranquila con la narración.

—Los dos estamos asegurados, así que te guiaré para que entres.

—Recibido.

Nada en la voz de Rafael indicaba que estuviera alterado. Solo era una contingencia, como todas para las que nos habíamos preparado. A través de la ventana, vimos las siluetas entrar en la tenue luz de la esclusa. Si no fuera por las rayas de los trajes, no sabría quién era quién, salvo porque Rafael buscaba a tientas las paredes y Leonard lo guiaba con movimientos precisos.

—Estamos en la esclusa. Voy a soltarte un momento para cerrar la escotilla, pero estás anclado a los rieles interiores.

—Recibido.

Los trajes eran tan voluminosos que no distinguía el movimiento del pecho de Rafael. Al acercarse a nuestro lado de la esclusa, la luz se deslizó por la curva de su casco e iluminó la bruma que cubría el cristal. Su rostro era solo una tenue silueta en el interior.

Me impulsé a un lado de la puerta para dejarles espacio para pasar. Mientras Kam esperaba junto al indicador de presión, doblé la toalla varias veces, como si buscara la forma óptima de sujetarla. Seguro que la CAI había hecho algún tipo de estudio al respecto o algún estudiante de posgrado había escrito una tesis sobre cómo «maximizar el rizo de la tela».

Sobre mí, el indicador de presión delta subió cuando Kam abrió la válvula de la esclusa para que la atmósfera llenase el espacio. El aire rugió por la válvula como si un tren de carga cruzara el eje.

Casi ahogó la voz de Leonard.

—Presión confirmada. Ya casi está, Rafael.

—Confir…

Se le quebró la voz al toser.

El corazón me dio un vuelco, como si quisiera saltar para abrir la esclusa. La formación actuó más rápido. Me metí la toalla entre las rodillas y la presioné con las piernas mientras agarraba la manija de la escotilla y empezaba a bombear. Cinco bombeos para abrir cada uno de los quince cerrojos que mantenían la puerta sellada.

Leonard me vio desde el otro lado.

Agarró el casco de Rafael y desbloqueó los cierres que lo mantenían fijado.

Todas esas precauciones ahora nos entorpecían, pues las mismas salvaguardias que mantenían el casco seguro lo ralentizaban.

Por los altavoces, escuchamos a Rafael aspirar sus propias lágrimas.

Me acuclillé, todavía con la dichosa toalla entre las piernas, y di una fuerte patada en la pared para abrir la escotilla interior. En cuanto el hueco fue lo bastante grande, dejé que la inercia me empujara el resto del camino y floté hacia delante, con la toalla en la mano.

Rafael se quedó inmóvil, aunque las manos le temblaban por la angustia. No se resistió cuando Leonard le quitó el casco. La formación nos aseguraba que era imposible ahogarte en tus propias lágrimas y, sin embargo, los glóbulos de agua salada y los mocos flotaron por la esclusa. Tenía los ojos, la nariz y la boca cubiertos de bolitas plateadas.

Le di un azote en la cara con la toalla. El movimiento lo alejó del agua, solo un poco, y la toalla comenzó a absorber. Después se movió y levantó la mano para llevarse la tela a la boca.

Tosió, escupió y se limpió el agua salada mientras Leonard lo sujetaba. Fuera de la esclusa, Kam miró al altavoz.

—Parker. Lo tenemos. Rafael está asegurado.

—Recibido. —Nunca había oído pronunciar una sola palabra con tanto alivio—. Buen trabajo.

En ese momento, el autocontrol de Rafael se quebró.

—¿Buen trabajo? —Tiró la toalla—. Lo he matado, joder.

Le tomé las manos enguantadas y las apreté con fuerza entre las mías. El frío de la sombra del espacio todavía impregnaba el material y me calaba los huesos.

—Cariño. Sé que es duro. Lo sé. Pero no es culpa tuya.

—¿No? ¿Y de quién es?

Parker habló por el altavoz:

—De Control de Misión. —Suspiró por el micrófono—. Y mía. Y de Dios. Y, sí, también tuya. Cargarás siempre con esa culpa, no

fingiré que no es así, pero la carga no es solo tuya. Hiciste lo posible por mantener a Estevan a salvo.

Al oír a Parker pronunciar el nombre de Terrazas, Rafael se derrumbó. Nuevas lágrimas se apiñaron alrededor de sus ojos y formaron burbujas. Leonard atrapó la toalla flotante y se la colocó en la cara. Le solté las manos, cogió la toalla y lloró en ella.

Giré para deslizarme por la esclusa y que Kam pudiera entrar. Habló con un tono de voz frío y desprovisto de emoción. Si solo la escucharas, no te darías cuenta de que tenía los ojos rojos e hinchados.

—Aguanta un poco más y te quitaremos el traje.

Si Rafael dijo algo, la respuesta se perdió dentro de la toalla. Mientras trabajábamos para sacarlo del traje, relajó los músculos poco a poco hasta que quedaron lánguidos. Kam murmuraba algo sin sentido y usaba su voz como una cuerda que lo mantuviera con nosotros. En algún momento, Parker llegó y la ayudó a llevar a Rafael al módulo médico. Leonard y yo nos quedamos a guardar los trajes.

Su mandíbula estaba en tensión mientras le ayudaba a salir del traje de EVA. La única conversación que tuvimos fue la lista de verificación que la CAI había establecido para la actividad posterior a las EVA. Cuando aseguró la última bota en su contenedor, flotó y miró el hueco vacío donde debería estar el equipo de Terrazas.

—Elma. ¿Puedo…? —Se llevó las manos a la cara—. ¿Podrías…?

Todas las lágrimas que me había esforzado por contener me quemaron el fondo de la garganta. Me impulsé para rodearlo con los brazos y flotamos juntos, girando a la deriva, mientras la pena creaba constelaciones a nuestro alrededor.

Rafael durmió en el módulo médico.

Cuatro de nosotros estábamos en la cocina bebiendo el chocolate caliente que Florence nos había preparado. Leonard se acurrucaba bajo una manta de lana gris junto a Kam, que miraba la taza como si

esta le hablara.

Agarré la mía. Debería haberme calentado las manos, pero, aun así, me dolían. Habían pasado horas y todavía me dolían por tocar el traje de Rafael. Al menos, me convencí de que esa era la razón. Lo cierto es que me dolía todo, como si el pesar me hubiera congelado las articulaciones, igual que…

Tragué saliva y levanté la taza.

Parker bajó por la escalera. Tenía los ojos rojos y llevaba una botella bajo el brazo. Con la cabeza gacha, se acercó a la mesa y dejó el *brandy* en el centro.

Florence se enderezó y alcanzó la botella.

—¿Cómo lo has subido a bordo?

—¿Subir el qué? —Parker se instaló en el extremo del banco, a mi lado—. Control de Misión prohíbe terminantemente el consumo de alcohol en las naves de la CAI para evitar malentendidos culturales.

Kam bufó y deslizó la taza de Leonard hacia Florence.

—Odio que me usen de excusa. Es medicinal.

Deslicé también la mía.

—Órdenes de la médica.

Parker apoyó la cabeza en las manos y se dirigió a la mesa.

—Quiero decidir lo que haremos con el cuerpo.

—La bolsa no. —El chocolate se derramó fuera de la taza de Kam.

—Es lo que Control de Misión quiere que usemos, porque Terrazas ya está congelado.

—No. —Negué con la cabeza y la furia me recorrió la columna. Me aferré a ella de buen grado. Diantres, Nathaniel me había prometido que no…, pero, claro, no estaba en el trabajo. Apreté la mandíbula y tragué antes de hablar—. No lo recomiendo.

—Estoy de acuerdo. —Parker siguió con la vista fija en la mesa —. Por lo que he leído en tu informe, solo traumatizaría más a una tripulación ya traumatizada.

—Parker… —Kam estiró la mano por la mesa y le tocó el codo, que tenía apoyado en la dura superficie—. Todos estamos agotados

y conmocionados. Quizá sería mejor esperar un poco.

—Lo sé. —Se enderezó y nos miró con calma militar—. Pero quiero resolverlo antes de que Avelino despierte. No quiero que escuche la conversación, así que hagamos nuestro puñetero trabajo y tomemos una decisión.

Leonard estiró la manta para cubrirse los hombros.

—Estevan sigue unido a la línea de amoníaco, así que habrá que salir para cortarla y liberarlo. La sección debería estar completamente vacía. —Tragó—. Ahora.

—Debería haberlo estado antes —dije, más cortante de lo que pretendía.

Leonard levantó las manos.

—El indicador decía que lo estaba.

—Basta. —Parker dio un manotazo a la mesa—. No vamos a echarnos las culpas. Decidiremos qué hacer con Estevan. En la coyuntura actual, la línea ha sido cortada y no contiene amoníaco.

—Hay que hacer una EVA de todas formas para reparar el sistema de refrigeración. —Asentí e imité la calma que todos fingían poseer, como si aquello fuera solo otro simulacro—. Puedo salir con Leonard para… despejar las líneas.

—Y luego, ¿qué? —Florence se levantó y se acercó a los fogones —. ¿Lo traemos dentro?

Leonard la miró por encima del hombro mientras cogía una taza.

—Tiene un brazo extendido. No cabría por la esclusa. Además, no será sencillo quitar las líneas. Tiene un bloque de amoníaco alrededor del pie. Hará falta un poco de trabajo.

Salvo por Rafael, Leonard era el único que había visto… el problema. Tal vez pudiéramos utilizar la lanzadera para hacer un reconocimiento.

—¿Y la lanzadera? ¿Podríamos meterlo dentro?

—¿Con qué objetivo? —La cara de Parker era una máscara en blanco.

—Bueno, así trabajaríamos con gravedad.

Leonard asintió.

—Sí, creo que entraría por la esclusa más grande. Pero… —Hizo una mueca y ladeó la cabeza—. Ese amoníaco se descongelará.

Florence dejó una taza de chocolate delante de Parker.

—Pues ponte un traje marciano, como dijiste que harías si tenías que fabricar amoníaco de repuesto.

—¿Lo oíste?

—Cariño, yo lo oigo todo. —Florence le puso una mano en el hombro a Parker hasta que este se adelantó y tomó la taza—. Tengo un solo trabajo en esta nave, y no te atrevas a decir que es hacer la colada. Eso se debe a que algunos son demasiado tontos para hacer el suyo.

Parker miró la taza.

—Deberíamos decidir el objetivo final. —La dejó en la mesa, sin beber, y se levantó. Cogió un rotulador, lo destapó y se volvió hacia la pizarra—. Diría que estas son las opciones.

Escribió:

> Entierro en el espacio.
> Almacenar para entierro en Marte.
> Almacenar para entierro en la Tierra.
> La bolsa.

La última la tachó con una línea.

—Hemos descartado una. —Nos miró por encima del hombro—. ¿Qué otras opciones tenemos?

Todos miramos la pizarra. Levanté la mano, pero la volví a bajar porque, en realidad, la idea que tenía no era una opción real. Había media docena de cosas que podían salir mal.

—York.

—No es… —Quizás a alguien se le ocurriese otra alternativa al oírlo. Era el objetivo del ejercicio—. Incineración.

Parker frunció los labios un segundo antes de asentir y añadirlo a la lista.

—¿Algo más?

Leonard levantó la mano. No sé por qué lo hacíamos, como si

fuéramos niños en el colegio.

—En lugar de un entierro bajo tierra en Marte, ¿qué tal un entierro de reentrada en Marte?

Parker asintió, lo escribió y, además, añadió:

«Entierro de reentrada en la Tierra».

—¿Más sugerencias?

Los ventiladores zumbaban acompañados de la nevera y de los silbidos silenciosos de la nave mientras el segmento de anillo giraba por el espacio. Di un sorbo al chocolate, que era demasiado dulce y me impregnó el interior de la boca como el pegamento. Bajé la taza y alcancé el *brandy*.

Todavía con la vista fija en la pizarra, Parker preguntó:

—¿Alguna idea de qué habría querido?

—Deberías preguntarle a… —Kam se detuvo y miró la taza.

—No quiero molestarlo más de lo indispensable. Ya es bastante duro que se sienta responsable sin echarle esa carga encima.

—Lo sé, pero es que estaban… muy unidos. —Kam bajó la mirada y se mordió el labio inferior.

Ya sabía a qué se refería, otra señal de cuánto había cambiado el mundo desde el meteorito. El hecho de que pasaran juntos todo el tiempo libre, las veces que los había visto tocarse, que Rafael me dijera que sabía de quién era el condón…

Miré alrededor y en las caras de los demás observé la misma comprensión, pero el mundo no había cambiado lo suficiente como para que ninguno lo dijera en voz alta. Incluso con la garantía de Kam de que Control de Misión estaba al corriente de que ese tipo de cosas «no eran inusuales», ambos eran militares.

Parker suspiró y se frotó la nuca.

—De acuerdo. Exploraremos todos los escenarios. Shamoun, ¿puedes explicarle las opciones a Avelino para saber qué opina? Sería mejor si viniera de…

—Sí. —Asintió y apretó la taza con los dedos—. En momentos así, desearía beber.

A excepción de DeBeer, toda la tripulación de la Pinta vino a la Niña para el funeral de Terrazas. No era seguro dejar las dos naves sin tripulación y le agradecí a Benkoski la decisión de personal que había tomado. Sentados en dos incómodas filas del módulo de jardinería, escuchamos a Wilburt y Graeham tocar un dúo inquietante con flauta y violín.

Florence y yo habíamos arrastrado los bancos de la cocina y las sillas del módulo médico. Elegí un sitio en la última fila, entre Benkoski y Florence. Justo delante de mí, Rafael se sentaba entre Kam y Leonard. Su postura era tan rígida y correcta que hasta dolía mirarlo.

Delante de él, al otro lado de los maceteros de rábanos, habíamos hecho una especie de pira. No es que fuéramos a quemar nada. Ni a nadie. Pero habíamos amontonado algunas cajas de embalaje y una puerta de armario para crear una superficie elevada por encima de las hojas verdes, que se agitaban con suavidad.

Kam había envuelto a Terrazas en una sábana. Su cuerpo yacía, casi como una momia, sobre la tabla. En el extremo que le cubría la cabeza, Florence había cosido una simple cruz romana con hilo azul arrancado de su uniforme. Yo había recortado y retorcido tarjetas perforadas e informes viejos para crear un ramo de flores que descansaba como un bulto de color crudo sobre su pecho. Al estar tan lejos de casa, creo que nos aferrábamos a todos los rituales y consuelos posibles. Aunque Terrazas era católico, recité el «Kadish del doliente». Otros honraron su muerte como no habíamos podido hacer por Ruby. Porque nos habían ordenado que no lo hiciéramos, supongo. Fuera como fuera, todos lo necesitábamos, y me sentía profundamente agradecida con Parker por haber ignorado a Control de Misión.

Graeham y Wilburt terminaron la canción y nos dejaron con el tranquilo susurro de las hojas y las respiraciones desiguales. Parker se levantó de la fila delantera y avanzó para situarse junto al cuerpo de Terrazas.

—No existe una manera correcta de llorar la muerte de alguien. Pero sí que podemos recordarlo. Conocí a Estevan Terrazas en la

guerra. Repostábamos en una base de Normandía. Me puse a coquetear con una mujer joven que resultó ser su hermana. A pesar de que lo superaba en rango y que estaban en Francia como refugiados, me sugirió que no era la mejor elección. —Parker esbozó una sonrisa torcida y me miró brevemente—. Siempre recordaré que tenía un gran gancho de derecha. Y que era intrépido, leal y un completo payaso con sus amigos. Tenerlo como copiloto ha sido un orgullo, pero no tanto como contar con su amistad.

Delante de mí, la espalda de Rafael estaba rígida. Sus hombros habían dejado de moverse, y creo que contenía la respiración. Estiré la mano y se la posé en la parte superior de la espalda. Por un momento, se inclinó sobre el toque y, después, la coraza que lo rodeaba se quebró. Se dobló hacia delante y se cubrió la boca con las manos, aunque no sirvió para esconder el sonido.

Kam se volvió en el asiento, pero, antes de llegar hasta él, Benkoski ya lo había rodeado con sus largos brazos. Los abrazó a ambos, con Rafael en medio. Leonard se deslizó hacia delante y se unió al grupo, lo que me impulsó a mí también. Los diez nos envolvimos en una postura incómoda, encorvados sobre los bancos, las sillas y unos sobre otros. Como si tratásemos de crear un escudo contra el dolor con nuestros cuerpos.

En momentos así, no se contaban los minutos ni las respiraciones, solo las ondas de dolor que fluían por nosotros. Rafael no era el único que lloraba.

Yo misma era una prueba empírica de ello.

El portador de un féretro tiene un papel diferente en gravedad cero. Rafael y Leonard guiaron el cuerpo envuelto de Terrazas por el eje hasta la esclusa. Excepto por la brecha en el módulo de jardinería, la coraza de autocontrol de Rafael se mantuvo impenetrable. Sin embargo, las heridas internas nunca se ven a plena vista y su aparente calma no engañó a nadie.

Creo que por eso Parker nos mandó a todos a la cúpula de observación antes de que abrieran la exclusa exterior. Habría enviado

también a Rafael si no fuera evidente que se habría negado a obedecer esa orden.

Nos agrupamos junto a las ventanas de babor. No es que babor y estribor tuvieran mucha relevancia en el espacio, pero costaba abandonar la vieja nomenclatura. Heidi se acercó a mí y flotó mientras se abrazaba a sí misma.

En un funeral en la Tierra, habríamos mantenido alguna charla intrascendente para ponernos al día y recordar al difunto. El deseo de hornear pasteles y cocinar guisos me quemaba por dentro desde hacía dos días, pero no habría sido capaz de recordar cómo entablar una conversación normal aunque mi vida dependiera de ello.

«Aunque mi vida dependiera de ello» quizá no era la expresión más apropiada dadas las circunstancias.

La cúpula de observación sobresalía lo suficiente para atisbar toda la longitud de la nave. Estábamos en el lado en el que incidían los rayos del sol, así que el metal brillaba sobre la tinta del espacio. Nunca te acostumbras a la profundidad de ese negro. «Profundidad» era una palabra muy adecuada, porque al mirarlo sentías que podrías caer por él para siempre.

Lo cual era lo que estábamos a punto de hacerle a Terrazas.

El altavoz se encendió y la voz de Rafael llegó hasta nosotros.

—Damas y caballeros. —Su voz se quebró, y se aclaró la garganta antes de empezar de nuevo—. Damas y caballeros, en este emocionante episodio, nuestro intrépido aventurero Estevan Terrazas se embarca en una exploración del espacio profundo.

En la popa, un rocío de flores de papel salió del costado de la nave seguido del cuerpo envuelto de Terrazas. El paño enrollado ataba su cuerpo como un torpedo que siguió las leyes de la inercia y flotó a nuestro lado. Poco a poco, las diferentes velocidades se impusieron y se quedó atrás, como si realizara una inspección del casco. Adiós, valiente e intrépido aventurero.

Tuve que apartarme de la ventana y cerrar los ojos. Habíamos ido juntos a la Luna. La primera vez que había viajado al espacio, lo había hecho con ese hombre. Habían pasado años y todavía lo recordaba como si hubiera sido ayer.

—Espera un segundo. —Terrazas me pone una mano en el brazo y señala hacia las ventanas—. Mira.

No hay nada que ver salvo la vasta oscuridad. Si pienso de manera racional, sé que hemos pasado al lado oscuro de la Tierra. Nos deslizamos por la sombra y, entonces, el cielo se llena de magia. Las estrellas aparecen. Millones de ellas, en todo su esplendor.

«Mira». Abrí los ojos de nuevo para ser testigo. Con el sol de frente, no había estrellas visibles en el cielo, pero las flores de papel atrapaban la luz y brillaban en la negrura. Terrazas giraba como si observase la gloria de todo lo que nos rodeaba.

—No. —Florence flotó hasta la ventana y presionó la mano contra el cristal—. No. Mierda.

Se dio cuenta del impacto antes de que ocurriera, lo que nos dio tiempo al resto para mirar cómo el cuerpo de Terrazas golpeaba la antena que apuntaba hacia la Tierra.

CAPÍTULO 27

CHILE TOMA EL CONTROL DEL FERROCARRIL MIENTRAS LAS HUELGAS Y LOS DISTURBIOS SE EXTIENDEN

> Santiago de Chile, 20 de mayo de 1963 — Una creciente ola de manifestaciones de miles de ciudadanos por la escasez de alimentos ha obligado al Gobierno a poner las líneas de ferrocarril bajo el control del ejército. El Gobierno también ha reforzado la vigilancia en puntos estratégicos y aumentado el número de policías que patrullan las calles de la ciudad con cañones de agua.

Control de Misión nos trasladó a todos a la Pinta debido a los daños en la Niña. Después de siete meses viviendo con solo otras seis personas, los últimos diez días habían sido extraños y claustrofóbicos.

Me pegué a la pared en la reunión de personal del lunes por la mañana mientras las tripulaciones de ambas naves se apretaban en la cocina de la Pinta. Parker y Benkoski esperaban en lo que supongo que era la parte trasera de la habitación extrañamente desorientadora.

Las dos naves eran idénticas, o así se habían construido, pero,

después de siete meses habitadas por dos tripulaciones muy diferentes, habían cambiado mucho. Algunas diferencias eran flagrantes, como la frontera alpina que Heidi había pintado en la pared donde estaban los revestimientos de madera. Era más fácil de sobrellevar que los cambios pequeños. Por ejemplo, las tazas de café se encontraban en el tercer estante del armario derecho, no en el primero del izquierdo. En el cajón de los cubiertos, las cucharas estaban entre los cuchillos y los tenedores en vez de a la derecha, que es donde deberían estar. ¿Por qué no guardarlas en el cajón en el mismo orden en que se colocan en la mesa?

Quizá lo más extraño era que habían puesto la pizarra en el lado opuesto adonde la teníamos nosotros. No era un gran cambio, pero no me quitaba de encima la sensación de que miraba en la dirección equivocada. Parker se volvió hacia el lado contrario para coger el rotulador.

—De acuerdo. Es prioritario poner en marcha el sistema de refrigeración de la Niña, junto con la antena. Sé que el equipo de la Pinta nos quiere fuera de aquí lo antes posible, pero vamos a hacer las cosas despacio y bien. Aprovecharemos la ventaja de tener a los dos equipos en una nave y combinaremos fuerzas. Control de Misión ha preparado un plan que cree que funcionará. Empezaremos por el sistema de refrigeración. —Se volvió hacia la pizarra y escribió dos nombres—. York. Tú y yo estaremos en el puente de la Niña. Quiero que seas mi copiloto para esto, así que empieza con la preparación.

La habitación se calentó y la sangre me subió a la cara. Me sentí como en el instituto, cuatro años más joven que los demás y elegida para el equipo de *kickball*. Y no como la última a la que le elegían a regañadientes, sino la primera.

Por otra parte, ¿a quién quería engañar? La sangre volvió a su cauce y me quedé helada. Parker acataba órdenes. Era la decisión de Control de Misión y la aceptaba porque siempre obedecía.

—Schönhaus y Flannery harán la EVA. Avelino y Grey os ayudarán a prepararos. DeBeer, Stewman y tú… ¿Sí, Sábados?

Los afilados pómulos de Dawn parecían a punto de atravesarle la

piel con desaprobación.

—Control de Misión ha dicho que Wilburt y DeBeer deberían hacer la EVA.

—Gracias. Soy consciente de ello.

Mientras Parker se volvía de nuevo hacia la pizarra, Benkoski se cruzó de brazos y miró a Dawn a los ojos. Sacudió la cabeza ligeramente y no volvió a abrir la boca para protestar.

En un lado de la habitación, apoyado en la encimera, DeBeer apretaba la mandíbula con la barbilla pegada al cuello y el ceño fruncido. Leonard se quedó con la boca abierta y su piel se oscureció por el rubor.

—DeBeer, irás en la lanzadera, por si hubiera alguna eventualidad, para traer a los nuestros lo más rápido posible y que reciban atención médica inmediata. Tu primera tarea será trabajar con Shamoun para hacer las modificaciones necesarias y convertirla en una enfermería flotante.

El emparejamiento me preocupaba. En los viajes para hacer exámenes regulares a la tripulación, no había vuelto a mostrar un racismo tan flagrante como cuando estaba enfermo, pero siempre se le escapaba algún comentario. Ninguno habría llegado a oídos de Control de Misión, salvo, quizá, en la forma de una línea en un informe como «comunicación subóptima entre el copiloto y la especialista médica».

—Avelino, Schönhaus, Flannery y tú revisaréis hasta el más mínimo detalle de los planes de la EVA de Control de Misión. Llevamos aquí siete meses y no saben cuáles son nuestras condiciones reales. Buscad cualquier agujero. Cualquier defecto. Cualquier fallo potencial. Si tenéis alguna duda, confío en ti para resolverla. ¿Queda claro?

—No estoy seguro de que nadie deba confiar en mi juicio. —Rafael se encogió de hombros y miró al suelo.

—¿Cuestionas una orden? —El aludido levantó la mirada.

—No, señor.

—Pues siéntate derecho y presta atención. —Lo señaló con el rotulador—. Tienes trabajo que hacer y espero que lo hagas.

No me pareció justo. El hombre seguía conmocionado y de luto. No había sido culpa suya, pero tenía derecho a sentir el dolor y la pérdida de confianza que conllevaba… Claro. Parker quería darle un propósito. Maldición. Era más feliz cuando me enfadaba con él, pero tenía que reconocer que era una buena estrategia.

Se golpeó la palma con el rotulador y nos miró a todos.

—Nos encontramos a millones de kilómetros de casa. No hemos estado todos juntos en la misma habitación desde que abandonamos la órbita terrestre hace siete meses, así que dejadme que os recuerde un par de cosas. Uno: soy el comandante de la misión. Dos: Benkoski es el segundo al mando. Si algo me pasa, le obedeceréis a él. Y le obedeceréis por encima de lo que diga Control de Misión, porque, por mucha potencia cerebral que tengan allí abajo, no saben lo mismo que nosotros. No conocen los matices de nuestra situación, lo que significa que cometen errores.

»Yo cometí un error en la última EVA, porque sabía que Leonard estaba mejor preparado, pero no insistí. Así que, si encontráis cualquier fallo, espero que lo mencionéis y que lo solucionéis. No obstante, también sé que ninguno de los aquí presentes es un fallo. Nosotros doce, en esta habitación, somos todo nuestro mundo. Así que haced vuestro puñetero trabajo y dejadme hacer el mío.

Querer aplaudir a Parker era una sensación muy extraña.

22 de mayo de 1963

Querido Nathaniel:

Me siento como una mala esposa porque me han informado de tu salud, pero he tardado varios días en escribirte. Siento que haya pasado tanto tiempo, aunque seguro que entiendes el motivo. Las horas han sido largas y no he querido pedirle a Florence ni a Dawn que pasasen más tiempo en el teletipo. Florence me lo ofreció y se lo agradezco.

Supongo que ya sabrás que Wilburt y Leonard hicieron una reparación parcial del sistema de amoníaco.

Todos deseamos que vuelva a estar a pleno rendimiento, en parte para tener todos los sistemas en línea, pero, sobre todo, para volver a casa. La tripulación de la Pinta ha sido amable, pero vivir todos en una

misma nave hace que tropecemos unos con otros constantemente. Era lógico pensar que reduciría la carga de trabajo, ya que la repartiríamos entre más gente, pero la realidad es que creamos más trabajo para los demás.

Imagino que sentirás lo mismo cuando llegue Thomas. Por favor, dime que todavía va a hacer las prácticas contigo. Sobre todo, porque eso implica que estás bien y, con suerte, se asegurará de que comas con regularidad.

Me imagino la cara que acabas de poner. Sí, incluso a millones de kilómetros de distancia. Recuerda que puedo regañarte esté donde esté.

Otros aspectos del matrimonio requieren proximidad, por lo que espero impaciente el momento en que volvamos a compartir el mismo campo gravitacional.

Con todo mi amor,
Elma

Preparar la masa de un pastel tenía algo curiosamente satisfactorio. Coges tres ingredientes y haces magia con ellos. Aunque hubiera preferido tener mantequilla de verdad, el aceite con sabor a mantequilla que teníamos era no perecedero y no estaba mal. Por otro lado, llevaba tanto tiempo comiendo en el espacio que mis estándares para «no está mal» habían bajado bastante.

Por fortuna, los de los demás también, así que mi pastel de chocolate aún funcionaba como soborno. Con un poco de suerte, pondría a todos de mejor humor. Ya llevábamos dos semanas en la Pinta y el espacio reducido tenía a todo el mundo de los nervios.

Sujeté el bol contra la cadera para estabilizarlo mientras mezclaba el aceite y la harina con un tenedor. Ya había hecho el relleno, que esperaba en la encimera en una fuente llena de chocolate. Por ensayo y error, había aprendido que, al usar leche en polvo, obtenía mejor consistencia si lo dejaba reposar antes de hornear, una de las muchas adaptaciones al espacio que la CAI no había anticipado.

Muy similar a cómo sería en realidad meter a ambas tripulaciones en una sola nave. Detrás de mí, algunos miembros de la Pinta usaban la cocina como espacio de recreo. Supongo que

habían preferido esa habitación a la cúpula de observación, lo que nos vino muy bien para repartir el espacio. La última vez que las vi, Florence y Kam estaban en la cúpula.

Dawn y Heidi habían añadido una mesa improvisada, hecha con la tapa de un cajón y una caja, y montaban un puzle que mostraba una vista parcial de un canal veneciano. DeBeer se tomaba una taza de café mientras leía un periódico antiguo de su país.

Resultaba curioso observar lo que hacíamos para sentirnos mejor. Después de un tiempo, las secciones del periódico que nunca te habrías parado a leer se convertían en fuentes de consuelo. Me quedaba absorta con las páginas sobre béisbol solo porque contenían palabras como «Chicago» y «San Francisco».

Una vez que la harina y la mantequilla se unieron para formar finas migas de pan, coloqué el bol en la encimera de nuevo. A continuación, añadí cuatro cucharadas de agua. En casa solo necesitaba tres, pero la humedad era muy escasa en las naves, así que necesitaba un poco más para conseguir una buena consistencia.

Rafael se deslizó por la escalera hasta la cocina. Apenas había tocado el suelo cuando se impulsó y usó el mismo impulso para aterrizar cerca de DeBeer. Le estampó un cartel escrito a mano en el pecho.

—¿Has sido tú?

—Podría haber sido cualquiera. —DeBeer apartó la mano de Rafael y dejó el cartel a la vista.

«Baño de color».

Dejé las cucharas de medida en la encimera con un golpe seco.

—Serás capullo.

—Estaba en el baño de gravedad cero. —Le arrancó el periódico de las manos—. *Vai pentear macacos*.

DeBeer empujó la silla hacia atrás y se levantó del asiento. Le sacaba unos buenos siete centímetros a Rafael y los aprovechó para cernirse sobre él.

—No te atrevas a tocarme.

—¿Por qué? ¿Soy demasiado oscuro para ti? —Le puso las dos manos en el pecho y lo empujó—. ¿Ahora estás manchado?

DeBeer le devolvió el empujón. Entonces, los dos se encendieron y los puños y los insultos volaron por la habitación.

Me acerqué a toda prisa.

—¡Basta, chicos! ¡Parad! Esto es…

Tuve que esquivarlos cuando cayeron hacia mí. Dawn eligió una dirección más útil y corrió hacia la pared del comunicador. Activó el botón.

—Parker. Benkoski. Pelea en la cocina. Solicitamos ayuda lo antes posible.

Heidi y yo rodeamos a los hombres. A DeBeer le salía sangre de la nariz. Rafael le dio otro puñetazo en el estómago, pero se acercó demasiado y DeBeer lo agarró. Forcejearon y dieron vueltas como un par de gatos salvajes.

Alcancé el bol con el relleno de chocolate que había detrás de mí y se lo lancé a la cabeza. El almíbar se desparramó sobre ambos y les cubrió los ojos y las mejillas. Mientras farfullaban de rabia, se separaron lo suficiente para que Heidi y yo nos metiéramos entre los dos para separarlos.

Le puse las manos en el pecho a Rafael y me mantuve entre DeBeer y él. Bajo las palmas de las manos, sentí su corazón latir como una bomba sónica. De cerca, me fijé en que no solo estaba enfadado, sino que le caían lágrimas por las mejillas que se mezclaban con el chocolate.

—Por favor. —Le enterré los dedos en el traje de vuelo para intentar que me hiciera caso—. Por favor, para.

—¡DeBeer! —gruñó Heidi, y entró en mi campo de visión.

Un momento después, embistió a Rafael desde un lateral. Estaba agarrada a su traje, así que trastabillé con ellos.

—¿Qué narices pasa aquí? —Parker atrapó a DeBeer, le pasó un brazo por el cuello y lo arrastró hacia atrás.

Benkoski cogió a Rafael. Le solté. El chocolate pegajoso me cubría las manos.

La adrenalina se disparó. Me temblaban las manos y el pulso me palpitaba en la parte posterior de las rodillas y me calentaba el cuello.

—Repito: ¿qué narices pasa aquí? —Parker le retorcía el brazo a DeBeer en la espalda y lo había obligado a arrodillarse. El chocolate le cubrió la parte delantera del traje de vuelo.

Los dos hombres se fulminaban con la mirada desde el suelo, pero el dichoso «honor» militar los mantuvo en silencio. No había problema en liarse a puñetazos, pero antes muertos que chivarse. Las señales de lucha eran evidentes, aunque no les hubiera tirado el chocolate.

—York. Informa. —Parker me miró.

Al parecer, sentía el mismo honor de piloto que ellos, porque no quería meter a Rafael en un lío. Si DeBeer lo hubiera instigado, no habría dudado, pero el ejército haría la vista gorda con lo del cartel. Lo único que importaría era que Rafael había empezado el enfrentamiento físico.

—York, estabas en medio de todo cuando he entrado y estoy cubierto de chocolate. Informa. Ahora.

Suspiré, me agaché y recogí el cartel del suelo.

—DeBeer puso esto en el baño de gravedad cero.

DeBeer hizo una mueca. Al principio, creí que se debía a que le echasen en cara el cartel, pero lo oí sisear. Parker le sujetaba el brazo con más fuerza en la parte superior de la espalda.

—¿Es obra tuya?

Detrás de Rafael, Benkoski puso los ojos en blanco.

—Por Dios, Van.

¿Cómo narices había conseguido DeBeer autorización para la misión? No se amedrentó, ni siquiera un poco. Señaló a Rafael con la barbilla.

—Nadie más lo ha visto. A lo mejor lo puso él.

Parker cambió a afrikáans y se inclinó para hablarle al oído.

—*Begin met 'n verskoning en laat my glo dit, of jy sal nie aan Mars raak nie.*

Lo que fuera que le dijo, lo hizo palidecer un poco. Se humedeció los labios y parpadeó desconcertado unos segundos por el sabor del chocolate.

—¿Él se va a disculpar?

Podría haberlo abofeteado, pero habría sido inútil. Aunque era tentador. Lo que me sorprendía era que Rafael hubiera cedido a la tentación. Era, probablemente, el menos volátil de todos. Por otra parte, en ese momento tenía razones para estar inestable. Pobre hombre.

Parecía hundido entre los brazos de Benkoski, que daba la sensación de que, más que sujetarlo, le servía de apoyo. Levantó la cabeza.

—Siento haberte pegado. Habría sido más apropiado acudir a un superior. Me disculpo por los problemas que he ocasionado. Y por desperdiciar la tarta de Elma.

La gravedad de la habitación se desplazó hacia DeBeer. Yo no habría sido capaz de soportar el peso de tantas miradas. Parker todavía lo sujetaba y la presión lo obligó a inclinarse hacia delante.

Quizá le apretase más el brazo o quizá DeBeer por fin se dio cuenta de que no iba a convencer a nadie de que el cartel no era cosa suya. Fuera cual fuera la causa, expulsó todo el aire, con el hombro inerte.

—Era una broma.

—Deja que te cuente algo curioso. —Parker se inclinó sobre el hombro de DeBeer, pero me miró a mí—. Resulta que eso no impide que sea ofensivo. Además, no es una disculpa.

Se me atascó el aire en la garganta. DeBeer no se había disculpado, pero ¿Parker acababa de disculparse conmigo?

—Los dos estaréis confinados hasta que os hayáis calmado. —Le soltó el brazo—. Benkoski, ¿te encargas de esto?

—Confirmado. —Soltó a Rafael y dio un paso atrás con las manos en las caderas para mirar a ambos.

Heidi, Dawn y yo nos quedamos incómodas e inmóviles durante unos segundos mientras Benkoski se llevaba a Rafael y a DeBeer. Me acerqué a la encimera para coger un trapo. Detrás de mí, Parker dijo:

—La próxima vez, York, no les tires la masa.

—Fue lo primero que encontré.

—Ya. Pero ha sido desperdiciar una tarta de la leche. —Se

aclaró la garganta—. Sábados, no informes a Control de Misión. No quiero que salga en las noticias. Lidiaremos con ello de forma interna.

Miré la carta que le había escrito a Nathaniel y me mordí el labio inferior. Aunque quería contarle lo de la pelea del día anterior, estaba de acuerdo con Parker en dejarlo fuera de los informes.

La esquina del papel se agitaba por la brisa del ventilador que hacía circular el aire en la cúpula de observación. Leonard también flotaba en la cúpula y leía los últimos datos del satélite de Marte, que llevaba dando vueltas al planeta desde que había dejado caer la sonda Friendship. Con DeBeer libre, no me gustaba dejarlo solo, pero quería ir al módulo de comunicaciones en el turno de Florence. Además, Leonard era un hombre adulto.

Me aclaré la garganta y me impulsé para acercarme a él.

—Voy a comunicaciones. Avisa si necesitas algo.

—Estaré bien, Elma. —Levantó la cabeza y contrarrestó el movimiento con un giro de muñeca para no dar vueltas.

—Lo sé, pero… —El hecho de que a los dos se nos hubiera ocurrido que podría no estar bien era una gran alerta roja. Sin embargo, no había resuelto ese problema. Todavía no.

Di la vuelta en el aire y me impulsé hacia la escotilla. Una de las estrategias para gestionar la fusión de las tripulaciones era que Florence enviaba las cartas de la Niña y Dawn las de la Pinta. Como consecuencia, me sentía reacia a escribir y, dado que Florence tenía que teclear las cartas que le pasaba, procuraba que fueran cortas. No quería darle más razones para odiarme al hacerla trabajar de más. Asumía que Nathaniel escribía mensajes cortos por razones similares. Nuestros intercambios constantes habían desaparecido desde que ya no podíamos comunicarnos en la «basura».

Atravesé el eje hacia el módulo de comunicaciones con la carta doblada en el bolsillo del traje de vuelo. Delante de mí, encontré a Parker justo en la puerta del módulo. Al acercarme, giré para orientarme en su dirección, pero apenas apartó la vista de la puerta.

No me gustó la tensión que se reflejaba en su rostro. Me agarré a un riel y me detuve a su lado. Dentro, Dawn y Florence se inclinaban sobre la unidad de comunicaciones, mientras que Rafael y Wilburt flotaban debajo de ellas y examinaban las entrañas del teletipo.

—¿Qué ha…?

—Hemos perdido el contacto con la Tierra.

CAPÍTULO 28

Bitácora de la misión de la primera expedición a Marte, por el comandante Stetson Parker, el 29 de mayo de 1963 a las 11:47 —Protocolos de contacto completados. Después de dos días, la comunicación con la CAI no se ha reestablecido.

—York. —La voz de Parker me sobresaltó y rocié de tierra el suelo del módulo de jardinería, donde me había recluido para no estorbar—. Lo siento, no pretendía asustarte. ¿Tienes un segundo?

Con la mano en el pecho como una tontita de las series antiguas de *Flash Gordon*, me volví para mirarlo. Estaba bastante segura de que, si se fijaba, me vería el corazón latir a través de la mano, pero, al menos, mi voz sonó tranquila.

—Claro.

—Quiero tu opinión en una cuestión de personal.

Caminé hasta el estante de herramientas con la excusa de coger la escoba y recoger la tierra del suelo antes de que se desperdigara por todas partes, pero en realidad quería tiempo para boquear como un pez por la sorpresa. Parker quería mi opinión. La mía. El aire silbó en mi boca abierta antes de que tragara saliva.

—Dime.

Cuando me volví, parecía aliviado. ¿Quién era ese hombre? Asintió y fue directo al grano. El piloto seguro de sí mismo se elevó a la superficie.

—No encuentran ningún fallo en el sistema de comunicaciones de la Pinta. Aún recibimos las señales de guía remota de la Santa María, pero nada de la Tierra. Dudó y entendí por qué estaba tan preocupado, aunque lo ocultase de maravilla. Llevábamos dos días sin contacto con la Tierra.

—El problema podría estar en el extremo de la CAI.

—Nos apuntan con cinco antenas de radio y cuentan con sistemas auxiliares para los sistemas auxiliares.

—Ya.

Era extraño desear que algo fallase en la nave cuando estábamos a millones de kilómetros de casa, pero la alternativa era que algo terrible hubiera sucedido en la Tierra. En caso de que hubiera otro meteorito, lo habrían avistado, ¿verdad? Con los satélites y la estación de *Lunetta*… Seguro que todos en la Tierra estaban bien y era solo era un fallo eléctrico nuestro.

—Todavía es posible que sea cosa nuestra, y la mejor forma de descartar la posibilidad es poner la Niña a punto y comprobar también nuestra radio. ¿Crees que Avelino está preparado para una EVA?

Agarré la escoba y barrí la tierra que se había esparcido en un montoncito. No había vuelto a pelearse con nadie, pero todavía sufría. Por otra parte, era un profesional y conocía la Niña mejor que nadie.

—Sí, aunque quizá convendría formar un equipo de tres personas, como para el despliegue de los paneles solares. Así, si tiene problemas, habrá dos personas para ayudarlo a entrar.

Parker asintió.

—Es más o menos lo que había pensado. Flannery y tú.

Esa vez se me escapó un sonido sonoro, una mezcla entre una risa y un jadeo, como si me hubieran dado un puñetazo. Me agaché y barrí el montoncito de suciedad en el recogedor.

—¿De dónde sale esta fe repentina en mí?

—Lo siento. —Otra disculpa. Apreté la escoba por si resultaba ser un alienígena que se había apoderado del cuerpo de Parker—. Soy consciente de que no hemos sido exactamente compatibles en el

pasado, pero, sin Terrazas, eres la astronauta más veterana. Funciono mejor con un copiloto.

Miraba al suelo, apoyado en uno de los maceteros elevados. De repente, y como si hubiera recibido una bofetada, me di cuenta de que era quien había conocido a Terrazas durante más tiempo. A Parker se le daba tan bien poner la cara de póquer típica de los militares que no había tenido en consideración que estaría de luto. Seguía con su trabajo, sin más.

Me puse en pie y tiré la tierra de nuevo en el macetero de los nabos. Después dejé la escoba y el recogedor en su sitio.

—Yo también lo echo de menos.

Parker tensó la mandíbula y el gesto contrastó con el resto de su postura relajada. Mantuvo la mirada fija en el suelo, pero asintió con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Bueno. Hablaré con Flannery y Avelino, luego empezaremos a preparar la EVA. —Se enderezó y se volvió hacia la puerta sin mirarme—. Sigue con lo tuyo.

Dentro del casco, el ruido de mi respiración competía con el siseo de los ventiladores del traje de EVA. Observé el medidor de presión delta para abrir la esclusa al espacio. La más cercana a la antena no era lo bastante grande para que saliéramos los tres a la vez. Incluso si no fuéramos cargados con el equipo para la reparación, no habríamos cabido todos con los trajes rígidos y presurizados de las EVA, así que usamos una de las esclusas más grandes de la parte delantera, diseñada para cargar las lanzaderas.

Fuera del traje, el equipo se soltó de los enganches con un chasquido metálico. El medidor de presión delta disminuyó al evacuar el aire y nos dejó a la deriva en un silencio espeluznante. Floté hacia delante, me empujé con las juntas rígidas presurizadas del traje y desbloqueé la escotilla. Al abrirla, alcancé el gancho de sujeción para anclar el cable de seguridad a una de las barras de sujeción que cubrían la superficie de la Niña. «Anclaje cerrado. Deslizar pasador. Negro sobre negro». Luego pasé la bolsa de

equipo y la aseguré también. Con un tirón de mis dedos, salí flotando por la amplia escotilla. Usé uno de los asideros para desplazarme hasta el extremo de la barra para dejar espacio a Rafael y me anclé a una de las sogas exteriores.

Las dos ataduras tiraban de mí hacia la nave con suavidad. En la piscina del laboratorio de flotabilidad neutra eso no pasaba debido a la resistencia del agua, pero en el espacio ejercíanun arrastre constante. Como si me hiciera falta un recordatorio de que aquello no era un simulacro. Arañé el interior de los guantes mientras me ataba la bolsa con el equipo al traje para arrastrarla conmigo por el exterior del eje. Cuando todo estuvo asegurado y comprobado, me detuve a mirar.

La pena y la ira que se aferraban a mi pecho me liberaron un poco mientras flotaba por el espacio. Una parte de mí esperaba que fuera azul por culpa de las horas pasadas en la piscina del laboratorio y en las maquetas de la Niña. Pero el espacio era de un negro profundo. Dentro de la nave, si apagábamos las luces y apuntábamos hacia el lado nocturno, se veían las estrellas, pero siempre había una barrera. En una EVA, seguía mirando el espacio a través de un cristal, pero no existían límites en mi campo de visión.

No importa cuántas caminatas espaciales haga, las estrellas nunca dejarán de maravillarme. Con el negro infinito como telón de fondo, ardían. Nuestra nave era la única interrupción, bruñida de oro y plata por el sol.

Cuando Rafael salió, contuve la respiración hasta que se ancló. Se alejó de mí y observó la oscura extensión en uno de los pocos momentos de ocio que tendríamos en la caminata.

Mientras esperábamos a Leonard, miré al infinito. No creo que importe cuántas veces vea las estrellas así; siempre me parecerán sagradas. Murmuré:

—*Baruch ata Adonai, Eloheinu, melekh ha'olatn, she'hekheyanu v'kiy'manu v'higi'anu la'z'man ha'ze…*

Parker crujió en la radio.

—Repite, York.

—Estaba… —«Rezando»—. Hablando sola.

—¿En yidis?

—Hebreo, en realidad. —De todas las veces en las que su amor por los idiomas se desataba, aquella no era una en la que me apeteciera darle explicaciones—. Te daré una clase cuando volvamos.

—Hasta entonces, deja los canales despejados. —Como si no hubiera sido él el que había preguntado por los idiomas.

No obstante, estábamos en una EVA sin poder consultar con Control de Misión. Incluso después de haberla planeado durante tres días, Parker debía de sentir la presión. No iba a darle la lata por ello.

—Sí, señor.

Leonard se ancló y se volvió para colocar el escudo térmico sobre la escotilla de la esclusa, que permanecería abierta por si hubiera una emergencia y tuviéramos que volver rápidamente. Le rogué a Dios que no hiciera falta.

Cuando se giró de nuevo, dijo:

—EV1 a Niña. Los tres caminantes están en posición y listos para empezar.

—Confirmado, EV1. Os vemos.

—Acabemos con esto. —La urgencia de Rafael me apremió a alejarme de la escotilla.

Me impulsé detrás de Leonard sin soltar las barras de sujeción. Mientras avanzábamos por el exterior del eje, mis piernas me seguían como si fuera Superwoman. Aunque a ella no le hacía falta una soga para evitar alejarse por el espacio. Desatarme era mi mayor temor. Por mucho que adorase aquella vista, era imposible olvidar que, si te caías, caerías para siempre. Aun así, ese miedo hacía que fuera de lo más cuidadosa a la hora de enganchar la soga de sujeción y seguir el protocolo de anclaje adecuado en todo momento. «Anclaje cerrado. Deslizar pasador. Negro sobre negro».

—Mi sobrino piensa que soy Superman por hacer esto. —Leonard no se llevó una reprimenda de Parker por hablar.

Aseguré la soga en la siguiente barra y seguí con el avance. Si Tommy me viera, chillaría de emoción. Noté un nudo en la

garganta.

—El mío también.

Delante de mí, Leonard llegó al lugar donde solía estar la antena. Enganchó los pies en los anclajes y se enrolló la bolsa con el equipo. El contenedor de polietileno tenía un perfil delgado, casi tan largo como el propio Leonard. Llevaba el repuesto para la antena, para darle un poco de distancia de la nave.

Rafael y yo nos detuvimos junto a Leonard. Desenrollé el cable de sujeción de los anclajes de los pies e inserté el enganche en la sujeción de uno de los receptores mecánicos WIF que salpicaban la superficie de la Niña.

El cierre de la clavija de la sujeción de los pies encajó correctamente y reveló la línea negra para la confirmación visual. Aun así, lo retorcí y tiré para asegurarme de que era estable. Me sujeté, deslicé los dedos del pie debajo del arco de las sujeciones y giré el talón hacia dentro para deslizar la cuña en la ranura de sujeción. Una vez que ambos pies estuvieron anclados, aseguré la bolsa a una barra del casco.

Rafael flotó a mi lado. Su bolsa se detuvo en el vacío y giró un poco. Costaba verle la cara a través del casco, pero diría que miraba al punto donde el cuerpo de Terrazas había colisionado.

—¿Estás bien?

—Por supuesto. —Se movió como un autómata—. Revisaba la lista de operaciones. No veo nada que indique que necesitemos cambiar el procedimiento. Empezaremos por retirar y asegurar la sección dañada.

Extraje la bolsa de «basura» de mi equipo. Era un diseño ingenioso, con capas de cerdas que se unían en el centro. Las cerdas eran fáciles de mover, pero retenían un trozo de escombros a la deriva en el interior. Muy útil en gravedad cero, donde había que mantener las manos libres. Enganché la soga del equipo retráctil a un asidero y aseguré la bolsa de basura a un WIF al que Rafael y Leonard llegasen con facilidad.

Leonard orientó las sujeciones de los pies para quedar de cara al eje roto en el que se atornillaba la antena. Mientras tanto, Rafael

empezó a seguir los cables desde la antena. Algunos se habían roto con un corte limpio, otros flotaban a varios metros.

Leonard desenrolló una llave inglesa de la estación de trabajo móvil que llevaba atada al pecho y la ajustó en el perno. Cuando la llave se resbaló de los rígidos guantes, maldijo en un idioma al azar. Enganchada a la estación móvil, la llave no llegó muy lejos. Sin embargo, siempre se te paraba el corazón por un segundo, cuando crees que estás a punto de perder una herramienta en el espacio.

Le sonreí desde dentro del casco.

—¿Eso era griego o latín?

—Griego.

Le ayudé a estabilizar la base de la antena mientras recuperaba la llave inglesa.

—No me lo vas a traducir, ¿verdad?

—Vete con los cuervos. —Volvió a colocar la llave inglesa y afianzó los pies. La herramienta se deslizó, pero la perdió de nuevo —. Hay un par de razones por las que me gusta. Para empezar, es muy irónico al venir de la boca de un hombre negro.

Lo miré sin entenderlo del todo.

—¿Porque es griego?

Se rio.

—A veces eres adorable. No. Por las leyes de Jim Crow. *Crow* es «cuervo» en inglés, así que, «vete con los cuervos» adquiere una connotación moderna que no tenía en la antigua Grecia. Se convierte en una especie de «no me tires a la zarza», como en los cuentos del tío Remus. —Levantó el perno de la base y me lo entregó—. Por favor, dime que has entendido la referencia.

—Sí, hermano astronauta.

Leonard soltó una carcajada que distorsionó su voz a través del micrófono.

Me ruboricé por el alivio, porque, la verdad, esa broma quizá iba demasiado lejos. Era el tipo de cosa que le habría dicho a Eugene, pero no estaba segura de que Leonard y yo tuviéramos tanta confianza. Deslicé el perno en la bolsa de basura.

—¿Y cuál era la connotación en la antigua Grecia?

—Dar sepultura a los muertos era muy importante. —Colocó la llave en el siguiente perno y esperó unos segundos para asegurarse de que estaba sujeta—. Por tanto, espetarle a alguien «vete con los cuervos» era como decirle que esperabas que su cuerpo se pudriera y que los cuervos lo devorasen.

A nuestro lado, Rafael se mantuvo inmóvil con un cable medio enrollado en las manos.

—No ser enterrado entorpecía la posibilidad de participar en la vida del más allá y…

Le puse una mano en el brazo para hacerlo callar. No obstante, con el traje de presión, más que sentir el gesto, lo vio.

—¿Quieres saber cuál es mi maldición favorita en yidis?

—Claro.

Me quedé bloqueada. Había muchas opciones maravillosas y todas giraban en torno a la muerte o los entierros. O nos tocaban demasiado cerca por otros motivos, como «un problema es para el hombre lo que el óxido para el hierro». Otros eran conceptos que a mi madre no le habría hecho gracia que conociera. Acerqué la bolsa de basura a la soga para disimular el dilema al que me enfrentaba. ¿Algo que la tía Esther diría? Me vinieron varias a la cabeza.

—A yid hot akht un tsvantsik protsent pak-hed, tsvey pro-tsent tsuker, un zibetsik protsent khutspe.

La voz de Parker flotó dentro del casco.

—He intentado no meterme, pero ¿qué significa eso?

Frente a nosotros, Rafael abrió los ojos de pronto y siguió enrollando los cables como si nunca hubiera parado.

Parker bufó.

—Me tentáis con idiomas.

—Es algo que mi tía Esther solía decir. «Un judío es veinte por ciento miedo, dos por ciento azúcar y setenta por ciento chutzpah». Insolencia.

—Eso lo explica todo.

—Muy amable. Ten en cuenta que soy una judía sureña, así que la proporción de azúcar es mucho más elevada.

Leonard me pasó el siguiente perno para que lo desechase.

—Supongo que el azúcar está en el exterior. Nadie se cree que eres dulce por dentro.

El lenguaje de Leonard se transformó en los ritmos informales que escuchaba a Eugene y Myrtle, y sonreí con cierta sensación de triunfo. Fue lo más cerca que estuve de sentirme parte de un equipo en mucho tiempo. Hablando de equipo…

—Rafael. Dinos una buena en portugués.

Ató el cable que estaba enrollando y liberó el siguiente.

—En Brasil no hacemos cosas para presumir, sino *para inglés ver*.

Parker silbó.

—Ay.

—¿Qué significa?

—Las hacemos «para que aprendan los ingleses».

En teoría, no hacía falta que todos estuviéramos cerca del módulo de comunicaciones de la Niña cuando Florence encendió el sistema dos días después de terminar las reparaciones. De hecho, excepto Florence y Rafael, podríamos habernos quedado todos en la Pinta. En vez de eso, toda la tripulación acudió. Al parecer, era para ahorrar combustible de la lanzadera con un solo viaje.

El módulo de jardinería necesitaba atención. Kam quería asegurarse de que todo en el módulo médico estaba en orden. Leonard quería recuperar el periódico que había estado leyendo. Yo quería unos libros de referencia que necesitaba para hacer cálculos.

Parker fingió creerse todas las excusas.

En el eje, parecía que atardeciera al tener solo un tercio de las luces encendidas.

El plan original había sido terminar la reparación del sistema de amoníaco antes que la radio, pero Parker y Benkoski querían confirmar que el apagón de comunicaciones no era solo un problema de la Pinta, y para eso necesitábamos un segundo sistema de radio de largo alcance que funcionara.

Cuando todos los paneles se iluminaron en verde, Florence

habló por el micrófono.

—De acuerdo, Pinta. Adelante con la señal de prueba.

Desde el módulo de la Pinta, Dawn dijo:

—Confirmado, Niña. Iniciando señal de prueba.

Floté justo por encima de la cabeza de Leonard para conseguir una línea de visión clara de los diales y los medidores que saltaban en respuesta a las ondas invisibles.

Es curioso cómo se pueden tener dos respuestas simultáneas a un mismo estímulo. Por un lado, me sentí aliviada porque significaba que la reparación había funcionado. Por otro, todo mi cuerpo se estremeció, como si la desesperación se hubiera convertido en una fuerza gravitatoria. Si las señales de la Niña funcionaban, entonces el problema estaba en la Tierra.

Llevábamos una semana sin contacto. Una hora o dos, quizá incluso hasta medio día, podrían haberse atribuido a un mal funcionamiento. Pero, con todos los recursos de la CAI y los recursos de un planeta entero, seguir incomunicados me heló la sangre.

«Nathaniel, ¿qué está pasando en casa?».

CAPÍTULO 29

> Bitácora de la misión de la primera expedición a Marte, por el comandante Stetson Parker, el 10 de junio de mayo de 1963 a las 23:13 —Las reparaciones del sistema de amoníaco de la Niña se han completado. La comunicación con la CAI aún no se ha restablecido después de catorce días.

Una característica que me delataba como sureña y judía era la necesidad de alimentar a la gente. Las reuniones de los lunes por la mañana en la Pinta no se hacían durante el desayuno como en casa. O sea, como en la Niña. No entiendo por qué no preparaban nada más que el café. A lo mejor Dawn y Heidi intentaban reafirmar su papel como científicas y evitaban las tareas domésticas. Tal vez a nadie de la tripulación le gustaba cocinar.

Sin embargo, habían pasado dos semanas sin noticias de la Tierra y yo necesitaba cocinar.

Hay pocas cosas más satisfactorias que el olor a galletas recién horneadas. Teniendo en cuenta que había utilizado leche en polvo, huevos deshidratados y mantequilla artificial, no estaban nada mal. Mamá se habría horrorizado por la falta de capas y el sabor ligeramente ceniciento, pero, llegados a cierto punto, se volvía algo normal.

Parker y Benkoski se deslizaron por la escalera y entraron en la cocina, uno detrás de otro, como en una atracción de feria. Benkoski

levantó la cabeza y olfateó el aire.

—No lo sé, Stetson. Empiezo a cambiar de opinión sobre la separación.

—No puedes quedártela. —Parker se acercó a la pizarra—. Pero os enviaremos algún paquete de consolación.

—¿Separación? —Limpié el bol de la mezcla en el fregadero de reciclaje.

—Lo hablaremos en la reunión. —Parker cogió un trapo y me lo tiró—. ¿Me lo mojas?

Cayó en la encimera recién limpiada y dejó una mancha grisácea en el acero inoxidable.

—Por supuesto.

Aparté el bol y dediqué toda mi atención a las necesidades de nuestro adorado comandante. Escurrí el agua del trapo y me las arreglé para no decir nada en voz alta. Aunque quizá lo exprimiera con demasiada fuerza.

—Aquí tienes.

Reconozco que deseé en secreto que le diera a Parker cuando lo arrojé, pero atrapó la tela al vuelo como un misil de intercepción. Se volvió hacia la pizarra y borró las notas que había garabateadas.

—Benkoski, prepara una reunión de pilotos y calculadoras después de la general.

—¿Ahora soy tu secretaria?

—Eres mi compinche.

—Dado que estás en mi nave, podría discutirse que tú eres mi compinche.

—¿Segundo al mando? ¿Copiloto? ¿Mano derecha? Como sea. —Parker le tiró un boli—. Significa que te encargas del papeleo.

Por eso le hacía falta un copiloto. Negué con la cabeza y seguí fregando los platos. El sonido del trapo al deslizarse sobre la encimera competía con el chirrido del rotulador en la pizarra. Después de poner el tazón en la rejilla de esterilización de rayos ultravioleta, limpié la encimera. Me sentía muchísimo mejor con la cocina limpia.

Abrí la puerta del horno para comprobar el estado de las

galletas. Aunque en teoría eran iguales, el horno de la Niña calentaba un poco más y todavía estaba aprendiendo a usar el de la Pinta. Un chorro de vapor se extendió por la habitación y arrastró el aroma a masa dorada y deliciosa mantequilla. Las galletas tenían un color marrón dorado precioso. Entendido. Un horno menos potente y más lento hacía maravillas con mis galletas.

Me puse una manopla y saqué la bandeja del horno. Ya fuera por generosidad o por el deseo de recibir alabanzas, me volví para ofrecérselas a Parker y a Benkoski.

En la pizarra, Parker había escrito una lista de personal. Por casualidad, vi mi nombre primero. Al lado, se leían las palabras «calculadora y copiloto».

No sé cómo me las apañé para no echar por tierra la bandeja. Aunque sí que proferí un grito ahogado.

Benkoski levantó la vista.

—Dios, eres un ángel.

—Gracias. —Me acerqué con las galletas sin apartar la vista de la pizarra. Habían dividido las tripulaciones y parecía que íbamos a volver a nuestra nave—. Cuidado. La bandeja quema.

Parker se metió el rotulador debajo del brazo y cogió una galleta.

—Gracias, señora.

—¿Señora? ¿Desde cuándo me llamas señora?

—Solo cuando horneas. —Agitó la galleta en el aire y luego se la acercó a la nariz e inhaló con gusto—. El sitio de una mujer y todo eso.

Puse los ojos en blanco.

—Cómo no. Me lo he buscado yo sólita.

—El resto del tiempo, eres una calculadora.

Señalé la pizarra con la barbilla.

—¿O copiloto?

Benkoski me dio una palmada en la espalda con una mano mientras cogía una galleta con la otra.

—Enhorabuena por el ascenso.

—Un momento. ¿Es permanente?

Parker se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

—¿Prefieres la lista de turnos que rota las tripulaciones y mete a DeBeer en la misma nave que Flannery y Grey?

No creía que de verdad me quisiera de copiloto. Todavía no dejaban a las mujeres pilotar los grandes cohetes de *Lunetta*, ni siquiera como copilotos.

—¿Y Avelino?

Parker me miró, dio un bocado a la galleta y masticó despacio. Después de tragar, se limpió una migaja de los labios con el pulgar.

—En los registros, no escribo nada que no sean elogios respecto a él. ¿Crees que esa descripción es exacta ahora mismo?

Cuando terminamos la reparación de la antena y nos quitamos los trajes, Rafael tenía un ojo inutilizado por las lágrimas. No lo había mencionado. Más allá de que estaba callado y que se quedaba paralizado de vez en cuando, habría sido imposible notar que algo le molestaba. Pero un copiloto no podía permitirse quedarse congelado, ni siquiera por un segundo.

Pero ¿qué pasaba con mi ansiedad? Me acerqué a la encimera para dejar las galletas. El resto de la tripulación llegaría en cualquier momento.

—¿Podemos hablar en privado?

Parker suspiró y le pasó la carpeta a Benkoski.

—Escribe el resto.

—No soy tu secretaria.

—No me hagas tirar de rangos, compinche. —Se acercó a mí y se apoyó en la encimera mientras daba otro mordisco a la galleta. Con la boca llena, me preguntó—: ¿Y bien?

—Entiendo que te preocupe Rafael, pero ya conoces mi historial.

—¿Crees que hay alguien en la nave que ahora mismo no tenga ansiedad? Llevamos dos semanas sin contacto con la Tierra.

Alineé la bandeja del horno con el borde de la encimera para evitar su mirada.

—Solo digo que, si puedes confiar en mí, también deberías confiar en él.

—¿A qué viene esto? ¿Se te ha olvidado todo eso de «las mujeres

somos igual de capaces que los hombres», «la ansiedad no es un problema» y «los cohetes son seguros para las mujeres»? ¿Dices que te equivocabas? ¿Sugieres que no eres capaz más que de hornear y hacer la colada?

—No. —Era un capullo integral. Mira que usar mis propias palabras contra mí…—. Solo me preguntaba por qué me elegías a mí en vez de a Rafael. —Así que lo que cuestionas es mi juicio. No debería sorprenderme.

—¿Lo ves? —Giré sobre los talones para enfrentarlo—. Nos peleamos todo el tiempo. ¿Por qué me quieres de copiloto?

Se inclinó hacia delante.

—Porque no toleras mis gilipolleces. Porque te he visto en una crisis y eres extremadamente disciplinada. Porque eres una piloto de la hostia. Porque soy el comandante de la misión y es una orden. ¿Alguna pregunta más?

Me estremecí de pies a cabeza y el pulso se me aceleró como un motor desequilibrado. No sé cómo, pero me las arreglé para levantar la barbilla.

—Sí. ¿Eso han sido cumplidos?

Se rio. Joder, tenía que reconocer que tenía una risa bonita. Echó la cabeza hacia atrás y se le marcaron los hoyuelos.

—No. Eran valoraciones objetivas. —Levantó la última galleta—. Esto es un cumplido: las galletas están buenísimas.

Se metió el último pedazo en la boca y se acercó a la pizarra como si no hubiera dicho nada.

Antes de que tuviera tiempo de procesar el desconcierto, DeBeer y Heidi entraron en la cocina desde el módulo de jardinería. Sacudí la cabeza para despejarme y abrí un cajón para sacar una espátula, excepto que era el cajón de los trapos. ¿Por qué guardaban los trapos junto al horno? Ya que lo tenía abierto, saqué uno para estirarlo en un bol donde servir las galletas. A mi espalda, más miembros de la tripulación entraron en la sala para la reunión. Retazos de conversaciones flotaban por la estancia.

—La mejor ópera de Rossini…

—… y luego, a mitad del libro, el protagonista muere.

—Creo que la ginebra ya casi está lista.

—¿La ginebra? Me presento voluntaria para… —Miré por encima del hombro y vi a Kam hablando con Leonard—. Te has cortado el pelo.

Soy tonta, lo sé. Pero había cambiado la larga melena negra que le llegaba por la mitad de la espalda por un rapado militar y, de primeras, fue lo único en lo que me fijé. Se sonrojó y pasó una mano por el terciopelo negro que ahora le cubría la cabeza. Sin la larga melena, sus ojos parecían enormes.

—Estaba cansada de pelearme con él sin gravedad.

—Debería tenerlo en cuenta. —Aunque a Nathaniel no le gustaría mucho. Sentí una punzada en el pecho al pensar en él. Incluso los detalles más nimios me recordaban que no teníamos ni idea de qué pasaba en la Tierra. No había galletas suficientes en el universo para olvidarlo. Abrí el cajón donde guardaban los utensilios de cocina, saqué la espátula y pasé las galletas de la bandeja al cuenco.

Cuando terminé, todo el mundo había llegado y estaban en diferentes etapas de prepararse para la reunión. El olor a café y a galletas convertía la habitación en un lugar casi acogedor. Me senté con Leonard, que me sonrió y tomó una galleta.

DeBeer se había acercado al cuenco, pero se detuvo y curvó las comisuras de la boca hacia abajo. Se sentó junto a Heidi con una taza de café. Él se lo perdía.

—De acuerdo, gente. —Parker dio un golpecito a la pizarra—. Os habréis fijado en que hemos partido las tripulaciones con la formación original, excepto por un par de ajustes. York pasará a ser la copiloto de la Niña y, aquí, Voegeli se preparará con Shamoun para refrescar las competencias médicas. Shamoun realizará visitas ocasionales en caso de que ocurriera algo grave, pero esperamos que así se reduzcan los viajes en la lanzadera.

Graeham levantó la mano y Parker la señaló con la barbilla.

—Adelante.

—Me preguntaba, si el objetivo es reducir los viajes en la lanzadera, ¿por qué separar las tripulaciones? ¿No sería más lógico

que os quedaseis todos aquí? Sobre todo, dadas las circunstancias.

—El objetivo es llegar a Marte y volver a la Tierra sanos y salvos. —Parker señaló la pizarra—. Antes de perder el contacto, Control de Misión quería que la Niña volviera a estar operativa y con su tripulación, así que eso es lo que haremos.

DeBeer se removió en su asiento, pero Dawn le tocó la rodilla antes de levantar la mano. Sin embargo, no esperó a que Parker le diera la palabra.

—Ese no es el reparto de personal que Control de Misión iba a asignarnos. Se suponía que DeBeer se trasladaría a la Niña para unirse al equipo de aterrizaje en Marte.

Con que se trataba de eso. Sentí un escalofrío en la nuca. De nuevo, le había robado el puesto a alguien, y DeBeer no tenía motivos para echarse atrás.

Benkoski se enderezó y dio un golpe con la palma de la mano.

—Ahora mismo, Control de Misión no conoce todos los hechos, así que estas serán las tripulaciones.

—Exacto. —Parker esbozó su sonrisa de tiburón y se la dedicó a DeBeer—. Vamos a hacer otra reunión de pilotos y calculadoras después para hablar de la corrección del rumbo que se avecina. DeBeer, quiero que tomes notas. Ahora que he visto la letra tan bonita que tienes.

Me impulsé por el eje hacia el puente de la Niña mientras arrastraba una bolsita con un trozo de tarta de chocolate. Cuando me acerqué al módulo de comunicaciones, me agarré a la barandilla y aproveché el impulso para colarme por la puerta. Florence flotaba dentro del saco de dormir; se lo había llevado al módulo por si había noticias de la Tierra. No sabíamos nada desde hacía tres semanas y un día.

Tenía la labor de punto en las manos y ya había avanzado suficiente para reconocer a Orión en el campo estelar. Clavó la aguja en una esquina.

—¿A qué debo el placer?

—Te traigo tarta. —Le pasé la bolsa mientras giraba por el aire.

La atrapó y sonrió.

—Eres mi persona favorita.

Bufé.

—Ahora mismo. —Me guiñó un ojo—. Tú sigue sobornándome con tarta.

—Tarta con intenciones.

Abrió la bolsa e inhaló.

—Como sea. En serio, considérame sobornada. ¿Qué necesitas?

—Nada. —Me callé cuando me taladró con la mirada—. Me has pillado. ¿Has pasado el plan para la combustión por el ordenador?

—Siempre, según el protocolo. Sabes que no te ha pillado ni una vez. —Entrecerró los ojos—. ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Para asegurarme? Trabajo sin todos los números que tendría si la Tierra…

—Tranquila, Elma. No hay errores.

Tragué saliva.

—Gracias. ¿Puedo hacer algo por ti? Es decir, ya que estás aquí atrapada.

Se encogió de hombros, como si el ajuste horario para que hubiera personal en los módulos de comunicaciones de las dos naves en todo momento no fuera para tanto.

—Al menos ya no tengo que hacer la colada. Y Parker me hace rotar con Leonard y Rafael.

—Aun así, ¿necesitas algo?

Dio un golpecito al intercomunicador a su lado.

—Si es así, llamaré. Y lo haré en cuanto sepa algo.

Cuanto más se alargaba el silencio, más preocupados estábamos todos. Sin embargo, cuanto más crecía el miedo, también lo hacía la bondad hacia los demás, como en el caso de aquellos que se habían unido después del meteorito.

Por favor, Dios, que no fuera otro meteorito.

—Bueno. Será mejor que suba al puente. Solo quería dejarte la tarta de camino.

—Lo agradezco. —Enganchó la bolsa a la pared—. Será mi

premio en cuanto termine con esto.

Me despedí con un gesto de la mano y me impulsé de una patada para salir del módulo de comunicaciones. Me agarré a un riel para dirigirme hacia el puente. Quería llegar antes que Parker para no darle la oportunidad de que me acusara de llegar tarde.

Atravesé la escotilla del módulo de mando y dudé. Me mordí el interior del labio. Sentarme en la silla del copiloto del puente no debería ser un drama, solo estaba a un asiento de distancia de la estación de calculadora. Sin embargo, la ausencia de Terrazas me golpeó como una bofetada. Agarré el respaldo de la silla. ¿Qué diría al respecto?

—En este episodio, nuestros intrépidos aventureros…

Detrás de mí, Parker suspiró. Me quedé de piedra y me sonrojé porque me hubiera pillado haciendo el idiota. Se aclaró la garganta.

—En este episodio, nuestros intrépidos aventureros se aproximan a Marte. Era un buen hombre.

—Sí.

Me puso una mano en el hombro.

—Lo harás bien, York.

Mentiría si dijera que no se me llenaron los ojos de lágrimas. Me las limpié con el dorso de la manga antes de que me cegaran.

—Aunque no tengo su talento vocal para la radio. —Me impulsé para rodear el asiento y me instalé en él. Solo un metro a la izquierda de donde me sentaba antes, pero era un mundo completamente diferente.

—¿Has revisado el plan de combustión?

Por supuesto que sí. La pregunta era insultante, pero tenía que llenar el silencio de alguna manera. Parker se deslizó en su silla y se abrochó el cinturón.

—Pinta bien. Solo se desvía un poco del plan de vuelo original.

Lo cual era previsible, pero aun así… No estaba acostumbrada a dudar con respecto a las matemáticas.

Rafael había reconfigurado el módulo de mando para que tuviera las herramientas de calculadora de vuelo al alcance desde la silla del copiloto. Incluso había montado un brazo de cardán para el sextante

en un soporte WIF para que lo tuviera cerca sin tener que sujetarlo. Era más por comodidad que por otra cosa, porque Heidi y yo ya habíamos calculado la combustión y Florence y Dawn habían introducido los datos en los ordenadores analógicos de la Santa María, que haría una combustión automática.

Pero ¿y si había partido de unos datos erróneos? Como cuando identifiqué incorrectamente Alkaid en el simulacro y nos envié a todos a la muerte. Sí, sé que teníamos medidas preventivas, pero no me gustaba hacer cálculos sin contar con toda la información de la que antes disponía.

—De acuerdo. Cambia a oscilación 198,6, inclinación 130,7 y rotación 340.

Parker movió los interruptores del panel de control mientras repetía en voz alta los ajustes.

—198,6,130,7 y 340.

Como copiloto, mi trabajo consistía en asegurarme de que la configuración fuera la correcta. Por el momento, nada más, pero lo vigilé mientras preparaba la combustión como un halcón.

El temporizador se acercaba al momento de la combustión. Me humedecí los labios y me acerqué al micrófono.

—Preparaos para la combustión. Diez, nueve, ocho… —Todo el mundo ya estaría asegurado—. Siete, seis, cinco… —A mi lado, Parker sostenía los mandos de la nave en la mano sin hacer fuerza —. Cuatro, tres, dos, uno.

Encendió los motores. Los asientos se nos clavaron en la espalda y, fuera del mirador, las llamas florecieron desde la parte trasera de la Pinta cuando empezaron a arder.

Expulsé el aire para aliviar el peso que me oprimía el pecho. Si necesitaba un recordatorio de que la sección giratoria de la Niña solo tenía la gravedad de Marte, ahí lo tenía. Diez segundos. Una eternidad. A veces son casi lo mismo.

En diez segundos, todo cambió. Habíamos comenzado la desaceleración hacia Marte.

CAPÍTULO 30

Bitácora de la misión de la primera expedición a Marte, por el comandante Stetson Parker, el 19 de julio de 1963 a la 1:05 — Los equipos de la Niña y la Pinta han completado los preparativos para la inserción en la órbita de Marte. Día 53 de la interrupción de las comunicaciones con la CAI.

Al principio, me pareció un sueño. Flotaba en la oscuridad en los dormitorios cuando Florence, muy calmada, dijo:

—Parker, ven al módulo de comunicaciones. Repito. Parker, a comunicaciones.

Habló tan tranquila que casi me volví a dormir. No sonaba ninguna alarma ni ningún aviso. No era una emergencia y parecía muy serena. Kam susurró:

—¿Es Control de Misión?

Eso me puso en alerta. Me retorcí en el saco de dormir para asomarme desde el cubículo.

Parker flotaba en medio de la sala mientras se ponía el traje de vuelo sobre la ropa interior.

—Todavía no lo sé. Quedaos aquí.

Ya había empezado a deshacer las correas que mantenían el saco de dormir cerrado, pero me detuve cuando me despejé un poco más. Claro. No nos necesitaba a todos allí amontonados. No es que fuera a dormirme otra vez; me quedaría preguntándome qué pasaba.

Quizás era una llamada de la Pinta, aunque pocas llamadas en mitad de la noche eran inocuas.

Mientras se abrochaba el traje, Parker se impulsó y flotó hasta mí.

—York —susurró—. Conmigo.

Me desperté del todo. Era su copiloto y me necesitaba por si había que mover la nave o cualquier otra cosa.

Abrí el hueco del saco y me deslicé fuera. Cogí el traje de vuelo y asentí.

—Te sigo.

No esperó y giró en el aire para dirigirse a la escotilla que conducía al eje. Mientras me metía en el traje, el resto de la tripulación asomó la cabeza de sus cubículos como tortugas.

Los dientes de Leonard brillaron en la tenue luz.

—¿Sabes qué pasa?

—Sé lo mismo que tú. —Me abroché el traje y me volví hacia la escotilla—. Parker os pasará el informe de situación en cuanto lo tenga.

Un informe de situación. Tanta tensión contenida en dos palabras. Recorrí el eje hasta el módulo de comunicaciones mientras Parker se enganchaba en la esquina y desaparecía por la entrada. Al acercarme, el zumbido constante de los ventiladores se atenuó para dejar paso al estruendo del teletipo.

—*Baruch ata Adonai, Eloheinu, melekh ha'olam, hagomel lahayavim tovot, sheg'molani kol tov.* —La plegaria de agradecimiento se me escapó sin pensar, aunque todavía tenía una lista infinita de preocupaciones.

Cuando llegué al borde de la escotilla y me deslicé dentro del módulo, la cara de Florence me dio muchas de las respuestas que necesitaba. También planteó más preguntas. Todo al mismo tiempo. Sonreía, pero tenía los ojos rojos, como si hubiera llorado.

—Sí, es Control de Misión. Sí, Nathaniel está en el equipo que envía el mensaje.

—Gracias a Dios. —Me agarré el pecho como una damisela de un melodrama. Me sentía como si acabaran de rescatarme de las vías

del tren. Aún no sabía por qué la Tierra había quedado incomunicada durante casi dos meses, pero mi marido estaba vivo y bien. Me tragué las lágrimas de alivio e intenté concentrarme en el trabajo—. ¿Qué ha pasado?

—Manifestantes. —Parker se encorvó sobre el teletipo y leyó las páginas al ritmo que salían de la máquina—. Los terraprimeristas derribaron los satélites.

—Dios mío.

Florence se apartó de la mesa para acercarse al teletipo.

—¿Cómo?

—Al parecer, la teoría conspirativa de que alguien de la CAI pertenecía al movimiento La Tierra Primero no era tan descabellada. Alguien del departamento de informática envió un código erróneo que desorbitó los dos satélites. Joder. —Se pasó una mano por el pelo y la dejó sobre la calva—. También cortaron la red eléctrica en Kansas.

—Espera. ¿Quién ha sido? —Me acerqué al teletipo, que seguía traqueteando como un niño que lleva todo el día a la espera de que su padre llegue a casa.

—Pues… —Recorrió la página—. Curtis Frye, Jennifer Lynn y Tyler Richter.

—No los conozco.

—Los habían contratado hace poco, al parecer. —Parker se quedó quieto. Más páginas se deslizaron entre sus dedos inmóviles. Respiró hondo y se volvió hacia Florence con cara de póquer—. Informa a la tripulación de que el contacto con la Tierra se ha restablecido. Dudo que ninguno se haya vuelto a dormir. York, ayúdala a distribuir el correo personal y prepara las actualizaciones de la lista de turnos. Las revisaré antes de repartirlas. Ahora, si me disculpáis…

Parker dio una voltereta y salió flotando por la escotilla del módulo de comunicaciones.

La cuestión es que reconocía cuándo Parker recibía malas noticias. Recordaba cómo fingía indiferencia y se concentraba en el trabajo cuando tenía problemas con la pierna. Detectaba el tenue

tinte verdoso que le cubría las mejillas.

Mientras Florence agarraba el borde de la mesa y se acercaba al teletipo, repasé los hechos como si fueran una ecuación. El correo personal empezaba a llegar. La red eléctrica de Kansas había caído. Su mujer estaba en un pulmón de acero.

Ya estaba a medio camino de la escotilla cuando lo pensé. Odiaría que alguien se compadeciera de él. Entonces, ¿por qué lo seguía? No lo sabía. Bueno, sí. Hay cosas por las que no dejas que nadie, ni siquiera tu peor enemigo, pase solo. Y era su copiloto.

El eje estaba vacío. Se había colado en algún rincón mientras terminaba de encajar las piezas.

En algún rincón… Me detuve delante de la escotilla de la lanzadera.

Estaban insonorizadas.

Por la ventana de la puerta, vi que el interior solo estaba iluminado por la luz del sol que reflejaba la Pinta. Parker flotaba en el centro, en una bola silenciosa.

Traté de hacer el mayor ruido posible al abrir la escotilla para que le sirviera de advertencia. Sin embargo, cuando la abrí, el sonido salió hacia fuera. No habría oído nada.

¿He dicho que sabía reconocer cuándo Parker recibía malas noticias? No. Solo conocía la cara que ponía en público. Los sollozos le sacudían todo el cuerpo y rebotaban en las paredes de la lanzadera como olas desgarradoras. Flotaba en medio del pasillo, encogido en una pequeña bola, como si así contuviera el dolor.

Por un momento, dudé, porque no se había dado cuenta de mi presencia y no iba a darme las gracias. Pero ¿a quién más avisaría? Tal vez a Kam. A Benkoski, si siguiéramos en la Pinta. Daba igual. Yo ya estaba allí y había tomado una decisión.

—¿Parker?

Se sacudió y levantó la cabeza. Incluso de espaldas, noté cómo se esforzaba por poner cara de póquer. La tos y los jadeos desesperados le desgarraban la garganta. Se pasó el brazo por los ojos y los glóbulos de agua flotaron por la cabina.

—¿Control de Misión me necesita?

Negué con la cabeza y me di cuenta de que no me veía.

—No. —Me mordí el labio y me acerqué hasta que quedé flotando justo detrás de él. Casi se lo pregunté directamente, pero todavía no tenía permiso para hablar de su mujer.

—El apagón… Lo siento mucho.

Se derrumbó.

La fina coraza de autocontrol que mantenía se quebró y se desintegró entre sollozos desgarradores. Lo rodeé con los brazos, como si pudiera ayudarlo a mantenerse de una pieza o, al menos, a encontrar después los trozos de sí mismo. Se hundió en el abrazo. Me agarró el antebrazo con una mano y me clavó los dedos como si tratara de recomponerse.

Giramos por el espacio oscuro mientras su dolor daba vueltas a nuestro alrededor.

—Lo siento. —La voz de Parker sonaba áspera y pastosa. Se frotó los ojos con la manga—. Joder, soy… —Se quebró otra vez y por un momento su pecho se sacudió con un llanto silencioso. Tosió y se aclaró la garganta—. Mierda. Lo siento.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Cubrirme? —Deshizo un poco la bola en la que se había encogido y lo solté—. Voy a ser un desastre durante un buen rato.

—Claro. —Dejé que el impulso creara un espacio entre los dos —. ¿Quieres que traiga a alguien más?

—Dios, no. No se lo digas a nadie.

—Vale. —Me mordí el labio al pensar en que había dejado a Florence sola con todos los papeles que salían del teletipo—. Tal vez Florence se lo cuente a los demás.

Parker se deslizó despacio por la lanzadera con la cara enrojecida e hinchada como si le hubieran picado las avispas. Negó con la cabeza.

—Es imposible que lo sepa. Hay un mensaje de «Mimi» junto con el resto de las cartas personales. Pero, en fin, no eras la única con una clave secreta. Solo la única a la que pillaron. —Ah.

—Apuesto a que tienes mucho que decir al respecto.

—¿Me enseñas a que no me pillen?

Se rio, hasta que la risa se convirtió en llanto otra vez. Se limpió la cara.

—Sabía que intentarían algo así, que no querrían que me afectara si ella moría y que falsificarían sus cartas. Así que creamos un código. Iba en todos los mensajes. Incluso en los más cortos. No estaba en este.

—A lo mejor lo editaron.

—No. —Se enderezó y me señaló con el dedo—. No te atrevas a darme falsas esperanzas, York. No podía sobrevivir fuera del pulmón de acero más de una hora. Dos, como mucho. El generador de reserva duraría veinticuatro horas. ¿Una semana y media sin energía? Se habría asegurado de que el código estuviera en el mensaje después de algo así. Mimi está…

Contrajo la expresión y cerró la boca para contener un gemido.

Me acerqué, pero negó con la cabeza, así que me detuve.

—Te cubriré.

Asintió.

—Iré en cuanto pueda.

—Tómate tu tiempo.

Soltó una risa amarga y me hizo señas para que me fuera. Me sentí mal por dejarlo solo, lo que era algo nuevo. Por lo general, quería alejarme de él lo antes posible. Apoyé la mano en una de las sillas de la lanzadera para reorientarme hacia la escotilla. Me impulsé con los dedos y floté hasta el final de la cabina.

—¿York? —Casi no le oí por los zumbidos del ventilador.

—¿Sí? —Me agarré al borde de la escotilla para volverme a mirarlo.

—¿Me ayudarías a recitar el *kadish* esta noche? No me lo sé y… —Se presionó los ojos con ambas manos y apretó los dientes.

—Sí. Por supuesto.

Asintió con la cabeza, con la mandíbula todavía en tensión. Me escabullí y dejé que la puerta de la lanzadera escondiera el resto.

CAPÍTULO 31

DOS SATÉLITES REVIVEN EN EL ESPACIO

Kansas City, Kansas, 19 de julio de 1963 — Dos satélites de comunicaciones de las Naciones Unidas que se habían considerado destruidos a raíz de los actos terroristas del movimiento La Tierra Primero en mayo se han restaurado gracias a un esfuerzo hercúleo de la Coalición Aeroespacial Internacional. Estos satélites, que han servido para facilitar las comunicaciones telefónicas en la Tierra, también eran parte de la red que permitía comunicarse con la primera expedición a Marte. Los y las astronautas han estado aislados del resto de la humanidad mientras sus naves navegaban por el espacio insondable. El mundo entero se ha alegrado de saber que la misión ha continuado y que se preparan para entrar en la órbita de Marte. En una entrevista por teletipo, el comandante de la misión, Stetson Parker, ha dicho: «La gente de la Tierra nos ha confiado esta misión y esperamos mostrarles la sobrecogedora visión de nuestro planeta hermano».

La carta de Nathaniel me quemaba en el bolsillo del traje de vuelo, pero había decidido no leerla. Parker todavía no había salido de la lanzadera y había mucho que hacer.

Estaba al frente de la cocina, junto a la pizarra. Donde debería

estar Parker. Menos mal que tenía el portapapeles para ocultar el temblor de las manos. A veces, la ansiedad era muy ridícula. Elegía ese momento, cuando me enfrentaba a un público de solo cuatro personas a las que conocía, para cerrarme la garganta.

«1, 1, 2, 3, 5, 8, 13…».

Me aclaré la voz. Lo intenté. Menos mal que tenía experiencia en hablar con un nudo en la garganta.

—Esta es la lista de turnos que ha enviado Control de Misión, pero Parker la está revisando antes de fijar nada. —Dudaba que el tiempo de «revisión» fuera a servirle de nada—. Hasta que estemos listos para enviar el vehículo de aterrizaje, no hay cambios con respecto a lo que ensayamos en *Lunetta*, así que los planes de esta semana comienzan con la revisión de materiales.

Parker bajó por la escalera.

—Gracias por empezar, York. —Se había duchado y el olor a loción de afeitar flotó por la habitación—. Acabo de hablar con Benkoski y tengo novedades.

Le ofrecí el portapapeles y lo aceptó con un asentimiento, pero no me miró. Sostuvo la tabla con una mano en una pose aparentemente casual, pero tenía los nudillos blancos.

Di un paso para retirarme a la seguridad de la mesa de la cocina, pero Parker me detuvo.

—Quieta. —Luego giró el cuello para que se le encajara antes de empezar—. De acuerdo, gente. Tendréis muchas preguntas y les pedí a Grey y a York que esperaran hasta que hubiera hablado con Control de Misión directamente. Había información que no podían compartir de forma pública y sospecho que preferirían que no os dijera nada, pero que se jodan. Este ese el informe de situación.

Mis compañeros de equipo le prestaron toda su atención. Leonard apoyaba los codos en la mesa y la cara en las manos. Rafael levantó la cabeza. Florence ladeó la suya a un lado y entrecerró los ojos. Kam se sentó hacia delante y descruzó las piernas.

—Los terraprimeristas no trabajaban solos. Tenían una cómplice en el departamento de informática de la CAI. También atacaron el puerto espacial de Kansas y destruyeron la red eléctrica con armas de

la antigua Unión Soviética. Todavía no estamos seguros de si Rusia ha sido un participante activo, pero parece posible.

Kam levantó la mano.

—¿Qué pasa con las bases Artemisa y *Lunetta*? ¿Están bien?

Parker asintió.

—Los puertos de Brasil y de Europa han manejado el tráfico, pero todas las comunicaciones se gestionaban desde Kansas a los satélites. En resumen, Control de Misión puede hablarnos, pero no nos vernos. Cuando hagamos la inserción en la órbita de Marte, dependeremos por completo de nuestras calculadoras de vuelo.

De mí. Y de Heidi. ¿Estaban escuchando el mismo discurso en la Pinta?

—Lo mismo podría pasar en el viaje de vuelta, porque construir satélites no es algo rápido y, si os soy sincero, ahora mismo no somos una prioridad económica para la Tierra. —Parker le dio vueltas al portapapeles con las manos—. Es decir, que las calculadoras acaban de convertirse en los miembros más importantes de la tripulación.

Hola, ansiedad. Se me llenó la boca de saliva, el antiguo y conocido predecesor del vómito. «3,14159…». Tragué con fuerza e inspiré despacio por la nariz.

—Benkoski y yo hemos decidido que la siguiente decisión deberíamos tomarla entre todos, así que, por una vez, os pediré que votéis. Volver a casa sanos y salvos será significativamente más sencillo si rodeamos Marte y no aterrizamos.

—Ni de coña. —Rafael cortó el aire con la mano—. No después de todo lo que ha pasado. Si quieres, lánzame por la esclusa, pero pienso bajar.

—Sí. —Leonard asintió—. ¿Crees que me dejarían venir e intentarlo de nuevo? Imposible.

—Van dos. —Parker se volvió hacia la pizarra e hizo dos marcas, como si fuéramos tantos como para necesitar un recuento por escrito. A lo mejor solo quería darnos la espalda unos segundos —. ¿Qué opinan las damas?

—Pienso igual que Leonard, por las mismas razones. —Florence

se encogió de hombros—. No he llegado hasta aquí para ahora dar la vuelta y marcharme a casa.

—¿York? —Levantó un dedo—. Espera. Antes de responder, deberías saber que, dadas las nuevas limitaciones, Voegeli y tú no podréis aterrizar.

Florence bufó.

—Un momento. ¿Qué sentido ha tenido que aprendiera a usar el dichoso ordenador si no es para usarlo como respaldo de York?

—Esto no es discutible.

—No pasa nada. Es lo mismo que hice la primera vez que viajé a la Luna. Solo di vueltas alrededor. —Le había prometido a Nathaniel que volvería a casa y, si aquello era lo que hacía falta para conseguirlo, que así fuera—. A por Marte.

Parker fingió mirar las cinco marcas de la pizarra unos segundos. Como estaba de pie a su lado, le veía la cara mejor que los demás, y tenía los ojos cerrados. No dibujó una sexta marca para su voto, sino que respiró despacio.

—Pues ha sido fácil.

Si no le hubiera visto el rostro, habría sonado despreocupado y confiado.

Cuando abrió los ojos, borró parte de la lista que había escrito en la pizarra.

—En cuanto a la lista de turnos, habrá que hacer algunos cambios. York necesitará tiempo para asegurarse de que el plan de vuelo es perfecto al cien por cien, así que reasignaré sus otras tareas al resto.

Fantástico. Estudié las marcas de desgaste del suelo de la cocina para no ver cómo me miraban con resentimiento. Rafael se movió en la silla.

—¿Quieres que pase al puesto de copiloto?

Parker se volvió con los labios apretados y lo miró.

—Lo hablaremos después de la reunión. Por ahora, quiero que Stewman y tú os aseguréis de que los vehículos de aterrizaje están en perfectas condiciones.

Escondí las manos en la espalda para que nadie las viera temblar.

—No me importa tener más trabajo. Necesito descansar de tantos cálculos.

—Pues tómate un puñetera descanso. ¿Sabes cómo se hace?

Estaba de luto. Al menos, fingí que el tono cortante de su voz era parte de los esfuerzos para disimular la pena. No se trataba de mí.

La idea me hizo levantar la cabeza y mirar a Parker. Nunca se había tratado de mí.

La bola de ansiedad de mi estómago se disolvió en el espacio y pasó de ser un nudo sólido a una nube de vapor. Salió de mi cuerpo en una especie de risotada. Creo que la risa sorprendió a Parker tanto como a mí. Lo dejé pensar que estaba descubriendo el sentido del humor. Levanté la barbilla.

—Cocinar me ayuda a descansar. Así que no me quites del turno de cocina o te juro que hornearé tartas y no te daré ni un pedazo.

Florence se rio.

—Te ha pillado, Parker. Te ha pillado bien.

—De acuerdo. —Crujió el cuello y se volvió a la pizarra, esa vez con una sonrisa—. Siempre que reconozcas que tu sitio está en la cocina.

—Sí. —Golpeé la pizarra—. Justo a tu lado.

Querida Elma:

Te quiero. Menos mal que estás bien. No, no duermo lo suficiente, como todos por aquí, pero Thomas se ha portado como un campeón. Y sí, me ha obligado a comer. No sé qué habría hecho sin él. Te escribiré más cuando las comunicaciones oficiales se hayan puesto al día. Por ahora, quiero que sepas que estoy bien, que te quiero y que estoy orgulloso de ti.

Lo diré una vez más: te quiero,
Nathaniel.

Parker estaba en un banco de pesas cuando entré en el gimnasio. No solía estar muy frecuentado a altas horas de la noche y, aunque la lanzadera estuviera insonorizada, la gravedad era importante para

aquello.

Levantó la vista cuando entré y me saludó con la mano.

—Gracias por cubrirme.

—Hacía mi trabajo. —Me senté en el suelo delante de él—. ¿Qué has decidido con respecto a Rafael?

—Bajará en el vehículo de aterrizaje a Marte con Flannery. Yo no debería pilotar ahora mismo, y para poner a la Niña en la órbita solo tengo que seguir tus instrucciones.

—Sin presiones.

—Venga ya. —Bufó y tiró de un hilo suelto de su traje de vuelo —. Al principio siempre intentaba que te derrumbaras. Eres inquebrantable. No tienes sentido del humor, pero eres de hierro.

Me quedé con la boca abierta. ¿Yo inquebrantable?

—¿Eres consciente de que vomitaba casi a diario?

Parker levantó la cabeza como un resorte.

—Me tomas el pelo.

—¿Por qué narices crees que tomaba Miltown?

—No… Asumí que eran cosas de mujeres. —Se encogió de hombros y se frotó la nuca—. Oye. Lo siento.

Sed conscientes de cuánto me contuve. No le pregunté si lo sentía por lo de «cosas de mujeres» o por hacerme vomitar. En ese momento, daba igual.

—Disculpa aceptada.

El rostro se le contrajo y se dobló por la cintura. Se cubrió la boca con las manos y me agaché mientras una serie de gemidos lo sacudían. Incluso aunque se cubría la boca, oía a la perfección cómo se le desgarraba la garganta. Me puse de rodillas y lo abracé. Apoyó la cabeza en mi hombro.

No duró mucho. Se sacudió y se apartó.

—Lo siento. Joder. —Se sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz con un vigor húmedo y asqueroso—. Nunca sé qué me hará explotar.

Asentí y me acomodé de nuevo sobre los talones.

—Es horrible. Te pillará por sorpresa. Lo peor son los momentos felices. —Tragó, apretó la mandíbula y miró hacia la

izquierda, como si el banco de pesas fuera lo más importante de la nave.

Después del meteorito, cuando mis padres y casi toda mi familia murieron, me pasaba lo mismo; olvidaba que estaban muertos. Todavía me pasa, a veces. Entonces, el recuerdo me abofetea cuando me doy cuenta de que no puedo compartir algo con mamá o que papá nunca sabrá que fui astronauta. Que soy un astronauta.

—¿Qué edad tienen tus hijos ahora?

—Dieciséis. En la última carta, Mimi me contó que se peleaban por decidir quién me recogería cuando volviera a casa. —Se le contrajo de nuevo la expresión y cerró los ojos con una mueca en un intento de contener el dolor.

Dieciséis. Se perdería su graduación.

Cuando volviéramos, ya estarían en la universidad, pero me pareció cruel recordárselo.

Tras un par de jadeos, abrió los ojos.

—Incluso en el pulmón, era una madre maravillosa.

Era la mejor oportunidad que había tenido para hablar de ella.

—Además del *kadish*, también existe el *Shiva*. Es un periodo de luto y se empieza por contar historias de quien hemos perdido.

—Como un velatorio.

—Supongo.

Parker se enderezó un poco y se pasó una mano por el pelo.

—Mimi era una persona muy reservada.

—¿Por eso nunca hablas de ella?

—Así es. —Extendió las manos y su anillo de casado reflejó la luz. Nunca lo había visto llevarlo antes. La manera en que lidiamos con el dolor es extraña—. Después de la polio, odiaba sentirse una carga. Lo detestaba. Odiaba que la gente la mirase. Pero estaba atrapada. Era muy lista. Jamás habría entrado en el programa espacial si no me hubiera ayudado a estudiar. Pero entonces me convertí en el primer hombre en ir al espacio y, de repente, los periodistas me acosaban.

Hice una mueca al recordar el cambio cuando empecé a ser la mujer astronauta.

—Son como sanguijuelas.

—Mimi habría sido la historia de interés humano del siglo. —Levantó la mano—. Me quité el anillo. Soborné a gente. Acepté todos los trabajos bien pagados que pude para costear la atención privada. La saqué de casa. Hice todo lo posible para mantenerla alejada de los focos.

Los ventiladores de la nave susurraban a nuestro alrededor.

—¿Qué música le gustaba?

—El *ragtime*. —Esbozó una media sonrisa—. Tenía una pianola y coleccionaba rollos de música. Incluso tenía uno firmado por Scott Joplin.

—Caray.

—También componía. Ya no podía tocar, por culpa de la polio, pero descubrió cómo debía modificarlo para perforar las partituras. Ya te he dicho que era lista.

—Suena impresionante. —Sentía muchísima curiosidad por saber cómo racionalizaba las múltiples aventuras cuando era evidente que la amaba. No era asunto mío, pero me moría por saberlo—. Me encantaría escuchar alguna composición suya.

—Cuando volvamos a la Tierra. —Casi se derrumbó otra vez.

Usé lo único que se me ocurrió que lo sacaría del pozo. Los idiomas.

—¿Quieres aprender algo de arameo?

—¿No hebreo?

—Para esto no. —Debería estar de pie, pero tampoco iba a obligarlo a seguir todos las tradiciones de mi cultura—. *Yitgadal v'yitkadash sh'mei raba. B'alma di v'ra…*

Ladeó la cabeza.

—*Yigtadel yigkadesh…* No es así, ¿verdad?

No lo era, pero lo había pronunciado mejor que la mayoría de los judíos en el primer intento. Lo repetí más despacio.

—*Yit-ga-dal v'yit-ka-dash*.

—*Yitgadal v'yitkadash*. —La segunda vez lo dijo perfecto y lo odié un poco por pillarlo tan rápido.

—Glorificado y santificado sea el gran nombre de Dios.

Asintió como si ya conociera el significado. Siendo Parker, no era improbable.

—Lo decía cada año en el aniversario del meteorito.

—Muchos lo hacemos. —Yo lo hacía. Todos los años. Por mi madre y mi padre, por mis tías y mis primos y por las miles de personas que habían muerto—. *Yitgadal v'yitkadash sh'mei raba. B'alma di v'ra…*

Se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—No creas que así te libras de enseñarme yidis.

—Lo haremos mientras todos los demás están en Marte.

Asintió con la cabeza y, después, Stetson Parker, viudo de Miriam Parker, de soltera Kaplan, repitió el *kadish*. Tardamos un rato en terminarlo. Creo que lo ayudó.

3 de septiembre de 1963

Querido Nathaniel:

A menos que meta la pata, mañana a esta hora estaremos en la órbita de Marte. No me preocupan los cálculos porque entre Heidi y yo los hemos comprobado tres veces y Florence y Dawn los han pasado por los ordenadores analógicos. Bueno, Dawn lo hizo. Florence lo atascó dos veces al meter las tarjetas perforadas y Rafael sigue tratando de despejar el alimentador.

Supongo que por eso estoy aquí y por eso Control de Misión no me deja bajar a la superficie. Ni a Heidi. Ninguna se lo toma como algo personal, aunque reconozco que es duro estar tan cerca. Pero comprendo el motivo.

Me gustaría que vieras Marte. Leonard ha apuntado con el gran telescopio al planeta durante el último mes. Ha localizado un par de puntos de aterrizaje potenciales, pero no tomará la decisión hasta que llevemos un tiempo en órbita. Ya lo sabes. No sé por qué te cuento cosas que ya sabes, salvo, tal vez, porque te echo de menos.

Marte es precioso. De maneras muy diferentes a la Tierra. Siempre lo llamamos el planeta rojo, pero es más bien de un color salmón suave, con grises ahumados y algún parche ocasional de marrón oscuro. Estoy bastante segura de que, cuando enviemos las fotos, se convertirá en la nueva paleta de moda para la primavera.

Dile a Thomas que le quiero y que estoy muy orgullosa de cuánto te está ayudando.

Con amor,
Elma

Marte llenaba el mirador. Rojos, ocres y marrones, más un trozo de hielo blanco en el polo, pero no podía prestarle atención. No hasta que entráramos en la órbita.

En el asiento del piloto, Parker sujetaba los controles con mano firme. Menos mal. Seguía destrozado, pero lo escondía en público. El último mes había estado más callado de lo habitual y asestaba menos golpes verbales, pero a los mandos se mantenía firme.

Encendió el micrófono para toda la nave.

—Preparados para la combustión.

Desde el módulo de ingeniería, Rafael dijo:

—Los intrépidos aventureros están listos.

—Intrépidos confirmados. —Apagó el micrófono y habló con voz ronca—. ¿Haces la cuenta atrás?

—Recibido. —Quizá no estaba tan sereno como pensaba. Encendí el micro sin apartar la mirada del reloj y la altitud—. A mi señal. Diez, nueve, ocho, siete… —Los números solo servían para aumentar la tensión—. Seis, cinco, cuatro…

—Encendiendo motores.

—Tres, dos, uno, adelante.

Los grandes motores de la Niña se encendieron y me clavaron contra el arnés. El lado del mirador se iluminó mientras la Pinta y la Santa María nos imitaban. Igual como llegó, el impulso se desvaneció.

Parker quitó las manos de los controles e hizo una exhalación profunda. La única demostración de nerviosismo.

—Informe de estado de la combustión. DELTA-TIG cero, tiempo de combustión 557, valor del eje en los ángulos, VGX menos 0,1, VGY menos 0,1, VGZ más 0,1, sin recorte, menos 6,8 en DELTA-VC, LOX 39,0, más 50 en balance.

—Confirmado. —Apagué el micrófono y me acerqué los papeles—. Por cierto, ha sido una combustión perfecta.

—¿Has apagado el micrófono para eso? —Se inclinó hacia

delante y señaló el mirador—. Esa es la probable aproximación de aterrizaje, ¿verdad?

Debajo de nosotros, las colinas rojas se ondulaban más allá de la ventana. «Debajo» existía de nuevo. Leonard había traído fotos del lugar a la reunión, pero la diferencia era como la quehabría entre un programa de radio y una actuación en vivo. Las texturas y la nítida claridad del sol del ocaso hicieron que los bordes resaltaran de un color oro rojizo.

Parker se recostó en el asiento y sonrió por primera vez en días.

—Altitud 204 kilómetros. Soy muy bueno.

—¿No decías que solo había que seguir mis cálculos?

—Con precisión.

Resoplé y seguí con mi trabajo con los datos que llegaban. Usábamos el primer módulo de aterrizaje y los satélites orbitales que la CAI había enviado antes que a nosotros para obtener unas lecturas de posición. La combustión de Parker habría sido perfecta, pero, hasta que no hubiéramos confirmado la órbita, no estaría segura de los números. El lápiz voló sobre el papel y esbocé la órbita mientras Marte giraba a nuestros pies.

Parecía correcta. Me mordí el labio y lo repetí.

El mismo resultado. Lo rodeé con un círculo.

—Los datos preliminares de posicionamiento de los primeros minutos indican que estamos en una órbita de 61,6 por 169,5. Estamos estables.

Parker se acercó el micrófono y adoptó una voz de locutor que habría enorgullecido a Terrazas.

—Intrépidos aventureros, la mujer astronauta acaba de asegurar que la órbita es estable. Bienvenidos a Marte.

CAPÍTULO 32

UNA ENCUESTA REVELA QUE EL PÚBLICO APOYA EL ATERRIZAJE EN MARTE

La primera expedición a Marte está programada para aterrizar mañana y el pueblo estadounidense está a favor del aterrizaje de un hombre en el planeta rojo por un 51 contra un 41 por ciento, según una nueva encuesta de Louis Harris publicada ayer en el *Kansas City Post*. La opinión ha cambiado de forma drástica en el último año, en gran parte como reacción al movimiento La Tierra Primero.

No sé si se nos había pegado el hábito de la tripulación de la Pinta o si era porque la mejor mesa estaba en la cocina, pero, por alguna razón, Rafael, Leonard y yo habíamos empezado a trabajar allí. Es probable que se debiera a la mesa, ya que Leonard tenía una serie de fotos esparcidas en un extremo y trabajaba con un mapa del lugar de aterrizaje. Rafael leía con los ojos entrecerrados el manual del módulo de aterrizaje de Marte con los dedos presionados en la sien.

A mí se me empezaba a nublar la vista por mirar números todo el día. Cerré la carpeta y me estiré.

—¿Bizcocho o pastel de frutas?

—Pastel. —Leonard levantó la mano.

Rafael lo pinchó con el lápiz y repuso:

—Bizcocho.

—Vamos, que haré lo que me dé la gana. Perfecto.

Deslicé las piernas por el extremo del banco y me levanté. Los bizcochos eran más difíciles con los ingredientes disponibles, pero tenía antojo del bizcocho de mi madre. Aunque no estaba segura de cómo iba conseguiría algo que imitara la crema agria.

Rafael dejó caer la cabeza en la carpeta con un golpe seco.

—También debería tomarme un descanso.

—Más bien una siesta. —Leonard fingió consultar un portapapeles imaginario—. No está en el plan de hoy.

—Déjalo en paz. Las consolas de esos vehículos de aterrizaje no son nada intuitivas al principio. —Me había costado horrores aprender a usar la consola de la expedición a la Luna, pero después se volvía muy simple. Dejé la carpeta de cálculos y me acerqué a la cocina. ¿Podría agriar la leche en polvo con jugo de limón? Quizá sería mejor hacer un pastel de frutas después de todo.

Rafael gruñó detrás de mí.

—Y que lo digas.

—Deberías pedirle a Parker que te deje ir a la Santa María y sacar el módulo de aterrizaje del embalaje. —Por otra parte, una simple tarta de chocolate también estaría bien. Podría añadirle un poco de canela—. Es más fácil recordar la secuencia de apagado cuando la tienes delante.

—Parece que hables por experiencia.

Saqué un bol del armario y miré a Rafael por encima del hombro.

—Es la misma consola que usamos cuando fuimos a la Luna.

Se quedó con la boca abierta.

—*Puta que pariu.* Ya lo sabía. Es que… ¿Por qué narices voy a llevarlo yo?

Dejé el bol en la encimera y me volví del todo.

—No es lo mismo. No volé con atmósfera.

—Ya, pero, aun así, tienes más horas de vuelo que yo en el

simulador.

Como piloto, me sentía inclinada a darle la razón. Era cierto que tenía más horas de vuelo. Me moría por ir a Marte, pero también sabía por qué no iría. Señalé la carpeta que había dejado de la mesa.

—Ábrela.

Rafael puso los ojos en blanco.

—Venga ya, Elma.

—En serio. ¿Sabes hacer esas ecuaciones? —Era lo mismo que había hecho Helen cuando renunció a su puesto por mí. Las causas no era las mismas, pero sí el hecho de ceder ante un mundo que no iba a cambiar. No estaba contenta y no fingiría que lo contrario, pero aquella era la realidad.

—Voy a quedarme y hacer cálculos. Pero, antes, pastel.

Leonard sonrió.

—Me encanta el pastel.

—A mí también. Sobre todo de pifia. 3,14159265… —Hizo énfasis en la sílaba «pi». Le hice una mueca, pero lo cierto es que había tenido gracia—. Mientras tanto, venerable piloto, ¿has pensado cómo vas a llamar al módulo?

Rafael bajó la mirada y acarició las páginas con la mano.

—Módulo Terrazas.

¿Recuerdas dónde estabas cuando la humanidad aterrizó en Marte? Yo estaba en el puente de la Niña, en el asiento del copiloto con papel y lápiz, lista para calcular. Parker estaba en el asiento a mi lado sin nada que hacer. Observábamos el mirador y escuchábamos los canales de radio mientras el módulo Terrazas entraba en la atmósfera de Marte.

El resto de la tripulación estaba a bordo. Serían los primeros en bajar y después, si todo salía bien, la tripulación de la Pinta descendería en dos semanas.

La voz de Leonard llegó clara y firme.

—Las comprobaciones del radar indican 15,24 kilómetros para la superficie de Marte. Las comprobaciones de altitud visuales se

mantienen en unos 16,15 kilómetros. —Lo añadí a la hoja de ruta del módulo.

—Confirmado. Te recomiendo que rotes 10 a la derecha. Después, listos para el descenso motorizado. Cambio.

—Descenso motorizado confirmado.

Tenían cinco minutos antes de iniciar el descenso. Hasta ese momento, solo estaban en una órbita más baja que la nuestra. A mi lado, Parker flexionó las manos sobre las rodillas, como si quisiera alcanzar los controles él mismo.

La voz de Rafael nos llegó débilmente a través del micrófono de Leonard.

—Interruptores de estabilización y control. DECA gimbal AC, cerrado. Comando de anulación, apagado. Gimbal activado. Escala de velocidad, 25.

Si no fuera porque el planeta rojo llenaba el mirador, sería como estar en un simulacro.

—A mi señal, 3:30 para la ignición.

—Confirmado.

Miré el reloj y su posición.

—Empezamos. 3:30 para la ignición.

—Confirmado. Conversión de empuje, cuatro cohetes. Pareja de equilibrio, encendido. Acelerador de TCA, mínimo. Acelerador, auto CDR. Botón de combustible, reiniciado. Botón de propulsión. —Leonard leía la lista de control con voz calmada—. Correcto. Abortar, etapa de suspensión, reiniciado. Atención Control, tres a Control de Modo. Lectura de AGS a cuatrocientos más uno.

Imaginé la cabina del módulo Terrazas. Volaban con un motor delantero para así reducir la velocidad y las ventanas apuntaban hacia el planeta para poder confirmar la trayectoria. Hacían una rotación de 180 grados para apuntar el radar a la superficie. A partir de ahí, todo dependería de la habilidad de Rafael.

Aun así, no guardé el lápiz.

—Ignición.

Cuando Rafael habló, Parker levantó ambas manos con los dedos cruzados.

Los observé en el radar.

—La velocidad de descenso es correcta.

Parker murmuró:

—Joder. No sé cómo Mimi lo soportaba.

Me concentré en mirar el radar, pero, con la mano libre, me acerqué y le di un rápido apretón.

—Sabía con quién se casaba.

—Je.

Como en una radionovela sin narrador, Leonard dijo:

—Desaceleración a seis más veinticinco.

Me mordí el labio. Reducirían el empuje a los seis minutos y veinticinco segundos de la combustión, lo que tenía sentido. Quería hacer algo. Fueron los seis minutos y veinticinco segundos más largos de mi vida.

—Reduciendo velocidad. Quinientos metros de altitud. Treinta y cinco metros por segundo. El control de inclinación es correcto.

Por fin, números con los que trabajar. Era un cálculo tan sencillo que podría hacerlo de cabeza, pero lo escribí en la hoja por seguridad.

—Listos para el aterrizaje. Cambio.

—Confirmado. Novecientos catorce a 21,3.

Asentí, aunque no me veían.

—Confirmado. Listos para el aterrizaje. Novecientos catorce metros.

—Seiscientos diez metros. Seiscientos diez metros.

Parker se inclinó hacia delante, como si los viera desde el mirador. Los tonos rojos y ocres bailaban a nuestros pies. En teoría, el módulo tenía que estar justo debajo de nosotros. Sin embargo, como la atmósfera de Marte era muy débil, el haz de entrada no brillaría tanto como lo habría hecho en la Tierra.

—Treinta y cinco grados. Treinta y cinco grados. Doscientos veintinueve metros. Descenso a siete metros por segundo. —Por su tono, Leonard podría estar anunciando productos en un supermercado en lugar de aterrizando en un planeta—. Ciento ochenta y tres metros, bajamos a 5,8.

Copié los datos en la hoja, no porque pudiera hacer algo, sino porque necesitaba mantener las manos ocupadas. Tracé el arco de descenso como solía registrar cuando Parker entraba en órbita.

—Ciento siete metros, bajando a 1,2. Tenemos sombra.

Sería diferente al aterrizar en atmósfera, incluso en una débil, pero conocía esa sombra. Ya casi estaban abajo.

—Treinta coma cinco metros. Descenso a 1,1, avance a 2,7. —Seguro que Kam y Florence estarían mirando por las ventanas en la parte trasera del módulo de aterrizaje.

—Doce coma dos metros, descenso a 0,76. Se levanta algo de polvo.

Contuve la respiración y diría que Parker también. De hecho, toda la nave se quedó en silencio, como si los ventiladores se hubieran parado mientras esperábamos.

—Luz de contacto.

Por primera vez en los últimos diez minutos, oímos la voz de Rafael, calmada como si nada.

—Desconexión.

—Motores apagados.

Parker soltó tal grito que parecía que lo hubiera contenido desde que salimos de la Tierra. Tiré los papeles al aire y flotaron a nuestro alrededor como copos de nieve de cálculos.

Por los altavoces, apenas oía a Florence de fondo reírse con alegría. La calma de Rafael sin duda enmascaraba una sonrisa de oreja a oreja.

—Base Bradbury a Niña. El módulo Terrazas ha aterrizado.

Al oír la nueva consigna, se me saltaron las lágrimas. Dios. Lo habían logrado.

Parker abrió el micrófono.

—Me alegra oírlo, Bradbury. Enhorabuena por un aterrizaje perfecto.

—Pinta a Bradbury. —Detrás de la voz de Benkoski, la tripulación de la Pinta lo celebraba—. Enhorabuena. Qué ganas de unirnos a vosotros.

—Gracias. La vista es increíble. Se ve rojo desde el aire, pero

algunas rocas de ahí fuera son azuladas. —Rafael se rio—. Leonard ha puesto los ojos en blanco ante mi rigor científico. Mejor nos ponemos manos a la obra o empezará la EVA sin nosotros.

—Adelante. Y tomad fotos. —Parker apagó el micrófono y me miró sonriente. Los papeles flotaban alrededor. Atrapó uno en el aire y miró los cálculos que lo cubrían—. Lo has hecho bien, York.

—Es mi trabajo.

Suavizó la sonrisa en un gesto casi afectuoso.

—Siento que no hayas podido ir.

Me encogí de hombros y miré por la ventana mientras Marte giraba debajo de mí. Quería que Nathaniel lo viera, y Rachel, Thomas, Hershel, Helen, todos…

—Esta vez no. Pero no será mi única oportunidad.

Cuando volviera a la Tierra, haría todo lo posible por traer las naves coloniales a Marte llenas de personas de todas las clases sociales. Llevaba el tiempo suficiente siendo la mujer astronauta para saber cómo funcionaba el juego. A partir de ahora, sería la mujer astronauta de Marte.

EPÍLOGO

EL PRIMER HOMBRE EN PISAR MARTE SE DIRIGE A LAS NACIONES UNIDAS

Hoy, el doctor Leonard Flannery ha hablado en las Naciones Unidas de la segunda expedición a Marte. El doctor Flannery dirigirá la expedición para establecer una colonia en Marte. En su discurso, ha instado a todas las naciones a trabajar juntas y en consonancia para crear un nuevo hogar para la humanidad en nuestro planeta hermano. Ha afirmado que el objetivo no es reemplazar a la Tierra, sino ofrecer a la humanidad nuevas fronteras y oportunidades. Como hombre negro, es la prueba viviente de que, en el espacio, todos los hombres son creados iguales y espera servir de inspiración a las futuras generaciones.

Lo acompañaba su copiloto, la doctora Elma York, que saltó a la fama en los primeros días del programa espacial como la «mujer astronauta». Vestía un elegante conjunto azul adornado por un collar de perlas.

Hoy aterrizo en Marte. La Esther se estremece a mi alrededor mientras la atmósfera roza la cáscara del módulo de aterrizaje. Detrás de mí, en el puesto de calculadora de vuelo, Helen avisa del acercamiento a la superficie del planeta.

—A mi señal, 3:30 para la ignición.

—3:30, confirmado. —Tengo la boca seca, pero sujeto los mandos con firmeza. El resto de la tripulación de la nave contiene la respiración, pero ven lo mismo que yo: la superficie roja que se extiende hacia nosotros. Aparto la vista y compruebo el reloj de la misión para estar preparada cuando Helen dé la señal.

—Empezamos. 3:30.

—Confirmado. —Los números digitales empiezan la cuenta atrás.

A la izquierda, en el asiento del copiloto, Leonard lee en voz alta la lista de verificación, igual que hizo para Rafael en la primera expedición.

—Conversión de empuje, cuatro cohetes. Pareja de equilibrio, encendido. Acelerador de TCA, mínimo. Acelerador, auto CDR. Botón de combustible, reiniciado. Botón de propulsión, correcto.

En respuesta, acciono los interruptores correctos. Es como aterrizar en la Luna y, al mismo tiempo, no tiene nada que ver. Voy a aterrizar en Marte. La secuencia de acciones me es familiar, pero la atmósfera del planeta lo cambia todo. Es demasiado débil para albergar vida, pero podría desintegrarnos en cuestión de segundos.

—Abortar, etapa de suspensión, reiniciar. Atención Control, tres a Control de Modo. Lectura de AGS a cuatrocientos más uno.

Los números restantes de la cuenta atrás se desvanecen.

—Ignición. —Aprieto los mandos y enciendo los cuatro propulsores.

Despiertan con un rugido. Por lo que oigo, uno de los colonos que va detrás suelta un gritito cuando el impulso nos empuja contra los respaldos. La gravedad me aplasta en el asiento y aprieto los músculos del abdomen para mantener la sangre en la cabeza. Con cuidado, hago rotar la nave para que los motores apunten hacia el planeta y comenzamos el descenso real.

Marte se esconde a nuestros pies. Más allá del mirador, el plasma cruza por delante del cristal. Mantengo la mirada dividida entre el horizonte y el altímetro.

—Reduciendo velocidad.

Leonard asiente a mi lado.

—Quinientos metros de altitud. Treinta y cinco metros por segundo.

Hago los cálculos de memoria y me concentro de nuevo en los controles. Mi trabajo en esta nave no son los números. Hoy aterrizo en Marte.

—Novecientos catorce a 21,3.

—Confirmado. Listos para el aterrizaje —dice Helen desde detrás.

Lo cual es bueno, porque abortar en esta etapa sería un infierno, si es siquiera posible. Aflojo el acelerador y seguimos el descenso hacia la superficie. A trescientos cinco metros, el brillo de la cúpula de la base Bradbury destaca entre el óxido del paisaje.

Gracias a Dios, estoy dentro del rumbo. Mantengo la base centrada en la cuadrícula de líneas grabadas en el interior de la ventana. Al nivel del horizonte. Reduzco la velocidad, pero no demasiado para que no aterricemos antes de tiempo.

—Doscientos veintinueve metros. Descenso a siete coma seis metros por segundo.

Demasiado rápido. Reduzco más y, debajo de nosotros, el paisaje adquiere textura, salpicado por picos ásperos y suaves dunas de arena. La torre de transmisión de Bradbury nos indica que descendamos, pero el polvo oculta la plataforma de aterrizaje. Habría sido esperar demasiado que estuviera despejada.

El paisaje se desplaza y una forma oscura recorre sus contornos. Sonrío como si me encontrara a una vieja amiga.

—Tenemos sombra.

—Treinta coma cinco metros. Descenso a cero coma nueve, avance a tres.

Me humedezco los labios y avanzo hasta quedar sobre donde, en teoría, está la pista de aterrizaje. En la parte inferior de la ventana, el polvo ocre se arremolina, como si Marte se acercara a saludar.

—Doce coma dos metros. Descenso a cero coma setenta y tres. Se levanta algo de polvo. —La voz de Leonard sigue firme, como si hiciera esto a diario—. Ahí está la pista.

Por supuesto, las emisiones de la nave han arrastrado el polvo y

dejado una bonita pista despejada, tan rojiza como el resto del paisaje. Suelto el acelerador y aterrizo.

Hemos tomado tierra.

Los pies del módulo de aterrizaje chocan con el suelo y las fuerzas *g* cambian. Una luz parpadea en el tablero de mandos, como si nuestro estado no fuera claro.

—Luz de contacto.

—Desconexión. —Aparto las manos de los mandos y los dejo en posición neutral. También vuelvo a respirar. Tras tocar cuatro interruptores del panel de control, pronuncio las palabras mágicas —: Motores apagados.

Todavía nos queda revisar una larga lista de verificación, pero estamos vivos. Estamos en Marte. Detrás de mí, los pasajeros lanzan una exclamación colectiva de júbilo. Distingo con claridad la voz de Nathaniel.

—*Baruch ata Adonai, Eloheinu…*

Y dice que es un mal judío.

Con una sonrisa, me permito observar por la ventana un segundo entero cómo el polvo flota bajo el cielo naranja ahumado hasta que el deber me llama. Enciendo el micrófono y contacto con la nave nodriza.

—Base Bradbury a Goddard. La Esther ha aterrizado.

—Enhorabuena, Bradbury. —Se oye la sonrisa en la voz de Halim Malouf—. Un aterrizaje perfecto.

—Gracias. —Lo había sido—. Me alegro de estar abajo.

Me duele la cara mientras me quito el cinturón porque no dejo de sonreír como una idiota. Marte. Estoy en Marte. Leonard ya se ha levantado y me da una palmada en el hombro.

—Buen trabajo, Elma.

—Gracias. —Salgo de la silla, incómoda con el traje marciano.

Helen se inclina hacia delante en el asiento con una mano todavía sobre la hebilla del cinturón. Tiene la boca ligeramente abierta mientras mira por el cristal.

Cuando me levanto, sacude la cabeza y parpadea para contener las lágrimas. Al pillarme mirándola, se encoge de hombros y le da

unas palmaditas a la carpeta de cálculos.

—He estado con la vista baja durante todo el descenso.

Me inclino y la abrazo.

—Tienes tiempo. Control de Misión ha asignado quince minutos para quedarse embobada.

«Quince minutos para besarse», como en *Sixty Minute Man*. Sigue sin gustarme la canción, pero no era una mala sugerencia. Me dirijo a la parte posterior, donde los colonos se levantan de los asientos y revisan sus propias listas. Nathaniel levanta la vista mientras recorro el pasillo con el casco en las manos.

Su sonrisa podría iluminar todo el planeta. Vale, ahora solo hay veinte personas en él, pero ya me entendéis.

—Un gran trabajo, doctora York.

—Gracias, doctor York. Antes de que te lo coloques… —Le pongo una mano en la muñeca para que no levante el casco y me agacho para besar a mi marido.

Sinceramente, me da igual que todo el planeta nos mire.

No somos la única pareja casada de la nave y quizá hayamos desencadenado una sesión de besuqueo en los demás colonos. Helen y Reynard son bastante adorables. No sé si besarse sería lo que Control de Misión tenía en mente al planear este descanso, pero debería. Al menos había reconocido que, después de viajar millones de kilómetros por el espacio, necesitábamos quince minutos para ser humanos.

Después volvemos al trabajo como los profesionales que somos. En poco tiempo, el módulo de aterrizaje está asegurado, el equipaje listo para descargar y todos los trajes están sellados y revisados tres veces.

Leonard se acerca a la escotilla y la desbloquea.

—Damas y caballeros, bienvenidos a la base Bradbury.

Abre la escotilla y la brisa empuja el polvo ambarino dentro de la nave. Ojalá pudiera olerlo. Tomo la mano de Nathaniel y le aprieto el guante.

Se inclina para que su casco se apoye en el mío. Con el micrófono apagado, para que no lo oiga nadie más que yo, dice:

—El traje no me encaja en un punto muy específico. Quizá necesite que me ayudes más tarde.

Los controladores termostáticos del traje fallan y el calor inunda el interior.

—Haré lo que pueda, como científica y como tu mujer, para resolver el problema.

—¿Elma? —Leonard llama mi atención con gestos—. ¿Quieres hacer los honores?

—Eh… —Sigo roja por el comentario de Nathaniel—. Pero tú eres el comandante de la misión.

Me guiña el ojo.

—Ya he sido el primero. Además, eres la mujer astronauta de Marte.

Parpadeo para contener las lágrimas, que pesan suficiente para rodarme por las mejillas. Me agacho para salir por la escotilla y mantengo el equilibrio en lo alto de la escalera. Marte. Hasta donde me alcanza la vista, el paisaje ondea como un salmón polvoriento de colores ocres, rosas y manchas de un profundo azul violáceo. Bajo tres escalones más. Tras el cuarto, poso el pie derecho en Marte.

Mis pies están en la superficie de Marte. Estoy en Marte.

Estoy en Marte.

Hay más personas que esperan para estar también en Marte, así que me alejo de la escalera para dejarles sitio. No sé por qué, una parte de mí esperaba que fuera como caminar en la Luna, pero aquí hay más gravedad. El polvo se levanta en nubes y flota por la atmósfera en lugar de arquearse en un vacío sin fricción. Por mucho que quiera quedarme mirando, tengo trabajo que hacer.

Tengo trabajo que hacer en Marte.

Me dirijo al lateral del módulo de aterrizaje, donde se sitúa la bodega de carga. Reynard se une a mí y comenzamos el proceso de abrir la escotilla. Nathaniel saluda mientras pasa junto a nosotros llevando un cajón hacia la base Bradbury, pero es todo el tiempo que tenemos juntos para el resto de la tarde.

El espacio siempre suena glamuroso cuando hablo de él en la televisión o en la radio, pero lo cierto es que pasamos la mayor parte

del tiempo limpiando y realizando tareas de mantenimiento. Hoy, es lo que hacemos en Marte.

Llevamos cajas en Marte. Aseguramos las correas de amarre en Marte. Activamos una base que lleva inactiva cuatro años en Marte.

El sol se arrastra por el horizonte mientras guardamos la última de las cajas dentro de la pequeña cúpula de Bradbury. El equipo de Nathaniel tiene planos y proyectos para expandir la base, pero, por ahora, es bastante acogedora para veinte personas. La primera tarea será construir un segundo hábitat para que los colonos a bordo de la Goddard bajen y se unan a nosotros.

Mi trabajo era traernos a la superficie del planeta. Mañana comienza el de Nathaniel. Tenemos una noche en la que nuestras carreras estarán en equilibrio.

Subo a la Esther para asegurarme de que todo está cerrado. Está en silencio y vacía. Es su primer viaje, pero la pilotaré arriba y abajo al menos cinco veces más para traerlos a todos a la superficie. Descanso la mano en el asiento del piloto con una sonrisa sensiblera en el rostro.

Doy una palmadita en el asiento, como si le diera las buenas noches a mi tía, y me dirijo a la escotilla. Hay un astronauta en la superficie de Marte que me espera El sol se ha desvanecido por el horizonte y no le veo la cara, pero reconozco la postura de Nathaniel.

Por muy ansiosa que esté, me tomo mi tiempo para cerrar la escotilla y sigo el procedimiento al pie de la letra. Cinco bombeos para cerrar los quince seguros y espero a que el manómetro delta indique que está sellada. Solo entonces, bajo los tres peldaños y vuelvo a pisar Marte.

Marte. En algún momento dejaré de maravillarme por dónde estoy, pero no será hoy. Estoy en Marte.

Estamos en Marte. Nathaniel extiende ambas manos. Las tomo con una sonrisa y me inclino como si fuera a besarlo, pero choco el casco con el suyo.

—Te quiero.

Sí, podríamos usar las radios de los trajes, pero entonces

cualquiera nos oiría.

—Yo también te quiero. —Tiene las mejillas empapadas por las lágrimas—. ¿Ya has mirado hacia arriba?

—No. —Lo hago y me quedo sin palabras.

Estrellas.

Sobre el ondulante horizonte de Marte, el cielo nocturno centellea. No brillan con la misma perfección cristalina que en el espacio, sino que lo hacen a través de la atmósfera. El azul y el rojo, la plata y el oro, bailan sobre un púrpura profundo.

Ante el telón de fondo danzante, la luz parpadeante de la Goddard traza un arco luminoso en el cielo.

—Dios mío, no… —No había visto las estrellas desde la superficie de un planeta desde el 3 de marzo de 1952.

¿Recuerdas dónde estabas cuando las estrellas volvieron a salir? Yo estaba con mi marido, en Marte.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, gracias a mis padres por despertarme y sentarme delante de la televisión en 1969 para que así pudiera decir que vi al hombre pisar la Luna por primera vez. Tenía seis meses. No me acuerdo de nada, pero mis padres siempre me recuerdan que estaba mirando. Me gusta pensar que despertó en mí un amor temprano por el espacio y los viajes espaciales.

Desde entonces, he visto los vídeos de aquellas primeras misiones. He presenciado el lanzamiento de un transbordador en persona. He visitado la NASA siempre que he podido, así que sería imperdonable si no diera las gracias a la agencia y a toda la gente que trabaja allí. Todas las personas con las que he hablado en la NASA, ya sea el equipo de #NASAsocial, los técnicos de trajes espaciales, los astronautas o los contables, siempre han sido de lo más agradables. Todos parecen ser conscientes de que tienen uno de los trabajos más increíbles del mundo y les entusiasma compartirlo. Quisiera dar las gracias en concreto a Benjamin Hewitt, Tom Marshburn, Kjell Lindgren y al personal del laboratorio de flotabilidad neutra. Este libro está plagado de los frutos de la ayuda que me brindaron.

Robin Fergason es una científica que estudia la superficie de Marte. Ha ayudado a seleccionar los puntos de aterrizaje para la sonda Phoenix, el Mars Exploration Rover, el Mars Science

Laboratory, el aterrizador InSight y el Mars 2020 Rover. Su conjunto de datos y sus interpretaciones son imprescindibles para certificar los puntos de aterrizaje en Marte y me ayudó a llevar a Elma y su equipo al planeta rojo. También me proporcionó información muy útil sobre la búsqueda de agua en Marte y, lo que me dio una idea más clara de lo que haría Leonard.

Derek «Wizard» Benkoski mantuvo a los personajes con la mentalidad de las fuerzas aéreas. Es un piloto de combate y me dio muchísimas ideas geniales para la caracterización de su tocayo y de Parker.

Stephen Granade es un ingeniero aeroespacial auténtico. Me ayudó a mantener la ciencia de la navegación por el espacio lo más precisa posible y a menudo se encargó de rellenar los huecos de la mecánica orbital. Le mandaba frases como: «Localicé Alkaid y Espiga, lo giré para ver la Tierra y, tachán, tenía las coordenadas que necesitaba para confirmar nuestro vector de estado. [Palabrería científica]».

Luego él me escribía: «¿Y si Elma recita el vector de estado como los astronautas del Apolo dicen los números, sin puntos decimales ni unidades? Más 0771145, más 2085346, menos 0116167, menos 15115, más 04514, menos 19587». Para que conste, esas eran las posiciones x/y/z en pies y la velocidad de los puntos x/y/z en pies por segundo, con una precisión limitada, del vector cartesiano M50 del estado de la Estación Espacial Internación el día que hice la pregunta.

Sheyna Gifford es especialista en medicina aeroespacial y pasó un año en un hábitat simulado de Marte. Me dio el vector de la enfermedad con cantidad de detalles sumamente gráficos. Podéis darle las gracias por las esferas flotantes de diarrea, aunque dudo que queráis. También me explicó muchos datos sobre la vida en Marte que robé sin miramientos, incluido el experimento del vino con pasas y cómo es tener una discusión con un retraso de veinte minutos.

Kjell Lindgren no solo me llevó a presenciar un simulacro de una caminata espacial en el laboratorio de flotabilidad neutra, sino

que, junto con Cady Coleman, me ayudó a reescribir la escena del laboratorio y las de la caminata espacial. Los dos son astronautas, lo cual, como ya sabéis, es un bastante molón. Kjell ha realizado una reparación de amoníaco en la Estación Espacial Internacional. Había visto el vídeo cuando trabajaba en el libro antes de conocernos, pero hay una gran diferencia entre ver un vídeo de cómo se hace y hacerlo. Si no fuera por él, no habría sabido que las líneas son rígidas bajo presión ni que la correa tira de ti ligeramente hacia la nave en el espacio. Cadyme proporcionó los detalles sorprendentes sobre la burbuja de aire que se crea cuando llevas un traje espacial hecho para una persona más grande. Ambos tuvieron una paciencia infinita y fueron muy generosos con su tiempo. Todo lo que mola es cosa suya. Los errores son cosa mía.

Kari Love es diseñadora de trajes espaciales y me señaló algunos errores, además de darme todo tipo de información sobre las opciones de construcción. En resumen, el diseño de los trajes espaciales está influenciado por los desastres anteriores, por lo que los trajes estadounidenses se centran en ser resistentes al fuego, mientras que los rusos tienden a centrarse en evitar los pinchazos.

Amorena Noblis y Robin y Eric Quakenbush me ayudaron con el portugués. Yung-Chiu Wang y Vicky Hsu (junto con sus padres) me ayudaron con varios temas relacionados con Taiwán. Mi hermano, el doctor Stephen K. Harrison, o como a mí me gusta llamarlo, Caramono, me ayudó a remodelar el paisaje global posterior al meteorito.

Chanie Beckman me ayudó con muchísimos aspectos relacionados con el judaismo y la celebración del *Pésaj* en el espacio. También hizo un gran esfuerzo por proporcionarme grabaciones de hebreo, yidis y arameo para que lo usara como referencia para el audiolibro.

Mis compañeros de *Writing Excuses*, Brandon Sanderson, Dan Wells y Howard Tayler, me brindaron un apoyo sobrecogedor. Mi ayudante, Alyshondra Meacham, también es embajadora del sistema solar para la NASA y detectó numerosos errores por su cuenta. Mi editora, Liz Gorinsky, y mi agente, Jennifer Jackson, ayudaron a dar

forma a la estructura de estos libros para hacerlos mucho mejores.

Por supuesto, gracias a mis lectores beta, que hacen un trabajo titánico: Alyshondra Meacham, Catherine Brennan, Chanie Beckman, Derek Benkoski, Kier Salmon, Stephen Granade y Tracy V. Wilson.

Y a mi marido, Robert, que lava los platos, prepara cócteles, y, cuando viajo, es la rueda de equilibrio de mis giros siderales.

NOTA HISTÓRICA

Me gusta plagiar sin contemplaciones fragmentos de la historia real, aunque lo lógico sería pensar que no podría hacerlo para un libro que habla sobre viajar a Marte en 1963. Sin embargo, los soviéticos lanzaron el Mars 2MV-3 n.° 1 en 1962. El cohete falló durante el lanzamiento y el satélite acabó en una órbita terrestre baja; luego se descompuso y se estrelló. No obstante, tenían la tecnología para hacerlo despegar en el mundo real.

La escena inicial en la que Elma escucha la transmisión de la sonda que aterriza en Marte se basa en la nave Viking 1, que se lanzó a Marte en 1975. Hubo otros intentos en aquellos trece años y muchas explosiones. Seguramente, ese es el error más notable de esta historia alternativa: habría habido muchos más fracasos. Salir del potencial gravitatorio de la Tierra es difícil.

En algunos puntos de la novela hago referencia a las transcripciones históricas de diferentes misiones de la era del Apolo. Y por «referencia» lo que quiero decir es que, cuando la primera expedición a Marte sale de la Tierra, copié la transcripción del Apolo 8 y escribí las descripciones para adaptarlo a la historia con los ajustes mínimos. Si soy sincera, no acabo de entender lo que significa «más Y, dirección más Z». Después les pasé la escena a dos pilotos de cazas, a algunos ingenieros aeroespaciales y a un par de astronautas y les pedí que me avisaran si mis modificaciones no

tenían sentido. Hicieron muchísimas observaciones.

La papilla para astronautas, por cierto, sí que la propuso un nutricionista que en realidad era veterinario.

También en la categoría de cosas horrorosas y reales, la «bolsa» que Elma y Kam usan con Ruby está en desarrollo en la actualidad, aunque en el mundo moderno viene con un brazo robótico para controlar el temblor.

El episodio de *Flash Gordon* que representa la tripulación es el verdadero episodio piloto de la serie. Trabajé una temporada en radioteatro y la técnica de explosión, con arroz y un globo, es real y sorprendentemente efectiva. ¡Era muy divertido!

El programa de entrevistas de Jack Paar era bastante diferente a los de hoy en día. El plato recordaba a una serie policial de los sesenta y no me habría sorprendido si una chica Bond lo hubiese atravesado de pronto con unas botas de gogó. Si sientes curiosidad, entra en YouTube, busca «Jack Paar Tonight Show» y mira el episodio con Judy Garland.

En el siglo XXI es fácil olvidar lo frecuente que era la polio antes de las vacunas. La Organización Mundial de la Salud estima que hay entre diez y veinte millones de supervivientes de la polio vivos en la actualidad. Aún en 1988, hubo 350 000 nuevos casos. En 2016, solo hubo 37. Gracias a las vacunas, erradicar la enfermedad por completo es una realidad. Pero en los años cincuenta y sesenta, cuando se desarrolla la acción de estos libros, la polio era una enfermedad común y temida. No tiene cura. Lo único que se puede hacer es tratar los síntomas. A cada persona le afecta de manera diferente y algunas no sufren más que una fiebre leve. En el otro extremo del espectro, está el pulmón de acero. Hay un puñado de personas vivas hoy en día que llevan en un pulmón de acero desde la era del Apolo. Estas máquinas usan un ventilador de presión negativa para insuflar aire en los pulmones. Ya no hay piezas disponibles para las máquinas. Busca en YouTube «iron lung interview 1956» para ver una entrevista con Betty Grant, un ama de casa con polio.

La población judía de Charleston es una de las más antiguas de

Norteamérica. Gran parte de los primeros habitantes huía de la Inquisición española a Londres y a los Países Bajos. Desde allí, emigraron a los Estados Unidos, y Charleston, en concreto, fue de los lugares más acogedores, ya que la Carta de Carolina de 1669 concedía expresamente la libertad de conciencia a «judíos, paganos y disidentes». Francis Salvador, residente de Charleston, fue el primer judío elegido para un cargo público en los Estados Unidos. Fue electo en 1774 y 1775 para el Congreso Provincial y sirvió hasta su muerte en 1776, en la guerra de la Independencia. Charleston siguió siendo la ciudad con mayor población judía hasta mediados de 1800. La familia de Elma habría llegado en la década de 1780 con una oleada de judíos asquenazí de Alemania. Algo muy interesante es la combinación de la cocina tradicional sureña y judía. Recomiendo el libro de cocina *Matzoh Ball Gumbo: Culinary Tales of the Jewish South* (*«Matzoh Ball Gumbo:* relatos culinarios del Sur judío») de Marcie Cohen Ferris. Dicho esto, el bizcocho de crema agria que Elma planea preparar es una receta de mi madre. Si visitas mi página web, encontrarás la receta. Solo tienes que buscar «MRK's mom's pound cake recipe».

Cuando Elma dice que no habla bien yidis, minimiza su fluidez porque es un idioma que solo usaba con su familia. Por cierto, este es el motivo por el que decidí no escribir los textos en yidis en cursiva, al contrario que los idiomas que hablan otros personajes. Es su lengua materna, igual de natural para ella que el inglés. Dicho esto, como les pasa a muchas personas bilingües que solo hablan un idioma dentro de sus casas, las estructura de las frases y el vocabulario que usa son los de su infancia. Basé sus orígenes en una amiga de Chattanooga cuyos abuelos hablaban yidis en casa con acento sureño.

La mayoría de los artículos de periódico son reales y llevan la fecha original. Los ajusté para la línea de tiempo posterior al meteorito, pero los disturbios, los tornados y las preocupaciones sociales eran reales. Sin embargo, sí que cambié un evento significativo, el Premio Nobel de Martin Luther King Jr. En nuestra línea temporal, no lo gana hasta 1964. La razón para adelantarlo dos

años es que la marcha en Washington o, en este caso, en Kansas también tiene lugar dos años antes debido al meteorito. En ambos casos, lo recibió por su campaña no violenta contra el racismo.

A veces, tratar de mantener el espíritu de un época brinda oportunidades, pero también existe el peligro de reforzar sus problemas. Es lo que me ha pasado con Kam Shamoun. Las primeras organizaciones de personas trans surgieron en los años cincuenta y sesenta. Los disturbios de Cooper Donuts de mayo de 1959 fueron uno de los primeros levantamientos por los derechos de las personas LGBT en los Estados Unidos. Kam habría estado al tanto de estos acontecimientos, pero, al estar en el ejército y querer ir al espacio, si hubiera salido del armario no habría podido perseguir ese sueño. No me lo imaginaba teniendo esa conversación con Elma ni con nadie de la misión, así que me refiero a Kam con el género incorrecto durante toda la novela. Sin embargo, estas páginas no están escritas con la voz de Elma, así que puedo referirme correctamente a Kam como «él». Y tú también.

Por último, quiero hablar del Miltown. Se introdujo en el mercado en 1955 y fue el primer psicofármaco con gran popularidad en la historia de los Estados Unidos. En 1957, se habían expedido más de treinta y seis millones de recetas solo en los Estados Unidos, y un tercio de ellas eran de Miltown. Se presentó como un tranquilizante suave con «efectos milagrosos». En 1960, una de cada veinte personas del país había probado el Miltown. Fue la primera vez que los estadounidenses consideraron que era aceptable hablar de la ansiedad y medicarse para ello. Si quieres más información sobre el Miltown, recomiendo la lectura de *The Age of Anxiety: A History of America's Turbulent Affair with Tranquilizers* («La era de la ansiedad: una historia sobre la turbulenta aventura de América con los tranquilizantes») de Andrea Tone.

Me gustaría pedirte una cosa. La conversación que Elma tiene con su médico en *Hacia las estrellas* es la misma que tuve yo con el mío cuando fui a tratar la depresión. Acudí porque había empezado a reconocerme en las descripciones de la depresión que aparecían en los libros y en los síntomas y dificultades que contaban mis amigos.

No sufro el trastorno de ansiedad social contra el que Elma lucha, pero tengo muchos amigos que sí. Si te reconoces en los síntomas de Elma y todavía no has hablado con nadie, por favor, hazlo. Pide ayuda. Es muy difícil escapar del potencial gravitatorio de la ansiedad en solitario.

BIBLIOGRAFÍA

Chaikin, Andrew. *A Man on the Moon: The Voyages of the Apollo Astronauts*. Nueva York: Penguin Books, 2007.

Collins, Michael. *Carrying the Fire: An Astronaut's Journeys*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2009.

Hadfield, Chris. *Guia de un astronauta para vivir en la Tierra: lo que viajar al espacio me enseñó sobre el ingenio, la determinación y cómo estar preparado para todo*. Barcelona: Ediciones B, 2014.

Hardesty, Von. *Black Wings: Courageous Stories of African Americans in Aviation and Space History*. Nueva York: Smithsonian, 2008.

Holt, Nathalia. *Las mujeres de la NASA: las científicas que impulsaron los viajes al espacio*. México: Paidós, 2018.

Nolen, Stephanie. *Promised the Moon: The Untold Story of the First Women in the Space Race*. Nueva York: Basic Books, 2004.

Roach, Mary. *Packing for Mars: The Curious Science of Life in the Void*. Nueva York: W. W. Norton & Company, 2010.

Scott, David Meerman, y Jurek, Richard. *Marketing the Moon: The Selling of the Apollo Lunar Program*.

Cambridge: The MIT Press, 2014.

Shetterly, Margot Lee. *Figuras ocultas: el sueño americano y la historia jamás contada de las mujeres matemáticas afroamericanas que ayudaron a ganar la carrera espacial*. Madrid: Harper Collins Ibérica, 2017.

Sobei, Dava. *El universo de cristal: la historia de las mujeres de Harvard que nos acercaron a las estrellas*. Madrid: Capitán Swing, 2017.

Teitel, Amy Shira. *Breaking the Chains of Gravity: The Story of Spaceflight before NASA*. Nueva York: Bloomsbury Sigma, 2016.

Von Braun, Wernher. *Project MARS: A Technical Tale*. Burlington (Ontario): Collector's Guide Publishing, Inc., 2006.



MARY ROBINETTE KOWAL es una autora estadounidense de ciencia ficción y fantasía histórica que ha saltado a la fama recientemente por su saga *La astronauta*, con la que ha ganado los prestigiosos premios Nébula, Locus y Hugo, Además, *Hacia las estrellas*, la primera entrega de esta serie, figura entre los diez mejores libros de ciencia ficción de publicaciones como el Publishers Weekly, Locus, el Chicago Review of Books o Tite Verge. Mary Robinette vive en Nashville con su marido, Rob, dos gatos y más de una docena de máquinas de escribir.

Notas

[1] La palabra en inglés es *whore*, que significa, como se explica, «puta» o «zorra». *(N. de la T)* <<

[2] En la película Los *hijos de la farándula* de 1939, protagonizada por Mickey Rooney y Judy Garland, el personaje de Judy pronuncia esta frase al proponer una solución al problema de que no tienen dónde organizar un espectáculo. *(N. de la T.)* <<